EURÍPIDES

TRAGEDIAS

III

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 22

EURÍPIDES

TRAGEDIAS

III

HELENA - FENICIAS - ORESTES - IFIGENIA EN ÁULIDE
BACANTES - RESO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARLOS GARCÍA GUAL
Y
LUIS ALBERTO DE CUENCA Y PRADO



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALFONSO MARTÍNEZ DÍEZ.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1979.

Carlos García Gual ha traducido *Fenicias, Orestes, Ifigenia en Aulide* y *Bacantes*, y Luis Alberto de Cuenca y Prado, *Helena* y *Reso.*

Depósito Legal: M. 16204-1979.

ISBN 84-249-3526-8.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1979.—5029.


HELENA

INTRODUCCIÓN

Por una serie de coincidencias derivables de los escolios a Aristófanes, *Tesmoforiazusas*, versos 1012 y 1060-1061, sabemos que la *Helena* se representó por vez primera en 412 a. C. La versión de Eurípides sigue fielmente las de Estesícoro (*Palinodias*, fragmentos 62-63 de los *Lyrica Graeca Selecta* de Page) y Heródoto (II 112-120).

Hermes ha trasladado a la esposa de Menelao a Egipto, junto al anciano rey Proteo, una racionalización del dios marino, tan pródigo en metamorfosis. Entre tanto, los héroes, al pie de Ilión, combaten por una imagen hecha de nube, por una falsa Helena. En Heródoto, esta fantástica visión del mito tradicional explicaba *racionalmente* la contienda troyana; según esa explicación, Príamo no hubiera dudado en devolver Helena y tesoros para evitar la mortandad, y no hubiese jamás prevalecido el capricho de Paris sobre el buen sentido de Héctor; pero los dánaos, cegados por un dios, se negaron a aceptar las evasivas —lógicas, pues Helena no estaba en Troya— del rey teucro, y la sangre corrió por las llanuras anatolias hasta inundar los ríos de cadáveres. En Eurípides, un espíritu inquieto, siempre en renovación, la subversión de la leyenda ya no explicaba nada, justificándose a sí misma en tanto que intriga novelesca o nuevo sesgo de una fantasía.

Pues bien, en Egipto ha muerto Proteo, y Helena es requerida de amor por Teoclímeno, hijo de aquél, por más que ella le rechaza una y otra vez, fiel al recuerdo rubio de Menelao (¡ella, la *femme-objet* por excelencia de la epopeya!). Hay que decir que el enamoramiento de Teoclímeno es creación de Eurípides, dando vida en el hijo de Proteo a una especie de necio ogro folklórico de cuya crueldad y torpe lascivia deben los amantes huir.

La llegada de Teucro, hermano de Ayante Telamonio (en quien los comentaristas quieren ver un trasunto del rey Evágoras de Chipre, amigo fiel de Atenas en los difíciles momentos en que fue escrita *Helena*), de paso por Egipto en dirección a Chipre, teje una red de funestos presagios en torno a los regresos de los héroes victoriosos en Troya. Con todo, nada puede impedir, acto seguido, el efectista e imprevisto arribo de Menelao a las riberas del Nilo, víctima de las tempestades y, a la vez, contraste feliz con su supuesta muerte en los abismos del océano. Menelao y Helena se encuentran junto a la tumba de Proteo y, después de los años y del fraude divino, se reconocen.

Karin Alt ha estudiado, en un hermoso artículo[1], esa anagnórisis, momento cumbre en la acción del drama. Al disponer así el reconocimiento de la pareja, Eurípides anuncia lo que va a ser la escena suprema de la novela griega, que nacería tres siglos más tarde, y preludia también la comedia nueva de Menandro.

El Náufrago y la Bella (otros dos personajes del folklore), protegidos por la potestad mántica de Teónoe, hermana de Teoclímeno, consiguen, merced a una serie de ardides y estratagemas, escapar de las inhumanas leyes de Egipto, y regresar, henchidos de vientos favorables y de felicidad, a tierra lacedemonia. Cástor

1 «Zur Anagnorisis in der *Helena*», *Hermes* 90 (1962), 6-24.

y Pólux, los Dioscuros, hermanos de Helena, sancionan *ex machina* el *happy end* de la acción dramática.

Ésta es, en suma y sin detalles, la trama argumental de *Helena*, una tragedia *sui generis* que más parece una comedia fantástica o de enredo, pero con un elemento mítico muy desarrollado, lo que aproxima su contenido al de la novela helenística (Caritón, Jenofonte de Éfeso, Jámblico, Aquiles Tacio) y bizantina (*Calímaco y Crisórroe*), y, por citar un ejemplo deducido del teatro clásico español, se nos antoja parangonable con el tipo de comedia que representa *La Gloria de Niquea*, de nuestro Villamediana, a caballo entre lo mágico, lo fantástico, lo alegórico y lo hermético.

Gilbert Murray[2] considera la *Helena* euripidea como una «rather brilliant failure», y, más adelante, refiriéndose a la protagonista de la pieza, afirma: «En el intento de rehabilitar a Helena, ésta queda reducida al tipo más insípido de las criaturas imaginarias: una heroína de perfecta belleza y de intachable conducta, sin el menor carácter fuera del amor a su marido...».

W. Schmid[3] insiste, por su parte, con justicia en el virtuosismo de los efectos escénicos del drama. Se diría que Eurípides, al componerlo, «estaba pensando sólo en el teatro».

Albin Lesky[4] justifica la falta de profundidad que preside la obra acudiendo al proceso de secularización que afectaba a la tragedia en época de Eurípides: el hombre es aquí juguete del azar, y lo es sin ningún género de implicaciones filosóficas o religiosas. El *deus ex machina* final no es más que un truco, un artificio

---

2 *Euripides and his Age*, Londres, 1913, págs. 144-145.

3 *Geschichte der griechischen Literatur*, III, Munich, 1940, pág. 516, nota 1.

4 *La tragedia griega*, Barcelona, 1966, págs. 204-206.

que desempeña el papel de Azar, pero que es incapaz de someterlo a unas normas o a unos esquemas. Teónoe, la vidente, tal vez sea el personaje menos frívolo, pero tiene también ciertos perfiles que la ayudan a no desentonar dentro del marco de prestidigitación escénica impuesto por el poeta. Es, pues, la misma dimensión de pensamiento[5] que albergará más tarde a los novelistas, desde el autor ignoto de *Nino y Semíramis* hasta Marie de France, el *Roman de Troie*, nuestra novela de caballerías del siglo XVI, Cervantes, Fielding, Sterne, Stendhal o Tolkien. El mundo de lo divino retrocede así ante el mundo de lo puramente humano, regido por Fortuna, la misma diosa prepotente del universo renacentista.

C. M. Bowra[6], por ejemplo, se siente cautivado por la vivacidad, el encanto y la inteligencia de la Helena euripidea, una de las heroínas más atrayentes diseñadas por el dramaturgo, «símbolo de lo que pueden el buen sentido y la dulzura allí donde la fuerza ya ha fracasado».

A mi parecer, *Helena* es una deliciosa aventura literaria tanto para el que escribe como para quien escucha o lee, una exquisita ceremonia lúdica tan lejos de la antigua problemática religiosa como de la nueva y atormentada distorsión «humanista» y existencial, un paréntesis de irrealidad y fantasía que sólo podría conducirnos a las *Etiópicas* de Heliodoro o a la anónima *Queste del Sainct Graal* (y, por qué no, al *Persiles y Sigismunda* o al *Manuscrit trouvé à Saragosse* de Po-

---

5 Cf. A. M. DALE, *Euripides: Helen*, Oxford, 1967, págs. XV-XVI. No es ocioso que Dale hable de piezas shakespearianas como la encantadora *Twelfth Night* al referirse a *Helena*. También ha sido comparada con *A Midsummer-Night's Dream* y, sobre todo, con dos obras maestras de la última época: *Measure for Measure* y *The Winter's Tale*.

6 *Historia de la literatura griega*, México, 1967[7], págs. 93-94.

tocki). La psicología de los personajes no es, por supuesto, estudiada por el dramaturgo de una forma exhaustiva. Prevalecen ingenio y agudeza sobre profundidad y reflexión. Pero el sabor exótico que imprime el poeta en su narración, los numerosos elementos románticos con que se enriquece la obra, el agudo sentido del humor, la habilísima doble intención en las palabras de la heroína cuando habla con Teoclímeno, todo ello hace de *Helena* el comienzo —y no la decadencia— de algo. De ese modo, al concluir el drama con una breve y sentenciosa estrofa anapéstica recitada por el Coro (sistema que ya había utilizado en *Alcestis*, su primera tragedia, y del que se sirvió con frecuencia), un nuevo drama —nuestro teatro occidental— da comienzo, o, como dice Antonio Tovar[7], «cuando Eurípides, al redactar en su vejez *Helena*, corta el cordón umbilical que aún ligaba a Esquilo, Sófocles y Aristófanes a la tierra sagrada del Ática, abre las posibilidades del teatro en todas nuestras literaturas».

Esquema de la obra

PRÓLOGO (1-163). Expuesto por Helena y, a partir del verso 68, por Teucro y Helena.

PÁRODO (164-385). Propiamente, un largo *kommós* entre Helena y el Coro.

EPISODIO 1.º (386-514). En realidad, un segundo Prólogo, esta vez a cargo de Menelao y de una anciana portera (versos 437-482) del palacio de Teoclímeno.

EPIPÁRODO (515-527). A cargo del Coro.

EPISODIO 2.º (528-1106). Larguísimo Episodio centrado en dos cuestiones fundamentales: el encuentro y posterior anagnórisis entre Menelao y Helena, en el que se incluye un dúo de reconocimiento cantado por ambos (versos 625-697), y la elaboración de un plan arriesgado, pero con la aquiescen-

7 «Aspectos de la *Helena* de Eurípides», *Estudios sobre la tragedia griega*, Madrid, 1966, pág. 137.

cia de Teónoe (que aparece en el verso 865 y desaparece en el 1029), para regresar a la patria.

ESTÁSIMO 1.º (1107-1164). Tardío primer Estásimo en el que el Coro se lamenta de las desgracias de los protagonistas y de la inutilidad de la guerra de Troya.

EPISODIO 3.º (1165-1300). La estratagema da resultado: Helena engaña a Teoclímeno en presencia de Menelao, que finge ser un marinero superviviente del naufragio en el que él mismo habría perdido la vida. Para cumplir con los ritos funerarios de la Hélade, hace falta una nave que transportará las ofrendas...

ESTÁSIMO 2.º (1301-1368). Estásimo de la Gran Diosa, que aquí es Deméter, y no Cíbele-Rea. Se narra el mito del rapto de Perséfone.

EPISODIO 4.º (1369-1450). Últimos preparativos de la navegación ritual. Teoclímeno ofrece a Menelao el mando de la nave, a instancias de Helena. El engaño ha surtido definitivo efecto.

ESTÁSIMO 3.º (1451-1511). Estásimo de los buenos augurios para el viaje de los esposos, y preludio del *happy end* en la invocación a los Dioscuros de la Antístrofa II.

ÉXODO (1512-1692). Un mensajero informa a Teoclímeno de la huida de Helena y Menelao. El rey de Egipto se enfurece y quiere dar muerte a Teónoe, su hermana, pero un servidor de ésta se interpone. Los Dioscuros, *ex machina*, ponen fin a la ira de Teoclímeno justificando la actuación de la vidente, y anuncian que Menelao y Helena serán divinizados.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Cito tan sólo las ediciones que he tenido a la vista, sean del texto original griego, bilingües o simples traducciones.

G. MURRAY, *Euripidis Fabulae*, III, Oxford, 1913².

L. DE LISLE, *Eurípides: Obras completas* (versión española de G. Gómez de la Mata), IV, Valencia, *s. d.*

H. Grégoire, *Euripide: Hélène*, París, 1961.
K. Alt, *Euripidis Helena*, Leipzig, 1964.
A. M. Dale, *Euripides: Helen. Edited with Introduction and Commentary*, Oxford, 1967.
R. Kannicht, *Euripides: Helena*, I (Einleitung und Text) y II (Kommentar), Heidelberg, 1969.

NOTA SOBRE LAS FUENTES

Figuran a continuación los pasajes en que no he creído oportuno seguir la edición de G. Murray.

Edición Murray	*Lectura adoptada en esta versión*
172 δάκρυα·	δάκρυα,
173 μέλεα,	μέλεα·
218 τίνα δὲ βίοτον	τί δ' ἀνὰ βίοτον Bruhn
257 - 259 Entre corchetes (*del.* Wieland)	Conservar los tres versos
287-292 No ve interpolación	[287-292] Goguel
302 σμικρὸν	σμικρὸς Stephanus
σάρκ' Hermann	ἄρθρ' Keil (*ex* ἄρτ' *LP*)
324-325 ...κόρῃ· / ὅθενπερ εἴσῃ πάντα τἀληθῆ...	...κόρῃ / ὅθενπερ εἴσῃ πάντα· τἀληθῆ... Musgrave, Dindorf, Pflugk
349 ὑδρόεντι Reiske	ὑδρόεντα *LP*
352 ΕΛ. τί τάδ' ἀσύνετα;	ΧΟ. τί τάδ' ἀσύνετα; *post correctorem apogr. Paris.*
358 - 359 τῷ τε σήραγγας Ἰδαίας ἐνίζοντι Badham	τῷ τε σύριγγος αὐδᾷ σεβίζοντι Dale
388 τόθ'	τότ'
388-389 No secluye	Secluir desde ἡνίκ' hasta ἐποίεις,
389 ἐν θεοῖς	εὐθέως Hermann
416 ὥσθ' ἱστορῆσαι, τὰς ἐμὰς δυσχλαινίας	ὥσθ' ἱστορῆσαι τὰς ἐμὰς δυσχλαινίας

Edición Murray	*Lectura adoptada en esta versión*
422 ἐκβόλοις ἃ ἀμπίσχομαι	ἔκβολ' οἷς ἀμπίσχομαι Reiske
441-442 ταῦτα, ταῦτ'· ἐπεὶ καλῶς λέγεις. / ἔξεστι... Murray	ταὐτὰ ταῦτ' ἔπη κἄλλως λέγειν / ἔξεστι... Herwerden
442 λόγον	χόλον Heimsoeth
556 τόπου	τάφου Elmsley
866 θεῖόν τε, σεμνοῦ θεσμὸν αἰθέρος, μυχῶν,	θείου δὲ σεμνὸν θεσμὸν αἰθέρος μυχούς Wecklein
898 μου	μοι Seidler
936 κατεσφάγη	κατεφθάρη Schenkl
944-946 ΧΟΡΟΣ Dindorf	ΘΕΟΝΟΗ *LP*
1006 Χάρις	Κύπρις
1022 ὁδόν τιν' ἐξευρίσκετε Nauck	τιν' ἔξοδόν γ' εὑρίσκετε (*e* τὴν ἔξοδόν γ' εὑρίσκετε *LP*)
1050 λόγῳ θανεῖν	τεθνηκέναι Cobet
1134 ἔριν,	ἔριν
1135 νεφέλαν... ἄγων,	Μενέλας... ἄγων Wilamowitz
1447 χρῆσθ' ὁμοῦ Nauck	χρῆστ' ἐμοῦ *LP*

ARGUMENTO

Con relación a Helena, Heródoto[1] dice que marchó a Egipto, y que Homero[2] confirma este hecho, haciendo que ella, en la *Odisea,* ofrezca a Telémaco la droga que hace olvidar las penas, la misma que le había dado Polidamna, esposa de Toón. No es esto precisamente lo que Eurípides dice. En efecto, Homero y Heródoto[3] cuentan que ella, errabunda con Menelao tras el saco de Ilión, llegó a Egipto, y que allí consiguió las antedichas drogas, mientras que Eurípides afirma que la auténtica Helena no fue jamás a Troya, sino un fantasma suyo, pues Hermes, después de haberla raptado por voluntad de Hera, la entregó a la custodia de Proteo, rey de Egipto. Muerto éste, su hijo Teoclímeno había intentado obligarla a casarse con él, pero ella fue entonces a sentarse como suplicante junto a la tumba de Proteo. Allí se le presenta Menelao, que había perdido en el mar sus naves, pero conservaba a unos pocos de sus compañeros ocultos en una caverna. Trabando conversación, ambos maquinan un ardid para engañar a Teoclímeno y, subiendo a bordo de una nave con la excusa de ofrecer un sacrificio en honor de Menelao, muerto en el mar, llegan sanos y salvos a su patria.

---

1 II 113-119.

2 *Odisea* IV 221-230.

3 Heródoto no dice que Helena llegara a Egipto tras asistir con Menelao al saco de Ilión, sino que afirma, por el contrario, que la heroína nunca estuvo en Troya.

PERSONAJES

HELENA.
TEUCRO.
CORO.
MENELAO.
Una ANCIANA.
Un MENSAJERO.
TEÓNOE.
TEOCLÍMENO.
Otro MENSAJERO.
SERVIDOR de Teónoe.
Los DIOSCUROS.

Helena. — He aquí las bellas ondas virginales del Nilo, que, en lugar de la divina lluvia, riega los campos y el país de Egipto cuando la blanca nieve se disuelve. Proteo, cuando vivía, era el rey de esta tierra, habitaba en la isla de Faros y era soberano de Egipto. Había desposado a una de las doncellas marinas, a Psámate, después de dejar ésta el lecho de Éaco. Y engendró dos hijos en su palacio, un varón, Teoclímeno, [llamado así porque honró a los dioses todos los días de su vida], y una noble doncella, Ido, delicia de su madre mientras fue niña, y a la que, una vez llegada a la edad oportuna para el matrimonio, la llamaron Teónoe, porque sabía las cosas divinas, lo que es y lo que será, prestigios heredados de su abuelo Nereo.

En cuanto a mí, mi patria, Esparta, no carece de gloria, y mi padre es Tindáreo; pero es fama que Zeus, bajo la apariencia de un cisne, llegó volando hasta mi madre Leda y entró furtivamente en su lecho, fingiendo huir de la persecución de un águila, si es que la historia es fidedigna. Me llamaron Helena. Los males que he sufrido, voy a decirlos.

En relación con su belleza respectiva, fueron a ver a Alejandro en lo más intrincado del Ida tres diosas, Hera, Cipris y la virgen hija de Zeus, con el deseo de que él dictaminara en juicio acerca de su hermosura. Prometiendo a Alejandro que desposaría mi belleza —si bello es lo que tantas desdichas me ha causado—, Cipris triunfó, y el ideo Paris, abandonando sus establos, llegó a Esparta, seguro de poseer mi lecho. Pero Hera, ofendida por no haber vencido a sus rivales, con-

virtió en vano viento mi unión con Alejandro, y no fui yo lo que abrazaba el hijo del rey Príamo, sino una imagen viva semejante a mí que la esposa de Zeus había fabricado con aire celeste. Y él creyó que me poseía, vana apariencia, sin poseerme.

Otros designios añadió Zeus a estos males, pues llevó la guerra al país de los helenos y a los desventurados frigios, para aliviar a la madre tierra de una gran multitud de hombres y para que cobrara fama el más valiente hijo de la Hélade.

No presidía yo el esfuerzo de los frigios; no era yo, sino mi nombre, la única recompensa para la lanza de los helenos. Hermes me había conducido envuelta en una nube a través de las profundidades del éter —no me había olvidado Zeus— hasta la casa de Proteo, elegido por ser el más virtuoso de todos los mortales, a fin de que yo conservase para Menelao mi lecho inviolado. Y aquí estoy, mientras que mi desdichado esposo, después de reunir un ejército, persigue a mis raptores al pie de las murallas de Ilión. Muchas almas han perecido por mi culpa a orillas del Escamandro, y maldicen por ello de mí, que tanto he sufrido, y me acusan de haber promovido esta terrible guerra traicionando a mi esposo.

¿Por qué estoy viva aún? Al dios Hermes le he oído decir que todavía habitaré la ilustre tierra de Esparta en compañía de mi esposo, sabedor él de que nunca fui a Ilión ni compartí el lecho con nadie.

Mientras Proteo vio esta luz del sol, mi matrimonio se mantuvo intacto; pero ahora que está oculto en la oscuridad de la tierra, su hijo Teoclímeno persigue mis bodas. Y yo, siéndole fiel a mi primer esposo, he venido a postrarme suplicante ante la tumba de Proteo, a fin de que conserve mi lecho para Menelao y para que, aunque mi nombre sea infame en la Hélade, al menos aquí mi cuerpo no se cubra de vergüenza.

TEUCRO. — ¿Quién es el soberano de estos fortificados recintos? Casa es digna de compararse con la de Pluto. Regios son los pórticos y bien revestida la morada. ¡Ah! Oh dioses, ¿qué visión es ésta? Estoy viendo la odiosísima imagen sanguinaria de la mujer que me perdió a mí y a todos los aqueos. ¡Que los dioses te rechacen, escupiéndote, por tu parecido con Helena! Si mi pie no pisara tierra extranjera, la muerte te daría con estas flechas infalibles; pagarías así tu semejanza con la hija de Zeus.

HELENA. — ¿Por qué, oh desventurado, quienquiera que seas, te diriges a mí y me odias por las calamidades de ella?

TEUCRO. — Me he equivocado. Cedí a la cólera más de lo debido. Toda la Hélade odia a la hija de Zeus. Perdóname lo dicho, mujer.

HELENA. — ¿Quién eres? ¿De dónde has venido a esta tierra?

TEUCRO. — Soy, mujer, uno de los desdichados aqueos.

HELENA. — No hay que admirarse, entonces, de que odies a Helena. Pero, ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién es tu padre?

TEUCRO. — Mi nombre es Teucro. Telamón es el padre que me engendró. Salamina la patria que me ha criado.

HELENA. — ¿Qué te ha traído a estas tierras del Nilo?

TEUCRO. — Mis parientes me han expulsado de mi país natal.

HELENA. — ¡Qué desgracia para ti! Y, ¿quién te ha echado de la patria?

TEUCRO. — Telamón, mi padre. ¿Hay pariente más íntimo?

HELENA. — ¿Por qué? Todo eso esconde grandes calamidades.

TEUCRO. — Mi hermano Ayante me ha perdido, al morir en Troya.

HELENA. — ¿Cómo? No le quitarías la vida tú con tu acero...

TEUCRO. — Él mismo se mató, precipitándose sobre su propia espada.

HELENA. — Loco estaría. ¿Qué cuerdo hubiera obrado así?

TEUCRO. — ¿Conoces a un tal Aquiles, hijo de Peleo?

HELENA. — Sí. He oído decir que en otro tiempo fue pretendiente de Helena.

TEUCRO. — Después de muerto, suscitó entre sus compañeros una disputa en torno a sus armas.

HELENA. — ¿Por qué supuso eso una desgracia para Ayante?

TEUCRO. — Al ver que otro obtenía las armas, se quitó la vida.

HELENA. — Y, sin duda, tú sufres por sus padecimientos.

TEUCRO. — Sí, porque no caí muerto al mismo tiempo que él.

HELENA. — ¿Significa eso, extranjero, que fuiste a la ilustre ciudad de Ilión?

TEUCRO. — Después de haber contribuido a destruirla, me he perdido a mi vez.

HELENA. — ¿Ha sido Troya presa de las llamas?

TEUCRO. — Hasta el punto de que no queda huella alguna de sus murallas.

HELENA. — ¡Desgraciada Helena! Por tu culpa yacen muertos los frigios.

TEUCRO. — Y los aqueos. Grandes males se han producido.

HELENA. — ¿Desde cuándo está destruida la ciudad?

TEUCRO. — Cerca de siete años de cosecha han pasado.

HELENA. — Y, ¿cuánto tiempo en total habéis estado en Troya?

TEUCRO. — Muchas lunas, a lo largo de diez años.

HELENA. — ¿Recuperasteis también a la mujer espartana?

TEUCRO. — Menelao se la llevó, arrastrándola por los cabellos.

HELENA. — ¿Has visto tú a la desdichada, o hablas de oídas?

TEUCRO. — Con mis ojos la he visto, no menos que a ti ahora.

HELENA. — Piensa que pudo ser un fantasma creado por los dioses.

TEUCRO. — Háblame de otra cosa, no de esa mujer.

HELENA. — Así, pues, ¿crees que tu visión fue verdadera?

TEUCRO. — La he visto con mis ojos, y el espíritu ve[4].

HELENA. — Y Menelao, ¿ya está con su esposa en la patria?

TEUCRO. — En Argos no está, ni a orillas del Eurotas.

HELENA. — ¡Ay! Malas noticias son para aquellos a quienes concierne la desgracia.

TEUCRO. — Dicen que él y su esposa han desaparecido.

HELENA. — ¿No siguieron todos los argivos el mismo trayecto?

TEUCRO. — Sí, pero una tormenta los dispersó en todas direcciones.

HELENA. — ¿En qué punto del mar salado?

TEUCRO. — Cuando se encontraban en medio del mar Egeo.

HELENA. — ¿Y, desde entonces, nadie ha visto a Menelao en ninguna parte?

---

[4] Podría ser una alusión al conocido verso de Epicarmo: «El espíritu ve y el espíritu oye; lo demás permanece sordo y ciego», pero tal vez no sea más que una simple coincidencia.

TEUCRO. — Nadie. En la Hélade dicen que ha muerto.

HELENA. — ¡Estoy perdida! ¿Existe aún la hija de Testio?

TEUCRO. — ¿Te refieres a Leda? Ya le llegó su hora.

HELENA. — No la habrá matado la vergonzosa fama de Helena...

TEUCRO. — Eso dicen. Ella misma se ajustó un lazo al noble cuello.

HELENA. — Y los hijos de Tindáreo, ¿viven o no?

TEUCRO. — Están muertos y no lo están. Hay dos versiones.

HELENA. — ¿Cuál es la más creíble? ¡Me consumo en desgracias!

TEUCRO. — Dicen que ambos son dioses convertidos en astros.

HELENA. — Bien está eso. ¿Y la otra versión?

TEUCRO. — Cuenta que el hierro ha dado fin a sus días a causa de su hermana. Pero basta de palabras, que no quiero gemir por partida doble. He venido a estas regias moradas porque necesito ver a la profetisa Teónoe. Sírveme tú de mediadora para obtener de ella los oráculos que dirigirán, con viento favorable, las alas de mi nave hacia el país marítimo de Chipre, donde Apolo me predijo que fundaría una ciudad a la que pondría el nombre insular de Salamina, en recuerdo de mi patria de origen.

HELENA. — La propia navegación te orientará, extranjero. Pero abandona esta tierra, huye antes de que te vea el hijo de Proteo, dueño de este país. Ahora está ausente, y caza con sus perros animales salvajes. No te detengas, pues mata a todo heleno extranjero que cae en sus manos. El porqué, no me lo preguntes; prefiero callar. ¿De qué te serviría saberlo?

TEUCRO. — Has dicho bien, mujer. Los dioses te concedan sus favores a cambio de tus buenos oficios. Tienes el cuerpo igual que Helena, pero tu corazón no

es como el suyo, sino muy diferente. ¡Perezca ella de manera vil y no regrese jamás a las orillas del Eurotas! En cuanto a ti, mujer, que seas siempre muy feliz.

HELENA. — *¡Ay! Para empezar con la queja adecuada a mis grandes dolores, ¿de qué lamento me serviré? ¿Qué canto entonaré con lágrimas, sollozos o gemidos? ¡Ay, ay!*

Estrofa 1.ª

Jóvenes aladas, doncellas hijas de la Tierra, Sirenas[5], *ojalá pudierais venir a acompañar mis lamentos con la flauta libia de loto, con la siringa o con la lira, respondiendo con lágrimas a mis deplorables desgracias, con sufrimientos a mis sufrimientos, con cantos a mis cantos. Que Perséfone se una a mis sollozos enviándome vuestra fúnebre música, y recibirá de mí a cambio, allá en sus moradas nocturnas, el peán regado con lágrimas que dedico a muertos y difuntos.*

CORO.

Antístrofa 1.ª

Estaba yo junto al agua azul, secando sobre la rizada hierba y sobre el tallo de los juncos los peplos de púrpura al resplandor de oro del sol, cuando un lamento ha llenado el aire, y he podido oír un clamor, un canto de dolor no apto para la lira que mi dueña exhalaba entre gemidos y sollozos, semejante a una Ninfa o a una Náyade que, mientras huye por los montes, deja oír tristes melodías, y, junto a las grutas de piedra, denuncia con sus gritos los amores de Pan.

---

5 Genios marinos, mitad mujer, mitad ave. Aquí no se identifican ya con las bellas cantoras de la epopeya (*Odisea* XII 1-200), sino con divinidades del más allá, que cantaban para los bienaventurados en las Islas Dichosas. Pasaron a representar las armonías celestiales, y como tales aparecen a menudo en los sarcófagos.

HELENA.

Estrófa 2.ª

¡Ay, ay! Botín de naves bárbaras, vírgenes helénides, un navegante aqueo ha venido, ha venido aquí a traerme llanto y más llanto. Ilión no es ya más que una ruina al cuidado del fuego destructor, y ello por culpa mía, que a tantos he matado por culpa de mi nombre, manantial de desastres. Leda buscó la muerte en un lazo asfixiante, a causa del dolor que mi deshonra le produjo. Mi esposo, extraviado largo tiempo en el mar, ha perecido; y Cástor y su hermano, honor gemelo de la patria, han desaparecido, han desaparecido abandonando la tierra que temblaba bajo los cascos de sus caballos, y los gimnasios a orillas del Eurotas, rico en juncos, escenario de esfuerzos juveniles.

CORO.

Antístrofa 2.ª

¡Ay, ay! ¡Cuán lamentables son tu destino y tu suerte, mujer! Infortunada vida has llevado desde el día en que Zeus te engendró de tu madre, brillando por el éter bajo el plumaje de un cisne blanco como la nieve. Pues, ¿qué desgracia se ha alejado de ti? ¿Qué no has sufrido a lo largo de tu existencia? Tu madre ha muerto; los queridos hijos gemelos de Zeus tampoco son felices; tú, mi señora, no puedes ver el suelo de la patria, y corre por las ciudades el rumor de que compartes el lecho de un bárbaro; tu esposo abandonó la vida en las olas del mar: ya nunca más verás feliz las moradas de tu padre ni a la Diosa que habita casa de bronce[6].

HELENA.

Epodo.

¡Ay, ay! ¿Qué frigio o quién de tierra helénica cortó el pino que iba a inundar de llanto Ilión? De ese pino cons-

6 Es la Atena *Chalkíoikos* venerada en Esparta.

truyó el Priámida su funesto bajel y, con tripulación bárbara, navegó hasta mi hogar, en pos de mi belleza desdichadísima, a fin de poseer mi lecho. Viajaba con él Cipris, amiga siempre del engaño y del crimen, y llevaba la muerte a los dánaos. ¡Desgraciada de mí entre tantos males! Hera, la augusta diosa a la que Zeus abraza en su dorado trono, envió a Hermes, el veloz hijo de Maya, quien, mientras en mi peplo recogía yo rosas frescas para ir a ofrecérselas más tarde a la Diosa que habita casa de bronce, me arrebató a través del éter y me condujo a esta desventurada tierra, convirtiéndome en causa de la contienda —de la contienda, ¡pobre de mí!— entre la Hélade y los Priámidas. Desde entonces mi nombre arrastra, a orillas del Simunte, una mala fama ficticia.

CORIFEO. — Sé que estás sufriendo, pero hay que soportar con resignación las fatalidades de la vida.

HELENA. — Amigas, ¿a qué destino estoy uncida? ¿Me ha parido mi madre para ser un prodigio ante los mortales? Pues ninguna mujer, helénide o bárbara, ha alumbrado a sus hijos poniendo un huevo blanco, como dicen que Leda me parió a mí de Zeus. Un prodigio es también toda mi vida, y ello por culpa de Hera y a causa de mi belleza. ¡Ojalá esta belleza pudiera borrarse como se borra una pintura, y los rasgos de mi cara se volvieran horrendos en vez de hermosos! ¡Ojalá los helenos olvidaran la mala fama que ahora tengo, y recordasen lo que no es malo como recuerdan ahora lo malo!

Cuando uno está pendiente de un suceso feliz, y los dioses convierten su esperanza en desgracia, el caso, aunque no deja de ser duro, se puede soportar. Pero a mí no me abruma una, sino muchas calamidades. Para empezar, soy inocente, y se me considera una infame. Mucho peor es que te acusen de males que no has cometido, que la realidad misma del mal. Además, fui expulsada de mi patria por los dioses y enviada a

estas gentes bárbaras, donde, privada de los seres queridos, soy esclava yo, que procedo de hombres libres: pues todos los bárbaros son esclavos, a excepción de uno[7]. Un áncora, tan sólo una, mantenía aún mi esperanza: que un día volvería mi esposo y pondría fin a mis males; pero mi esposo ha muerto, ya no existe. Murió también mi madre, y yo soy su asesino: aunque no sea justo acusarme por ello, la culpa es sólo mía. Mi hija[8], la que fuera mi orgullo y el de mi casa, virgen y sin marido verá cómo blanquean sus cabellos. Y los hijos de Zeus, los famosos Dioscuros, ya no existen. Por todo ello perezco yo en medio de tantas desgracias, aunque de hecho no esté muerta. [Lo último y peor es que, si volviera a la patria, me prohibirían el acceso, pensando que, si era la Helena que fue a Troya, debería haber vuelto con Menelao. Porque, si viviera mi esposo, nos reconoceríamos recurriendo a señales que sólo él y yo sabemos. Pero eso no es posible ahora, y él ya nunca regresará.]

¿Por qué estoy viva aún? ¿Qué esperanza me queda? ¿Contraer nuevo matrimonio para remediar mis desgracias, vivir en compañía de un bárbaro sentándome a su opulenta mesa? Pero cuando un marido es odioso a su mujer, también el propio cuerpo[9] se hace odioso, y mejor es morir. ¿Cómo no va a estar bien la muerte para mí? [Vergonzoso es colgarse de un lazo, y parece inconveniente incluso para los esclavos. Degollarse es más noble y hermoso, y ¡es tan breve el instante que nos libera de la vida!] ¡A qué abismo de males he venido a parar! ¡La misma belleza que hace felices a las demás mujeres, a mí me ha perdido!

---

7 Hermoso proverbio sobre la inferioridad de los bárbaros ante los griegos, basada en la condición servil de los súbditos que entraña toda monarquía.

8 Hermíone, hija única de Helena y Menelao.

9 La propia vida.

CORIFEO. — Helena, no creas que el extranjero que ha venido, quienquiera que sea, ha dicho sólo verdades.

HELENA. — Por lo menos dijo a las claras que mi marido había muerto.

CORIFEO. — Muchos relatos se construyen a base de mentiras.

HELENA. — Y, al contrario, otros muchos son verdad.

CORIFEO. — Te inclinas a dar crédito a lo malo antes que a lo bueno.

HELENA. — El propio miedo me conduce hacia aquello que temo.

CORIFEO. — ¿Con qué simpatías cuentas en este palacio?

HELENA. — Todos son mis amigos, a excepción del que intenta desposarme.

CORIFEO. — ¿Sabes lo que tienes que hacer? Abandona esta tumba.

HELENA. — ¿A qué consejo quieres llegar hablando así?

CORIFEO. — Entra en la casa y pregunta a Teónoe, la hija de la Nereida póntica, la que todo lo sabe, si todavía existe tu esposo o si ha perdido ya la luz del sol. Cuando conozcas la verdad, entrégate al gozo o al llanto. ¿De qué vale penar antes de saberlo todo a ciencia cierta? Hazme caso: deja esta tumba y ve en busca de la doncella por quien has de salir de tu ignorancia. Si en esta misma casa puedes obtener información veraz, ¿para qué buscarla más lejos? Quiero acompañarte yo también al palacio y escuchar contigo los oráculos de la virgen. Una mujer debe compartir las fatigas de otra mujer.

HELENA. — *Acepto, amigas, vuestro consejo. Venid, venid al palacio para que, dentro de la casa, conozcáis la verdad acerca de mis sufrimientos.*

CORO. — *Llamas a quien te sigue de buena gana.*

HELENA. — *¡Ay, día infortunado! ¿Qué nuevas lamentables voy a oír, desdichada de mí?*

CORO. — *No anticipes lamentos, oh querida, profetizando males.*

HELENA. — *¿Qué habrá sufrido mi infortunado esposo? ¿Ve la luz, la cuadriga de Helio, el curso de los astros, o, entre los muertos, bajo tierra, sufre duradero destino?*

CORO. — *Piensa en el porvenir mejor, cualquiera que sea.*

HELENA. — *Yo te invoco, húmedo Eurotas de verdes juncos, y te juro que, si es cierto el rumor de la muerte de mi esposo...*

CORO. — *¿Por qué esas palabras ininteligibles?*

HELENA. — *...suspenderé mi cuello de una cuerda asesina, o me introduciré una espada en embestida de hierro frío a través de la carne, mortal persecución del degüello que hace brotar la sangre de la garganta, ofreciéndome en sacrificio a las tres diosas y al Priámida que las celebró antaño con el canto de su siringa junto a los pastoriles establos.*

CORO. — *¡Váyanse esas desgracias a otra parte y seas tú muy feliz!*

HELENA. — *¡Ay, Troya desdichada! Por hechos nunca cometidos has sido destruida y has soportado tantas desgracias. Los dones con que Cipris me adornó han engendrado mucha sangre, mucho llanto; han traído dolor sobre dolor, lágrimas sobre lágrimas, sufrimientos. Las madres han perdido a sus hijos; las doncellas, hermanas de los muertos, han depositado sus cabelleras junto al cauce del frigio Escamandro. La Hélade ha lanzado un grito, un grito de dolor, y se ha deshecho en llanto, se ha golpeado la cabeza con las manos, y con las uñas ha surcado de heridas sangrientas sus delicadas mejillas.*

Oh tú, afortunada Calisto, doncella de la Arcadia de

antaño, que subiste al lecho de Zeus bajo la forma de un cuadrúpedo, ¡cuánto mejor te fue a ti que a mi madre!, pues, transformada en fiera de miembros velludos —por más que la ternura de tus ojos suavizara tu aspecto externo—, abandonaste el fardo de la pena. Afortunada tú también, la cierva de cuernos de oro que Artemis expulsó de sus coros antaño, la Titánide, hija de Mérope, castigada por tu belleza. ¡Mi cuerpo ha arruinado, ha arruinado la ciudadela de Dardania y ha sembrado la muerte entre los aqueos!

MENELAO. — ¡Oh Pélope, tú que en Pisa rivalizaste otrora con Enómao en el certamen de cuadrigas! ¡Ojalá entonces, [cuando fuiste persuadido a formar parte de un festín ante los dioses], hubieras muerto, antes de engendrar a mi padre Atreo, quien, a su vez, del lecho de Aérope engendró a Agamenón y a mí, Menelao, ilustre pareja! Glorioso me parece —y digo esto sin vanidad— trasladar por medio del remo todo un ejército hasta Troya, sin que, como un tirano, hubiera de reunirlo por la fuerza, pues la juventud de la Hélade se puso de buen grado bajo mis órdenes. De los que me siguieron, unos ya no se cuentan entre los vivos; otros, felizmente escapados de los peligros marinos, llevaron a sus casas, de regreso, los nombres de los muertos. Pero yo, desdichado, no he dejado de errar sobre las ondas del glauco mar desde que derribé las torres de Ilión, y, aunque deseo ardientemente volver a mi patria, los dioses no me consideran digno de hacerlo. Tengo navegadas todas las costas, desiertas e inhospitalarias, de Libia. En cuanto me acerco a mi casa, el viento me hace retroceder, y jamás una brisa favorable ha henchido mis velas de modo que pudiese regresar a mi país.

Y he aquí que ahora yo, náufrago miserable, he venido a caer en esta tierra, después de haber perdido a

mis amigos. Mi nave se ha roto en mil pedazos contra las rocas. De los diversos elementos que la componían, sólo ha quedado intacta la quilla, sobre la cual logré, a duras penas y por un azar inesperado, salvarme a mí y a Helena, mi esposa, a quien traigo conmigo desde Troya. Cuál sea el nombre de este país y cuál el pueblo que lo habita, lo ignoro. Y me da vergüenza presentarme ante la gente, no sea que me vayan a interrogar acerca de mis harapos, pues quiero ocultar por pudor mi desgracia. Cuando a un hombre que está muy alto le ruedan mal las cosas, la falta de costumbre le mortifica más que al que ha sido siempre un desgraciado. Pero la necesidad me consume, no tengo pan, ni vestidos con que cubrir mi piel; puede verse que son sólo restos del naufragio los jirones que llevo puestos. El mar me ha arrebatado los peplos de antaño, mis magníficas vestiduras, todo mi esplendor. A la que fue el origen de todos mi males, a mi esposa, la he ocultado en el interior de una gruta, y he venido, dejando como encargados de su custodia a aquellos de mis compañeros que han sobrevivido. Y aquí estoy, solo, buscando con afán poder hacerme con lo que urgentemente necesitan mis amigos de allá. A la vista de este palacio cernido de murallas, de estas puertas soberbias propiedad de algún hombre opulento, me he acercado. De una rica mansión es lógico esperar que unos náufragos obtengan algo, mientras que de gentes que no tienen recursos para vivir nada podríamos obtener, por más ayuda que quisieran prestarnos.

¡Ohé! ¿No va a salir de la casa un portero que transmita dentro, de mi parte, el mensaje de mis miserias?

ANCIANA. — ¿Quién hay a las puertas? ¿No te alejarás del palacio? Si sigues ahí parado, en el umbral de entrada, importunarás a mis amos. O morirás, pues eres heleno, y para ellos no hay hospitalidad en esta tierra.

MENELAO. — Esas mismas palabras pueden decirse en otro tono, pues pienso obedecerte. Pero depón tu cólera.

ANCIANA. — Vete. Mi misión, extranjero, consiste en que ningún heleno se acerque a este palacio.

MENELAO. — ¡Ah! No me empujes, no me eches a la fuerza.

ANCIANA. — Tú tienes la culpa. No haces caso de lo que te digo.

MENELAO. — Ve dentro y anúnciame a tus amos.

ANCIANA. — ¡Bien lo purgaría, créeme, si llevase tu mensaje!

MENELAO. — Vengo como náufrago, como extranjero. Soy, por tanto, inviolable.

ANCIANA. — Dirígete, entonces, a cualquier otra casa.

MENELAO. — No, voy a entrar en ésta. Hazme caso ahora tú.

ANCIANA. — Eres un obstinado. En seguida serás expulsado a la fuerza.

MENELAO. — ¡Ay! ¿Dónde está mi glorioso ejército?

ANCIANA. — En otra parte fuiste un gran personaje. Aquí no lo eres.

MENELAO. — ¡Ah, demon[10] mío! ¡Qué tratamiento tan indigno padecemos tú y yo!

ANCIANA. — ¿Por qué bañas tus párpados con lágrimas? ¿A quién diriges tus lamentos?

MENELAO. — A mi feliz destino de otro tiempo.

ANCIANA. — Y, ¿por qué no te vas a ofrecer ese llanto a tus amigos?

MENELAO. — ¿Qué país es éste? ¿De quién son estas regias moradas?

ANCIANA. — Proteo habita esta morada, y esta tierra es Egipto.

---

10 El ineludible destino personal que acompaña a cada hombre como su propia sombra.

MENELAO. — ¿Egipto? ¡Desdichado de mí, adónde he ido a parar!

ANCIANA. — ¿Qué puedes reprocharle al esplendor del Nilo?

MENELAO. — No le reprocho nada. Lamento mi destino.

ANCIANA. — A muchos les va mal, no eres tú el único.

MENELAO. — ¿Está en palacio aquel a quien tú llamas soberano?

ANCIANA. — Ésa es su tumba. En esta tierra reina su hijo.

MENELAO. — Y, dime, ¿dónde está? ¿Fuera o en la morada?

ANCIANA. — Dentro no está. Pero es el mayor enemigo de los helenos.

MENELAO. — ¿Cuál es la causa de esa hostilidad cuyos beneficios recojo?

ANCIANA. — Helena, la hija de Zeus, está en este palacio.

MENELAO. — ¿Cómo dices? ¿Qué palabra has dicho? Repítemela.

ANCIANA. — La hija de Tindáreo, la que antaño vivía en Esparta.

MENELAO. — ¿De dónde ha venido? ¿Qué significa esto?

ANCIANA. — Desde tierra lacedemonia llegó hasta aquí.

MENELAO. — ¿Cuándo? No me habrán arrebatado de la gruta a mi esposa...

ANCIANA. — Antes de que marchasen a Troya los aqueos, extranjero. Pero vete de este palacio. Las cosas han tomado aquí un giro inquietante para la casa del tirano. No llegaste oportunamente. Si el amo te descubre, la muerte será tu regalo de hospitalidad. Mi ánimo está a favor de los helenos, a pesar de las duras palabras que te he dicho, dictadas por el miedo.

MENELAO. — ¿Qué diré? Nuevas calamidades acabo de oír, mayores que las primeras, si es que he llegado aquí, trayendo desde Troya a la esposa que me habían arrebatado, a quien he puesto a salvo en una gruta, y me encuentro con que otra mujer que tiene su mismo nombre, el mismo, vive en este palacio. ¡Y me ha dicho que es hija de Zeus! ¿Acaso puede encontrarse un hombre a orillas del Nilo que se llame Zeus? Sólo un Zeus hay, y está en el cielo. Y Esparta, ¿dónde va a haber otra que no sea la que riegan las aguas del Eurotas de bellos juncos? Una sola vez se ha llamado Tindáreo alguien. ¿Hay otra tierra que se llame Lacedemonia o Troya? En realidad, no sé qué decir..., pues, según parece, se encuentran en el ancho mundo muchas ciudades y mujeres que llevan el mismo nombre, y nadie se asombra por ello. Por otra parte, no pienso darme a la fuga por las amenazas de una esclava. Ningún hombre tiene el alma tan bárbara como para atreverse a negarme el alimento después de oír mi nombre. Famoso es el incendio de Troya, y yo, Menelao, fui quien lo hizo arder: en todas partes soy conocido. Esperaré al dueño del palacio. Tengo ante mí dos posibilidades: si veo que es un hombre sin entrañas, me ocultaré e iré junto a los restos del naufragio; si se muestra benévolo, le pediré lo que necesito para remediar la triste situación actual. El mayor infortunio para mí, que soy rey, es mendigar de otros reyes lo que hace falta para vivir. Sin embargo, estoy obligado a hacerlo. No soy yo quien lo dice, sino un sabio proverbio: nada hay más poderoso que la necesidad.

CORO. — *Por la virgen profética he sabido —lo anunció claramente en la mansión real— que Menelao no ha ido al negro Érebo ni yace oculto bajo tierra, sino que, desdichado y sin amigos, se consume errabundo por las olas del mar, sin alcanzar los puertos y costas de su*

patria, y sin desembarcar, a golpes de su remo marino, sino en país extraño, desde que abandonó la Tróade[11].

Helena. — He aquí que vuelvo junto a esta tumba, después de haber oído el gratísimo oráculo de Teónoe, la que todo lo sabe. Dice que mi esposo está vivo, que puede ver la luz del sol; que navega sin rumbo por mares infinitos, por aquí y por allá, en largo y errabundo peregrinaje; que un día volverá, cuando sus desventuras en el mar hayan terminado. Una cosa sólo no ha dicho, y es si conseguirá salvarse cuando venga. Me he abstenido de preguntarle a ese respecto, pues me sentía feliz sabiendo que se encontraba sano y salvo. También me ha dicho que estaba cerca de este país, víctima de un naufragio en compañía de unos pocos amigos. ¡Ay de mí! ¿Cuándo llegarás? ¡Cómo deseo que llegue ese momento!

¡Ah! ¿Quién es éste? ¿Habré caído en una emboscada urdida por el impío hijo de Proteo? Como yegua veloz, como bacante movida por su dios, correré hacia la tumba. ¡Qué aspecto tan salvaje tiene el hombre que intenta cogerme!

Menelao. — Oh tú que, en admirable impulso de tus miembros, corres hacia las gradas de esa tumba, y a sus columnas donde arden fuegos sacrificiales, ¡detente! ¿Por qué huyes? A la vista de tu cuerpo, el estupor y la extrañeza me dominan.

Helena. — ¡Injusticia sufro, mujeres! Este hombre trata de impedir que llegue a la tumba, quiere cogerme y entregarme al tirano cuyas bodas rehúyo.

Menelao. — No soy ningún ladrón, ni el esbirro de un malvado.

Helena. — Los vestidos que llevas son ya bastante deshonrosos.

---

11 Pasaje textualmente corrupto.

MENELAO. — Detén tu pie ligero, abandona todo temor.

HELENA. — Me detengo, ahora que toco ya esta tumba.

MENELAO. — ¿Quién eres? ¿Qué es lo que tengo ante mis ojos, mujer?

HELENA. — Y tú, ¿quién eres? Te devuelvo la misma pregunta.

MENELAO. — Jamás vi un parecido tan asombroso.

HELENA. — ¡Oh dioses! Pues un don de los dioses es el reconocimiento de los seres queridos.

MENELAO. — ¿Eres helénide o nativa de este país?

HELENA. — Helénide. Pero, ¿y tú? Quiero saber quién eres tú.

MENELAO. — Mujer, te pareces extraordinariamente a Helena.

HELENA. — Y tú a Menelao. No sé qué decir.

MENELAO. — Has reconocido en mí al hombre más desdichado de todos.

HELENA. — ¡Oh, qué tarde has llegado a los brazos de tu esposa!

MENELAO. — ¿De qué esposa? No toques mis vestidos.

HELENA. — De la que obtuviste de Tindáreo, mi padre.

MENELAO. — ¡Oh Hécate, portadora de antorchas, envíame visiones favorables!

HELENA. — No soy un fantasma nocturno al servicio de Enodia [11 bis].

MENELAO. — Pero yo no puedo ser el esposo de dos mujeres.

HELENA. — ¿Y de qué otra mujer eres señor?

MENELAO. — De la que he traído de Frigia y he ocultado en el interior de una gruta.

HELENA. — Sólo yo he sido tuya: ninguna otra mujer.

---

11 bis Epíteto de Hécate, en cuanto diosa de los caminos y las encrucijadas.

MENELAO. — ¿Puede ser que esté sana mi razón y mis ojos enfermos?

HELENA. — Al verme, ¿no crees ver a tu esposa?

MENELAO. — Tu cuerpo es igual, pero la certeza me impide...

HELENA. — Mírame. ¿Qué más quieres? ¿Quién me conoce mejor que tú?

MENELAO. — Mucho te pareces. Eso no lo puedo negar.

HELENA. — ¿Quién te lo hará saber mejor que tus ojos?

MENELAO. — Mi problema es que tengo otra esposa.

HELENA. — Yo nunca fui a la Tróade; era mi imagen.

MENELAO. — Pero, ¿quién puede producir imágenes vivas?

HELENA. — El éter, del que un dios formó a la mujer que posees.

MENELAO. — ¿Cuál de los dioses? Dices cosas increíbles.

HELENA. — Hera, sustituyéndome para que Paris no me poseyese.

MENELAO. — ¿Cómo, pues, estabas aquí y en Troya al mismo tiempo?

HELENA. — El nombre puede estar en muchos lugares; el cuerpo, no.

MENELAO. — Déjame, que bastantes desgracias tengo.

HELENA. — ¿Me vas a abandonar a mí para llevarte el espectro de tu esposa?

MENELAO. — Adiós a ti, mujer, tan semejante a Helena.

HELENA. — ¡Perezco! ¡He encontrado a mi esposo y ya no lo tengo!

MENELAO. — Mis muchas fatigas en Troya me convencen de que no puedes tener razón.

HELENA. — ¡Ay de mí! ¿Quién ha sufrido más que yo? Los seres más queridos me abandonan, y nunca más volveré a ver a los helenos ni regresaré a mi patria.

MENSAJERO. — Por fin te encuentro, Menelao, después de haber errado en tu busca por toda esta tierra bárbara, enviado por los compañeros a quienes dejaste.

MENELAO. — ¿Qué ocure? ¿Es que os han despojado los bárbaros?

MENSAJERO. — Un prodigio, y es inferior la palabra al hecho.

MENELAO. — Habla, pues tu apresuramiento indica nuevas insólitas.

MENSAJERO. — Digo que has padecido en vano innumerables fatigas.

MENELAO. — Deploras males antiguos. ¿Qué anuncias de nuevo?

MENSAJERO. — Tu esposa ha desaparecido en las profundidades del éter. El cielo la mantiene oculta, después que hubo dejado la sagrada caverna donde la guardábamos. Tan sólo dijo: «Desventurados frigios y vosotros, aqueos todos, por mi causa, y merced a las maquinaciones de Hera, habéis muerto a orillas del Escamandro, creyendo que Paris poseía a Helena, a quien nunca ha poseído. Ahora que ya ha pasado el tiempo prescrito y he cumplido fielmente lo fijado por el destino, debo volver al cielo, mi padre. Pero la desdichada Tindáride ha padecido injustamente una funesta reputación.»

Salud, hija de Leda. ¿Estabas aquí? ¡Y yo que anunciaba que te habías marchado a las estrellas, sin saber que tuvieses un cuerpo alado! No consentiré que te burles una segunda vez de nosotros; ya nos proporcionaste suficientes fatigas en Ilión a tu esposo y a sus compañeros de armas.

MENELAO. — ¡Eso es! Tus palabras coinciden con las de ella. ¡Oh día deseado que te trae de nuevo a mis brazos!

HELENA. — ¡Oh Menelao, el más querido de los hombres! Larga ha sido la ausencia, pero el placer me ha

sido devuelto. *Amigas, soy feliz, tengo ante mí a mi esposo y puedo rodearle con amorosos brazos, después de tantos soles.*

MENELAO. — Y yo a ti. Tantas cosas quiero decirte que no sé por dónde empezar.

HELENA. — *Se me erizan de gozo los cabellos, vierto lágrimas y te abrazo para obtener mi dicha, esposo mío.*

MENELAO. — *¡Oh visión queridísima! Nada me falta, pues te tengo a ti, hija de Zeus y Leda, a quien felicitaron antaño los jóvenes hermanos de los blancos corceles*[12]*; a ti, a quien un dios alejó de mi lado para conducirte a un destino más alto. Una afortunada desgracia nos ha reunido a ti y a mí, tu esposo, después de mucho tiempo, pero, al fin, ojalá gocemos de una buena fortuna.*

CORIFEO. — Ojalá. Hago mío tu voto, pues de nosotros dos no puede uno ser desgraciado y el otro no.

HELENA. — *Amigas, amigas, ya no me quejo, ya no gimo por los males de antaño. Tengo a mi esposo, cuyo regreso desde Troya tantos años he esperado.*

MENELAO. — Me tienes, y yo a ti. Innumerables soles han pasado hasta que, al fin, he comprendido los engaños de la diosa. *Mis lágrimas son de alegría: hay en ellas placer y no tristeza.*

HELENA. — ¿Qué diré? ¿Qué mortal hubiera soñado esto nunca? *Inesperadamente te estrecho contra mi corazón.*

MENELAO. — ¡Y creí yo que fuiste a la ciudad del Ida *y a las inútiles murallas de Ilión!* Por los dioses, ¿cómo te arrebataron de mi morada?

HELENA. — *¡Ay, ay! A crueles comienzos te remontas. ¡Ay, ay! Cruel es el relato que solicitas.*

---

12 Los gemelos Dioscuros Cástor y Pólux, hermanos de Helena.

MENELAO. — Habla, pues hay que oír todos los dones de los dioses.

HELENA. — *Me horroriza lo que voy a decir.*

MENELAO. — Dilo, sin embargo. Es dulce oír hablar de males pasados.

HELENA. — *No me llevó ningún remo alado hacia el lecho de un joven bárbaro, ni las alas de un deseo adúltero.*

MENELAO. — ¿Qué dios, o qué destino, te arrebató, pues, de la patria?

HELENA. — *El hijo de Zeus*[13]*, de Zeus, ¡oh esposo!, me condujo al Nilo.*

MENELAO. — ¡Prodigioso! Y, ¿quién le enviaba? ¡Extrañas palabras!

HELENA. — *Lloro, y mis párpados se humedecen de lágrimas. La esposa de Zeus fue la responsable de mi ruina.*

MENELAO. — ¿Hera? ¿Por qué querría causarnos daño?

HELENA. — *¡Ay de los baños y las fuentes, terribles para mí, en que las diosas hicieron resplandecer su cuerpo, lo que fue origen de aquel juicio!*

MENELAO. — ¿Y, a causa de aquel juicio, Hera te hizo sufrir?

HELENA. — *Para desposeer a Paris...*

MENELAO. — *¿Cómo? Explícate.*

HELENA. — *... a quien Cipris me había prometido.*

MENELAO. — *¡Desventurada!*

HELENA. — *¡Desventurada y triste de mí! Por eso me trajo a Egipto.*

MENELAO. — Y le dio en tu lugar un fantasma, según me has dicho.

HELENA. — *¡Cuántas calamidades, cuántas calamidades en tu palacio, madre mía! ¡Ay de mí!*

---

13 Hermes.

MENELAO. — *¿Qué dices?*

HELENA. — *Ya no existe mi madre. Se estranguló con un lazo por vergüenza de mi adulterio.*

MENELAO. — ¡Ay! ¿Y vive Hermíone, nuestra hija?

HELENA. — *Sin esposo, sin hijos, lamenta mi funesta unión.*

MENELAO. — *¡Oh tú, Paris, que destruiste por completo, de arriba a abajo, mi morada! También tú te has perdido, y millares de dánaos armados de bronce.*

HELENA. — *Y a mí un dios me ha arrojado, desdichada y maldita, lejos de la patria, de mi ciudad y de ti, el día en que dejé tu palacio y tu lecho, pero no en busca de una unión deshonrosa.*

CORIFEO. — Si en el porvenir obtenéis una fortuna dichosa, ello os compensará de las desgracias pasadas.

MENSAJERO. — Menelao, hazme partícipe de esa felicidad que estoy viendo, pero cuya razón de ser desconozco.

MENELAO. — ¡Oh anciano! Ven a tomar parte en estos diálogos.

MENSAJERO. — ¿No es ésta la causante de nuestras fatigas en Ilión?

MENELAO. — No lo es. Los dioses nos han engañado. No tuvimos sino una imagen hecha de nube entre las manos.

MENSAJERO. — ¿Qué dices? ¿Por una simple nube sufrimos tanto?

MENELAO. — Fue obra de Hera y fruto de la discordia de las tres diosas.

MENSAJERO. — Y esta que tiene existencia real, ¿es tu esposa?

MENELAO. — Lo es. Confía en mis palabras.

MENSAJERO. — ¡Oh hija, qué inconstante y difícil de entender es la divinidad! ¡Con qué facilidad lo cambia todo y lo trae y lo lleva de un lado a otro! Un hombre sufre; otro, que ha empezado por no sufrir, muere más

tarde miserablemente, sin haber podido gozar de una buena fortuna estable. Tú y tu esposo habéis padecido mucho; tú por los rumores y habladurías, él en el esfuerzo de la lanza. Nada obtuvo de lo que deseaba cuando lo buscó con ahínco, y he aquí que ahora, por sí mismo, el bien que colma su felicidad le ha salido al paso. No has deshonrado, entonces, a tu anciano padre, ni a los Dioscuros; nada has hecho de cuanto te atribuyen. Recuerdo todavía tu himeneo, las antorchas que yo llevaba, corriendo junto a tu cuadriga; recuerdo cómo, sentada en el carro con Menelao, abandonaste recién casada la feliz morada paterna. Mal siervo es el que no respeta a sus amos y no participa de sus alegrías ni de sus desgracias. En cuanto a mí, aunque esclavo por nacimiento, ¡ojalá se me cuente entre los siervos bien nacidos, libres de corazón aunque no lo sean de nombre! Mejor es esto que padecer, siendo una sola persona, el doble infortunio de tener un mal corazón y obedecer a los demás como un esclavo.

MENELAO. — ¡Oh anciano! Muchas fatigas has sufrido por mí junto al escudo, y ahora tomas parte en mi felicidad. Ve y anuncia a los compañeros supervivientes dónde estamos y en qué estado de buena fortuna nos has encontrado. Diles que esperen en la costa, atentos a los combates que, según creo, nos aguardan, y que estén listos, si por acaso conseguimos sacar a Helena de esta tierra, a correr nuestra misma suerte y escapar, si podemos, todos juntos de estos bárbaros.

MENSAJERO. — Así se hará, ¡oh rey! Ahora veo qué falso y lleno de mentiras es el arte de los adivinos. Ninguna sensatez hay en la llama que arde, ni en los cantos de los seres alados. Necedad es pensar que los pájaros tienen deudas con los mortales. Pues Calcante, que veía a los suyos morir por un fantasma, nada dijo, ni lo comunicó al ejército. Tampoco lo hizo Héleno, y la ciudad fue destruida inútilmente. ¿Se dirá, acaso,

que un dios así lo había querido? ¿Por qué, entonces, consultamos los oráculos? Hay que sacrificar en honor de los dioses, implorar sus beneficios y dejarse de adivinaciones, que no son más que un señuelo para los humanos. Nadie, sin trabajar, se ha enriquecido con los fuegos sacrificiales; la razón y la prudencia son los mejores adivinos.

CORIFEO. — Por lo que hace a los adivinos, pienso lo mismo que este anciano. Quien tiene la amistad de los dioses posee en su hogar el mejor oráculo.

HELENA. — En fin, todo va bien, al menos por ahora. Pero, ¿cómo has podido llegar a salvo aquí, infeliz, desde Troya? Saberlo no me reporta ganancia, pero quien ama siempre desea oír el relato de las desgracias del ser amado.

MENELAO. — Por muchas cosas me preguntas en una sola palabra y de una sola vez. ¿Te hablaré de nuestro desastre en el Egeo, de los fuegos eubeos de Nauplio [14], de Creta, de Libia, de las ciudades que he recorrido y del observatorio de Perseo [15]? No llegarían a satisfacerte mis palabras, y, al contarte mis males, volvería a vivir todos mi sufrimientos y experimentaría una pena doble.

HELENA. — Has hablado mejor de lo que yo lo hice al preguntarte. Dejando a un lado todo lo demás, dime

[14] Para vengarse de la muerte por lapidación de su hijo Palamedes en Troya, Nauplio comenzó por engañar, una por una, a las esposas de los héroes ausentes, induciéndolas a tomar amantes. Más tarde, cuando el grueso del ejército griego regresaba de Ilión, cerca del cabo Cafereo, al sur de Eubea, encendió una gran hoguera nocturna entre los arrecifes; los aqueos, al ver la luz, creyeron que se trataba de un puerto, y se estrellaron contra las rocas; en tal naufragio perdió la vida Ayante, hijo de Oileo.

[15] HERÓDOTO, II 15, lo sitúa en el extremo occidental del delta del Nilo.

sólo una cosa: ¿cuánto tiempo te has consumido sobre las espaldas del mar, errante a merced de las olas?

MENELAO. — Después de los diez años transcurridos en Troya, he vivido otros siete en mis naves.

HELENA. — ¡Ay, ay! Largo tiempo dices, oh desdichado, y, tras salvarte allí, llegas aquí en busca del degüello.

MENELAO. — ¿Cómo dices? ¿Qué hablas? Mujer, tú me destruyes.

HELENA. — ¡Huye lo más rápidamente posible de esta tierra y aléjate de ella! Te matará el hombre que vive en este palacio.

MENELAO. — ¿Qué he hecho yo que merezca ese castigo?

HELENA. — Tu inesperada llegada es un obstáculo para mis bodas.

MENELAO. — ¿Quiere, pues, alguien casarse con mi esposa?

HELENA. — Y ultrajarme. He tenido que sufrirlo.

MENELAO. — ¿Es algún particular poderoso, o el soberano de esta tierra?

HELENA. — Es el rey del país, el hijo de Proteo.

MENELAO. — ¡Ya está claro el enigma que escuché a la anciana portera!

HELENA. — ¿A qué bárbaras puertas te has dirigido?

MENELAO. — A éstas, de donde fui expulsado como un mendigo.

HELENA. — No mendigarías tu pan... ¡Desgraciada de mí!

MENELAO. — Eso hacía, pero no me di el nombre de mendigo.

HELENA. — Entonces debes estar al tanto de lo concerniente a mis bodas.

MENELAO. — Lo estoy, pero ignoro si has podido evitarlas.

HELENA. — Sabe que he conservado para ti mi lecho intacto.

MENELAO. — ¿Cómo estaré seguro de ello? Gratas son tus palabras, si son ciertas.

HELENA. — ¿Ves mi morada miserable junto a este sepulcro?

MENELAO. — Veo un lecho de hojas. ¿Qué tiene que ver eso contigo, desdichada?

HELENA. — Aquí vengo a suplicar, huyendo de esas bodas.

MENELAO. — ¿A falta de un altar, o es ésa la costumbre bárbara?

HELENA. — Esta tumba me ha protegido como el templo de un dios.

MENELAO. — ¿No me es posible entonces llevarte a nuestra casa?

HELENA. — Te espera la espada antes que mi lecho.

MENELAO. — ¡Soy el más desgraciado de los hombres!

HELENA. — No te avergüences y huye de esta tierra.

MENELAO. — ¿Abandonándote? He destruido Troya por ti.

HELENA. — Mejor es eso que morir por mi amor.

MENELAO. — Sería una cobardía indigna del vencedor de Ilión.

HELENA. — Si has pensado matar al rey, es imposible.

MENELAO. — ¿Su cuerpo no es vulnerable al hierro?

HELENA. — Ya lo sabrás. Atreverse a lo imposible no es propio de hombre cuerdo.

MENELAO. — ¿Presentaré en silencio las manos para que me las aten?

HELENA. — Tu situación es desesperada. Hay que recurrir a la astucia.

MENELAO. — Mejor es morir haciendo algo que no intentar nada.

Helena. — Una sola esperanza tenemos de salvarnos.

Menelao. — ¿El soborno, la audacia, o la elocuencia?

Helena. — Que el tirano no sepa que has venido.

Menelao. — ¿Quién va a decírselo? No puede saber quién soy yo.

Helena. — Tiene dentro una aliada semejante a los dioses.

Menelao. — ¿Habita una voz inspirada en lo más hondo de su casa?

Helena. — No. Es la hermana del rey, la que llaman Teónoe.

Menelao. — Un nombre profético. Dime qué es lo que hace.

Helena. — Lo sabe todo. Dirá a su hermano que estás aquí.

Menelao. — En ese caso moriré, pues no puedo ocultarme.

Helena. — Quizá pudiéramos convencerla suplicándole...

Menelao. — ¿Hacer qué? ¿A qué esperanza me conduces?

Helena. — ... que no dijera a su hermano que estás aquí.

Menelao. — Si la persuadiéramos, ¿cómo podríamos escapar de esta tierra?

Helena. — Fácilmente, si nos ayuda; a sus espaldas, nunca.

Menelao. — Eso es tarea tuya. Las mujeres se entienden entre sí.

Helena. — Ten por seguro que mis manos abrazarán sus rodillas.

Menelao. — Bien; pero, ¿y si no atiende a nuestra súplica?

Helena. — Morirás. Y yo, desdichada, tendré que casarme por la fuerza.

MENELAO. — ¡Eres una traidora! Esa violencia no es más que un pretexto.

HELENA. — No, por tu cabeza te lo juro con sagrado juramento.

MENELAO. — ¿Qué dices? ¿Morirás? ¿No cambiarás nunca de lecho?

HELENA. — Moriré con tu misma espada y caeré junto a ti.

MENELAO. — Toma, entonces, mi diestra en señal de fe.

HELENA. — La toco. Muerto tú, renunciaré a la luz del sol.

MENELAO. — Y yo, si es que te pierdo, dejaré de vivir.

HELENA. — Pero, ¿qué hemos de hacer para morir con gloria?

MENELAO. — Después de matarte sobre este sepulcro, me mataré. Pero antes entablaré un gran combate por tu posesión. ¡Que se acerque quien quiera! No deshonraré mi gloria troyana, ni volveré a la Hélade en busca de reproches yo, que he privado a Tetis de Aquiles, que contemplé la muerte de Ayante Telamonio y dejé sin hijo al Nelida[16]. ¿No voy a estimar justo morir por mi mujer? Desde luego que sí, porque, si los dioses son sabios, cubren con tierra leve la tumba del valiente muerto en combate por sus enemigos, y en cambio a los cobardes los arrojan bajo pesados túmulos de piedra[17].

CORIFEO. — ¡Oh dioses, que el linaje de Tántalo pueda verse algún día feliz y libre de infortunios!

HELENA. — ¡Desdichada de mí! La suerte me es adversa. Se acabó, Menelao: la profetisa Teónoe sale del palacio. Rechina al abrirse la cerradura. ¡Huye! Pero,

---

16 Néstor, hijo de Neleo. Se refiere a la pérdida de su hijo Antíloco en la contienda troyana (*Odisea* III 111-112).

17 El tema del *sit tibi terra leuis* es muy común. Lo que ya no lo es tanto es la maldición contraria.

¿para qué huir? Esté ausente o presente, ella sabe que estás aquí. ¡Estoy perdida, pobre de mí! ¡Te salvaste de Troya y de una tierra bárbara, pero has vuelto a caer bajo bárbaros filos!

TEÓNOE. — Ve tu delante, llevando el sagrado fulgor de las antorchas, y purifica —rito solemne— los rincones del éter, a fin de que podamos recibir el aire limpio del cielo. Y tú derrama fuego purificador en el camino, por si algún pie impío lo ha hollado, y sacude a mi paso el hachón de pino llameante. Cuando hayáis honrado a los dioses con el culto por mí prescrito, conducid al palacio la llama del hogar...

Helena, ¿qué te parecen mis oráculos? Visible tienes ante ti a tu esposo Menelao, que ha venido hasta aquí privado de sus naves y de tu espectro. ¡Desventurado! Llegaste después de sortear grandes peligros, y no sabes si podrás regresar a tu casa o si habrás de quedarte aquí. La discordia reina entre los dioses: en este día se reúne ante Zeus una asamblea para decidir sobre ti. Hera, que antaño fuera tu enemiga, ahora te es favorable y quiere que regreses sano y salvo a la patria en compañía de ésta, a fin de que la Hélade conozca que las bodas de Alejandro, don de Cipris, no fueron más que una mentira. Pero Cipris quiere impedir tu regreso, con objeto de no verse al descubierto y de que no parezca que obtuvo su título de belleza en virtud de unas falsas bodas de Helena. De mí depende el desenlace, tanto si, como quiere Cipris, te pierdo diciéndole a mi hermano que estás aquí, como si, de acuerdo con Hera, te salvo la vida ocultándoselo a mi hermano, que me ha ordenado que le diga cuándo llegas a este país. ¿Quién quiere ir a informar a mi hermano de tu presencia, para mi propia seguridad?

HELENA. — ¡Oh virgen, a tus rodillas caigo suplicante y elijo el asiento menos feliz para rogarte por

mí misma y por éste, a quien a duras penas he recobrado y voy a verle ya en peligro de muerte! ¡No digas a tu hermano, te lo ruego, que mi esposo ha llegado a mis brazos amantísimos, y sálvale, te lo suplico! No sacrifiques tu piedad a tu hermano, comprando así una gratitud injusta y perversa. Odia el dios la violencia, y ordena a los mortales que no adquieran sus bienes mediante la rapiña. [Debemos renunciar a la riqueza injusta.] Bien común es el cielo para todos los hombres, y lo es también la tierra, en la que nadie debe enriquecer su casa con lo ajeno, ni arrebatar nada por la fuerza. Felizmente para mí en un sentido, y desgraciadamente en otro, Hermes me entregó a tu padre, a fin de que me conservara para mi esposo, que está aquí y quiere recuperarme. ¿Cómo, si muere, va a poder recobrarme? Y, ¿cómo van a devolverme viva a un muerto? Ahora recapacita en la orden divina y en la responsabilidad de Proteo: la divinidad y tu padre muerto, ¿querrían o no querrían devolver un bien ajeno? Desde luego que sí, y es por ello por lo que no debes optar por un hermano insolente en detrimento de un padre honrado. Pues si, siendo adivinadora y creyendo en los dioses, pervirtieras la justicia paterna y abrazaras la causa de tu injusto hermano, sería vergonzoso que, conociendo todo lo divino, lo que es y lo que será, no conocieses lo que es justo. Sálvame a mí, infeliz entre tantas desgracias, concédeme una tregua en medio de mis infortunios. Nadie hay de los mortales que no aborrezca a Helena: en la Hélade dicen que traicioné a mi esposo y que me fui a vivir a las casas ricas en oro de los frigios. Si regreso a la Hélade y pongo el pie de nuevo en Esparta, podrán oír y ver que murieron por intrigas divinas, y que yo jamás traicioné a los míos; entonces me restituirán la virtud perdida y casaré a mi hija, con quien nadie quiere ahora casarse, y, poniendo fin a esta odiosa miseria, gozaré de las ri-

quezas que no faltan en mi morada. Si hubiera muerto Menelao consumido en la hoguera, no ahorraría yo lágrimas de ternura por el ausente; pero ahora que está aquí, sano y salvo, ¿voy a verme privada de él? No, no hagas eso, virgen, te lo suplico. Concédeme esta gracia e imita la conducta de tu virtuoso padre, pues la gloria más hermosa para los hijos, cuando se tiene un padre honrado, es poseer sus mismas pautas morales.

TEÓNOE. — Dignas de piedad son las palabras que has pronunciado, y también tú eres digna de piedad. Pero deseo oír los argumentos de Menelao en defensa de su vida.

MENELAO. — Yo no soportaría arrojarme a tus rodillas ni humedecer con lágrimas mis párpados, pues, si me mostrase cobarde, desfiguraría no poco mis hazañas troyanas. No obstante, dicen que es propio del varón bien nacido verter lágrimas en la adversidad, pero yo prefiero la entereza de ánimo a la belleza del llanto, si es que la hay. Si te parece bien salvar a un extranjero que reclama con todo derecho a su esposa, devuélvemela y sálvame; si no te parece bien, yo no sería más que por enésima vez desdichado, mientras que tú serías considerada en lo sucesivo como una mujer malvada. Pero lo que estimo justo y digno de mí, lo que más puede hacer vibrar tu corazón, quiero decirlo sobre este sepulcro, lamentando la ausencia de tu padre:

¡Oh anciano que habitas esta tumba de piedra! Devuélveme, te lo ruego, a mi esposa, a quien Zeus te envió para que me la conservases. Ya sé que, estando muerto, nunca podrás devolvérmela; pero tu hija, invocado su padre desde el mundo inferior, no permitirá que se hable mal de ti, en otro tiempo tan glorioso: todo depende de ella ahora.

¡Oh subterráneo Hades, también te invoco a ti como aliado, a ti que recibiste, por causa de Helena, tantos cuerpos caídos bajo mi espada, y obtuviste con ello

cumplida recompensa! Devuélveles a todos ahora la vida, u obliga a ésta a ir más allá que su piadoso padre, devolviéndome a mi mujer. Pero si me la arrebatáis, te diré lo que ella omitió en sus palabras. Has de saber, oh virgen, que estoy obligado por juramento a combatir primero con tu hermano. Es preciso que él o yo muramos: el asunto es bien simple. Si se niega al combate cuerpo a cuerpo e intenta rendirnos por hambre a nosotros dos, suplicantes junto a la tumba, he resuelto matar a Helena y clavarme en el hígado después esta espada de doble filo sobre este mismo sepulcro, para que nuestra sangre, en arroyos, resbale por su superficie. Y yaceremos juntos los dos, muertos sobre esta tumba bien pulida, para dolor eterno tuyo y deshonor para tu padre. Jamás tu hermano, pues, desposará a Helena, ni él ni ningún otro. Soy yo quien me la llevaré, si no a mi casa, sí a la de los muertos.

Pero, ¿a qué todo esto? Hubiera conseguido más piedad derramando lágrimas como una mujer, que mostrándome resuelto. Mátanos, si quieres: no nos matarás deshonrados. Pero no, mejor es que te dejes guiar por mis palabras, y, así, tú serás justa y yo recobraré a mi esposa.

CORIFEO. — En tu mano está decidir, doncella, sobre estos discursos. Juzga, pues, de manera que nos complazca a todos.

TEÓNOE. — Nací piadosa y quiero seguir siéndolo. Me respeto a mí misma y no podría manchar la gloria de mi padre, ni caería en deshonra por favorecer a mi hermano. Dentro de mí se alza, desde mi nacimiento, un magno santuario de la justicia; por ese sentido de la equidad, que he recibido de Nereo, intentaré salvar a Menelao. Mi voto se lo daré a Hera, puesto que desea tu bien. Y que Cipris me sea favorable, por más que no haya habido trato entre ella y yo, pues aspiro a ser siempre virgen. En relación con los reproches que has

dirigido a mi padre delante de su tumba[18], convengo contigo en que sería injusta si no te devolviese a tu esposa, pues, si Proteo estuviera vivo, ya tendrías a Helena y ella a ti.

No hay duda de que existe una sanción punitiva para los muertos, como para todos los hombres vivos. El espíritu de los difuntos ya no vive, pero conserva una consciencia inmortal al verse sumergido en el inmortal éter[18 bis].

Pero no quiero alargar mi discurso: callaré lo que me habéis rogado que calle. Me niego a colaborar en la locura de mi hermano. Le estoy haciendo un favor, aunque no lo parezca, si le vuelvo piadoso a él, que es impío. En cuanto a vosotros, debéis encontrar alguna forma de escapar. Yo me mantendré al margen y guardaré silencio. Comenzad por los dioses: rogad a Cipris que os permita regresar a la patria, y suplicad a Hera que persista en la idea de salvaros a ti y a tu esposo. Y tú, padre mío difunto, puedes estar seguro de que, en la medida de mis fuerzas, jamás te llamarán impío a ti, que fuiste tan piadoso.

CORIFEO. — Ningún hombre injusto ha conseguido ser feliz. La esperanza de salvación reside en una causa justa.

HELENA. — Menelao, por parte de esta virgen estamos salvados. Ahora te toca a ti encontrar el medio de nuestra salvación definitiva.

---

18 Pintoresca manera de interpretar los versos 965 y siguientes.

18 bis Esta doctrina de una relativa inmortalidad personal, puesta en labios de Teónoe, responde al vago misticismo de la profetisa, rasgo fundamental de su carácter como personaje. Quien quiera ir más allá y ver filosofía preplatónica y muchas cosas más en el pasaje, que lo haga. A mí no me seduce lo más mínimo.

MENELAO. — Escucha, pues. Hace mucho tiempo que vives en esta casa: tienen que serte familiares los sirvientes del rey.

HELENA. — ¿Por qué dices eso? Me infundes esperanza, como si fueras a hacer algo bueno para los dos.

MENELAO. — ¿Podrías convencer a alguno de los que están a cargo de las cuadrigas, para que nos diese uno de sus carros?

HELENA. — Podría hacerlo. Pero, ¿cómo huir, si desconocemos los caminos de este país bárbaro?

MENELAO. — Es imposible, tienes razón. ¿Y si, oculto dentro del palacio, doy muerte al rey con esta espada de doble filo?

HELENA. — La hermana no soportaría en silencio que tuvieses tú la intención de matar a su hermano.

MENELAO. — No tenemos tampoco nave en la que huir: bajo el mar está la que teníamos.

HELENA. — Escúchame, si es que una mujer puede hablar con sensatez: ¿quieres pasar por muerto sin estarlo?

MENELAO. — Mal presagio es ése. Pero, si en ello gano, no tengo inconveniente en morir de palabra, estando de hecho vivo.

HELENA. — Te lloraré delante de ese impío con el pelo cortado y con lamentos fúnebres, como hacen las mujeres.

MENELAO. — ¿Y ése va a ser el medio de nuestra salvación? Parece un truco muy gastado.

HELENA. — Fingiré que has muerto en el mar y pediré al tirano de esta tierra el favor de dedicarte un cenotafio.

MENELAO. — Supón que te lo concede. ¿Cómo nos pondremos a salvo sin nave, una vez consagrado el cenotafio?

HELENA. — Haré que me proporcione una embarcación, desde la cual dejaré caer mi ofrenda funeraria en los brazos del mar.

MENELAO. — Has dicho bien, salvo en un punto: si te ordenase llevar a cabo mis exequias en tierra firme, todo tu plan se vendría abajo.

HELENA. — Diré que no es costumbre en la Hélade sepultar en tierra a quienes han muerto en el mar.

MENELAO. — Me has convencido. Después me embarcaré contigo y depositaré en tu misma nave las ofrendas fúnebres.

HELENA. — Es imprescindible que vengáis tú y tus marineros, los que escaparon del naufragio.

MENELAO. — Y si puedo llegar a la nave aún anclada, haré que mis hombres formen en filas, cada uno con su espada.

HELENA. — Tú debes dirigirlo todo: basta con que nos sean favorables los vientos en las velas y el recorrido de la nave.

MENELAO. — Así será. Los dioses pondrán fin a mis penas. Pero, ¿por quién dirás que te has enterado de mi muerte?

HELENA. — Por ti. Declararás que, navegando con el hijo de Atreo, eres el único que escapó a la muerte, y que le has visto morir.

MENELAO. — Por lo demás, estos harapos que me cubren serán testigos probatorios del naufragio.

HELENA. — A propósito vienen, aunque en el momento del desastre fueran inoportunos. Lo que fue una desgracia es ahora una suerte.

MENELAO. — ¿Debo acompañarte al palacio, o es mejor que me quede tranquilamente junto a esta tumba?

HELENA. — Quédate aquí, pues, si intentan algo contra ti, esta tumba y tu espada te protegerán. Yo, por mi parte, iré al palacio, y allí me cortaré los bu-

cles, cambiaré mis vestidos blancos por otros negros y trazaré surcos sangrantes con las uñas en mis mejillas. Terrible se presenta la lucha, y veo dos alternativas: o tengo que morir, si me sorprenden en mi intriga, o regreso a la patria y consigo salvarte.

¡Augusta Hera, tú que yaces en el lecho de Zeus, alivia las fatigas de dos mortales dignos de lástima! Te lo rogamos levantando nuestros brazos tendidos al cielo, donde habitas entre los astros multicolores. Y tú, que por mis bodas recibiste el galardón de la belleza, Cipris, hija de Dione, no consientas mi ruina. Bastante daño me has causado hasta aquí, entregando mi nombre, no mi cuerpo, a los bárbaros. Y, si quieres que muera, permíteme morir en la tierra de mis padres. ¿Por qué eres insaciable de males y no dejas de fabricar amores engañosos, invenciones falaces y filtros que ensangrientan las moradas? Si fueses mesurada, serías de las diosas la más dulce para los hombres: no lo niego.

CORO.

Estrofa 1.ª

A ti que bajo espesos follajes construyes tus moradas musicales quiero invocar, a ti, ave melodiosa de dulcísimo canto, ruiseñor lacrimoso. Ven, y que tu vibrante garganta acompañe mis quejas con sus trinos, pues canto las fatigas de la infeliz Helena y el dolor lamentable de las ilíades por causa de las lanzas de los aqueos, desde que, atravesando las ruidosas llanuras del océano a bordo de su nave bárbara, condujo tu funesto lecho, Helena, a los Priámidas, desde que vino Paris, nefasto enamorado por inspiración de Afrodita.

Antístrofa 1.ª

Muchos de los aqueos, muertos bajo las lanzas y bajo el peso de las piedras, se encuentran en el Hades

miserable; y sus desdichadas esposas han de cortarse los cabellos, y en las moradas ya no hay hombres. Y a muchos hizo perecer el solitario remador[19] *que, encendiendo una hoguera resplandeciente en la costa de Eubea rodeada por el mar, arrojó a los aqueos contra las rocas Cafereas y el litoral egeo, haciendo que una luz engañosa brillara. Inhospitalarios fueron también los promontorios de Málea, cuando, zarandeado lejos de su patria por el soplo de las tempestades, traía Menelao en sus naves el botín tomado a los bárbaros —o, mejor que botín, discordia entre los dánaos—, el sagrado fantasma hecho por Hera.*

Estrofa 2.ª

¿Qué mortal podrá distinguir, después de interminables búsquedas, qué es dios y qué no es dios, o qué está en medio de ambos términos, cuando ve que los dioses obran primero en un sentido, y luego en el contrario, sin que en ningún momento encarnen otra cosa que capricho, siempre imprevistos y contradictorios? Tú eres hija de Zeus, Helena; tu alado padre te engendró en el seno de Leda. Después, tu nombre ha sido en tierra helénide símbolo de traición y de infidelidad, de falta de justicia y de dios. Ignoro lo que es certidumbre, al menos entre los humanos; sólo encuentro veraz la palabra del dios.

Antístrofa 2.ª

Insensatos vosotros que aspiráis a la gloria en el combate, y que, por medio de la lanza y del venablo belicoso, creéis poner fin, en vuestra ignorancia, a las fatigas de los mortales. Pues si el único juez es la efusión de sangre, jamás terminará la discordia entre las ciudades de los hombres. Así es como tantos obtuvieron su sepultura en la tierra de Príamo, cuando hubieran

---

[19] Nauplio. Cf. nota 14.

podido las palabras arreglar tu querella, oh Helena. Pero ahora es Hades quien los guarda allá abajo, mientras que el fuego, ardiente como el rayo de Zeus, ha consumido las murallas. Llueven desgracias sobre desgracias, y el atroz espectáculo despierta los lamentos fúnebres.

TEOCLÍMENO. — ¡Salud, sepulcro de mi padre! En mis umbrales te he enterrado, Proteo, para poder así saludarte; pues, siempre que entra o sale del palacio, te habla, oh padre, tu hijo Teoclímeno. Vosotros, esclavos, llevad los perros y las redes de caza a la morada regia. En cuanto a mí, tengo mucho que reprocharme: ¿por qué no he castigado con la muerte a los malvados? Pues acabo de enterarme de que un heleno ha llegado a esta tierra y ha conseguido eludir la vigilancia de los centinelas. Se trata de un espía, o de alguien que quiere arrebatarme a Helena; pero morirá, si le prenden.

¡Hola! Según parece, ha logrado su propósito, pues la hija de Tindáreo ha dejado vacío su lugar junto a la tumba y se ha hecho transportar lejos de este país. ¡Ohé! ¡Abrid las puertas de las caballerizas, servidores, y preparad los carros! No escatimaré esfuerzo para evitar que huya de esta tierra la esposa que me está destinada.

¡Esperad! Estoy viendo a la que íbamos a perseguir delante del palacio. No ha huido.

Mujer, ¿por qué te cubres la piel con peplos negros, no con vestidos blancos? ¿Por qué el hierro ha segado los cabellos de tu noble cabeza? ¿Por qué con frescas lágrimas riegas, llorando, tus mejillas? ¿Acaso te lamentas por un sueño nocturno en el que crees, o es que has oído algún rumor doméstico que te ha deshecho el corazón?

HELENA. — Señor, pues es el nombre que debo darte ahora, estoy perdida. Lo mío ya no existe. Nada soy yo.

TEOCLÍMENO. — ¿Qué desgracia te aflige? ¿Qué te sucede?

HELENA. — Menelao... ¡ay de mí!, ¿cómo lo diré?... ha muerto.

TEOCLÍMENO. — No me alegran tus palabras y, sin embargo, me hacen feliz. ¿Cómo lo sabes? ¿Es Teónoe quien te lo ha dicho?

HELENA. — Sí, y también este hombre, que fue testigo de su muerte.

TEOCLÍMENO. — ¿Ha venido, pues, alguien a confirmarte la noticia?

HELENA. — Ha venido, y ojalá pueda ir adonde yo necesito que vaya.

TEOCLÍMENO. — ¿Quién es y dónde está? Quiero saberlo con certeza.

HELENA. — Ése es, el que está agazapado al pie de esa tumba.

TEOCLÍMENO. — ¡Por Apolo, qué ajados lleva los vestidos!

HELENA. — ¡Ay de mí! Mi esposo también debe encontrarse así.

TEOCLÍMENO. — ¿De qué país es este hombre? ¿Desde dónde ha llegado aquí?

HELENA. — Es heleno, uno de los aqueos que navegaban con mi esposo.

TEOCLÍMENO. — Y, ¿de qué muerte afirma que murió Menelao?

HELENA. — De la más lamentable: en medio de las olas del mar.

TEOCLÍMENO. — ¿Por qué punto del mar bárbaro navegaba?

HELENA. — Fue arrojado contra las rocas inhospitalarias de Libia.

TEOCLÍMENO. — ¿Y cómo éste, que iba en la misma nave, no ha perecido?

HELENA. — A veces los de baja cuna son más afortunados que los nobles.

TEOCLÍMENO. — ¿Dónde ha dejado los despojos de su embarcación?

HELENA. — Donde hubiera debido perecer él, y no Menelao.

TEOCLÍMENO. — ¡Menelao está muerto! Pero éste, ¿en qué nave vino?

HELENA. — Dice que unos marinos le han encontrado y le han recogido.

TEOCLÍMENO. — Y, ¿dónde está el desastre enviado a Troya en tu lugar?

HELENA. — ¿Hablas de la imagen hecha de nube? Se disipó en el éter.

TEOCLÍMENO. — ¡Oh Príamo y tierra troyana, qué inútil ha sido vuestra ruina!

HELENA. — Yo he tenido también mi parte en la desgracia de los Priámidas.

TEOCLÍMENO. — ¿Dejó insepulto a tu esposo, o le dio tierra?

HELENA. — Insepulto. ¡Desdichada de mí entre tantos males!

TEOCLÍMENO. — ¿Por eso te has cortado los bucles de tu rubia cabellera?

HELENA. — Me es muy querido, dondequiera que esté.

TEOCLÍMENO. — Con razón te lamentas ante la adversidad...

HELENA. — Sería fácil ocultarse de tu hermana...

TEOCLÍMENO. — Desde luego que no. Pero, ¿cómo? ¿Vas a permanecer todavía junto a la tumba?

HELENA. — ¿Por qué te burlas de mí y no dejas tranquilo al muerto?

TEOCLÍMENO. — Eres fiel a tu esposo huyendo de mí[20].

[20] Los versos 1225-1230 constituyen un *locus desperatus* dentro

HELENA. — No huiré ya más. Dispón tú de mis bodas.

TEOCLÍMENO. — Mucho has tardado en acceder, pero me felicito por ello.

HELENA. — ¿Sabes lo que debes hacer? Olvidémonos del pasado.

TEOCLÍMENO. — ¿A condición de qué? Un favor reclama otro favor.

HELENA. — Hagamos las paces. Reconcíliate conmigo.

TEOCLÍMENO. — Renuncio a mi querella. ¡Vuele lejos de mí!

HELENA. — Por tus rodillas te lo pido, si es que me amas...

TEOCLÍMENO. — ¿Qué quieres conseguir suplicándome así?

HELENA. — Quiero que mi difunto esposo sea enterrado.

TEOCLÍMENO. — ¿Cómo? ¿Es que hay sepulcro para un ausente? ¿Se da tierra a una sombra?

HELENA. — Es costumbre entre los helenos, cuando muere alguien en el mar...

TEOCLÍMENO. — ¿Hacer qué? En esto los Pelópidas son expertos.

HELENA. — Sepultar un peplo vacío.

TEOCLÍMENO. — Cumple con el rito. Erígele una tumba donde desees.

HELENA. — No sepultamos de ese modo a los náufragos.

TEOCLÍMENO. — Entonces, ¿cómo? Desconozco las costumbres de los helenos.

HELENA. — Arrojamos al mar todo lo necesario para los muertos.

TEOCLÍMENO. — ¿Qué debo, pues, suministrarte para el difunto?

---

del texto de la pieza. Numerosas conjeturas han intentado solventar los problemas, pero sin éxito.

Helena. — Éste lo sabe. Yo soy nueva en estas desgracias.

Teoclímeno. — Extranjero, me has traído un grato mensaje.

Menelao. — Para mí, al menos, no lo es, ni para el muerto.

Teoclímeno. — ¿Cómo enterráis a los que mueren en el mar?

Menelao. — Según los bienes de los que cada cual disponga.

Teoclímeno. — En lo que se refiere a dinero, pide lo que quieras por amor de ésta.

Menelao. — Primero se ofrece una libación de sangre a los de abajo.

Teoclímeno. — ¿De quién? Señálamelo y te obedeceré.

Menelao. — Decídelo tú mismo. Lo que des estará bien.

Teoclímeno. — Entre los bárbaros es costumbre que sea de un caballo o de un toro.

Menelao. — Ya que das, no vayas a dar algo de mala raza.

Teoclímeno. — Lo bueno no escasea en nuestros ricos rebaños.

Menelao. — También se llevan lechos vacíos de cuerpos.

Teoclímeno. — Los tendrás. ¿Qué otra cosa es costumbre ofrecer?

Menelao. — Armas de bronce, dado que él era amigo de la lanza.

Teoclímeno. — Las que te voy a dar serán dignas de los Pelópidas.

Menelao. — Y también los frutos más bellos que produce la tierra.

Teoclímeno. — Pero, ¿cómo? ¿De qué manera pensáis arrojar todo eso al mar?

MENELAO. — Es preciso disponer de una nave y de remeros.

TEOCLÍMENO. — ¿Y a qué distancia de la tierra debe situarse esa embarcación?

MENELAO. — Cuando apenas se vean desde el continente los surcos de sus remos sobre las olas.

TEOCLÍMENO. — ¿Con qué motivo? ¿Por qué la Hélade prescribe semejante costumbre?

MENELAO. — Para que la marea no devuelva a la orilla las impurezas.

TEOCLÍMENO. — Tendrás un veloz banco de remeros fenicios.

MENELAO. — Bien está, y a completa satisfacción de Menelao.

TEOCLÍMENO. — ¿No podrías hacer todo eso tú, sin ella?

MENELAO. — Tarea es propia de una madre, de una esposa o de unos hijos.

TEOCLÍMENO. — Debo entender que es incumbencia suya sepultar a su esposo.

MENELAO. — Resulta impío no respetar las leyes de los muertos.

TEOCLÍMENO. — Sea, pues me conviene tener una mujer piadosa. Ve a palacio y elige las ofrendas para el difunto. Ten por seguro que no te despediré con las manos vacías, después de haber hecho esto por ella. Y, como me has traído la feliz noticia, en lugar de esos harapos recibirás vestidos y alimentos para regresar a tu patria, que en miserable estado te veo ahora.

En cuanto a ti, desventurada, no te aflijas con penas irremediables. Menelao sufre su destino. Tu esposo ha muerto, y no es posible que vuelva a la vida.

MENELAO. — Cumple con tu deber, joven Helena. Tienes que amar a tu presente esposo y olvidar al que ya no existe. En la ocasión en que te encuentras, eso es lo mejor para ti. Cuando regrese a la Hélade sano y

salvo, pondré fin a tu mala fama anterior, si te comportas como debes con tu compañero de lecho.

HELENA. — Así lo haré. Jamás mi esposo me reprochará nada, y tú mismo estarás lo suficientemente cerca como para poder atestiguarlo.

Vamos, infortunado, entra, báñate y cambia de vestidos. No tardaré en recompensarte. Si soy contigo como debo ser, mayor diligencia pondrás en rendir las honras debidas a mi queridísimo Menelao.

CORO.

Estrofa 1.ª

Hace tiempo, la Madre[21] *montaraz de los dioses con pie ligero se precipitó por boscosas cañadas, siguiendo el curso de los ríos y por la onda marina que truena sordamente, en busca de su hija lejana, la doncella de nombre impronunciable*[22]. *Los crótalos ruidosos producían un estridor agudo, cuando se reunieron con la diosa, a quien un carro transportaba arrastrado por fieras, las de los pies tan rápidos como el huracán, Ártemis con su arco y la inmortal de mirada terrible, completamente armada y con lanza, las tres en pos de la doncella que fuera arrebatada de las danzas en rueda virginales*[23]. *Pero Zeus, que todo lo contempla desde su trono celestial, otro destino había decretado.*

---

21 Deméter, aquí identificada con Rea Cíbele, la Gran Madre, en curioso y audaz sincretismo religioso, ya que el ritual descrito es dionisíaco. Cf. DALE, notas *ad locum.*

22 Perséfone. Helena sí pronunció su inefable nombre en el verso 175.

23 Que Ártemis y Palas Atena colaboraron con Deméter en la búsqueda de la raptada Perséfone lo atestigua también CLAUDIANO, en su *De raptu Proserpinae* II 204-208: *Diffugiunt Nymphae: rapitur Proserpina curru / imploratque deas. iam Gorgonis ora reuelat / Pallas et intento festinat Delia telo / nec patruo cedunt: stimulat communis in arma / uirginitas crimenque feri raptoris acerbat.*

Antístrofa 1.ª

Cuando la Madre quiso poner fin al cansancio de sus carreras y a su vagabundeo, después de haber buscado en vano al falaz raptor de su hija, atravesó las níveas atalayas de las ninfas ideas y, en su dolor, se dejó caer sobre la espesura de rocas cubierta por la nieve. No fertiliza ya con la labranza, para provecho de los hombres, las llanuras estériles de la tierra, hace que perezca el linaje de los mortales y no deja que crezca para el ganado el alimento fresco y verde de hojas rizadas. La vida ha abandonado las ciudades; no hay sacrificios en honor de los dioses, ni se queman ofrendas en los altares. Y, perseguida siempre por la pena de su hija, no permite siquiera que las fuentes manen sus aguas frescas y claras.

Estrofa 2.ª

Una vez que ella suprimió los festines para los dioses y para el género humano, Zeus, intentando apaciguar la nefasta cólera de la Madre, dijo: «Andad, augustas Gracias, id a calmar el dolor de Deo, tan irritada a causa de su hija, con vuestro alalá jubiloso, y vosotras, Musas, con los himnos de vuestros coros.» Entonces Cipris, la más bella de los bienaventurados, por vez primera hizo sonar la infernal voz del bronce y los tambores de tenso cuero; y la diosa rió y tomó en sus manos, divertida con sus acentos jubilosos, la flauta de profundo sonido.

Antístrofa 2.ª

Cosas prohibidas por la ley y por la piedad quemaste en la morada de los dioses, y te atrajiste la ira de la Gran Madre, oh hija, al no venerar los sacrificios divinos. Es, sin duda, grande el poder de las pieles bordadas de cervatillo, y el de la verde hiedra que corona las férulas sagradas, y el de la sacudida circular del timbal que da vueltas por el aire, y el de la cabellera

báquica flotando para Bromio, y el de las fiestas nocturnas en honor de la diosa. [...] Y tú te gloriabas solamente de tu belleza[24].

HELENA. — La suerte nos ha sido favorable en el palacio, amigas. La hija de Proteo secunda nuestro engaño: interrogada en presencia de mi marido, no reveló nada a su hermano, e incluso dijo, en favor mío, que Menelao, cadáver bajo tierra, no podía ver ya la luz del sol. Mi esposo ha aprovechado maravillosamente su fortuna. En efecto, las armas que debiera arrojar al mar, él mismo es quien las lleva, y, embrazando vigorosamente el escudo, empuña con su diestra la lanza, como ayudándome a cumplir mis deberes con el difunto. Todo su cuerpo está cumplidamente armado para el combate, dispuesto a levantar con su mano trofeos sobre miles de bárbaros, cuando embarquemos en la nave provista de remos. Yo misma le he cambiado sus harapos de náufrago y le he vestido con ropas nuevas; yo misma he bañado su piel con aguas fluviales largo tiempo esperadas.

Pero veo salir de la casa a quien piensa tener decididas mis bodas. Debo guardar silencio. Y a vosotras os pido que seáis benévolas conmigo y mantengáis cerrada la boca. Si nosotros logramos salvarnos, podríamos salvaros también a vosotras algún día.

TEOCLÍMENO. — Avanzad, siervos, en el orden prescrito por el extranjero, llevando las ofrendas destinadas al mar. En cuanto a ti, Helena, si crees que no te hablo sin razón, hazme caso, quédate aquí. Presente o no, rendirás los mismos honores a tu esposo. Temo, además, que el dolor te mueva a arrojar tu cuerpo a la onda marina, fuera de ti por el recuerdo de tu anterior

24 Bromio es un sobrenombre de Dioniso. Toda esta antístrofa II está muy corrompida textualmente.

marido, pues por él, aunque ausente, te lamentas en demasía.

Helena. — ¡Oh esposo nuevo para mí! Es necesario que yo honre mi primer lecho nupcial, al que fui joven y doncella. Mi amor por mi marido es tal, que me hubiese gustado morir con él; pero, ¿de qué le serviría mi muerte a quien ya no existe? Déjame, pues, ir en persona a celebrar las honras fúnebres en honor del difunto. Que los dioses te concedan cuanto yo deseo, así como a este extranjero que colabora en la tarea. Ya que has sido benévolo con Menelao y conmigo, tendrás en mí una esposa como es debido dentro de tu morada. Se diría que todo marcha camino de un buen fin. Ordena que nos den una nave en la que embarcar las ofrendas, y tu favor será completo.

Teoclímeno. — Ve tú y prepárales una nave sidonia de cincuenta remos con sus remeros.

Helena. — ¿Gobernará la nave el que dirige los funerales?

Teoclímeno. — Desde luego. Mis marineros deben obedecerle.

Helena. — Ordénalo de nuevo, para que todos lo entiendan bien.

Teoclímeno. — Dos y tres veces lo repetiré, si ello te place.

Helena. — ¡Prosperidad para ti y para mis designios!

Teoclímeno. — Ojalá el llanto no marchite tus mejillas.

Helena. — Hoy te demostraré mi agradecimiento.

Teoclímeno. — Todo lo que concierne a los muertos no es otra cosa que trabajo inútil.

Helena. — Los muertos que a mí me interesan están aquí y también allá.

Teoclímeno. — No seré para ti un esposo peor que Menelao.

HELENA. — No te reprocho nada. Tan sólo me hace falta suerte.

TEOCLÍMENO. — En tus manos está, si me otorgas tu afecto.

HELENA. — No he aprendido hoy a amar a mis amigos.

TEOCLÍMENO. — ¿Quieres que tome parte en la travesía para ayudarte?

HELENA. — ¡De ningún modo! No sirvas a tus siervos, ¡oh rey!

TEOCLÍMENO. — Ea, prescindo de los ritos de los Pelópidas. Mi morada está pura, pues Menelao no entregó el alma aquí. Que alguien vaya a decir a mis auxiliares que lleven los presentes nupciales a palacio. Es preciso que en todo el país se celebre, con alegres canciones, mi matrimonio con Helena, y que todos lo envidien.

En cuanto a ti, extranjero, vete a depositar en brazos del mar esas ofrendas en honor del que, en otro tiempo, fue esposo de ésta, y apresúrate a regresar a palacio con mi mujer, para que, después de asistir a nuestro banquete de bodas, vuelvas a tu patria o te quedes y vivas aquí feliz.

MENELAO. — ¡Oh Zeus!, pues que te llaman dios padre y sabio, dirige tu mirada hacia nosotros y líbranos de males. No dejes de ayudar a quienes arrastramos por caminos rocosos nuestras calamidades. Rózanos solamente con el dedo, y alcanzaremos la felicidad que deseamos. Muchas han sido las fatigas que hemos tenido que sufrir hasta hoy. Me habéis oído llamaros con muchos nombres buenos, dioses, pero también con muchos ofensivos. No va a ser siempre, sin embargo, mi situación desesperada: alguna vez conseguiré marchar con pie derecho. Concededme un solo favor y haréis de mí un hombre feliz en lo sucesivo.

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh nave de Sidón la fenicia, veloz sobre la onda sonora, madre querida del batir de remos, rectora de las bellas danzas de los delfines, cuando el mar está en calma y sopla la brisa, y cuando Galanea[25]*, la glauca hija de Ponto, dice así: «Desplegad velas y dejad que soplen las brisas marinas; y empuñad los remos de abeto, oh marineros, marineros, que conducís a Helena a las costas con bellos puertos donde están las moradas de Perseo.*

Antístrofa 1.ª

Acaso allí, a la orilla del río o ante el templo de Palas, encuentres a las vírgenes Leucípides, y te unas a los cantos y a las danzas en el festín nocturno de Jacinto, a quien Febo mató con el disco redondo, habiéndole retado a ver quién lo lanzaba más lejos, y en ese día, a partir de entonces, se celebran sacrificios de bueyes en tierra laconia: el vástago de Zeus prescribió el rito. Y encontrarás también a Hermione, tu hija, a quien dejaste en el hogar, y para la que no han ardido aún las antorchas nupciales[26].

Estrofa 2.ª

Ojalá tuviésemos alas para surcar el aire, como las aves de Libia que, en formación, dejan atrás las lluvias del invierno y, en su marcha, obedecen el silbido de la

---

[25] Es la personificación de la bonanza, del mar calmo y tranquilo. Galene (un nombre muy cercano en su forma a Galanea) es una de las Nereidas en el catálogo de HESÍODO, *Teogonía* 244.

[26] Las Leucípides o hijas de Leucipo son Hilaíra y Febe, novias de los Dioscuros Cástor y Pólux. En cuanto a Jacinto, este texto es el más antiguo que nos refiere su leyenda; en su honor se celebraban anualmente en Esparta unas fiestas Jacintias muy renombradas.

más vieja, que las guía y chilla, sobrevolando las llanuras sedientas pero fértiles de la tierra. Aves de largo cuello, rivales en carrera de las nubes, pasad bajo las Pléyades en el centro del día, en ruta hacia el nocturno Orión, y, deteniéndoos en las márgenes del Eurotas, anunciad la noticia de que Menelao vuelve a casa, después de haber tomado la ciudad de Dárdano[27].

Antístrofa 2.ª

Venid también vosotros, cabalgando a través del éter, Tindáridas, entre los torbellinos de las resplandecientes estrellas. Habitantes del cielo, salvadores de Helena, bajad sobre la onda glauca, sobre la piel oscura de las olas, sobre los remolinos blancos del mar, y enviad de parte de Zeus soplos propicios de vientos para los marineros. Borrad, en fin, de vuestra hermana el deshonor de un lecho bárbaro, la mala fama con que, a raíz de la querella idea, fue castigada ella, que nunca estuvo en tierra de Ilión ni en las torres construidas por Febo[28].

MENSAJERO. — Rey, para tu desgracia te encuentro en la morada, pues voy a referirte males inesperados.

TEOCLÍMENO. — ¿Qué ocurre?

MENSAJERO. — Búscate otra mujer para la boda. Helena se ha marchado de esta tierra.

TEOCLÍMENO. — ¿Volando por el aire o pisando el suelo?

---

27 Aunque el viaje de las grullas evocado aquí es el de regreso, en primavera, hacia el norte, Eurípides utiliza en su descripción un rasgo característico de la migración invernal de dichas aves hacia el sur: «...dejan atrás las lluvias del invierno...».

28 Otra vez los hijos de Tindáreo, aludidos por vez primera en el verso 137, preparándose ya su aparición final *ex machina* para arreglarlo todo. La «querella idea» es el juicio de Paris, que tuvo lugar en el monte Ida.

MENSAJERO. — Se la ha llevado en una nave Menelao. Vino él mismo a anunciarte su propia muerte.

TEOCLÍMENO. — ¡Extrañas cosas dices! Y, ¿qué nave le ha conducido fuera de este país? ¡Parece increíble!

MENSAJERO. — La que tú mismo diste al extranjero. Ha huido con tus marineros, por decirlo en pocas palabras.

TEOCLÍMENO. — ¿Cómo? Estoy decidido a saberlo todo. Pues no consigo comprender cómo un solo hombre ha sido capaz de vencer a tantos marinos, entre los que tú te encontrabas.

MENSAJERO. — Después de abandonar estas regias moradas, la hija de Zeus se dirigió al mar, caminando con paso desalentado y lamentándose, lo más astutamente que podía, por su esposo, quien, lejos de estar muerto, junto a ella estaba. Cuando llegamos al recinto de tus arsenales, botamos una nave sidonia sin estrenar, que tenía cincuenta bancos de remeros. El trabajo sucedió entonces al trabajo: uno endereza el mástil, otro dispone en orden los remos; se izan las blancas velas y se deja caer al agua la parte plana del timón, sujeta con correas.

En estos trabajos nos hallábamos, cuando unos helenos, compañeros de Menelao, se acercaron a la playa, vestidos con harapos como los náufragos, bien formados de aspecto, aunque muy sucios. En cuanto advirtió su presencia, el hijo de Atreo les dijo, haciendo pública y engañosa ostentación de piedad: «¡Desventurados! ¿Cómo y a bordo de qué nave aquea habéis naufragado para llegar aquí? ¿Nos acompañaréis a sepultar al difunto hijo de Atreo, a quien, aunque en ausencia de su cuerpo, la hija de Tindáreo, aquí presente, tributa honores fúnebres?»

Derramando fingidas lágrimas, entraron ellos en la nave, y traían ofrendas para arrojar al mar en honor de Menelao. Esto nos parecía sospechoso, y nos extrañaba

también el gran número de aquellos pasajeros inesperados. Pero tus propias palabras nos hicieron guardar silencio; y es que lo echaste todo a perder, nombrando al extranjero capitán de la embarcación.

Ya habíamos colocado dentro de la nave todo lo demás, que era ligero; pero las pezuñas del toro no querían subir a cubierta, y el animal mugía mirando a todas partes, encorvaba el lomo y, mirando de soslayo a sus cuernos, impedía que lo tocáramos. Entonces el esposo de Helena exclamó: «¡Vosotros que destruisteis la ciudad de Ilión! ¡Ea, coged sobre vuestros jóvenes hombros ese toro, a la usanza de los helenos, y dejadlo caer en proa, que muy pronto mi espada se teñirá en su sangre en honor del difunto!» Y ellos obedecieron su mandato, se apoderaron de la bestia y la depositaron en cubierta. En cuanto al caballo, Menelao, acariciándole el cuello y la frente, consiguió que subiese a bordo.

Por fin, después de que se hubo embarcado todo, Helena, con sus propios pies de hermosos tobillos, ascendió por la escala y se sentó en medio de los bancos. Se encontraba a su lado el presunto muerto, Menelao, y sus compañeros, en grupos iguales a babor y a estribor, situados hombro con hombro, tenían las espadas ocultas bajo los vestidos. El ruido de las olas se disipó ante nuestros gritos, cuando oímos la voz de mando del cómitre.

Una vez que estuvimos ni demasiado lejos ni demasiado cerca de tierra, le preguntó el timonel a Menelao: «¿Debemos seguir adelante, extranjero, o éste es buen sitio? Tú eres quien tiene el mando de la nave.» Menelao dijo: «Basta.» Luego, desenvainando su espada con la diestra, se dirigió a proa y, puesto en pie junto a la víctima taurina, no mencionó a ningún difunto, y, mientras degollaba al toro, ésta fue su oración: «Oh tú que el mar habitas, Posidón, y vosotras, sagradas

hijas de Nereo, conducidnos sanos y salvos a las costas de Nauplia, lejos de Egipto, a mi esposa y a mí.» La sangre fluyó entonces en chorros hacia el mar, como un presagio favorable para el extranjero. Uno de los nuestros exclamó: «Esta navegación es un engaño. Regresemos. Vira tú a la derecha. Cambia de rumbo, timonel.» Desde donde se hallaba al degollar al toro, se levantó el hijo de Atreo y gritó de este modo a sus compañeros: «¿A qué esperáis, oh flor de la Hélade? Degollad, matad a estos bárbaros y arrojadlos al mar desde la nave.» Por su parte, el jefe de tus remeros arengó a tus marinos con estas palabras: «¡Valor! Que el uno esgrima una botavara como lanza, el otro un banco roto, y que otro arranque un remo del tolete, pero que todos hagan correr la sangre de la cabeza de estos extranjeros enemigos.»

Se pusieron todos en pie, los unos con garrotes marinos en las manos, los otros con espadas. La nave chorreaba sangre. Desde la popa, Helena los alentaba así: «¿Dónde está vuestra gloria troyana? Mostrádsela a estos bárbaros.» En el ardor de la lucha caían unos, otros lograban mantenerse erguidos, otros yacían muertos en el suelo. Menelao, con todas sus armas, acudía, espada en mano, allí donde flaqueaban sus compañeros, obligando a tus hombres a escapar a nado del barco. Consiguió, por fin, vaciar los bancos de tus marineros, y, dirigiéndose al timón, ordenó al piloto que pusiera rumbo a la Hélade. Largaron velas en seguida, ayudados por vientos favorables.

Así se alejaron de tierra firme. Para evitar la muerte, yo me había lanzado al mar por el lado del ancla. Desfallecía ya, cuando un pescador me recogió y me condujo a tierra para anunciarte esto. Y es que no hay nada, créeme, más útil a los hombres que una prudente desconfianza.

CORIFEO. — Nunca hubiera creído que Menelao pudiese engañarnos como nos ha engañado, oh rey, y ante nuestra vista.

TEOCLÍMENO. — ¡Ay de mí, desdichado, presa de astucias femeniles! Se han desvanecido mis bodas. Si todavía estuviese a tiempo de perseguir la nave, no ahorraría esfuerzos para apoderarme de esos extranjeros. Me vengaré, al menos, de mi hermana, que me ha traicionado, pues, viendo a Menelao en palacio, me ocultó su presencia. Ya nunca más embaucará a nadie con sus adivinaciones.

SERVIDOR DE TEÓNOE. — ¿Adónde te diriges, señor? ¿En pos de qué homicidio?

TEOCLÍMENO. — Adonde la justicia me ordena ir. Apártate de mi camino.

SERVIDOR DE TEÓNOE. — No soltaré tu peplo. Te apresuras en busca de grandes males.

TEOCLÍMENO. — ¿Vas a mandar en tu señor tú, que eres esclavo?

SERVIDOR DE TEÓNOE. — Me asiste toda la razón.

TEOCLÍMENO. — No pienso yo lo mismo, si no me dejas...

SERVIDOR DE TEÓNOE. — Desde luego que no te dejaré.

TEOCLÍMENO. — ...dar muerte a la peor de las hermanas...

SERVIDOR DE TEÓNOE. — La más piadosa, por el contrario.

TEOCLÍMENO. — ...que me ha traicionado...

SERVIDOR DE TEÓNOE. — Noble traición es obrar lo justo.

TEOCLÍMENO. — ...entregando mi esposa a otro.

SERVIDOR DE TEÓNOE. — A quien tiene sobre ella más derechos que tú.

TEOCLÍMENO. — ¿Quién puede ser el dueño de lo que es mío?

SERVIDOR DE TEÓNOE. — El que la obtuvo de su padre.

TEOCLÍMENO. — El azar me la había entregado...

SERVIDOR DE TEÓNOE. — Y el deber te la ha arrebatado.

TEOCLÍMENO. — No eres quién para juzgar mis acciones.

SERVIDOR DE TEÓNOE. — ¿Aunque hable con más sensatez que tú?

TEOCLÍMENO. — De hecho estoy sometido. He perdido el mando.

SERVIDOR DE TEÓNOE. — Tienes poder para obrar el bien, pero no para la injusticia.

TEOCLÍMENO. — Se diría que quieres morir.

SERVIDOR DE TEÓNOE. — Mátame. Pero no consentiré que mates a tu hermana. Déjame ocupar su lugar. Pues los esclavos de noble corazón obtienen el mayor timbre de gloria dando la vida por sus amos.

DIOSCUROS. — Depón la cólera que te extravía, Teoclímeno, rey de esta tierra. Te llamamos nosotros, los Dioscuros, a quienes dio a luz Leda en otro tiempo, así como a Helena, la que acaba de huir de tu palacio. Pues te irritas por unas bodas que no te estaban destinadas, y tu hermana Teónoe, la doncella descendiente de una Nereida, no te ha agraviado al respetar la ley de los dioses y los justos preceptos de tu padre.

Era preciso que hasta el día de hoy ella habitase en tus moradas. Ahora que los cimientos de Troya han sido destruidos, y que no debe ya prestar su nombre a los dioses, Helena tiene que volver al yugo de sus primeras bodas, regresar a su casa y vivir con su esposo. Por todo ello, aparta esa negra espada de tu hermana y convéncete de que ha obrado prudentemente. Hace tiempo que hubiésemos protegido a nuestra hermana, ya que Zeus nos ha hecho dioses; pero estamos

sometidos al destino y a las divinidades que dispusieron así las cosas.

A ti te he hablado, Teoclímeno. Y a mi hermana le digo: navega con tu esposo. Tendréis un viento favorable. Nosotros, tus hermanos salvadores, cabalgando a tu lado sobre el mar, te llevaremos hasta tu patria. Y cuando el fin se acerque y tu vida termine, serás llamada diosa, y participarás de los sacrificios ofrecidos a los Dioscuros y de cuanto los hombres nos ofrezcan. Ésa es la voluntad de Zeus. Y el lugar donde se detuvo por vez primera el hijo de Maya en su viaje contigo a través del cielo, cuando te arrebató de Esparta para evitar tus bodas con Paris —me refiero a esa isla que, enfrente del Ática, se yergue como guardiana de sus costas—, en adelante se llamará Helena entre los mortales, ya que te recibió robada[29] furtivamente de tu hogar. En cuanto al errabundo Menelao, los dioses han decidido que habitará también la isla de los bienaventurados. Porque no es cierto que los inmortales odien a los varones de noble estirpe, pero sí que éstos tienen que soportar más fatigas que los que no cuentan para nada.

TEOCLÍMENO. — ¡Oh hijos de Leda y Zeus! Olvidaré mi antigua querella en relación con vuestra hermana, y no mataré ya a la mía. Que vuelva Helena a casa, si ello place a los dioses. Podéis jactaros de que ella, que tiene vuestra misma sangre, es la mejor y la más casta de las mujeres. Felicitaos por su nobleza de corazón, algo que no se encuentra fácilmente entre las de su sexo.

---

[29] La raíz *hel-* del nombre *Helénē* se relaciona con la forma verbal *heleîn*, que está conectada semánticamente con «robar», «arrebatar», «coger», etc. Así, Helena sería «la robada», «la raptada», «la arrebatada», lo que explicaría el nombre de la isla y, en suma, todo el *aítion* euripideo.

CORO. — *De múltiples maneras se manifiesta lo divino, y los dioses dan cumplimiento a muchas cosas imprevistas. Y mientras lo esperado no se realiza, el dios encuentra un cauce para lo inesperado. Así ha ocurrido con la historia que ahora termina.*

FENICIAS

INTRODUCCIÓN

1.—La fecha de la primera representación de *Fenicias* la conocemos sólo por aproximación. Un escolio al verso 53 de las *Ranas* de Aristófanes alude a que fue posterior a la de *Andrómeda* (pieza hoy perdida que Eurípides presentó junto a *Helena* en 412), y por otra parte sabemos que precede a *Orestes* (del 408) y al exilio de Eurípides en Mecedonia, en los últimos años de su vida.

La *hypóthesis* de Aristófanes de Bizancio, que nos ha llegado lamentablemente incompleta, señala que se presentó «en el arcontado de Nausícrates». Pero no conocemos a ningún arconte de tal nombre en esas fechas, por lo que se ha supuesto que ha habido una confusión en este dato. Así, p. e., Wilamowitz sugirió que el nombre del corego habría remplazado al del arconte; Méridier supone que tal vez fuera Nausícrates el *didáskalos* (algo así como el director de escena); y Pearson, que pudiera tratarse de un arconte que sustituyó a otro que murió en el año de su cargo, por lo que otras fuentes históricas no han recogido el nombre de este sustituto ocasional. Otros estudiosos han pretendido relacionar con sucesos históricos concretos algunas alusiones del drama, para fecharlo con mayor precisión. Ninguna de ellas nos parece, sin embargo, decisiva para poder establecer algo más exacto que el hecho de que la obra refleja el ambiente de los años

411 a 409, en los que Atenas sufría las angustias de una guerra prolongada, las amenazas repetidas de asedio y los reveses y vaivenes motivados por la ambición de de algunos políticos sin escrúpulos (de los que Alcibíades era el ejemplo más feroz).

La conciencia doliente de Eurípides se refleja, en éste como en otros dramas, en su insistencia en los desastres de la guerra, causados por las pasiones individuales, y en un ansia de evasión lírica, con un cierto desengaño y desesperanza en lo político [1].

La mención de otras dos tragedias, *Enómao* y *Crisipo,* en una frase truncada del mismo texto, se ha solido interpretar en el sentido de que serían piezas representadas en la misma ocasión, acaso como una trilogía engarzada de algún modo laxo. Pearson postuló que el fundamento del gramático Aristófanes para evocar esos otros dos títulos euripideos pudo ser sencillamente el que en ellos aparecía como motivo trágico una maldición, como la que Edipo lanzara contra sus hijos, sin que tal mención suponga la coetaneidad de estas piezas.

El nombre de la obra procede de las fenicias que componen el coro. A diferencia de otros, como el de las *Suplicantes* o el de las *Troyanas,* el formado por estas esclavas, enviadas de Fenicia a Delfos para el servicio de Apolo, no siente su destino comprometido en la catástrofe que amenaza a la ciudad de Tebas. Son unas extranjeras, unidas por lejano parentesco a los pobladores de la ciudadela fundada por el fenicio Cadmo, quienes evocan en sus cantos las leyendas de gloria y de sangre que rodean la historia de la polis asediada. A este distanciamiento del coro Eurípides le saca un

---

1 Esta melancólica desesperanza del poeta ha sido subrayada por varios estudiosos. Por citar sólo a uno de los más recientes, remito al claro libro de V. Di Benedetto, *Euripide: teatro e società,* Turín, 1971. Cf., sobre el final de *Fenicias,* pág. 319.

buen partido dramático. De un lado queda la innovación frente al angustiado coro de tebanas de *Los Siete contra Tebas* de Esquilo, donde el coro expresaba el patetismo desesperado en contraste con la firme figura de Eteocles, el protagonista y gobernante magnánimo. De otro lado, esa distancia sentimental le permite al coro de mujeres expresar, a la vez que su cordial temor por la suerte de la ciudad querida, su simpatía por la causa del agraviado Polinices, y lanzarse a pintorescas evocaciones míticas en torno a las figuras famosas de Cadmo el matador del Dragón, de Edipo el vencedor de la Esfinge, de Ares y Dioniso, etc. Como ya observaron los comentaristas antiguos, los líricos parlamentos del coro se alejan de la acción dramática. Aunque se podría destacar, en favor de Eurípides, que estos intermedios líricos proyectan sobre las escenas del drama un trasfondo legendario que amplía su significación. A la acción trágica se le superpone una panorámica que no sólo incluye en su halo fatídico a Edipo y sus hijos, sino que evoca a los dioses patrios y al mismo fundador de la estirpe, a Cadmo. Si los motivos y los caracteres son más realistas, más humanos, como señalan todos los estudiosos de la tragedia de Eurípides, estas digresiones líricas sirven para contrapesar esa tendencia hacia el análisis psicológico con la brillante y colorista evocación de ese segundo plano, con sus figuras fantasmagóricas de héroes y dioses. Desde luego el alejamiento de la acción es un riesgo y así tal proceder preludia la desaparición del coro trágico como elemento irrelevante en el drama posteuripideo.

Ya los antiguos señalaron que este drama tiene muchos personajes y es de variados efectos escénicos, incluso con el peligro de que algunas escenas parezcan rebuscadas y superfluas. (El autor del *Argumento I* la califica de *polyprósōpon* y de *paraplērōmatikón*, es decir, «con muchos personajes» y «recargado»). Por

otra parte, no existe un protagonista trágico cuyos sufrimientos y catástrofe final concentren los sucesos, a no ser que tomemos como tal a toda la familia de Edipo. Este es uno de los contrastes más notorios entre ésta y la tragedia esquílea de *Los Siete contra Tebas*, cuya trama atiende al mismo material mítico. Junto a Yocasta y Antígona, desfilan Polinices, Eteocles, Creonte, Meneceo, y el lamentable y quejumbroso Edipo, todos ellos patéticos. «El drama en su conclusión deja en muchos lectores más la impresión de una serie de brillantes episodios que la de una creación artística unitaria» observó Pearson, como otros. Tal vez no estemos de acuerdo con el autor del *Argumento I* sobre lo superfluo de la *teichoscopia*, de la entrada de Polinices, o del acto final. Pero la discusión sobre la defensa de la ciudad entre Eteocles y Creonte, con sus detalles estratégicos, o el episodio entre Creonte y Meneceo, son muestras de que a Eurípides no le interesaba la estructura sencilla del encuentro fatal entre los dos hijos de Edipo. Por el contrario, esa riqueza de escenas y motivos es algo buscado por el viejo dramaturgo, a quien sería injusto medir por el patrón trágico de los dramas de Esquilo o de Sófocles. Como comenta Kitto con agudeza[2], las *Fenicias* pertenecen a otro tipo dramático, que pretende una amplitud casi épica, y sustituye el sentido trágico de sus precursores por uno nuevo, de un patetismo más efectista y espectacular.

Por todo ello *Fenicias* gozó de cierta predilección entre las piezas de Eurípides más representadas y estudiadas en la Antigüedad, y formó con *Hécuba* y el *Orestes* la tríada estudiada y comentada en Bizancio hasta el final del humanismo bizantino. Además ofrecía a los actores algunos pasajes muy apropiados para un lucimiento personal. Lo más difícil lo constituirían se-

2 En su *Greek Tragedy*, Londres, 1971, 3.ª ed., págs. 351-62.

guramente sus estásimos, con la sobrecarga de adjetivos ornamentales característica de la última etapa de nuestro dramaturgo.

2. — Por su extensión *Fenicias* es el drama más largo de Eurípides, y de todas las tragedias conservadas sólo la aventaja en número de versos *Edipo en Colono*. Es probable, sin embargo, que su extensión original fuera algo menor; ya que la mayoría de estudiosos de la obra coinciden en considerar añadidos numerosos pasajes de la última parte de la pieza, si bien la concordancia sobre el número preciso de versos interpolados es mucho menos general[3]. Con todo, el considerar espúreos algunos pasajes explicaría la extraordinaria longitud del éxodo, así como algunas deficiencias de su construcción. Estos añadidos, no extraños en una obra muy representada luego, serían concesiones a la tentación de enlazar la trama con las de otros dramas famosos sobre el tema, con la *Antígona* y el *Edipo en Colono* de Sófocles; añadidos poco posteriores a la muerte de Eurípides, en general. Estas tiradas intercaladas son, fundamentalmente, según la razonada exposición de E. Fraenkel, las siguientes: versos 869 a 880 y 886 a 890 (en el parlamento de Tiresias), vv. 1104 a 1140 (en el largo relato del mensajero), vv. 1242 a 1258 (en otro relato de mensajero), vv. 1307-1334 (entrada de Creonte y diálogo con el corifeo), vv. 1597-

3 Cabe, sin embargo, subrayar el hecho de que las tragedias de Eurípides más cercanas a *Fenicias*, la *Helena* y el *Orestes* rondan los 1700 versos. De aceptar las interpolaciones que sugerimos, de acuerdo con E. Fraenkel y otros estudiosos, que abarcan unos doscientos versos en conjunto, la extensión de *Fenicias* se reduciría bastante, a un número de versos como el que pudo tener la versión original de la *Ifigenia en Aulide*, y tal vez las *Bacantes*. La extraordinaria longitud (1779 versos) del *Edipo en Colono* de Sófocles es una de las peculiares características de esa tragedia, la última de las obras del viejo dramaturgo.

1614 (quejas de Edipo), vv. 1645 a 1682 (diálogo esticomítico entre Creonte y Antígona), vv. 1704 a 1707, y todo el final, desde el verso 1737 a 1766. Al atetizar como interpolaciones estos pasajes, quedan eliminados algunos rasgos anómalos, como, p. e., el largo silencio de Creonte entre los vv. 1356 a 1584, que sería muy singular en una tragedia. Pero es fácil suponer que el presentar en escena a Creonte portador del cadáver de su hijo Meneceo fue una tentación de un poeta deseoso de reparar un descuido del dramaturgo y añadir otra escena patética a la trama, y que este mismo interpolador refirió a Creonte los versos del diálogo con el mensajero de 1336 a 1355, que el texto original debía adjudicar al Corifeo. También es clara la presión que el famoso agón entre Creonte y Antígona en la tragedia de Sófocles ha ejercido en la creación del paralelo en versos 1645 y ss. De aceptar estas tiradas de versos como interpolaciones se modifica la presentación de dos personajes, la de Creonte y la de Antígona; que, de lo contrario, quedan vistos de modo muy próximo al enfoque de Sófocles. (Y un tanto en disonancia con su presentación en otras escenas anteriores de *Fenicias*.)

Además de estos pasajes citados existen algunos versos sueltos que casi todos los editores del texto coinciden en atetizar como espúreos. En la edición de Murray son 28 versos rechazados como tales. Tanto estas interpolaciones menores como las más extensas son el producto de la estima que gozó la obra, durante siglos, con la incorporación al texto de pequeñas glosas y aclaraciones marginales. (En nuestra versión castellana ofrecemos entre paréntesis cuadrados tan sólo aquellos versos sueltos que atetizan la mayoría de estudiosos, y no los pasajes ya citados más amplios, cuya inautenticidad es objeto de consideraciones más subjetivas.)

3. — El tema de las *Fenicias* coincide con el de *Los Siete contra Tebas*: el asedio de la ciudadela Cadmea

por los argivos y el duelo fatal entre los dos hermanos, condenados por la maldición del airado Edipo. Pero mientras en Esquilo la tragedia forma parte de una trilogía de tema tebano como tercera pieza, y así cuenta con las dos anteriores para exponer los antecedentes de la saga de los Labdácidas, en Eurípides es una pieza suelta, que ha de recurrir a otros medios para evocar todo el contenido de la fatídica historia familiar. Porque, como ya hemos dicho, Eurípides no renuncia a exponer con la mayor amplitud el cúmulo de desdichas que envuelven a la estirpe de Layo a través de las generaciones contaminadas por su delito. En ese sentido es toda la familia la que se precipita en la catástrofe trágica. No en vano es la enlutada Yocasta, abrumada por los desastres del pasado y angustiada por el amenazador presente, la que dice el prólogo; y es el lastimero Edipo el que da tono patético al final, partiendo al destierro, ciego y miserable, sin hijos y sin esposa. Son ellos, Yocasta y Edipo, quienes han sufrido todos los males, arruinados por la cadena implacable de dolores, los más apropiados para enmarcar esta suma trágica de varios episodios.

Innovación de Eurípides es presentarnos a Yocasta en vida, habitando el palacio a la par que el viejo y cegado Edipo; puesto que en la versión más tradicional del mito, la seguida por Sófocles, ella se suicidaba al enterarse de la personalidad real de Edipo, su hijo y esposo. Y también el que Edipo haya permanecido hasta la muerte de sus hijos en Tebas es una innovación.

Es cierto que ninguno de los caracteres de la obra asume el primer papel de héroe trágico; pero la ausencia de un protagonista central está compensada por la presencia de varias figuras de rasgos admirablemente dibujados. La escena del encuentro de Polinices con su madre y luego con Eteocles es otra de las innovaciones del poeta. El agón entre los dos hermanos resulta una

de las mejores escenas del drama. Eurípides pinta a Eteocles como el tirano ávido del poder, dispuesto a cualquier crimen y violación para mantener su tiranía, como confiesa sin escrúpulos. Muy diferente, pues, del Eteocles esquíleo, preocupado de proteger a su pueblo; es un egoísta dominado por la ambición, un ejemplo del político que no vacila en someter a peligros terribles a la polis con tal de mantenerse en el poder sin cuidarse de la justicia. Frente a él, Polinices es el exiliado que acude a reclamar su derecho al trono heredado y a la tierra patria. Tanto el coro como otros personajes insisten en la razón de las reclamaciones de Polinices. (Tal vez en la versión épica de la *Tebaida* se subrayaba ya este rasgo, que la versión de Esquilo desestimó, y Eurípides aquí recupera.) Pero también él antepone su ambición a la suerte de Tebas.

En contraste con uno y otro, e incluso en contraste con la figura de Creonte, otro político, está Meneceo, el joven dispuesto al sacrificio para salvar a la ciudad. Es una de esas figuras de jóvenes heroicos —como Macaria en *Los Heraclidas* o Ifigenia en *Ifigenia en Áulide*— que el dramaturgo nos ofrece en oposición a los poderosos, movidos por la ambición política personal. Eteocles llega a exclamar: «¡Que se hunda toda la casa!» (v. 624), y Creonte: «¡No me importa la ciudad en sí!» (v. 919), mientras Meneceo se suicida dando su sangre al suelo ávido de compensación por la muerte del Dragón indígena. Antígona —aun si dejamos de lado su enfrentamiento a Creonte en la esticomitia que creemos añadida— es también una joven dispuesta a ofrecer su vida al acompañar a su padre en el exilio y la indigencia, en una decisión tanto más valiente cuanto que es una doncella tímida y recatada. Edipo, como él mismo reconoce, es una especie de sombra del héroe pasado, una figura fantasmal, víctima de un demon implacable.

Todos estos personajes forman un conjunto patético bien conocido a los espectadores. Su psicología está claramente trazada en las escenas del drama. El destino que aniquila la casa de Edipo se halla fatalmente ínsito en los propios caracteres.

4. — El tema tratado por Eurípides estaba ya poetizado épicamente en la *Tebaida* (s. VIII a. C.), que sólo conocemos por resúmenes y breves fragmentos [4]. Luego Esquilo en sus *Siete contra Tebas* ofreció una versión trágica del asedio de la ciudad por los siete jefes argivos y del duelo fatídico entre los dos hermanos. Pero antes del tratamiento trágico existió uno lírico, que ahora conocemos en parte por un papiro de Lille (*P. Lille* 76) descubierto en 1974 y editado en 1976 por G. P. Ancher y C. Meiller. Con el título de «La réplica de Yocasta» aparece reeditado y comentado por J. Bollack, P. Judet y H. Wismann en *Cahiers de Philologie*, 2, 1977. La mayoría de los estudiosos lo atribuyen a Estesícoro como fragmento de un amplio poema, mientras Bollack y colaboradores prefieren no pronunciarse por un autor lírico determinado. En las líneas conservadas tenemos una propuesta de Yocasta para la reconciliación de Eteocles y Polinices, frente al funesto augurio de Tiresias que dice que perecerán los dos hermanos o la ciudad de Tebas. Es muy interesante que Yocasta juegue este papel que recuerda su intervención dramática en *Fenicias*, y que el viejo adivino cumpla su ya típica función dramática de agorero de desgracias. Bollack y otros destacan las diferencias entre el tratamiento lírico y el trágico (en especial, frente a *Fenicias*, cf. pág. 85). En su reciente artículo [5] sobre

---

[4] Sobre estos fragmentos remito al lector a la versión de A. Bernabé, *Fragmentos de la épica griega arcaica*, Madrid, 1979, en esta misma colección, págs. 57-70.

[5] Publ. en la rev. *Emerita*, XLVI (1978), págs. 251 y sigs.

este fragmento F. R. Adrados opina que pertenece al poema de Estesícoro *Erífila.*

Estructura del drama

El Prólogo (1-201) está compuesto por dos escenas: el recitado inicial de Yocasta (vv. 1-87) que expone los antecedentes de la situación trágica, como es muy frecuente en otros prólogos de Eurípides; y el diálogo entre el Pedagogo y Antígona (vv. 88-201) en lo alto de los muros, mientras observan el movimiento de tropas enemigas que atacan la ciudad, una brillante escena con precedente épico en la *teichoscopia* del canto III de la *Ilíada.*

Párodo (202-260), en que el coro formado por mujeres fenicias explica su presencia en Tebas (enviadas desde Tiro al templo de Apolo en Delfos, de paso por Tebas se han visto detenidas por el asedio guerrero) y su interés afectivo en los destinos de la ciudad (por ser descendientes de la misma familia que a través del antiguo Cadmo dio origen a Tebas).

Episodio 1.º (261-637). Entra Polinices, receloso, en la ciudad. Encuentro y coloquio con su madre Yocasta. Se presenta luego Eteocles (v. 446). Diálogo entre los hermanos y su madre, que no logra reconciliarlos. El enfrentamiento, en forma de típico agón, entre los dos hijos de Edipo sirve para definir mejor sus caracteres, y mostrarnos lo imposible de una solución pacífica al conflicto, como quería Yocasta, llevada por su afecto materno.

Estásimo 1.º (638-696). El coro recuerda la leyenda de la fundación de Tebas: la muerte del dragón indígena apedreado por Cadmo y el origen de los Espartos.

Episodio 2.º (697-783). Diálogo entre Eteocles y su tío Creonte, donde éste con sus consejos prudentes rectifica la impaciente estrategia del joven monarca, quien le confía el gobierno de la ciudad y el matrimonio de Antígona con Hemón en caso de perecer en el combate próximo.

Estásimo 2.º (784-833). El coro evoca en su canto la oposición entre el dios de la guerra, el feroz Ares, y Dioniso, con

sus gozos pacíficos y armoniosos. Alude a los prestigios y glorias pasadas de Tebas, ahora amenazada por el asedio.

EPISODIO 3.º (834-1018). El viejo adivino Tiresias acude a dialogar, conducido por Meneceo, con Creonte. Tras un corto intento de evasión, Tiresias profetiza que la salvación depende del sacrificio de Meneceo. Creonte rehúsa ofrecer la vida de su hijo por la victoria de la ciudad. Mientras éste se retira, Meneceo informa al Coro de su decisión de suicidarse en beneficio de Tebas.

ESTÁSIMO 3.º (1019-1066). El coro elogia la heroica determinación del joven, y alude de nuevo a la crueldad de la Esfinge y al fatídico destino de Edipo y su familia.

EPISODIO 4.º (1067-1283). Un mensajero acude ante Yocasta para informarla de la muerte de Meneceo y del desarrollo posterior de la batalla al pie de los muros. Como Yocasta insiste en conocer hasta el fin la suerte de sus hijos, el Mensajero, a su pesar, cuenta que ambos van a enfrentarse en combate cuerpo a cuerpo. Yocasta llama a toda prisa a Antígona para que la acompañe, en un intento de detener la lucha mortífera entre los dos hermanos.

ESTÁSIMO 4.º (1284-1307). El coro expresa en un patético y agitado canto su angustiado presentimiento y su compasión ante la catástrofe.

ÉXODO (1308-1766). Es el más largo de todos los de Eurípides —excediendo en longitud incluso al del *Heracles*— y contiene varias escenas distintas. La extraordinaria extensión ha podido resultar de los añadidos e interpolaciones de que ha sido objeto esta sección. (Prácticamente todos los estudiosos de la pieza lo han destacado, aunque difieran el número, mayor o menor, de los versos que consideran añadidos a la redacción original de Eurípides.) En cuanto a la falta de unidad de este éxodo —que, de acuerdo con la definición aristotélica es sencillamente la sección que va desde el último canto del coro al final del drama— puede explicarse, en cierto modo, por esas mismas interpolaciones. Podemos distinguir tres escenas: la entrada en escena de Creonte con el cadáver de Meneceo (vv. 1306-1334) (escena que algunos estudiosos consideran espúrea), el relato del Mensajero (1335-1484), y el diálogo, en parte

lírico y en parte recitado, entre Antígona, Creonte y Edipo (1485-1766), que concluye la obra.

Esta última escena está separada de la anterior por la patética monodia de Antígona (1485-1538), a la que sigue la entrada en escena de Edipo (v. 1539). Si se acepta la atétesis de los vv. 1306-1334, Creonte vuelve a aparecer con los versos 1584 y sigs., para enfrentarse con Edipo y, sobre todo, con Antígona en un agón esticomítico (que recuerda el más célebre de la tragedia sofóclea), que queda enmarcado por los lamentos líricos anteriores y los posteriores (1710-1766), en los que el viejo sufridor Edipo y la joven princesa se disponen a partir al exilio.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Ediciones comentadas:

Dos Santos Alves, M., *As Fenicias*, Coimbra, 1975.
Pearson, A. C., *Euripidis Phoenissae*, Cambridge, 1909.
Scarcella, A. M., *Le Fenicie*, Roma, 1957.

El texto crítico adoptado como base de la traducción es el de G. Murray, en *Euripidis Fabulae* III, de los Oxford Classical Texts, 1.ª ed. 1909, reimp. 1963.

Por su importancia para la crítica del texto, merece citarse el estudio de E. Fraenkel, *Zu den Phoenissen des Euripides*, Munich, 1963.

(El ya citado volumen de Dos Santos Alves recoge muy bien la discusión anterior de los pasajes filológicamente más tratados, y en general, se adhiere a las conclusiones de E. Fraenkel, tras una reflexión crítica muy razonable. Para nuestras notas nos han sido muy útiles algunas de las de Pearson y Dos Santos.)

VARIANTES TEXTUALES

	Texto de Murray	*Texto aceptado*
235	ἀθανάτας	ἀθανάτου
259-260	[παῖς] ὅς...	παῖς [ὅς]...
302-303	γηραιὸν πόδ' ἕλκω, τρομερὰν βάσιν	γηραιῷ ποδὶ τρομερὰν ἕλκω βάσιν
341-342	Λαίῳ τε τῷ παλαιγενεῖ	Λαίου τε τῷ πάλαι γένει
343	γάμων	γάμον
372	[ ]	Sin corchetes
504	ἡλίου	αἰθέρος
558	[ ]	Sin corchetes
652	ἕλικος	ἑλικὸς
1190	ὄχους	ὄχοι
1223	'Ετεοκλέης δ' ὑπῆρξ'	'Ετεοκλῆς προὐπῆρξ'
1262	κἄπαθλα	καὶ τἄθλα
1279	ANTÍGONA	YOCASTA
1561	δι' ὀδύνας ἔβας	δι' ὀδύνας δ' ἂν ἔβας

ARGUMENTO

Eteocles, una vez que tomó el poder monárquico en Tebas, despoja de su turno a su hermano Polinices. Exiliado, éste se presentó en Argos y desposó allí a la hija del rey Adrasto, atesorando la ambición de regresar a su patria. Y, persuadiendo a su suegro, congregó un considerable ejército para llevarlo contra su hermano en Tebas. Su madre, Yocasta, le convenció para que, con un salvoconducto de tregua, entrara en la ciudad y dialogara antes sobre el poder. Al mostrarse furioso Eteocles en defensa de su tiranía, Yocasta no logró reconducir a la amistad a sus hijos, y Polinices abandonó la ciudad, dispuesto a presentarse en adelante como contendiente en la guerra.

Vaticinó Tiresias que la victoria sería para los tebanos, si el hijo de Creonte, Meneceo, se ofrecía como víctima en un sacrificio a Ares. Entonces Creonte se negó a ofrecer a la ciudad a su hijo, pero el joven tomó la decisión, aun cuando su padre le facilitaba la huida con dineros, de sacrificarse. Y así lo hizo. Luego los tebanos mataron a los jefes de los argivos. Eteocles y Polinices en combate personal se dieron muerte uno a otro. Entonces su madre, al encontrar muertos a sus hijos, se degolló, y el hermano de ella, Creonte, heredó el poder real.

Los argivos, derrotados, se retiraron de la batalla. Pero Creonte, rencorosamente, no devolvió los cadáve-

res de los enemigos caídos al pie de la muralla Cadmea para su sepultura, arrojó sin honras fúnebres a Polinices, y expulsó a Edipo como desterrado de su tierra patria, sin acatar en un caso la ley humana, y dejándose llevar en otro por la indignación y sin apiadarse ante el infortunio.

Son muy emocionantes las *Fenicias* por su carácter trágico. Pues queda muerto el hijo de Creonte que se suicida en la muralla en favor de la ciudad, mueren también los dos hermanos a manos el uno del otro, y Yocasta, su madre, se quita la vida sobre sus cadáveres; y perecen los argivos que hacían campaña contra Tebas; también queda expuesto sin tumba Polinices, y Edipo es desterrado de su patria y junto con él su hija Antígona. Además el drama tiene muchos personajes y está lleno de sentencias, numerosas y bellas.

ORACULO

Labdácida Layo, próspera progenie de hijos imploras.
Engendrarás un hijo, pero esto te será a ti fatal:
dejar la vida a manos de tal hijo. Así lo asintió
Zeus Cronida, atendiendo a las funestas maldiciones de Pélope,
cuyo hijo raptaste. Él contra ti lanzó todas estas imprecaciones.

EL ENIGMA DE LA ESFINGE

Hay sobre la tierra un ser bípedo y cuadrúpedo, con una sola voz,
que es también trípode. Es el único que cambia de natural de [cuantos
vivientes habitan en tierra, por el aire y bajo el mar.
Pero cuando camina apoyándose en más pies,
es cuando el vigor de sus miembros resulta más débil.

SOLUCIÓN DEL ENIGMA

Escucha, aunque no quieras, malhadada musa de los muertos,
mi voz, término de tus crímenes.
Al hombre te referiste, quien, cuando se arrastra por el suelo,
a poco de salir del vientre materno es niño cuadrúpedo,
y al hacerse viejo apoya como tercer pie su bastón,
mientras se encorva su cuello, abrumado por la edad.

Layo, que venía de Tebas, por el camino contempló a Crisipo, el hijo de Pélope. Enamorado de él pensó en llevárselo consigo a Tebas. Como éste se negaba a seguirle, Layo lo raptó, a escondidas de su padre. Después de mucho lamentarse por la pérdida de su hijo, él se enteró y al enterarse lanzó contra el raptor la maldición de que no engendrara hijos, o, si tal sucedía, que fuera asesinado por su descendiente.

ARGUMENTO DEL GRAMÁTICO ARISTÓFANES

Expedición de Polinices con los argivos contra Tebas y destrucción de los hermanos Polinices y Eteocles y muerte de Yocasta. El tema mítico está en Esquilo, en *Los Siete contra Tebas*, excepto la figura de Yocasta... siendo arconte Nausícrates... segundo fue Eurípides... dejó una pieza sobre este asunto. Respecto a eso también *Enómao* y *Crisipo* y... se conserva. El coro está formado por mujeres fenicias. Recita el prólogo Yocasta. El drama es hermoso también por sus cuadros escénicos, aun cuando resulta recargado. La escena de Antígona oteando [el campo enemigo] desde la muralla no forma parte de la acción dramática; y la de Polinices

que viene a parlamentar para en nada; y la del final, de una lírica verbosa, de Edipo al partir al destierro, está añadida como un remiendo superfluo.

PERSONAJES

Yocasta.
Pedagogo.
Antígona.
Coro de Fenicias.
Polinices.
Eteocles.
Creonte.
Tiresias.
Meneceo.
Mensajero.
Otro Mensajero.
Edipo.

La acción transcurre en Tebas, ante el Palacio Real.

(Enlutada, con el cabello rapado, la vieja Yocasta recita el prólogo.)

YOCASTA. — ¡Oh tú que, entre los astros, por el cielo trazas tu senda, y montado en tu carro de planchas de oro, tras los raudos caballos volteas tu llama, Helios! [1] ¡Cuán infortunado rayo dejaste caer sobre Tebas el día aquel en que Cadmo llegó a este país al haber abandonado la marina tierra de Fenicia!

Él fue quien, antaño, tras haber desposado a una hija de Cipris, a Harmonía, engendró a Polidoro, del que dicen nació Lábdaco, y de éste, Layo.

Yo me tengo por hija de Meneceo, y Creonte es mi hermano, y de la misma madre; y me llaman Yocasta, pues este nombre me impuso mi padre [2].

---

1 La vieja reina madre no encuentra, en su soledad, otro testigo a su desolación que el mudo astro que se alza sobre la escena en el claro cielo. Pero el patetismo de la invocación inicial se ve desdibujado por el tono retórico del prólogo, desde la ya tópica personificación de Helios como flamígero auriga a la exposición siguiente, pródiga en detalles superfluos.

Los comentaristas han encontrado dos invocaciones parecidas en SÓFOCLES, en *Electra* 86 y sigs. y *Antígona* 100 y sigs. (versos líricos con los que el protagonista y el coro, respectivamente, entran en escena). Pero este pasaje de Eurípides fue el más imitado: por TEODECTES (frg. 10 Snell); por los latinos ACCIO, APULEYO y SÉNECA (*Hércules enloquecido*, vv. 592 y sigs.), y por RACINE, al comienzo de su obra *La Thébaide ou les Frères Ennemis*.

2 En Homero su nombre es Epicasta. Ulises cuenta que la vio entre las sombras del Hades, en *Od.* XII 271: «Y vi a la madre de Edipo, la hermosa Epicasta».

Layo me toma por mujer. Y cuando, tras largo tiempo de matrimonio, al encontrarse sin hijos en nuestro palacio, va a interrogar a Febo y a pedirle la compañía de hijos varones para nuestro hogar, el dios le respondió:

«¡Oh, soberano de Tebas de buenos caballos, no siembres el surco de hijos a despecho de los dioses! Porque, si engendras un hijo, el que nazca te matará, y toda tu familia se cubrirá de sangre.»

Pero él, dándose al placer y cayendo en la embriaguez[3], dejó en mí la simiente de un hijo. Luego de haberlo engendrado, al ser consciente de su falta y de la profecía del dios, entrega el recién nacido a unos pastores a fin de que lo expusieran en el prado de Hera entre las peñas del Citerón, habiéndole atravesado los talones con unos punzones de hierro[4]. Por ese motivo Grecia lo denominó Edipo[5].

Pero unos pastores de caballos del rey Pólibo lo recogieron, lo llevaron a su palacio y lo entregaron en manos de su señora. Ésta acogió en su regazo al fruto

---

3 Aunque un escoliasta anote que «a causa del vino» y también APOLODORO (III 5, 7) apunte que estaba «borracho» (*oinotheís*), la expresión que traducimos por «embriaguez» (*to bákcheion*) puede interpretarse como «delirio, desvarío o frenesí, producido por el placer», sin que sea forzosa la intervención del vino para llegar a ese estado «báquico» de descontrol en el que incurre Layo.

4 Frente a estos «punzones de hierro» (*siderã kéntra*), en el v. 805 se habla de «fíbulas de oro» (*chrysodétois perónais*), lo que ha dado lugar a muchos comentarios. (Véase la nota 15 de M. DOS SANTOS ALVES, en *o. c.*, págs. 333-336.)

5 Es decir, «Pies hinchados», según la etimología ya evocada por SÓFOCLES, en *E. R.* 1034 y sigs. Entre los intérpretes modernos del mito de Edipo, Cl. Lévi-Strauss señala que este nombre, en línea con los de sus antecesores, Layo (el «Torcido») y Lábdaco (el «Patizambo»), aludiría a la dependencia íntima de Edipo con la tierra, sobre la que torpemente camina.

de mis dolores y convenció a su esposo de que lo había dado a luz.

Cuando ya se hizo hombre, y aparecía en su mentón la rubia barba, bien porque se enterara él o informado por alguien, se puso en camino hacia la mansión de Febo, con la intención de indagar quiénes eran sus padres, al tiempo que Layo, mi esposo, quien deseaba conocer si el niño expuesto vivía todavía. Y coincidieron ambos a la vez en Fócida, en la encrucijada del camino [6].

Entonces le ordena el cochero de Layo:

« ¡Extranjero, échate a un lado y cede el paso a un rey! »

Mas él avanzaba caminando en silencio, orgulloso. Los caballos con sus cascos le tiñeron de sangre sus piernas. Por eso —¿por qué he de relatar lo que excede a mis desgracias?— el hijo mata al padre y, apoderándose de su carro, lo entrega a Pólibo, su padre adoptivo.

Como la Esfinge con sus depredaciones asolaba la ciudad y mi esposo ya no vivía, mi hermano Creonte hace proclamar mi matrimonio. Quien resolviera el enigma de la astuta doncella, ése obtendría mi lecho. Sucede entonces que mi hijo Edipo acierta las adivinanzas de la Esfinge, por lo que se instala como soberano de este país y recibe el cetro de esta tierra como premio a su victoria. Y toma por esposa a su madre, sin saberlo ¡infeliz!, como tampoco la que lo dio a luz sabe que se acuesta con su hijo.

Doy a luz, de mi hijo, a dos varones: a Eteocles y al ilustre y valiente Polinices; y a dos niñas: a una su

---

[6] En la famosa encrucijada convergen los caminos procedentes de Tebas, Daulia, y Delfos, en un impresionante escenario natural, entre montañas solitarias. La versión del encuentro es algo diferente en Sófocles, *E. R.* 798 y sigs.; donde Edipo viene de Delfos, tras haber consultado ya al oráculo.

padre le dio el nombre de Ismene, y a la otra, la mayor, la llamé yo Antígona.

Pero, al enterarse de que su enlace conmigo había sido una boda con su madre, Edipo, que había soportado todos los padecimientos, asesta a sus propios ojos un horrible aniquilamiento, ensangrentando con los dorados punzones de una fíbula sus pupilas.

Y, apenas se sombreó de barba el mentón de nuestros hijos, ellos ocultaron bajo cerrojos a su padre, para que su infortunio quedara olvidado, lo que requiere muchos trucos. Aún vive en el interior del palacio. Desvariando a causa de la desdicha, invoca sobre sus hijos las más impías maldiciones: que con el afilado hierro desgarren esta casa.

A ambos les invadió el temor de que los dioses dieran cumplimiento a las maldiciones, en caso de convivir juntamente, y de común acuerdo establecieron que el más joven, Polinices, se exiliara primero, voluntariamente, de esta tierra, y que Eteocles se quedara para detentar el cetro del país, cambiando sus posiciones al pasar un año. Pero una vez que se estableció junto al timón de mando, él no abandona el trono, y expulsa, como desterrado de este país, a Polinices.

Éste se fue a Argos, emparentó políticamente con Adrasto, y, habiendo reunido un numeroso ejército de argivos, lo guía; y, presentándose ante estos mismos muros de siete puertas[7], reclama el cetro paterno y su

[7] El número legendario de siete puertas parece provenir del poema épico *La Tebaida* (s. VII). Se ha discutido si realmente la ciudadela Cadmea poseía realmente tal número de portones en su muralla. Así, p. e., Wilamowitz sostenía que sólo habría tenido tres: el del N. E. (Puerta Prétida), para la ruta hacia Calcis, el del Sur (P. Electra), hacia Platea y Atenas, y el del N. O. (P. Neista), hacia Lebadea. Los nombres de las Siete Puertas, así como los de los Siete Caudillos argivos que las atacan, ofrecen una coincidencia básica y divergencias en dos o

parte de tierras. Yo, tratando de resolver la discordia, he convencido a mi hijo de que acuda, bajo tregua, ante su hermano antes de apelar a la lanza. El mensajero enviado asegura que él vendrá.

Con que, ¡oh tú, que habitas los luminosos repliegues del cielo, Zeus!, sálvanos, y permite el acuerdo entre mis hijos. No vas a consentir, ya que[8] eres sabio, que un mismo mortal persista siempre en la desdicha.

(Se retira hacia el interior del palacio. Aparece subiendo a la terraza el pedagogo, y, tras él, la princesa Antígona.)

PEDAGOGO[9]. — Antígona, glorioso retoño para este palacio de tu padre, ya que tu madre te ha permitido

---

tres casos, según los autores que los dan (ESQUILO, *S. T.* 375 y sigs.; EURÍPIDES, *F.* 1140 y sigs.; PAUSANIAS, IX.8.4; APOLODORO, *Bibl.* III 6, 6; ESTACIO, *Teb.* VIII 353 y sigs.). (Más detalles sobre este punto en PEARSON, *o. c.*, págs. 214-9, y DOS SANTOS ALVES, *o. c.*, págs. 342-4.)

8 Traduzco como causal la conjunción *ei*, que puede tener también un sentido condicional (= «si es que eres sabio»). Es probable que Eurípides juegue con la ambigüedad del vocablo. Aquí, tratándose de una plegaria, nos ha parecido más revelente el sentido causal. Obsérvese, por otra parte, que el prólogo, que había comenzado con una invocación al divino Helios, concluye con ésta a Zeus. Ambos dioses habitan en el cielo y lo ven todo, pero sólo Zeus es providente y justo, según la concepción tradicional.

Conviene, por otra parte, subrayar la importancia de estos versos, con la exigencia de que exista, garantizada por los dioses, una medida de dolores como la hay de los éxitos, medida que, en el caso de Edipo y de Yocasta, la vieja reina supone ya colmada.

9 Aquí comienza la escena segunda de este prólogo, modela sobre la «contemplación desde los muros» (*teichoscopia*) del Canto III de la *Ilíada*, donde Helena le explica a Príamo los nombres de los principales caudillos aqueos. También aquí, como allí, son un viejo, el pedagogo, y una mujer joven los in-

abandonar las habitaciones de las doncellas para subir al piso superior de la casa a fin de que contemples el ejército de los argivos a ruegos tuyos, aguarda, para que escrute el terreno, no vaya a ser que nos surja en el sendero alguno de los ciudadanos, y se suscite un ruin reproche contra mí como esclavo y contra ti como princesa. Bien enterado voy a contarte todo cuanto vi y escuché de los argivos cuando fui a llevar las treguas a tu hermano de aquí allá y a traerlas de nuevo acá de su parte.

Ahora ningún ciudadano se aproxima a este palacio. Avanza paso a paso por la vieja escala de cedro. Observa el llano, a lo largo del curso del Ismeno y el manantial de Dirce. ¡Qué numeroso es el contingente de los enemigos!

ANTÍGONA. — *Tiende, pues, tiende tu anciana mano hacia la joven mía, desde esos escalones, ayudándome a alzar mis pies.*

PEDAGOGO. — Toma, agárrate, muchacha. Has llegado en el momento justo. Porque se pone en movimiento el ejército pelásgico [10] y se separan unos de otros en escuadrones.

---

terlocutores. La emoción de Antígona se expresa en su canto, frente al recitado del pedagogo. Al revés que en el modelo homérico, aquí es la joven quien interroga y el viejo quien le informa.

Algunos, como el autor del *Argumento* I, han criticado esta escena, como inútil para la acción. Pero no es así. Eurípides se sirve de ella para darnos una representación más viva del ejército sitiador, a través de las preguntas de la emocionada joven. Tras el prólogo habitual, que tiende a resultar frío y un *cliché* retórico en nuestro trágico, esta escena novedosa aporta un toque atractivo y vivaz. En cierto modo algo similar pasa con las escenas del comienzo de *Ifigenia en Aulide.*

10 Como en otros pasajes, «pelásgico» equivale a «argivo». Tal vez porque Argos fuera considerada la patria ancestral del pueblo pelasgo, o por Pelasgo, mítico rey de Argos.

ANTÍGONA. — *¡Ah, soberana hija de Leto, Hécate!*[11] *¡Toda la llanura refulge cubierta de bronce!*

PEDAGOGO. — Desde luego que no ha vuelto ruinmente a su tierra Polinices, sino con el fragor de numerosos corceles e innúmeras armas.

ANTÍGONA. — *¿Estarán los portones con cerrojos...? ¿Están las barras ligadas con bronce bien ajustadas a las construcciones pétreas de la muralla de Anfión?*

PEDAGOGO. — No temas. La ciudad mantiene con firmeza sus defensas. Con que mira quién es el primero del que quieres informarte.

ANTÍGONA. — *¿Quién es ése del penacho blanco, que avanza al frente del ejército blandiendo con ligereza en su brazo un escudo todo de bronce?*[12].

PEDAGOGO. — Un jefe de escuadrón, señora...

ANTÍGONA. — *¿Quién, de dónde procede? Aclárame, anciano, cómo se llama.*

PEDAGOGO. — Ése se estima micénico por su linaje, pero habita los pantanos de Lerna, el soberano Hipomedonte.

ANTÍGONA. — *¡Ah, ah! ¡Qué soberbio, qué espantoso es su aspecto, parecido a un gigante nacido de la tie-*

---

11 Curiosa identificación de Hécate con Artemis. La invocación de la terrificante diosa nocturna está motivada por el espanto. La identificación con Artemis viene probablemente de la conexión de ambas como divinidades lunares; aunque algunos piensan que *Hécate* pudo ser un epíteto de la antigua Artemis. A Hécate se le rendía culto en Beocia, y Antígona puede acaso invocarla como protectora local.

12 La evocación de los más famosos capitanes argivos, con sus terribles emblemas, estaba ya hecha, en otro estilo, en *Los Siete contra Tebas* vv. 375 y sigs. En *Fenicias* 1104-1140 se repite, en el relato del mensajero. Tal repetición es la razón básica para considerar espúreo este segundo pasaje, que se supone interpolado para suplir la ausencia de la *teichoscopia* en representaciones tardías del drama.

rra; de ojos centelleantes, como en las pinturas, no semejante a la raza de los efímeros!

PEDAGOGO. — ¿No ves al que vadea el agua de Dirce?

ANTÍGONA. — *Distinto, distinto es el estilo de su armamento. ¿Quién es ése?*

PEDAGOGO. — Es el hijo de Eneo, Tideo, y alberga en su pecho el ardor guerrero de los etolios.

ANTÍGONA. — *¿Ése es el que, en una boda paralela, se ha casado, anciano, con una hermana de la esposa de Polinices? ¡Qué extraño el color de su armadura, semibárbaro!*

PEDAGOGO. — Es que todos los etolios llevan el escudo largo y son habilísimos lanzadores de sus picas.

ANTÍGONA. — *¿Y tú, anciano, cómo sabes eso tan claramente?*

PEDAGOGO. — He conocido los emblemas de sus escudos, que vi entonces, cuando fui a llevar las propuestas de tregua a tu hermano, y al contemplarlos reconozco a los que llevan tal armadura.

ANTÍGONA. — *¿Quién es ése que cruza junto a la tumba de Zeto, de melena con bucles, de aterradora mirada, joven de aspecto, un jefe de tropas, porque le rodea una multitud armada en pos de él?*

PEDAGOGO. — Ése es Partenopeo, de la estirpe de Atalanta.

ANTÍGONA. — *¡Entonces, ojalá que Ártemis, que por los montes en compañía de su madre corre, le haga morir hiriéndole con sus flechas, a él que vino a destruir mi ciudad!*

PEDAGOGO. — Que así sea, hija. Pero acuden a este país con justicia. Lo que temo que, rectamente, tengan en cuenta los dioses.

ANTÍGONA. — *¿Dónde está el que nació de la misma madre que yo, en un aciago destino? Ah, queridísimo anciano, dime, ¿dónde está Polinices?*

PEDAGOGO. — Aquél de allí, junto a la tumba de las siete hijas de Níobe. Está colocado al lado de Adrasto [13]. ¿Lo ves?

ANTÍGONA. — *Le veo desde luego; no claramente, pero veo de algún modo la silueta de una figura y un talle que parecen los suyos. ¡Ojalá que, como en la carrera de una volandera nube, pudiera con mis pies a través del aire llegar hasta mi hermano, y echarle mis brazos alrededor del cuello queridísimo, después de tanto tiempo, al infeliz desterrado! ¡Cuán magnífico está con sus armas de oro, anciano, relumbrando como los rayos del sol en el alba!*

PEDAGOGO. — Vendrá a este palacio, con el salvoconducto de la tregua, para llenar tu corazón de júbilo.

ANTÍGONA. — *Y ése, anciano, ¿quién es? El que dirige con las riendas desde lo alto un carro blanco.*

PEDAGOGO. — Ese es el adivino Anfiarao, señora. Con él van las víctimas sacrificiales, torrentes de sangre gratos a la tierra [14].

ANTÍGONA. — *¡Oh, hija de Helios de refulgente halo* [15], *Selene, resplandor de áureo círculo, qué serena y pru-*

---

13 Adrasto no figura otras veces como uno de los Siete, sino como comandante en jefe de la expedición argiva (Esq., *l. cit.*; Sófocles, *E. R.* 1316, Eur., *Supl.* 871 y sigs., y, en esta misma obra, *Fen.* 1187). Parece sustituir a Eteoclo, que no es mencionado aquí.

14 Anfiarao recorre el campo de batalla llevando sobre su carro las víctimas recién sacrificadas, cuya sangre chorrea sobre la tierra en torrentes propiciatorios. A la prudencia del malhadado Anfiarao se opone la soberbia fanfarrona de Capaneo. Las conductas de uno y otro reclaman de los dioses un pago muy distinto, como así será. Por eso Antígona, tras admirar la actitud de Anfiarao, pregunta por Capaneo, como para borrar cualquier augurio favorable para el ejército argivo.

15 El adj. *liparózōnos,* propiamente «de refulgente cinturón», se explica sólo a personajes femeninos, por lo que se ha conjeturado (Badhamm, Nauck) en lugar de *Aelíou* la lectura de *hā Lātóus,* «la hija de Leto»; es decir Ártemis, de nuevo iden-

dentemente maneja la vara al dirigir a los corceles! ¿Y dónde está el que lanza contra esta ciudad las terribles insolencias?

PEDAGOGO. — ¿Capaneo? Aquél maquina las escaladas a las torres, calculando de arriba y abajo la altura de las murallas.

ANTÍGONA. — *¡Aaoh! ¡Némesis y truenos de Zeus de hondo bramido, y calcinante resplandor de los rayos! Tú, en efecto, derribas la arrogancia humana. Ahí está ése, que con su lanza quiere ofrecer a las tebanas, como cautivas de guerra, a las micénicas, y a Lerna, donde con su tridente Posidón hizo brotar el agua para Amímona, envolviéndonos con la esclavitud. ¡Que jamás, jamás, oh soberana, vástago de Zeus, la de rizos de oro, Artemis, haya de sufrir la servidumbre!*

PEDAGOGO. — ¡Eh, hija, entra en la casa y quédate bajo su techo en las habitaciones de las doncellas, en las tuyas, puesto que ya has satisfecho el anhelo de lo que deseabas contemplar! Que un tropel de mujeres, al insinuarse la confusión en la ciudad, avanza hacia el palacio real. El género femenino es de natural amante del chismorreo, y en cuanto consiguen mínimos pretextos a sus charlas los aumentan mucho. Es un placer para las mujeres el no decir nada bueno unas de otras.

(*Antígona y el Pedagogo descienden y desaparecen de escena, mientras entran en la «orquestra» las Fenicias del coro.*)

CORO.

Estrofa 1.ª

Dejando atrás la costa de Tiro he venido, desde la isla fenicia, como primicia del botín consagrada a Lo-

---

tificada con la Luna. Por otra parte, Selene no es hija, sino hermana de Helios en la mitología tradicional (cf. HESÍODO, *Teog.* 371).

xias, esclava del templo de Febo, que se estableció allá al pie de las gargantas nevadas del Parnaso. A través del mar Jonio he navegado mientras el remo batía las estériles llanuras en torno a Sicilia[16]*, cuando el Céfiro cabalgaba con sus ráfagas en el cielo, con primoroso rumor.*

Antístrofa 1.ª

Escogida en mi ciudad como el más hermoso presente para Loxias, he llegado al país de los Cadmeos, enviada aquí, a estas torres del reino de Layo, de los ilustres Agenóridas[17]*, de mi misma raza. Igual que las estatuas trabajadas en oro vine a parar en esclava al servicio de Febo. Pero aún me aguarda el agua Castalia para bañar la gala virginal de mis cabellos en las ceremonias rituales del dios.*

Epodo.

¡Aaoh! ¡Resplandeciente peña, fulgor de doble cresta de fuego sobre las cimas báquicas de Dioniso, y tú, cepa que cada día derramas en continua eclosión la uva arracimada, divinas cavernas del Dragón y montaraces atalayas de los dioses, y sagrada montaña que cubre la nieve! ¡Ojalá que, libre de temores llegue a formar el

---

16 No está muy claro el itinerario marítimo del coro. Para unos comentaristas «la isla fenicia» sería la península de Tiro; para otros, la de Cartago. Esta segunda localización puede explicar mejor el paso por el Mar Jonio y por aguas sicilianas; mientras que el viaje a Delfos a través de Beocia se explica mejor suponiendo una procedencia del E. Cartago, fundada por agentes de Tiro, podría ser mencionada como «costa de Tiro». La precisión geográfica no le preocupa al dramaturgo.

La ofrenda de seres humanos al dios de Delfos, como cumplimiento de un voto por una victoria guerrera o por otro motivo, está atestiguada en otros casos (PLUTARCO, *Tes.* 16, *De Pit. Orac.* 402 a).

17 Hijos de Agenor fueron Cadmo, fundador de Tebas, y Fénix, antepasado epónimo de los fenicios.

coro que da vueltas en honor del dios inmortal, junto a las cavidades del ombligo terrestre, en dominios de Febo, dejando atrás la fontana de Dirce!

Estrofa 2.ª

Pero ahora, frente a mí, ante estos muros se presenta un furioso Ares para incendiar en sangre y llamas —¡lo que ojalá no consiga!— esta ciudad. Porque común es la congoja de los parientes, y si algo sufre esta tierra de las siete puertas, alcanzará también al país de Fenicia. ¡Ay! ¡Ay! ¡Común es la sangre, comunes los hijos nacidos de la cornuda Io! Sus penas me afectan a mí.

Antístrofa 2.ª

En torno a la ciudad una nube densa de escudos destella, una imagen del combate mortífero, que pronto Ares decidirá, aportando a los hijos de Edipo el castigo de las Erinias. ¡Oh Argos Pelásgico! Temo tu impulso guerrero y la decisión de los dioses. Pues no avanza a una injusta contienda el hijo que por las armas viene a recuperar su hogar.

(*Por la izquierda entra, vestido con toda su armadura, Polinices.*)

POLINICES. — Los cerrojos de los vigilantes de los portones se me abrieron sin dificultad para que viniera al interior de la muralla. Temo sin embargo, que, una vez que me tengan atrapado dentro de sus redes, no me dejen escapar sin cubrirme de sangre. Por eso he de dirigir mi mirada a todas partes, por allí y por aquí, no sea que haya alguna emboscada. Con mi armadura y el puño en la espada voy a procurarme a mí mismo la garantía de mi audacia.

¡Eh! ¿Quién está ahí? ¿Es que vamos a asustarnos de un ruido? Cualquier cosa, desde luego, se les hace temible a los audaces, cuando ponen pie en tierra ene-

miga. Confío, no obstante, en mi madre, y a la vez desconfío de ella que me persuadió a acudir aquí bajo tregua. Pero ahí tengo un refugio: que ahí al lado están los hogares de un altar, y no está desierto el palacio. ¡Vamos! Dejaré en su sombría vaina mi espada y preguntaré a esas mujeres que están delante de la casa.

Extranjeras, decidme: ¿de qué patria habéis acudido a las viviendas de la Hélade?

CORIFEO. — Fenicia es la tierra patria que me crió, y los hijos de los hijos de Agenor me enviaron aquí como ofrenda escogida del botín de guerra de Febo. Estaba a punto de remitirme el ilustre vástago de Edipo hacia el venerable oráculo y altar de Loxias, y en ese momento asediaron los argivos la ciudad. Contéstame a cambio tú: ¿quién eres para penetrar así en la fortaleza de siete puertas de la tierra tebana?

POLINICES. — Mi padre es Edipo, el hijo de Layo, y me dio a luz Yocasta, hija de Meneceo. El pueblo de Tebas me llama Polinices.

CORIFEO. — *¡Ah, pariente de los descendientes de Agenor, de mis reyes, por quienes fui enviada! De rodillas prosternándome te saludo, soberano, acatando la costumbre de mi patria. ¡Llegaste, al fin, a la tierra de tus padres!*

¡Aoh! ¡Aoh! ¡Acude, reina, ante la casa! ¡Haz abrir las puertas! ¿No escuchas, madre, que tu hijo está aquí? ¿Por qué tardas en atravesar las salas techadas y en echarle los brazos a tu hijo?

YOCASTA. — *Al oír vuestro grito fenicio, jóvenes, arrastro con mis ancianos pies un tembloroso paso.*

¡Ay, hijo, por fin, al cabo de incontables días vuelvo a ver tu rostro! Rodea mi pecho con tus brazos, dame la caricia de tus mejillas, y que el mechón negro de los rizos de tu melena venga a sombrear mi cuello. ¡Ay! ¡Ay! A duras penas, contra toda previsión y de modo inesperado hete aquí entre los brazos de tu madre.

¿Qué voy a decirte? ¿Cómo recoger del todo, con mis manos y palabras la arremolinada alegría, danzando a tu alrededor por el gozo de conseguir mis antiguos anhelos de felicidad? ¡Ay, hijo, vacía la casa paterna dejaste, al marcharte desterrado por la injuria de tu hermano! ¡Cuán anhelado por tus amigos, cuán anhelado por Tebas! Por ese motivo he cortado mi cabello gris, llorando he cedido en señal de luto mi cabellera despojándome de peplos blancos, hijo mío, y los he trocado por estos andrajos oscuros y lúgubres. Y el anciano, desde que la pareja fraterna se desgajó del hogar alberga sin cesar el arrepentimiento cubierto de lágrimas. Se arrojó tras una espada para un golpe suicida, y trató de ahorcarse de una viga, deplorando sus maldiciones sobre sus hijos. Entre incesantes aullidos de desesperación se esconde en las tinieblas.

Ya sé por oídas que tú, hijo mío, te has unido ya en matrimonio para tener el placer de fundar una familia... en una tierra extraña y para conseguir una alianza con extraños, ¡cruel ofensa a tu madre y a la antigua estirpe de Layo! ¡Un matrimonio que atrae la destrucción! Yo ni siquiera alumbré para ti la luz de la antorcha ritual en las ceremonias nupciales, como le toca a una madre feliz. El Ismeno contrajo el parentesco sin aportar la gala de sus aguas al baño de bodas, y a la entrada de la recién desposada en tu casa respondió sólo silencio en la ciudad de Tebas.

¡Ojalá perezca todo esto, sea quien sea el culpable, el hierro, la discordia, tu padre, o el elemento demoníaco que se aposentó en la mansión de Edipo! Pues sobre mí han descargado las congojas de tantas desgracias.

CORIFEO. — Terribles son para las mujeres los partos acompañados de dolores; y, sin embargo, todo el género de las mujeres ama los hijos.

POLINICES. — Madre, con decisión prudente, e imprudente, he acudido hasta mis enemigos. Que a todos obli-

ga firmemente el amor a la patria. Y quien diga otra cosa, juega con sus palabras, pero disimula su pensamiento. Mas estaba tan asustado y vine con tal temor, de que acaso alguna emboscada de mi hermano me diera muerte, que he cruzado por la ciudad volviendo mis miradas en derredor. Una sola cosa me protege: la tregua y la confianza en ti, la que me hizo penetrar en la muralla patria. Muy lloroso he venido, al contemplar después de tanto tiempo las casas y los altares de los dioses, los gimnasios en los que me eduqué y el agua de Dirce. Yo, que injustamente fui apartado de aquí y habito una ciudad extranjera, manteniendo en mis ojos una fuente de lágrimas. Conque ahora, ¡dolor tras dolor!, te veo de nuevo, con la cabeza rapada y con vestidos negros, ¡ay de mí, de mis desgracias! ¡Cuán terrible es el odio, madre, entre las personas de una misma familia! [¡Y qué difíciles de superar son tales rencillas!

¿Qué hace ahora mi anciano padre, en la casa, viendo sólo tinieblas? ¿Y qué mis dos hermanas? ¿Lloran tal vez, infelices, mi destierro?]

YOCASTA. — De forma cruel alguno de los dioses destruye la estirpe de Edipo. Porque empezó así: que yo anormalmente tuviera un parto, y que en funesto trance me casara con tu padre y nacieras tú. Pero ¿a qué recordar eso? Hay que soportar lo que nos deparan los dioses. ¿Cómo preguntarte —temo lacerar de algún modo tu corazón— lo que deseo? Me embarga la ansiedad.

POLINICES. — Pues pregunta, no dejes nada sin cumplir. Porque lo que tú quieras, madre, me resultará grato a mí.

YOCASTA. — Bien, te preguntaré primero lo que deseo saber. ¿Qué es el estar privado de la patria? ¿Tal vez un gran mal?

POLINICES. — El más grande. De hecho es mayor que lo que pueda expresarse.

YOCASTA. — ¿Cúal es su rasgo esencial? ¿Qué es lo más duro de soportar para los desterrados?

POLINICES. — Un hecho es lo más duro: el desterrado no tiene libertad de palabra[18].

YOCASTA. — Eso que dices es propio de un esclavo: no decir lo que piensa.

POLINICES. — Es necesario soportar las necedades de los poderosos.

YOCASTA. — También eso es penoso, asentir a la necedad de los necios.

POLINICES. — Pero en pos del provecho hay que esclavizarse contra el propio natural.

YOCASTA. — Las esperanzas alimentan a los desterrados, según el dicho[19].

POLINICES. — Los miran con buenos ojos, pero luego se demoran.

YOCASTA. — ¿Ni siquiera el tiempo pone en claro que son vanas?

POLINICES. — Contienen cierto encanto que dulcifica los daños.

YOCASTA. — ¿De qué comías, antes de encontrar con tu boda un sustento?

---

18 La *parresía*, «libertad de palabra», era algo fundamental en la convivencia cotidiana para un ciudadano ateniense, y una característica en la vida griega de la posición del hombre libre frente a la del esclavo o el bárbaro. Este verso pasó como una sentencia brillante a posteriores antologías. (P. e.: ESTOBEO, XXXIX 17.)

19 La *elpís*, «esperanza» tiene en el pensamiento griego un ambiguo aspecto: positivo y negativo. Fue lo que quedó en la jarra de Pandora, según la versión hesiódica. Equivale no sólo a «esperanza», sino también a «espera», e «ilusión». El dicho o refrán tradicional, que un escoliasta cita, dice que: «las esperanzas alimentan a los hombres vanos». Al mismo pensamiento aluden otros versos trágicos; p. e.: ESQ., *Ag.* 1668; SÓF., *frg.* 862 N.; EUR., *Bac.* 617.

POLINICES. — Unas veces tenía para pasar el día, otras carecía de ello.

YOCASTA. — ¿Los amigos y huéspedes de tu padre no te socorrían?

POLINICES. — ¡Ten éxito! Nada son los amigos, si uno cae en desgracia [20].

YOCASTA. — ¿Ni siquiera tu noble linaje te elevó a alta consideración?

POLINICES. — Es malo ser pobre. El linaje no me daba de comer.

YOCASTA. — La patria, según se ve, es lo más querido a los mortales.

POLINICES. — No podrías precisar con nombres cuán querida resulta.

YOCASTA. — ¿Cómo llegaste a Argos? ¿Qué plan tenías?

POLINICES. — Le había dado Loxias a Adrasto cierto oráculo... [21].

YOCASTA. — ¿Cuál? ¿Qué es eso a lo que aludes? No puedo entenderlo.

POLINICES. — Que con un jabalí y un león le convenía casar a sus hijas.

YOCASTA. — ¿Y a ti qué te tocaba del nombre de esas fieras, hijo?

POLINICES. — No lo sé. La divinidad me llamó a ese azar.

---

20 Los comentaristas suelen citar como paralelos los versos de *Teognis*, 209-10: «Ningún amigo que le quiera y le sea fiel tiene el desterrado; y ello es aún más amargo que el destierro». El verso pasó también a las antologías de sentencias.

21 El oráculo está citado también por Eurípides en *Supl.* 133 y sigs. La explicación dada al motivo de la lucha entre las dos fieras (que, como símil del encuentro entre Patroclo y Héctor se encuentra ya en HOM., *Il.* XVI 823 y sigs.) es, según un escolio, que Tideo llevaba en su escudo el emblema del jabalí de Calidón y Polinices el de la leonina Esfinge tebana.

YOCASTA. — Sabio, en efecto, es el dios. ¿De qué modo lograste la boda?

POLINICES. — Era noche, y me presenté en el atrio de Adrasto.

YOCASTA. — ¿Buscando un refugio para dormir, como un desterrado vagabundo?

POLINICES. — Así fue. Y entonces llegó otro desterrado más.

YOCASTA. — ¿Quién era? Sin duda que también era él un desdichado.

POLINICES. — Tideo, el que dicen que tuvo a Eneo por padre.

YOCASTA. — ¿Por qué a vosotros luego Adrasto os comparó a fieras?

POLINICES. — Por la furia con la que nos enfrentamos por causa del cobijo.

YOCASTA. — Entonces el hijo de Tálao comprendió el oráculo.

POLINICES. — Y nos entregó a nosotros dos sus dos jóvenes hijas.

YOCASTA. — ¿Eres ahora feliz o desgraciado en tu matrimonio?

POLINICES. — No tengo queja de mi boda hasta el día de hoy.

YOCASTA. — ¿Y cómo has convencido al ejército a que te siga hasta aquí?

POLINICES. — A los dos yernos Adrasto nos juró esto, [a Tideo y a mí, que él es mi cuñado]: reinstaurarnos a ambos en nuestra patria, y primero a mí. Numerosos jefes de los Dánaos y los Micénicos están ahí ofreciéndome su favor, amargo, pero necesario. Porque marcho en campaña contra mi ciudad. Pongo por testigos a los dioses de cuán a mi pesar he alzado la lanza contra mis más próximos familiares, que lo quisieron. Con que a ti te atañe la disolución de estos males, madre, si consigues reconciliar a los hermanos de la misma sangre,

para librarnos de sufrimientos a ti y a mí y a toda la ciudad.

Aunque es sentencia desde antiguo muy celebrada, la repetiré: «Las riquezas son lo más preciado para los hombres y lo que tiene mayor efectividad entre las cosas humanas.» Por eso es por lo que yo vengo aquí conduciendo incontables lanzas. Un noble en la pobreza no es nada [22].

CORIFEO. — Ved aquí a Eteocles que viene a parlamentar. Tarea tuya es, madre Yocasta, decir palabras que logren reconciliar a tus hijos.

(*Entra por la derecha Eteocles. Se dirige a Yocasta.*)

ETEOCLES. — Madre, aquí estoy. He venido por complacerte. ¿Qué hay que hacer? Que quien sea comience su petición. Porque estaba ordenando en torno a las murallas las dobles filas de soldados y me he detenido para escuchar tus proposiciones de mediación entre los dos; por ellas he aceptado que éste viniera tras los muros, ya que tú me persuadiste.

YOCASTA. — ¡Contente! La precipitación no garantiza, desde luego, la justicia, y los discursos lentos concluyen con mayor acierto. ¡Deja tu mirada terrible y los resoplidos de furia! Pues no contemplas la cabeza degollada de la Gorgona [23]; contemplas a tu hermano que aquí ha venido. Y tú, por tu parte, Polinices, vuelve tu rostro hacia tu hermano. Dirigiendo tus miradas hacia el mismo objeto hablarás mejor y recibirás las palabras de él. A los dos quiero daros un sabio con-

22 Muchos críticos han objetado contra la autenticidad de los vv. 438-442. Cf. nota de DOS SANTOS ALVES, *ad. loc.*, págs. 385-6.

23 La más famosa y terrible de las tres Gorgonas era Medusa, de petrificante mirada, a la que degolló Perseo. Como motivo decorativo aparece muy frecuentemente en el arte griego desde la época arcaica. Eurípides alude al tema en otros lugares: *Alc.* 1118, *El.* 856, *Or.* 1520.

sejo: cuando un amigo irritado contra un amigo se encuentra en un lugar, que intercambie con las suyas sus miradas. A qué viene, eso sólo es lo que hay que atender, y no guardar memoria de ninguno de los daños del pasado.

La palabra, pues, es, en primer lugar, tuya, Polinices, hijo. Pues tú has venido conduciendo la expedición guerrera de los descendientes de Dánao, por haber sufrido injusticias, según afirmas. Que alguno de los dioses sea juez y conciliador de vuestros daños.

POLINICES. — Sencillo es el relato de la verdad y no requiere además rebuscados comentarios. Porque los hechos mismos le dan oportunidad. En cambio el discurso injusto, al ser enfermizo de por sí, necesita de sabios medicamentos.

En cuanto a mí, antepuse en mi consideración sobre la casa de mi padre mi vida y la de éste, con el deseo de rehuir las maldiciones que Edipo invocó en cierta ocasión contra nosotros. Me salí por mi propia decisión fuera de esta tierra, dejándole a éste ser rey en la patria por el plazo de un año, con la condición de que yo tomaría a mi vez el poder por turno y así no incurriría en enemistad y rivalidad con él para hacer y sufrir cualquier mal, como suele suceder. Pero él, después de haber aprobado esto y de prestar juramento a los dioses, no hizo nada de lo que había prometido, sino que retiene él el poder real y mi parte de la herencia. Incluso ahora estoy dispuesto, si recibo lo que es mío, a reenviar el ejército fuera de esta tierra, y a vivir en la casa familiar cumpliendo mi turno, y a cedérselo de nuevo a él por el mismo plazo; y a no arrasar la patria ni aplicar a las torres los asaltos de las firmes escalas, lo que, de no obtener justicia, trataré de conseguir. Como testigos de esto a los dioses invoco, de que en todo obro con justicia, y sin justicia estoy privado de mi patria, del modo más impío. Los hechos, uno a uno, madre,

los he expuesto resumiéndolos sin florituras retóricas, sino de forma ajustada tanto para los doctos como para los simples, según me parece.

CORIFEO. — A mí, si bien no he sido educado en tierra de griegos, sin embargo, me parece sensato, desde luego, lo que dice.

ETEOCLES. — Si a todos les pareciera la misma cosa buena y sabia a la vez, no existiría entre los hombres la discordia de ambiguo lenguaje. Pero en realidad no hay nada idéntico ni ecuánime para los mortales, al margen de los nombres; de hecho no existe tal realidad.

Conque yo, madre, hablaré sin ocultar nada. Llegaría hasta las salidas de los astros del cielo y bajaría al fondo de la tierra, si fuera capaz de realizar tales acciones, con tal de retener a la mayor de las divinidades: la Tiranía[24]. Así, pues, ese bien, madre, no estoy dis-

---

[24] La deificación de nociones abstractas es frecuente en Eurípides. P. e., véase luego, en esta misma pieza, la de «Ambición» (*Philotimía*) en vv. 531-2, y la de «Cautela» (*Eulábeia*) en 782.

Eteocles habla como un sofista, distinguiendo entre las palabras convencionales y la realidad (es decir, insistiendo en que hay una oposición entre lo que está acordado por *nómos* y lo que es por *phýsis*). Sin pudor ni reparos expresa su ambición de poder, dispuesto a traspasar todos los límites para obtener y retener la tiranía, incluso a costa de la destrucción de su ciudad. Eurípides conoce bien a este tipo de individuos sin escrúpulos ni moralidad, al político dominado por la ambición del poder.

Este pasaje fue, justamente, muy citado en la antigüedad. Cuenta CICERÓN, *De off.* III 21, 82, que el mismo Julio César gustaba de citar los versos 524-25 de este parlamento, traducidos al latín:

> *«Nam si violandum est ius, regnandi gratia*
> *violandum est: aliis rebus pietatem colas.»*

Se ha señalado (cf. nota *a. l.* de PEARSON) que los vv. 504 y siguientes son los únicos de la tragedia griega que han influido

puesto a cederlo a otro en lugar de conservarlo para mí. ¡Cobardía sería, en efecto, que uno, perdiendo lo más, recogiera lo menos!

Además de eso, me avergonzaría de que éste, que viene por las armas y devastando el país, consiguiera lo que pretende. Eso sería para Tebas un oprobio, si yo cediera mi cetro ante el terror de la lanza micénica para que él lo detentara. Hubiera debido, madre, tratar él de conseguir la reconciliación sin acompañamiento de armas, ya que la palabra razonable lo conquista todo, al igual que puede someterlo el hierro de los enemigos. Conque si quiere vivir en este país de algún otro modo, ¡sea! Pero lo otro no lo voy a permitir de buen grado; siéndome posible ejercer el poder, ¿voy a ser alguna vez esclavo suyo?

Ante esto, ¡venga el fuego, vengan las espadas, uncid los caballos, llenad la llanura de carros de guerra! Que no dejaré a éste mi poder real. Pues si hay que violar la justicia, por la tiranía es espléndido violarla. En lo demás conviene ser piadoso.

CORIFEO. — No conviene hablar bien en favor de hechos no buenos. Pues eso no es hermoso, sino amargo para la justicia[25].

YOCASTA. — ¡Oh hijo, no son males todo lo que aporta consigo la ancianidad, Eteocles! Sino que la experiencia tiene algo que decir más sensato que los jóvenes. ¿Por qué te abandonas a la peor de las diosas, hijo mío, a la Ambición? ¡No, tú no! Es injusta esa divinidad. En muchas familias y en ciudades felices se

—a través de una versión intermedia: la *Iocasta* de Gascoigne— en W. Shakespeare. (En unas frases de Hotspur en *Enrique IV*, I, 1. 3. En la traducción de J. M. Valverde del *Teatro completo* de W. SHAKESPEARE, Barcelona, 1967, t. I, págs. 1174-5.)

25 Un pensamiento muy repetido en Eurípides, que ataca a los sofistas y oradores políticos de la época (como hará luego PLATÓN en el *Gorgias*), por disociar la elocuencia y la moralidad.

introduce y acaba con la destrucción de los que la albergan. Por ella cometes una locura. Es mejor lo otro, hijo mío, honrar la Equidad [26], que siempre a los amigos con los amigos, las ciudades con las ciudades y los aliados con los aliados une. Porque la equidad es garantía de estabilidad entre los hombres, mientras que contra el Más de continuo se alza como enemigo el Menos, y da comienzo a los días de odio. Porque incluso las medidas y las unidades de peso entre los hombres las fijó la Equidad, y estableció la numeración. El ojo oscuro de la noche y la luz del sol ecuánimemente recorren el ciclo anual, y ninguno de ellos guarda, vencido, rencor al otro. Tanto el sol como la luna se someten en favor de los mortales [27], ¿y tú no vas a consentir en tener tu equitativa porción de la herencia y compartirla con éste? Entonces, ¿dónde está la justicia?

¿Por qué a la tiranía, una injusticia próspera, la estimas en extremo y la consideras magnífica? ¿Porque te vean con grandes honores? Bien vano es.

¿Es que acaso quieres penar mucho con tal de tener mucho en tu palacio? ¿Qué es eso de más? Sólo un nombre. Puesto que lo suficiente para la vida les basta a los sensatos [28].

---

26 He traducido *isótēs* por «*Equidad*»; significa primariamente «Igualdad». Sobre la relación entre igualdad de derechos y la justicia, insisten otros pensadores atenienses. Cf. PLAT., *Gorg.* 507 e y sigs., *Ley.* 757 a, ARIST., *Pol.* III, 9, PLUT., *Sol.* 14. En las frases siguientes hay, diríamos, ecos pitagóricos.

27 Frente a *brotoîs* de los MSS. (que he traducido como un dativo de interés «en favor de los mortales» y no por el más corriente «a los mortales»), H. Weil conjeturó *métrois* («a las medidas»). Esta sutil interpretación, aceptada por algunos estudiosos, se basa en el frg. B 94 de HERÁCLITO: «Pues el sol no traspasará sus medidas», que aquí evocaría el trágico, en un contexto muy apropiado, tratando de la equidad.

28 Otra sentencia sobre un tópico: el de la moderación, exaltada desde Arquíloco a Horacio pasando por Epicuro. La

Por cierto que los mortales no adquieren los bienes como propios; mientras los tenemos velamos por las propiedades de los dioses, y cuando lo desean, nos los arrebatan de nuevo. La prosperidad no es firme, sino efímera.

Mira, si yo, proponiéndote una doble oferta, te preguntara cuál de las dos cosas prefieres: ser rey o salvar a la ciudad, ¿vas a decir que ser rey? ¿Y si te vence éste? ¿Y si las picas de Argos dominan a las lanzas cadmeas? Verás a esta ciudadela tebana sometida, verás a muchas doncellas cautivas ultrajadas con brutalidad por los guerreros enemigos. Causa de dolores resultará la riqueza, la que tú anhelas conservar, para Tebas, y tú, ambicioso.

A ti eso te digo. Ahora te hablo a ti, Polinices. Irresponsables favores te ofreció para captarte Adrasto, y de modo irrazonable has venido ahora tú con intención de arrasar la ciudad. Veamos, si conquistas esta tierra —¡lo que ojalá no suceda, por los dioses!—, ¿cómo levantarás un trofeo a Zeus? ¿Cómo luego vas a iniciar los sacrificios de ritual, después de haber conquistado tu patria, y cómo dedicarás los despojos a orillas del Ínaco? ¿«Tras de pegar fuego a Tebas, Polinices a los dioses dedicó estos escudos»?

¡Que jamás, hijo mío, te sea concedido obtener ese tinte de gloria entre los griegos!

Y si, por otra parte, eres vencido y escapas con vida de aquí, ¿cómo te presentarás en Argos dejando tras de ti diez mil muertos? Habrá de seguro quien diga: «¡Funestas bodas nos impuso Adrasto! ¡Por el matrimonio de una sola mujer nos hemos perdido!»

«aurea mediocritas» le es cara al viejo Eurípides, que la elogia también en otras piezas tardías.

También los vv. sigs. (555-8) expresan otra idea difundida entre los antiguos. El verso 558, con su forma sentenciosa, puede ser una interpolación, pero es dudosa.

Te empeñas en dos males, hijo: verte privado de tus aliados o caer en medio de ellos.

¡Dejad ambos esos excesos, dejadlos! La inconsciencia de dos personas, cuando coinciden en un mismo empeño, resulta la más odiosa desgracia.

Corifeo. — ¡Oh dioses! ¡Acudid en rechazo de estos males, y conceded algún acuerdo a los hijos de Edipo!

Eteocles. — Madre, la disputa no es ya de palabras, y se gasta el tiempo que queda en medio en vano. Nada consigue tu buena voluntad. Pues no podemos ponernos de acuerdo de otro modo sino en los términos dichos: que yo poseyendo el cetro sea el soberano de esta tierra. Desiste de tus largos consejos y déjame. Y tú, sal fuera de estos muros, o morirás.

Polinices. — ¿A manos de quién? ¿Quién tan invulnerable, que de lanzar contra mí su espada asesina no vaya a sufrir la misma suerte?

Eteocles. — A tu lado, no lejos de ti se halla... ¿Ves mis manos?

Polinices. — Las miro. Pero la riqueza es cobarde y se apega a la vida.

Eteocles. — ¿Y por eso acudiste con muchos contra quien nada vale en el combate?

Polinices. — Es mejor un caudillo seguro que uno audaz[29].

Eteocles. — Jactancioso estás, fiado en las treguas que te salvan de morir.

Polinices. — ¡Y a ti! Por segunda vez reclamo el cetro y mi parte de tierra.

Eteocles. — No admito reclamaciones. Yo, desde luego, gobernaré mi casa.

Polinices. — ¿Quedándote con más de tu parte...?

---

[29] A César Augusto le gustaba citar, en griego, este verso, como corolario al lema de «apresúrate despacio» (*spéude bradéōs*), según cuenta Suetonio (*Aug.* 25).

ETEOCLES. — Lo reconozco. ¡Aléjate del país!

POLINICES. — ¡Oh, altares de los dioses patrios!

ETEOCLES. — Que tú vienes a arrasar.

POLINICES. — ¡Escuchadme!

ETEOCLES. — ¿Quién va a oírte a ti que levas una armada contra tu patria?

POLINICES. — ¡Y templos de los dioses de blancos corceles...!

ETEOCLES. — Que te odian.

POLINICES. — Estoy expulsado de mi patria...

ETEOCLES. — Y ahora vienes a expulsar a otros...

POLINICES. — Con injusticia, dioses.

ETEOCLES. — En Micenas, no aquí, invoca a los dioses.

POLINICES. — Eres un impío...

ETEOCLES. — Pero no un enemigo de la patria, como tú.

POLINICES. — Quien me proscribe, arrebatándome mi herencia.

ETEOCLES. — Y que te mataré además.

POLINICES. — ¿Ah, padre, oyes lo que sufro?

ETEOCLES. — Y oye también lo que haces.

POLINICES. — ¿Y tú, madre?

ETEOCLES. — No tienes derecho a nombrar la persona de tu madre.

POLINICES. — ¡Oh, ciudad!

ETEOCLES. — ¡Vuélvete a Argos e invoca el agua de Lerna!

POLINICES. — Iré, no sufras. A ti, madre, te doy las gracias.

ETEOCLES. — ¡Sal de esta tierra!

POLINICES. — Me voy. Pero déjame ver a padre.

ETEOCLES. — No vas a conseguirlo.

POLINICES. — Pues a nuestras jóvenes hermanas.

ETEOCLES. — Tampoco a ellas las verás jamás.

POLINICES. — ¡Ah, hermanas mías!

ETEOCLES. — ¿A qué llamarlas si eres su mayor enemigo?

POLINICES. — Madre, al menos a ti te deseo felicidad.

YOCASTA. — Pues sí que recibo gozos, hijo mío.

POLINICES. — Ya no soy hijo tuyo.

YOCASTA. — En mucho soy desgraciada yo.

POLINICES. — Pues él es quien nos ultraja.

ETEOCLES. — Y que también recibe ultrajes.

POLINICES. — ¿Dónde vas a ponerte, frente a las murallas?

ETEOCLES. — ¿Por qué me lo preguntas?

POLINICES. — Me voy a colocar enfrente para matarte.

ETEOCLES. — También a mí me domina ese ansia.

YOCASTA. — ¡Infeliz de mí! ¿Qué vais a hacer, hijos?

POLINICES. — Los hechos lo mostrarán.

YOCASTA. — ¿Es que no vais a evitar las Erinias de vuestro padre?

ETEOCLES. — ¡Que se hunda toda la casa!

POLINICES. — ¡Qué pronto no estará ya ociosa mi espada sanguinolenta!

A la tierra que me crió y a los dioses pongo por testigos de que, despojado de mis honras, sufriendo pesares, me expulsan de mi tierra, como si hubiera nacido esclavo, y no hijo del mismo padre, de Edipo. Y si algo te ocurre a ti, ciudad, no me culpes a mí, sino a éste. Porque no viene por gusto, y a mi pesar me echan de mi tierra.

¡Y tú, soberano Febo, patrón de las calles ciudadanas [30], y edificios, y compañeros de mi edad, y estatuas de los dioses que aceptáis los sacrificios, adiós! Porque no sé si me será posible saludaros de nuevo alguna vez. Pero aún no duermen mis esperanzas, por las que

---

30 Pearson supone que, en escena, ante el palacio podía haber una estatua de Apolo *Aguieús*.

confío, con la ayuda de los dioses, matar a éste y obtener el poder sobre esta tierra tebana.

ETEOCLES. — ¡Sal del territorio! Verazmente te puso padre el nombre de Polinices por inspiración divina, que es una invocación de discordias[31].

(*Abandonan la escena: Polinices regresa, por la izquierda, a su campamento. Eteocles y Yocasta vuelven al palacio.*)

CORO.

Estrofa.

Cadmo de Tiro vino a este país, y, dando cumplimiento a una profecía, una indómita ternera se dejó caer en un brinco de sus cuatro patas allí donde el oráculo le profetizaba poblar de casas las llanuras fértiles en trigo, por donde el curso de agua de un bello río recorre los campos de labranza, los campos herbosos y de surcos profundos bañados por Dirce.

Aquí a Bromio le parió su madre, tras sus bodas con Zeus, y al dios, aún niño de pecho, le cubrió la espalda en seguida la yedra envolvente, enroscada, coronándole con sus ramajes verdes, umbrátiles, en signo de felicidad, motivo de la danza báquica para las doncellas tebanas y las mujeres que entonan el evohé ritual.

Antístrofa.

Aquí había un sanguinario dragón de Ares, cruel guardián que vigilaba los acuáticos manantiales y los arroyuelos verdosos con las escrutadoras miradas de sus inquietas pupilas. A éste, viniendo a por agua lustral, Cadmo le mató con una piedra blanca, arrojándola

31 La etimología de nombres propios es frecuente en los escritores griegos. (Aquí *polý* = «mucho», *neikos* = «discordia».) A la misma aluden ya ESQ., *S. T.* 829, y SÓF., *Ant.* 111.

con ímpetu mortal desde su brazo sobre la cabeza asesina del monstruo. Y por consejos de la divina Palas, nacida sin madre, arrojó sus dientes como simiente sobre los campos de profundo surco. De ahí la tierra hizo brotar, alzándolos sobre las altas elevaciones de la comarca, un prodigio de guerreros armados. Pero con corazón de hierro la matanza de nuevo los reintegró a la tierra familiar, y empapó de sangre el suelo que los había descubierto a los soplos soleados del aire puro.

Epodo.

Y a ti, Épafo, vástago antiguo de nuestra antepasada Ío, ¡oh nacido de Zeus! te invoco con mi grito bárbaro: ¡aaoh!, con mis súplicas bárbaras. ¡Ven, ven a esta tierra! Por ti tus descendientes la fundaron, y las dos diosas que se invocan a la vez, Perséfona y la querida Deméter, diosa soberana de todo, y la Tierra, nutridora de todo, la adoptaron como propia[32]*. ¡Envía a las diosas, portadoras de antorchas, protege esta región! Todo es fácil de lograr a los dioses.*

(*Sale Eteocles acompañado de unos guardias.*)

ETEOCLES. — Ve tú y busca a Creonte el hijo de Meneceo, hermano de mi madre Yocasta, para decirle lo siguiente. Que quiero consultar con él las decisiones familiares y las de interés común del país, antes de

[32] Después de aludir al mito de fundación de la ciudad —en el sitio en que se tumbó la vaca que guiaba a Cadmo, la muerte del dragón, el nacimiento de los Espartos—, y tras la invocación a Bromio (Dioniso el Bramador) y a Épafo, el coro solicita la protección de las dos diosas, madre e hija, de Eleusis. Es probable que en esto haya un influjo ateniense, pero también que esta pareja divina recibiera culto antiguo en Beocia. (El sincretismo Deméter-Tierra es de época posterior.) Para detalles del mito fundacional, véase el libro de F. VIAN, *Les origines de Thèbes, Cadmos et les Spartes*, París, 1963.

marchar a la batalla y ocupar mi puesto de combate. Aunque ahorra la fatiga de tus pies su presencia; porque le veo que viene a mi palacio.

(*Entra Creonte.*)

CREONTE. — Por muchas partes he ido con ansias de verte, soberano Eteocles, y he recorrido en círculo las puertas de los Cadmeos y los puestos de guardia en busca de tu persona.

ETEOCLES. — También yo deseaba verte, Creonte. Pues he encontrado muy decepcionante el intento de reconciliación que concerté, al acudir a parlamentar con Polinices.

CREONTE. — He oído que él se considera superior a Tebas, confiado en su parentesco con Adrasto y en su ejército. Pero hay que soportar eso dejándolo a la decisión de los dioses. Lo que ahora más apremia, es lo que he venido a decirte.

ETEOCLES. — ¿Qué es lo que hay? Ignoro tu mensaje.

CREONTE. — Tenemos prisionero a uno de los argivos.

ETEOCLES. — ¿Y qué novedad entonces cuenta de lo que allí pasa?

CREONTE. — Que va a rodearnos, [con sus armas en torno a la ciudad de los Cadmeos, al pie de los muros], enseguida el ejército de los argivos.

ETEOCLES. — Entonces tendrá que hacer una salida armada la población de los Cadmeos.

CREONTE. — ¿Hacia dónde? ¿Es que, en tu ardor, no ves lo que debes ver?

ETEOCLES. — Al otro lado de estos fosos, para combatir de inmediato.

CREONTE. — Pequeño es el contingente de esta tierra; y ellos, incontables.

ETEOCLES. — Yo sé que ellos son audaces en sus palabras.

CREONTE. — Tiene cierto prestigio Argos entre los griegos.

ETEOCLES. — No temas. En seguida llenaré la llanura de sus muertos.

CREONTE. — ¡Bien quisiera! Pero lo veo empresa de gran empeño.

ETEOCLES. — Porque no voy a retener mi ejército dentro de la muralla.

CREONTE. — Con todo, la victoria entera estriba en un buen plan.

ETEOCLES. — ¿Quieres que considere ahora algunas otras tácticas?

CEONTE. — Sí, todas, antes de enfrentarnos de golpe al peligro.

ETEOCLES. — ¿Y si de noche cayéramos sobre ellos en una emboscada?

CREONTE. — Bien, con tal de que, de fracasar, regreses vivo de nuevo aquí.

ETEOCLES. — La noche ofrece igualdad, y apoya a los audaces.

CREONTE. — La derrota sería terrible en las tinieblas de la noche.

ETEOCLES. — ¿Y si cuando están cenando lanzo sobre ellos un ataque?

CREONTE. — Sería una sorpresa. Pero es preciso una victoria.

ETEOCLES. — El curso de Dirce, desde luego, es profundo para la retirada.

CREONTE. — Cualquier cosa es peor que tomar firmes precauciones.

ETEOCLES. — ¿Y qué si lanzáramos la caballería sobre el ejército de argivos?

CREONTE. — Para eso está su ejército fortificado por un cerco de carros.

ETEOCLES. — ¿Qué voy entonces a hacer? ¿Entregar la ciudad a los enemigos?

CREONTE. — Desde luego que no. Reflexiona, puesto que eres inteligente.

ETEOCLES. — ¿Que previsión resulta, en efecto, más inteligente?

CREONTE. — Dicen que siete de sus hombres, según he oído yo...

ETEOCLES. — ¿Qué les han encomendado hacer? Breve es la fuerza.

CREONTE. — Capitanearán los escuadrones para atacar las siete puertas.

ETEOCLES. — ¿Qué vamos a hacer, pues? No voy a aguardar el cerco.

CREONTE. — Elige siete hombres también tú contra ellos en las puertas.

ETEOCLES. — ¿Para dirigir tropas o para un combate personal?

CREONTE. — Con tropas, prefiriendo a los que sean más bravos.

ETEOCLES. — Comprendo. Para impedir la escalada de los muros.

CREONTE. — Y compañeros de mando. Un solo hombre no lo ve todo.

ETEOCLES. — ¿Prefiriéndolos por su audacia o por su inteligencia?

CREONTE. — Por lo uno y lo otro. De nada vale cualquiera de las dos sola.

ETEOCLES. — Así sea. Acudiendo a las siete torres de la ciudad dispondré los jefes junto a sus puertas, como aconsejas, oponiéndoles iguales a los de los enemigos.

Decir el nombre de cada uno sería larga demora, cuando los enemigos se encuentran al pie de los mismos muros [33]. Así que me voy, a fin de no dejar ocioso

[33] Probable crítica a Esquilo, que en una escena de los *Siete c. T.* (375 y sigs.) denomina y describe uno a uno los siete capitanes argivos y los siete adalides tebanos.

mi brazo, y ojalá logre encontrar a mi hermano frente a frente y trabando combate con él derribarlo con mi lanza y matarlo, a él que vino a destruir mi patria.

En cuanto a la boda de mi hermana Antígona y tu hijo Hemón, si acaso yo caigo abandonado de la fortuna, a ti te toca cuidar de ella. La promesa de dote de antes te la confirmo ahora a punto de partir. Eres hermano de mi madre. ¿A qué hay que alargar la conversación? Manténla de un modo digno de ti y por favor hacia mí. Mi padre demostró su insensatez contra sí mismo, al dejar ciega su vista. No le aprecio demasiado. A nosotros con sus maldiciones, si puede, va a matarnos.

Sólo una cosa nos queda por cumplir: ver si el augur Tiresias tiene algo que decirnos, y escucharle. Yo enviaré a tu hijo Meneceo, del mismo nombre que tu padre, para que escolte aquí a Tiresias, Creonte. Contigo, en efecto, vendrá amable al coloquio; pero yo censuré cierta vez el arte adivinatorio ante él y guarda resquemores contra mí.

A la ciudad y a ti esto os encomiendo, Creonte, si se impone nuestra causa, que el cadáver de Polinices jamás sea sepultado en este suelo tebano, y que quien trate de enterrarlo perezca, aunque sea alguno de nuestros allegados.

[A ti te lo he dicho. Me dirijo ahora a los criados.]

¡Sacad mis armas y todo el arnés de combate, para encaminarnos ya al certamen de lanza que nos aguarda, al lado de la justicia que la victoria aporta!

A la Precaución, la más benéfica de los dioses [34], dirijamos nuestros ruegos de que salve a esta ciudad.

---

[34] Como señala Pearson, este elogio de la Precaución (*Eulábeia*) debía de sonarles bien a los atenienses, fatigados de los desastres de la guerra del Peloponeso y de audaces empresas catastróficas, como la de Sicilia. (Suele aquí citarse el verso de ARISTÓFANES, *Aves* 376: «La precaución lo salva todo».)

CORO.

Estrofa.

¡Ah, muy pesaroso Ares! ¿por qué ahora nos sumerjes en sangre y muerte, marginado de las fiestas de Bromio? No despliegas entre los hermosos coros coronados de las jóvenes muchachas tu melena ni modulas tu canto al son de las flautas, mientras las Gracias acuden formadoras de danzas. Sino que en compañía de guerreros armados, inspirando al ejército de los argivos furor de sangre contra Tebas, avanzas al frente de un coro absolutamente hostil a las flautas.

No en el torbellino enloquecido por el tirso, cubierto de pieles de corzo, sino avanzando con carros y al cuádruple paso de solípedos caballos guiados por riendas te abalanzas sobre los ribazos del Ismeno, inspirando a la raza de los Espartos furor contra los argivos, engalanando de bronce el armado tropel de portadores de escudos que se enfrenta al pie de los muros de piedra.

¡Cuán terrible diosa es ésta de la Discordia, que planeó tales calamidades contra los reyes de este país, los muy pesarosos Labdácidas!

Antístrofa.

¡Oh valle boscoso de muy divino follaje, repleto de animales agrestes, gala de Artemis, Citerón criadero de nieve, jamás hubieras debido criar al abandonado a la muerte, al parto de Yocasta, a Edipo, el niño expulsado de su hogar, marcado por los punzones de oro! ¡Ojalá que nunca la doncella alada, el monstruo montaraz de la Esfinge, azote de este país, hubiera llegado con sus cantos absolutamente hostiles a las musas! Ella, que antaño, embistiendo con las garras de sus cuatro patas a la gente nacida de Cadmo sobre estos muros, se los llevaba hacia la luz inaccesible del éter; ella, a la que había enviado el subterráneo Hades contra los Cadmeos.

¡Y otra funesta querella ha brotado entre los hijos de Edipo en el palacio y la ciudad! Ciertamente, lo que no nació bueno nunca será bueno, ni tampoco los hijos concebidos en contra de la ley, manchados por la sangre parricida, de una madre que frecuentó el lecho de su propio hijo.

Epodo.

Engendraste, oh Tierra, engendraste antaño, según me enteré una vez en mi país natal a través de noticias extrañas, una estirpe surgida de los dientes de un dragón, devorador de animales, de cresta roja, gloriosa pesadumbre de Tebas. Y, en tiempos, a las bodas de Harmonía acudieron los Uránidas; y los muros de Tebas y su baluarte al son de la forminge y de la lira de Anfión se alzaron en un paso entre los dos ríos gemelos, por donde Dirce baña delante del Ismeno la herbosa llanura. E Io, la cornígera abuela, dio nacimiento a los reyes de los Cadmeos. Trocando mil venturas con otras mil esta ciudad se ha alzado hasta las altas coronas de Ares[35].

(*Entra por la derecha Tiresias, conducido por su joven hija y por Meneceo.*)

TIRESIAS. — Guíame adelante, hija. Porque para mi ciego pie tú eres su ojo, como la estrella para los navegantes. Lleva ahí por suelo liso mi paso y ve por delante, no vayamos a tropezar. Débil está tu padre. Guár-

---

35 Este estásimo traza la oposición entre Ares y Dioniso, dioses ligados ambos a Tebas, el primero porque la guerra va a decidir el futuro de la ciudad, el segundo porque ha nacido en ella. Al festivo cortejo dionisíaco se opone el estrépito amenazador de la horda enemiga; a las verdes coronas florales, las coronas de Ares, erizadas de lanzas.

En este canto, sobrecargado de adjetivos y elementos decorativos, hay varios pasajes de difícil interpretación. (Cf. DOS SANTOS ALVES, *o. c.*, págs. 414-21.)

dame en tu mano de muchacha las suertes que he tomado al estudiar los augurios de las aves en mi sagrado sitial, donde hago mis profecías [36].

Joven Meneceo, hijo de Creonte, dime cuánto camino por la ciudad me queda hasta llegar ante tu padre. Porque flaquean mis rodillas y marchando con paso premioso, a duras penas avanzo.

CREONTE. — ¡Ánimo, que junto a tus amigos, Tiresias, arriba a puerto tu marcha! Sosténle, hijo. Pues tanto el niño pequeño como el pie del anciano aprecian para afirmarse el apoyo de una mano familiar.

TIRESIAS. — Bueno, ya estamos aquí. ¿Por qué me llamas con urgencia, Creonte?

CREONTE. — No me he olvidado aún del motivo. Mas recupera tus fuerzas y recobra tu aliento, que ya has alcanzado la cima del camino.

TIRESIAS. — Cierto que estoy abrumado por la fatiga, porque he sido transportado ayer hasta aquí por los Erecteidas. Pues también en su tierra había una guerra con Eumolpo, de la que yo hice vencedores a los Cecrópidas. Y esta corona de oro, como ves, la llevo tras haberla recibido como primicia sobre el botín enemigo.

CREONTE. — Como un augurio acabo de apreciar esa corona tuya de victoria [37]. Porque estamos en medio de la tormenta, como conoces tú, frente a las lanzas de los hijos de Dánao, y grande es el combate de Tebas. El rey,

---

36 Sobre la figura y la significación trágica de Tiresias, remito a mi artículo «Tiresias o el adivino como mediador», en *Emerita* XLIII (1975), págs. 107-132.

37 La apreciación está cargada de una ironía trágica: Tiresias ha revelado a los atenienses la necesidad del sacrificio de las hijas de Erecteo para salvar a la ciudad, como luego va a revelar el oráculo del sacrificio de Meneceo, para espanto de Creonte. Sobre el *Erecteo*, tragedia perdida, véase, el intento de reconstrucción sobre los frgs. conservados de A. MARTÍNEZ DÍEZ, *Eurípides. Erecteo*, Granada, 1975.

en efecto, Eteocles, ya ha salido revestido con sus armas contra la fuerza micénica. A mí me ha designado para saber de ti lo que hemos de hacer precisamente para salvar la ciudad.

TIRESIAS. — Si fuera por Eteocles, cerrando la boca me guardaría mis profecías. Pero a ti, ya que deseas conocerlas, te las voy a decir. Hace ya tiempo que esta tierra está contaminada, Creonte, desde que engendró hijos Layo a despecho de los dioses y dio el ser al desdichado Edipo, esposo de su madre. Las sanguinolentas desgarraduras de sus ojos son un testimonio de la sabiduría de los dioses y un ejemplo para Grecia. Al tratar de ocultarlo en el paso del tiempo los hijos de Edipo —¡como si fueran entonces a escaparse a los dioses!— cometieron un necio error. Pues, al no conceder a su padre los honores debidos y negarle la salida, enfurecieron al desventurado. Exhaló entonces contra ellos maldiciones tremendas, sufriendo por los dolores y además los ultrajes. ¿Qué fue lo que yo no hice, qué palabras no dije, para incurrir en el odio de los hijos de Edipo?

Cerca anda la muerte, por propia mano, de uno y otro, Creonte. Numerosos cadáveres caídos en montón sobre cadáveres, en la confusión de dardos argivos y cadmeos, procurarán amargos sollozos a la tierra tebana. Y tú ¡oh, infeliz ciudad! serás devastada, a no ser que alguien se deje persuadir por mis palabras. Es que aquello era primordial, desde luego: que de los hijos de Edipo ninguno fuera ciudadano ni rey del país, porque un demon los posee y van a destruir la ciudad. Una vez que el mal se ha impuesto sobre el bien, hay un único recurso de salvación. Pero, puesto que decirlo es peligroso para mí y es cruel para quienes el destino ha designado para ofrecer a la ciudad el remedio de salvación, me voy. ¡Adiós! Que como uno entre muchos

lo que suceda, si es preciso, lo soportaré. ¿Cuál será mi dolor? [38].

CREONTE. — ¡Detente, anciano!

TIRESIAS. — No me retengas.

CREONTE. — Espera, ¿de qué escapas?

TIRESIAS. — Es tu destino, y no yo...

CREONTE. — Declara a los ciudadanos y a la ciudad su salvación.

TIRESIAS. — Tú lo quieres, y sin embargo pronto no lo querrás.

CREONTE. — ¿Pues cómo no voy a querer salvar la tierra patria?

TIRESIAS. — ¿Quieres oírlo, de verdad, y mantienes tu empeño?

CREONTE. — ¿En qué otra cosa habría de interesarme más?

TIRESIAS. — Vas a oír ya mis vaticinios. Pero, primero, quiero conocer claramente este otro punto: ¿Dónde está Meneceo, que me condujo aquí?

CREONTE. — Él no anda lejos, está a tu lado.

TIRESIAS. — Que se aleje entonces, a distancia de mis predicciones.

CREONTE. — Como que es hijo mío mantendrá en silencio lo que haya que callar.

TIRESIAS. — ¿Quieres, de seguro, que te hable en su presencia?

CREONTE. — Sin duda va a alegrarse al oír el medio de salvarnos.

TIRESIAS. — Escucha entonces, pues, la senda de mis predicciones, [eso que, si lo hacéis, salvaréis a la ciudad de los Cadmeos]. Debes sacrificar a este Meneceo

---

[38] De los 31 versos de este parlamento, algunos estudiosos consideran interpolados 17 (869-880, 885-890), según DOS SANTOS ALVES, *o. c.*, págs. 89-93, con buenas razones.

en favor de la patria, a tu propio hijo, ya que tú eres el que invoca al destino [39].

CREONTE. — ¿Qué dices? ¿Qué sentencia acabas de pronunciar, anciano?

TIRESIAS. — Lo que está fijado, eso es necesario que tú lo cumplas.

CREONTE. — ¡Ah, cuán muchos males has dicho en un corto momento!

TIRESIAS. — Para ti sí, pero para la patria son palabras grandes y salvadoras.

CREONTE. — ¡No lo oí, no lo he escuchado! ¡No me importa la ciudad en sí!

TIRESIAS. — Éste hombre ya no es el mismo. Ahora se vuelve atrás.

CREONTE. — ¡Vete en paz! Porque no necesito tus profecías.

TIRESIAS. — ¿Háse perdido la verdad, porque a ti te trae desdicha?

CREONTE. — ¡Ah! Por tus rodillas y por tu cabello cano...

TIRESIAS. — ¿Qué me suplicas? ¿Ruegas irremediables desgracias?

CREONTE. — ¡Calla! ¡Por la ciudad no digas esas palabras!

TIRESIAS, — ¿Me conminas a cometer una injusticia? No podemos callarnos.

---

[39] El sacrificio de Meneceo parece ser una innovación de Eurípides. En Esquilo aparece en su lugar Megareo, hijo de Creonte, como uno de los siete defensores de las puertas tebanas. El otro hijo de Creonte, Hemón, es el conocido prometido de Antígona. Este héroe juvenil es una figura grata a Eurípides que lo utiliza para introducir un nuevo episodio patético y para contrastar su figura con la de otros personajes: con la de Creonte y con la de Eteocles y Polinices. Meneceo, que ofrece su vida por el bien de la patria, es un antídoto al egoísmo de los demás, el mejor héroe ciudadano.

CREONTE. — ¿Qué vas entonces a hacerme? ¿Darás muerte a mi hijo?

TIRESIAS. — Eso será asunto de otros, mío es el decirlo.

CREONTE. — ¿Pero, por qué cayó sobre mí y mi hijo esta desdicha?

TIRESIAS. — Con razón me interrogas y te avienes a la discusión. Es preciso que, sobre las cavernas donde el terrígeno Dragón se estableció como vigilante de los manantiales de Dirce, éste sea degollado y ofrezca su sangre victimada a la tierra como libaciones de Cadmo, por causa de los antiguos rencores de Ares, que exige venganza por la muerte del terrígena dragón. Y con hacer esto adquiriréis como aliado a Ares. Si el suelo recibe a cambio de su fruto otro fruto y a cambio de su sangre sangre humana, tendréis a la tierra favorable, la que antaño para nosotros, hizo brotar la mies de los Espartos de áureos cascos. Ha de morir un joven de este linaje que ha nacido de la quijada del dragón.

Y tú aquí, entre nosotros, eres el único resto puro de la estirpe de los Espartos, por parte de madre y de antepasados varones, tú y tus hijos. Es así que las bodas de Hemón impiden su sacrificio, porque no es soltero; aunque no haya llegado al lecho nupcial, sin embargo tiene ya una esposa prometida. Pero este otro muchacho, ofrecido a esta ciudad, podría salvar con su muerte a esta su tierra patria. E impondrá un amargo regreso de Adrasto y los argivos, alzando sobre sus ojos la negra sombra de la muerte, y la gloria de Tebas. De entre esos dos destinos escoge uno. Salva, pues, a tu hijo o a la ciudad.

En lo que de mí depende, todo lo sabes. Guíame, hija, hacia la casa. Quien se dedica al arte de los presagios, pierde su vida. Si se da el caso de que anuncia dolores se hace odioso a aquellos a los que pronostica los augurios. Y si dice mentiras por piedad hacia quie-

nes le consultan viola los preceptos de los dioses. ¡Sólo Febo debiera dar oráculos a los humanos, él que no tiene temor a ninguno!

(*Tiresias sale acompañado por su hija.*)

CORIFEO. — Creonte, ¿por qué callas, dejando atónita tu voz? El caso es que también a mí me domina no menos la conmoción.

CREONTE. — ¿Qué puede uno decir? Está clara mi respuesta. Porque jamás yo llegaré a tal extremo de desdicha que, sacrificando a mi hijo, lo ofrezca a la ciudad. En la vida de todos los hombres hay amor a los hijos y ninguno ofrecería a su propio hijo para la muerte. Que nadie venga a elogiarme después de matar a mis hijos. Yo mismo —que me encuentro en la plenitud de la vida— estoy dispuesto a morir por salvar a la patria.

Pero, vamos, hijo, antes de que lo sepa toda la ciudad, sin hacer caso de los irresponsables vaticinios de los augures, escapa lo más rápido posible y aléjate de esta tierra. Pues va a comunicarlo a los magistrados y jefes de tropas [y a los comandantes, recorriendo las siete puertas]. Si nos damos prisa, tienes salvación; si nos retrasamos, estamos perdidos, morirás.

MENECEO. — ¿Adónde voy a huir? ¿A qué ciudad? ¿Hacia qué huésped?

CREONTE. — Allí donde estés más lejos de esta tierra.

MENECEO. — Bien será que tú me aconsejes, y yo lo cumpla.

CREONTE. — Cruza por Delfos.

MENECEO. — ¿Adónde he de dirigirme, padre?

CREONTE. — Hacia el país de los etolios.

MENECEO. — ¿Y de éste adónde marcharé?

CREONTE. — A la región tesprótide.

MENECEO. — ¿A los sagrados terrenos de Dodona?

CREONTE. — Lo has comprendido.

MENECEO. — ¿Y por qué este santuario me dará protección?

CREONTE. — La divinidad será tu guía de viaje.

MENECEO. — ¿Cuál será mi recurso de riqueza?

CREONTE. — Yo te procuraré oro.

MENECEO. — Tienes razón, padre. Ve, pues. Que yo me llegaré hasta tu hermana, cuyo pecho me nutrió en un comienzo, me refiero a Yocasta, cuando estaba privado de madre y desamparado como huérfano[40]. Voy a despedirme de ella y a salvar mi vida. Con que, venga, vete. Que no haya obstáculos por tu parte.

(*Creonte sale y Meneceo se dirige al Coro.*)

Mujeres, qué bien he disipado el espanto de mi padre, engañándole con mis palabras, para conseguir lo que quiero. Él me envía fuera, despojando a la ciudad de su fortuna, y me entrega a la ruindad. Cierto que es excusable en un viejo; pero mi aceptación no tiene perdón, si me hago traidor a la patria que me dio el ser. Como ahora podéis advertir, me voy para salvar a la ciudad y ofrecer mi vida para morir en favor de este país.

¡Sería, sí, vergonzoso! ¿Los no obligados por oráculos y no alcanzados por la fatalidad divina no van a vacilar en morir firmes en pie con el escudo, luchando ante las torres en defensa de la patria; y yo, abandonando a mi padre y mi hermano y mi ciudad, como un co-

---

[40] Probablemente este dato es innovación de Eurípides. En la *Antígona* de Sófocles, la esposa de Creonte, Eurídice aún está en vida, y se suicida al enterarse de la desdichada muerte de su ya único hijo Hemón.

Tal vez al hacer de Meneceo un hermano de leche de Polinices y Eteocles, Eurípides quiere subrayar el contraste entre los tres jóvenes, y oponer una vez más el altruismo del primero al egoísmo de los jóvenes príncipes.

barde me voy a ir lejos de esta tierra? Donde quiera que viva, seré considerado un ser ruin.

¡No por Zeus, que reside entre las estrellas, y por el sanguinario Ares, quien estableció antaño a los Espartos surgidos de la tierra soberanos de este país!

Sino que me voy, y sacrificándome sobre la cresta de la muralla, derramaré mi sangre sobre el recinto cavernoso consagrado al Dragón, donde lo aconsejó el augur, y liberaré al país. Queda dicho mi pensamiento.

Me pongo en camino, para ofrecer un presente de muerte no indigno a esta ciudad. Y apartaré a este país de la postración. Si tomando cada uno a su cargo todo el bien que pudiera lo llevara hasta su cumplimiento y lo aportara al bien común de la patria, las ciudades experimentarían muchos menos daños y gozarían en el futuro de felicidad.

CORO.

Estrofa.

¡Viniste, viniste, alígera, parto de la tierra y de la infernal Equidna, raptora de Cadmeos, muy destructiva, muy lamentable, mitad doncella, monstruo asesino, con alas frenéticas y garras ávidas de carne!

La que antaño, de los terrenos de Dirce, arrebatando por los aires a los jóvenes, con un canto lúgubre, y como una funesta Erinis traías, traías angustias de sangre a su patria. Sanguinario era entre los dioses el que decidió tales hechos. Los chillidos de las madres, los chillidos de las doncellas llenaban de sollozos las casas. Un quejumbroso grito, un quejumbroso planto sollozaba alguien por aquí, otro por allá, con responsiones a lo largo de la ciudad. Era semejante a un trueno el lamento y el clamor cuando la alada doncella hacía desaparecer a otra persona.

Antístrofa.

Al cabo del tiempo, vino de acuerdo con los mandatos délficos Edipo el desdichado a esta tierra de Tebas, entonces como motivo de alegría, mas luego de pesares. Porque, al salir victorioso de los enigmas, infeliz, con su madre las bodas malditas contrae y mancha a la ciudad. Y en la carrera de crímenes de sangre toma su turno al arrojar a un odioso enfrentamiento con sus maldiciones a sus hijos, ¡desgraciado!

Admiramos, admiramos al que avanza hacia su muerte por salvar a la tierra de su padre, dejando sollozos a Creonte, pero con la intención de imponer coronas de victoria al recinto de siete torres de esta tierra.

¡Ojalá que fuéramos así madres, ojalá tuviéramos nobles hijos, querida Palas, tú que vertiste la sangre del Dragón de un tiro de piedra, al impulsar al preocupado Cadmo a la acción! De ahí luego se precipitó sobre este país, por impulso de los dioses, otra calamidad.

(*Sale el mensajero.*)

MENSAJERO. — ¡Ohé! ¿Quién hay en las puertas de palacio? ¡Abrid! ¡Haced salir a Yocasta de la casa! ¡Ohé, otra vez! ¡Con gran tardanza, pero al fin!

(*La puerta se abre. Aparece Yocasta.*)

¡Sal y escucha, ilustre esposa de Edipo, dejando tus lamentos y apenados llantos!

YOCASTA. — ¡Ah excelente amigo! ¿No vendrás a traerme la noticia de la muerte de Eteocles, tú que junto a su escudo te mantienes siempre protegiéndolo de los dardos de los enemigos? [¿Qué nuevo mensaje vienes a anunciarme?] ¿Ha muerto o vive mi hijo? Indícamelo.

MENSAJERO. — Vive, no tiembles por eso; que te voy a librar de tu terror.

YOCASTA. — ¿Qué, pues? ¿Cómo está el recinto de siete torres?

MENSAJERO. — Se mantiene incólume, y no ha sido tomada la ciudad.

YOCASTA. — ¿Estuvo en peligro bajo la lanza argiva?

MENSAJERO. — En peligro inminente. Pero Ares de los Cadmeos alzóse por encima de la micénica lanza.

YOCASTA. — Dime, por los dioses, una cosa: si sabes algo de Polinices. Que eso me inquieta también, si ve la luz.

MENSAJERO. — Vive la pareja de tus hijos hasta este momento.

YOCASTA. — ¡Que seas feliz! ¿Pero cómo habéis rechazado la embestida de los argivos lejos de las puertas en el asedio de los muros? Dímelo, para que entre en el palacio y conforte al anciano ciego con el gozo de que se ha salvado este país.

MENSAJERO. — Una vez que el hijo de Creonte, el que ha muerto por salvar al país, erguido en lo alto de la muralla se traspasó la garganta con su negra espada, salvadora de esta tierra, tu hijo distribuyó siete escuadrones y siete capitanes en las siete puertas, como centinelas contra el ataque argivo; y como refuerzos de defensa añadió jinetes junto a los jinetes y hoplitas junto a los otros portadores de escudo, para que en cualquier punto débil de la muralla hubiera al momento un apoyo de lanzas. Desde lo alto de las almenas veíamos al ejército argivo dejar atrás Teumeso; y hasta llegar junto al foso, lanzarse a la carrera contra la fortaleza de la Cadmea. El peán y las trompetas resonaban a la vez, por su lado y por el nuestro desde los muros[41].

---

41 Como señalamos en la Introducción, consideramos interpolados los vv. 1104-1140, aunque no usemos aquí los corchetes.

También hay recelos acerca del v. 1100, que Kirchhoff atetizaba. Teumeso es una colina a 18 Kms. (100 estadios) de Tebas, por lo que no es verosímil que los asediados pudieran

Y el primero en conducir contra la puerta Neista un pelotón erizado con continuos escudos fue Partenopeo, el hijo de la Cazadora, que llevaba en el centro de su escudo el emblema familiar: Atalanta con sus certeras flechas matando al jabalí de Etolia.

Contra la puerta Prétida avanzaba llevando víctimas sobre su carro el adivino Anfiarao, sin ostentar ningún signo de violencia, sino, prudentemente, con armas sin emblemas.

Contra el portón de Ogigia se encaminaba el soberano Hipomedonte, que como emblema tenía en medio de su escudo al vigilante Argos con los ojos pintados por todo el cuerpo, unos ojos que se abrían a la salida de los astros, y otros que se cerraban a su puesta, como después de muerto él pudo observarse.

Ante la puerta Homoloide mantenía su formación Tideo, llevando sobre su escudo la piel de un león con la melena erizada. En su emblema, el Titán Prometeo en la diestra enarbolaba una antorcha como para pegar fuego a la ciudad. Tu hijo Polinices contra la puerta Crenea conducía el bélico furor. Sobre su escudo, como emblema, se encabritaban las yeguas de Potnias desbocadas de pánico, que de algún modo se podían voltear en sus goznes desde dentro por el mismo asidero del escudo, de modo que parecieran moverse enloquecidas. En furia no inferior a Ares, Capaneo concentraba su escuadrón sobre la puerta Electra. En las figuras forjadas de hierro de su escudo mostraba un gigante hijo de la tierra levantando sobre sus hombros una ciudad entera que había desgajado con palancas de sus mismos cimientos, alusión para nosotros de lo que iba a padecer nuestra ciudad.

---

ver el ejército enemigo a tal distancia, ni que los argivos —ya presentados más a la vista en la *teichoscopia*— corrieran tan largo trecho. Pero, de nuevo, podemos decir que la precisión geográfica no es muy pertinente para el dramaturgo.

En la séptima puerta estaba Adrasto, quien tenía en su brazo izquierdo el escudo que había cubierto con la pintura de las cien serpientes de la Hidra, espanto argivo. De entre las murallas las sierpes con sus fauces arrebataban a los hijos de los Cadmeos.

Me fue posible ver las apariencias de cada uno de ellos mientras trasladaba las consignas a los jefes de las tropas.

Y al comienzo peleábamos con arcos y jabalinas y hondas de largo tiro y con zumbantes pedruscos. Pero cuando vencíamos en el combate, clamó Tideo y, seguidamente, tu hijo: «¡Ha, hijos de los Dánaos, antes de que nos dejen acribillados a pedradas, a qué aguardáis para embestir todos de golpe contra las puertas, gente de a pie, jinetes y jefes de carros!»

Apenas oyeron el grito, ninguno quedó parado. Muchos caían manándoles sangre de la cabeza, y de los nuestros también habrías visto caer al suelo ante los muros a muchos, como saltarines exánimes. Regaban la seca tierra con arroyos de sangre.

El árcade, que no argivo, hijo de Atalanta, precipitándose como un tifón contra la puerta reclamaba a gritos fuego y hachas como para demoler la ciudad. Pero le detuvo en pleno furor Periclímeno, hijo del dios marino, atizándole en la cabeza con una piedra que llenaría un carro, arrancada de las almenas. Le machacó el rubio cráneo y le quebró las junturas de los huesos y cubrió de sangre su mentón que recién enrojecía la barba. No regresará con vida junto a su madre, la del hermoso arco, hija de Ménalo.

Cuando hubo visto que todo iba bien en esta puerta, se dirigió a otra tu hijo, y yo le seguí. Allí veo a Tideo y a un montón de guerreros que con jabalinas etolias disparaban a la alta apertura de las torres, de tal modo que los nuestros la habían abandonado escapando de lo alto de las almenas. Pero a éstos de nuevo, como si

fuera un montero, tu hijo los vuelve a reunir, y de nuevo los colocó sobre la muralla. Y seguimos hacia otras puertas, después de haber remediado este flanco débil.

De Capaneo, ¿cómo te diría cuán frenético estaba? Porque avanzaba llevando una muy alta escalera, y llegó a jactarse de que ni el venerable rayo de Zeus le detendría de apoderarse de la ciudad desde lo más alto de sus bastiones. Y al tiempo que lo gritaba, aun sufriendo el apedreo, iba subiendo, cimbreando su cuerpo bajo el escudo, pasando de uno a otro de los pulidos tramos de los peldaños de su escala. Pero, cuando ya trasponía el parapeto de la muralla, le alcanza con su rayo Zeus. Retumbó la tierra, como para espantar a todos. Desde lo alto de la escala, [partieron disparados lejos unos de otros sus miembros, sus cabellos hacia el Olimpo, su sangre hacia la tierra, y, los brazos y extremidades como la rueda de Ixión], rodó. Y se desploma en tierra abrasado, cadáver.

Cuando Adrasto vio que Zeus era hostil a su ejército, recondujo las tropas de los argivos fuera del foso. Pero, a la vez, los nuestros, al ver el prodigio favorable de Zeus, salían al ataque, conductores de carros, jinetes, hoplitas, y acometieron en medio de la armada de los argivos. El desastre era total. Morían, caían de sus carros, saltaban las ruedas, y se amontonaban los ejes sobre los ejes, y los muertos sobre los muertos en confusión.

Así, pues, hemos impedido la demolición de las murallas del país en el día de hoy. Si en el futuro será feliz esta tierra, concierne a los dioses. Ahora, desde luego, la ha salvado alguna divinidad.

CORIFEO. — ¡Hermosa es la victoria! Y si los dioses albergan una decisión mejor... ¡ojalá yo sea afortunada! [42].

---

42 El sentido del verso es algo ambiguo. El más probable

YOCASTA. — ¡Buena fue la intervención de los dioses y la del azar! Porque mis hijos viven y el país queda a salvo. Pero Creonte parece que paga la pena de mi boda con Edipo, ¡infeliz!, privado de su hijo, afortunadamente para la ciudad, pero dolorosamente para él. Pero prosigue de nuevo: ¿qué iban a hacer mis hijos después de esos hechos?

MENSAJERO. — Deja el resto. Hasta aquí, desde luego, eres afortunada.

YOCASTA. — Lo que dices inspira sospechas. No he de dejarlo.

MENSAJERO. — ¿Qué más quieres de tus hijos, que estén salvos?

YOCASTA. — También oír el resto: si también me es favorable.

MENSAJERO. — ¡Suéltame! Tu hijo se halla falto de su escudero.

YOCASTA. — Algo malo ocultas y lo encubres con tinieblas.

MENSAJERO. — Es que no voy a decirte desgracia tras estas buenas noticias.

YOCASTA. — Hablarás, a menos de que te escapes huyendo por el aire.

MENSAJERO. — ¡Ay, ay! ¿Por qué no me has dejado marcharme después de anunciar la buena noticia, sin denunciar desdichas? Tus dos hijos se disponen, ¡descabelladísima audacia!, a combatir cuerpo a cuerpo aparte de todo el ejército, tras de haber dicho en público a argivos y cadmeos una proclama que nunca hubieran debido hacer.

Comenzó Eteocles enhiesto sobre una alta torre, tras de haber ordenado proclamar silencio a la tropa. [Y

parece: «Aunque es bella cosa la victoria, si los dioses deciden algo mejor (es decir, que venzan los argivos), al menos que yo escape con suerte».

dijo: «¡Ah, caudillos de la tierra griega], los mejores de los Dánaos, los que hasta aquí habéis llegado, y pueblo de Cadmo, no vendáis vuestras vidas, ni en favor de Polinices, ni tampoco por mí! Porque, lanzándome yo mismo a este riesgo, yo solo trabaré pelea contra mi hermano. Y si le doy muerte, gobernaré yo solo mi casa, y si soy vencido se la entregaré a él solo. En cuanto a vosotros, abandonando el combate, argivos, regresad a vuestro país, sin dejaros aquí la vida. Del pueblo de los Espartos son ya bastantes los que yacen muertos».

Eso dijo. Tu hijo Polinices avanzó de entre las filas y aprobó sus palabras. Todos las aclamaron estrepitosamente, los argivos y el pueblo de Cadmo, como considerándolas justas. Y sobre estas propuestas hicieron las treguas y entre los dos frentes de armas los jefes hicieron juramentos de respetarlas.

Ya cubrían su cuerpo con los broncíneos arneses los dos jóvenes hijos del viejo Edipo. Sus amigos les ayudaban a revestirse: al jefe de esta tierra los más nobles de los Espartos y al otro los más sobresalientes de los hijos de los Dánaos.

Se irguieron resplandecientes y sin demudar su color, furiosos por empuñar la lanza uno contra otro. Los que los escoltaban de sus amigos, de uno y otro bando, les animaban con sus frases y les decían esto de:

«¡Polinices, en tu mano está erigir una estatua de Zeus como trofeo y dar a Argos glorioso renombre!»

Y, del otro bando, a Eteocles: «¡Ahora vas a luchar por la ciudad, ahora al conseguir la victoria tendrás en tu poder el cetro!»

Esto voceaban exhortándoles a la pelea. Los adivinos degollaban víctimas, y escrutaban las lenguas del fuego y las hendiduras de las vísceras atendiendo a su

humedad y a la cresta de la llama, que presenta dos indicios: la señal de victoria y la de la derrota[43].

Así que, si tienes algún recurso, o sabes sabias palabras o fórmulas de encantamientos, ve, detén a tus hijos de la espantosa contienda. Porque el peligro es grande. Y espantoso premio del combate serán para ti las lágrimas, si te ves privada en este día de tus dos hijos.

YOCASTA. — ¡Ah, hija, Antígona, sal afuera de la casa! No en las danzas ni en las ocupaciones de doncellas ahora te previenen los dioses tu tarea; sino que a dos guerreros nobles y hermanos tuyos que se dirigen a la muerte debes impedirles con la ayuda de tu madre que se maten uno a otro.

(*Antígona sale del palacio.*)

ANTÍGONA. — ¿Qué nuevo espanto, oh madre mía, anuncias con gritos a los tuyos ante esta morada?

YOCASTA. — ¡Ah hija, se pierde la vida de tus hermanos!

ANTÍGONA. — ¿Cómo has dicho?

YOCASTA. — Se han enfrentado en combate personal.

ANTÍGONA. — ¡Ay de mí! ¿Qué vas a decir, madre?

YOCASTA. — Nada grato; pero ven conmigo.

ANTÍGONA. — ¿Adónde, dejando las habitaciones de doncella?

YOCASTA. — Al medio del ejército.

ANTÍGONA. — Siento vergüenza ante la tropa.

YOCASTA. — Tus deberes no consienten avergonzamientos.

ANTÍGONA. — ¿Qué voy a hacer luego?

YOCASTA. — Apaciguarás la disputa de tus hermanos.

---

43 Como ya dijimos, se consideran interpolados los vv. 1242-1258. Y algunos estudiosos piensan que también los vv. 1262-4 y 1265-9 son añadidos, indignos de Eurípides.

ANTÍGONA. — ¿Por qué medios, madre?

YOCASTA. — Arrodillándote a suplicarles junto a mí.

(*Al mensajero.*) Guía tú hasta las líneas de combate. No hay que retrasarse. ¡Aprisa, aprisa, hija! Que, si alcanzo a mis hijos antes del choque de lanzas, mi vida admitirá aún la luz; pero si ellos han muerto, caeré muerta a su lado.

(*El mensajero, Antígona y Yocasta salen de escena.*)

CORO.

Estrofa.

¡Ay, ay! ¡Ay, ay! Tengo estremecido de terror, estremecido el corazón. A través de mi carne me recorre la compasión, compasión por la triste madre. ¿De sus dos hijos, cuál ahora al otro ensangrentará ¡ay de mí, qué penalidades, ah Zeus, ah Tierra! la garganta fraterna, la vida fraterna, bajo los escudos, bajo los vestidos? ¡Infeliz de mí, infeliz! ¿A cual de los dos ahora voy a llorar como triste cadáver?

Antístrofa.

¡Ah, Tierra! ¡Ah Tierra! Como dos fieras gemelas, almas sanguinarias, blandiendo la lanza en seguida van a cubrir de sangre a sus presas, sus presas odiadas. ¡Desdichados, que a tal propuesta de un combate personal hayan llegado! Con mi grito bárbaro, el plañidero alarido en honor de los muertos, acompasado con llantos, entonaré. Quizá esté cerca la fatal hora de la matanza. Esta luz decidirá el porvenir. Infortunado, infortunado es el crimen que mueven las Erinias.

(*Entra Creonte llevando en brazos el cadáver de Meneceo*)[44].

---

[44] Ya hemos comentado en la Introd. que consideramos esta escena de la entrada de Creonte como un añadido, y que, suponemos, el relato siguiente del mensajero va dirigido al coro.

CORIFEO. — Pero ahí veo a Creonte que avanza, abrumado, hacia el palacio. Contendré mis sollozos.

CREONTE. — ¡Ay de mí! ¿qué voy hacer? ¿Por cuál de los dos gemir y llorar, por mí o por la ciudad, a la que tiene envuelta una nube [capaz de arrastrarla al otro lado del Aqueronte]?

Porque mi hijo ha caído muriendo por esta tierra, alcanzando un renombre glorioso, pero amargo para mí. Lo he recogido hace poco de las grutas del Dragón, después de haberse suicidado, ¡infeliz!, y lo traigo en mis brazos. Toda la casa llora a gritos. Y yo, anciano, acudo a mi anciana hermana, a Yocasta, para que lave y exponga fúnebremente al que ya no vive, a mi hijo. Pues debe quien aún está en vida rendir honores a los que murieron para mostrar su piedad al dios subterráneo.

CORIFEO. — Se ha marchado tu hermana, Creonte, fuera de palacio, y la joven Antígona en compañía de su madre.

CREONTE. — ¿Adónde? ¿Por qué accidente? Indícamelo.

CORIFEO. — Supo que sus hijos iban a enfrentarse con lanza contra escudo por estas mansiones reales.

CREONTE. — ¿Cómo dices? Cuidando del cadáver de mi hijo no he llegado a enterarme de eso.

CORIFEO. — Pues hace ya tiempo que ha salido tu hermana, y pienso que el combate mortal entre los hijos de Edipo está cumplido ya, Creonte.

CREONTE. — ¡Ay de mí! Aquí veo un signo de eso: la acongojada mirada y la expresión del mensajero que viene presuroso, quien nos dirá todo lo acaecido.

(*Entra un mensajero.*)

MENSAJERO. — ¡Ah, desdichado de mí! ¿Qué relato decir o qué lamentos?

CREONTE. — ¡Estamos perdidos! ¡Con tristes preámbulos comienzas tus noticias!

MENSAJERO. — ¡Ah desdichado, de nuevo lo grito! Es que traigo grandes desgracias.

CREONTE. — ¿Además de los desastres pasados? ¿Qué más anuncias?

MENSAJERO. — Ya no están en vida los hijos de tu hermana, Creonte.

CREONTE. — *¡Ay! ¡Ay! ¡Grandes dolores me comunicas a mí y a la ciudad! ¿Escuchas, morada de Edipo, esto, que ambos hijos han muerto en un destino paralelo?*

CORIFEO. — Como que vertiría lágrimas, si tuviera sentido.

CREONTE. — *¡Ay de mí, qué destino más abrumador!* [*¡Ay de mí, qué desastre, desdichado! ¡Triste de mí!*]

MENSAJERO. — Y aún más, si supieras los males que se añaden a éstos.

CREONTE. — ¿Y cómo podría haber mayores desdichas que éstas?

MENSAJERO. — Ha muerto tu hermana junto a sus dos hijos.

CORIFEO. — *¡Alzad, alzad vuestro gemido y sobre la cabeza golpeaos con vuestras blancas manos!*

CREONTE. — ¡Ah infeliz, qué final, Yocasta, de tu vida y de tus bodas, para ti, que resististe los enigmas de la Esfinge!

¿Cómo, entonces, se ha cumplido la muerte de los dos hijos y las maldiciones de Edipo en ese enfrentamiento? Expónmelo.

MENSAJERO. — Los éxitos ante las murallas del país ya los conoces; pues no está lejos el recinto de los muros, [de modo que tú ya conocerás todo lo sucedido].

Una vez que hubieron equipado su cuerpo con las broncíneas armaduras, los jóvenes hijos del viejo Edipo se apostaron erguidos en medio de las líneas de com-

bate, [los generales y jefes de los ejércitos], dispuestos para el combate cuerpo a cuerpo y el choque de lanzas. Mirando hacia Argos exclamó sus votos Polinices:

«¡Oh soberana Hera, —pues a tu amparo estoy, ya que por matrimonio me uní a la hija de Adrasto y habito su país[45]— concédeme matar a mi hermano y que mi diestra en el combate se cubra de sangre, recogiendo la victoria!»

[Estaba pidiendo un triunfo infamantísimo: matar a un hermano. A muchos les acudían las lágrimas, ¡tan grande era su fatalidad!, y se cruzaron las miradas entre unos y otros comentándolo.]

Eteocles, dirigiendo su vista a la muralla de Palas, la del escudo de oro, rogó: «¡Oh hija de Zeus, concédenos clavar nuestra lanza victoriosa con esta mi mano, al impulso de mi brazo, en el pecho de mi hermano y darle muerte a ése que vino a devastar mi patria!». Y en cuanto emitió su llamarada una antorcha, al oírse el son de la trompeta tirrena[46], señal para el combate sangriento, se lanzaron con terrible impulso uno contra otro. Como dos jabalíes que afilan su salvaje mandíbula se trabaron, con los mentones humedecidos por la espuma. Se acometían con las lanzas. Pero se amparaban tras los escudos, de modo que el hierro sesgaba en vano. Si uno advertía que los ojos del otro sobresalían del círculo del escudo le disparaba la lanza al rostro con deseo de anticiparse a su ataque. Pero hábilmente

45 El patronazgo divino de Hera sobre la región de Argos es bien conocido en la tradición griega; desde Homero se menciona a la Hera Argiva.

46 Señala un escolio *a. l.* que la trompeta se usó para dar la señal de ataque a partir de la guerra de Troya, mientras que antes se utilizaba el procedimiento de arrojar una antorcha encendida; de forma que aquí Eurípides recordaría un detalle arcaico. Pearson y otros estudiosos defienden que indica que la señal de la trompeta fue tan clara como la llamarada de una antorcha, en un efecto de sinestesia poética.

aplicaban el ojo tras las hendiduras de los escudos, de forma que se moviera baldía la lanza. Más abundante les corría el sudor a los espectadores que a los combatientes, en el temor por sus amigos.

Pero Eteocles, al rechazar con el pie una piedra que rodó a su paso, saca su pierna fuera del escudo. Y Polinices, viendo el blanco que se ofrecía a su hierro, abalanzóse con su lanza. Y le atravesó la pantorrilla la lanza argiva. Todo el ejército de los descendientes de Dánao lanzó un alalá de triunfo. Pero el ya herido advirtió que en este esfuerzo había descubierto el hombro e hincó con fuerza su lanza en el pecho de Polinices. Así deparó gozo a los conciudadanos de Cadmo; pero quebró la punta de su lanza. Encontrándose en aprietos al perder la lanza, retrocede un paso, y tomando una piedra de mármol la lanzó y le partió por la mitad el asta a la de Polinices. En pie de igualdad estaba la lucha, privada de pica la mano de ambos.

Entonces echaron mano a las empuñaduras de las espadas y se embistieron y entrechocando los escudos se envolvían con gran estruendo de batalla. Entonces Eteocles recordó y aplicó un ardid tesalio, que sabía por frecuentar la región. El caso es que, cediendo de su constante empuje, lleva hacia atrás su pierna izquierda, observando con cautela los huecos del vientre, y adelantando la pierna derecha a la altura del ombligo le hundió su espada y la hincó entre sus vértebras. Entonces se dobla por la mitad, abatido, Polinices y cae entre borbotones de sangre. Eteocles, pensando que ya tenía el poder y había vencido en la batalla, arrojando al suelo su espada, iba a despojarle, sin prestar atención a su persona, sino sólo al botín. Esto precisamente le perdió. Porque, aunque respiraba aún apenas, conservaba su hierro en la mortal caída, y, con gran esfuerzo, logró sin embargo hincar la espada en el hígado de Eteocles el ya derribado Polinices.

Mordiendo el polvo al lado el uno del otro yacen tendidos ambos, y no decidieron la victoria[47].

CORIFEO. — ¡Ay, Ay! ¡Cuánto gimo por tus males, Edipo! Tus maldiciones parece haberlas cumplido un dios.

MENSAJERO. — Escucha, pues, también los males que se añaden a éstos. Cuando sus dos hijos caídos dejaban la vida, en esto se presenta la triste madre en compañía de su hija y con paso presuroso. Al verlos alcanzados por heridas mortales gimió: «¡Ah, hijos, llego tarde a socorreros!». Y echándose sobre sus hijos, por turnos, lloraba, plañía, lamentando los largos cuidados de su pecho materno; y a su lado la hermana de ambos, que le daba escolta, gemía a la vez: «¡Ah, vosotros que debíais velar por la vejez de vuestra madre y por mis bodas, nos abandonáis, queridísimos hermanos!».

Exhalando de su pecho un jadeo de agonía el rey Eteocles oyó a su madre y, mientras posaba sobre ella su mano desfallecida, no exhaló palabra, pero le habló con las lágrimas de sus ojos para expresarle su cariño. Polinices todavía respiraba, y, al ver a su hermana y a su vieja madre, dijo:

«Me muero, madre, siento pena de ti, y de mi hermana, y de mi hermano muerto. Que llegó a ser mi enemigo; pero, con todo, era mi hermano. Entiérrame, madre, y tú, hermana mía, en la tierra patria. Y, si la ciudad me guarda rencor, disuadidla, para que al menos obtenga ese trozo de la tierra de mis antepasados, ya que perdí mi hogar. Ciérrame los párpados con tu mano, madre —y él mismo la pone sobre sus ojos—, y adiós, pues ya me envuelven las sombras». Ambos a la vez exhalaron su triste vida.

Su madre, al presenciar esta desdicha, abrumada por el sufrimiento, arrebató de entre los cadáveres una

47 O bien, «no se repartieron el poder».

espada e hizo algo espantoso: se hundió la hoja en medio de la garganta y entre sus dos seres más queridos yace muerta rodeándolos a ambos con sus brazos.

La tropa se puso en pie y lanzóse a una disputa verbal, defendiendo nosotros que había vencido nuestro señor, y ellos que el otro. La disputa existía también entre los jefes: los unos sostenían que Polinices había dado el primer golpe con su lanza, y otros que, al morir los dos, de nadie era la victoria.

Entre tanto Antígona se retiró lejos del ejército; mientras los demás se precipitaban a las armas. Con feliz previsión el ejército cadmeo había acampado con el arnés, y nos apresuramos a caer al instante sobre las tropas argivas que aún no revestían su armamento. Y ninguno resistió; sino que colmaron el campo los que huían, mientras a torrentes corría la sangre de los innumerables muertos que caían bajo las lanzas. Cuando vencimos en la batalla, los unos erigieron a Zeus un trofeo de victoria, mientras los otros despojábamos de sus escudos a los muertos y llevábamos el botín de guerra al interior de los muros. Y otros, en compañía de Antígona, traen acá los tres cadáveres para que los lloren sus amigos. Para la ciudad así han concluido los enfrentamientos: unos con feliz fortuna, otros desdichadísimos.

(*Sale por la derecha, mientras por el otro lado entra Antígona al frente del cortejo fúnebre.*)

CORIFEO. — *Ya no de oídas se presenta la desventura de la mansión. Pues ya están ahí a la vista, ante estas paredes, los cuerpos de los tres cadáveres que con muerte común conquistaron la eterna tiniebla.*

ANTÍGONA. — *Sin cubrir con el velo mis delicadas mejillas, sombreadas sólo por mis rizos, sin avergonzarme en mi doncellez del carmín que bajo mis ojos se extiende, rubor de mi rostro, me precipito, bacante*

de los muertos, arrojando las cintas de mi cabello, soltando la suntuosa túnica azafranada, muy llorosa guía del cortejo fúnebre.

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Aah, Polinices, sí que viviste de acuerdo con tu nombre! ¡Ay de mí, ay de mí, Tebas! Tu querella —no una querella, sino crimen tras crimen— ha destruido el hogar de Edipo, anegado en sangre horrible, en lúgubre sangre. ¿Qué canto o qué lamento melodioso sobre mis lágrimas, mis lágrimas, ¡oh casa, oh casa!, voy a invocar, al traer estos tres cuerpos ensangrentados, familiares, madre e hijos, para alegría de la Erinis? Esa que destruyó entera la mansión de Edipo, desde que supo descifrar la indescifrable tonada de la feroz Esfinge, y dio muerte a la cantora.

¡Ay de mí, de mí, padre! ¿Quién, griego o bárbaro, qué otro de nuestros nobles antepasados, de efímero ser, sufrió de tan grandes desgracias tales visibles penas? Desdichada, qué trémulo canto surge... ¿Y qué ave, madre abandonada[48]*, posada sobre las altas ramas de un roble o un pino, responderá a la canción de mis quejas con sus plantos?*

¡Aílino! Con estos fúnebres ayes lloro de antemano la existencia en soledad que llevaré para siempre entre raudales de lágrimas.

¿A quién primero le dejaré las primicias de mi cabellera, en arrancados mechones? ¿A mi madre, de cuyos pechos me amamanté, o a los fatídicos despojos de mis hermanos muertos?

---

[48] La comparación del llanto de una mujer desesperada con el canto del ave privada de sus crías es frecuente en la poesía antigua. Puede evocar el chillido lastimero de Procne, transformada en ruiseñor, que clama por la pérdida de Itis (cf. Eur., *El.* 148, frg. 775, 21). En la poesía latina, un buen ejemplo es el de Virgilio, *Geórg.* IV 511-15.

¡Ay, ay, ay! ¡Sal de palacio, ven con tus ojos ciegos, viejo padre! Ven a exponer, Edipo, tu mísera vida, tú que dentro de la casa, abriendo a la aérea tiniebla tus ojos, arrastras una larga existencia. ¿Me oyes, tú que por el patio arrastras sin rumbo tu anciano pie, o que te cobijas bajo las mantas del lecho, angustiado?

(*Edipo sale del palacio.*)

EDIPO. — *¿Por qué, hija, me has sacado a la luz, con los bastones que ayudan a mi ciego paso, desde los oscuros aposentos donde yacía echado, para acudir a tus muy lastimeros llantos, como un fantasma canoso, evanescente, de aire, o un muerto de ultratumba, o un sueño alado?*

ANTÍGONA. — *Vas a sufrir una desdichada noticia, padre. Ya no ven la luz tus hijos ni tu esposa, que siempre velaba con sus cuidados como un báculo junto al paso de tus ciegos pies. ¡Oh padre, ay de mí!*

EDIPO. — *¡Ay de mí, qué sufrimientos los míos! He ahí motivos de gemir y de gritar. ¡Tres vidas! ¿Bajo qué fatal suerte, cómo dejaron la luz? Dímelo, hija.*

ANTÍGONA. — *No te lo digo como censuras, ni por jactancias, sino entre dolores. Tu genio vengador, con su bagaje de cuchillas, y fuego, y malditas batallas cayó sobre tus hijos, padre, ¡ay de mí!*

EDIPO. — *¡Ay! ¡Ay!*

ANTÍGONA. — *¿Para qué esos gemidos?*

EDIPO. — *Mis hijos...*

ANTÍGONA. — *Has avanzado entre dolores. Y, si viendo aún la cuadriga del sol, alcanzaras con los rayos de tus ojos a estos cuerpos cadáveres...*

EDIPO. — *La muerte de mis hijos era una evidente fatalidad. Pero, mi desdichada esposa ¿en qué triste trance, hija, pereció?*

ANTÍGONA. — *Exhibiendo ante todos sus lágrimas y lamentos, corría a ofrecer, a ofrecer como suplicante,*

un pecho suplicante a sus hijos, velando por ellos. Y ante la puerta Electra, en el prado donde crece el loto, la madre encontró a los hijos entre lanzas, peleando en común combate, como leones en una cueva. De sus heridas caía ya fría y letal una libación de sangre que recibía Hades y ofrendaba Ares. Arrebatando a los muertos una broncínea espada la hundió en su carne, y en su pena por sus hijos cayó entre ellos. En este día todas las tristezas, padre, convocó sobre nuestra casa un dios que esto ha concluido.

CORIFEO. — De muchos males para la casa de Edipo dio comienzo este día. ¡Ojalá fuera su vida más feliz!

CREONTE. — Dejad ya los lamentos, que es hora de prestar atención a los honores fúnebres. Y tú, Edipo, escucha mis palabras. El mando de este país me lo confió tu hijo Eteocles, dándolo como dote de matrimonio a Hemón, esposo prometido de tu hija Antígona.

Así, pues, no te voy a permitir vivir en esta tierra en adelante. Pues claramente dijo Tiresias que nunca sería feliz la ciudad mientras tú habitaras este país.

¡Conque vete! Y eso no lo digo por ultrajarte ni por ser enemigo tuyo, sino temeroso de que, a causa de tus demonios vengadores, sufra algún daño el país.

EDIPO. — ¡Ah destino, desde un principio me hiciste desdichado y sufriente, más que ningún otro de los humanos! Que antes de surgir a la luz del vientre de mi madre, innato aún, Apolo le profetizó a Layo que yo sería asesino de mi padre ¡Triste de mí! Y apenas nací, otra vez el padre que me engendrara trata de matarme considerando que había nacido su enemigo, porque debía morir a mis manos. Y me envía, niño infeliz que anhelaba el pecho materno, como pasto de las fieras. De esto me salvé. ¡Mas, ojalá hubiera llegado el Citerón a los abismos insondables del Tártaro, que no me dejó

perecer, sino que... para ser esclavo[49] un dios me entregó en poder del soberano Pólibo!

Y después de haber matado a mi padre, malhadado de mí, vine al lecho de mi pobre madre y engendré hijos que eran mis hermanos, y los hice morir, heredando las maldiciones de Layo y pasándolas a mis hijos. Porque no soy yo tan loco que hubiera tramado eso contra mis ojos y contra la vida de mis hijos sin la decisión de alguno de los dioses.

¡Sea, pues! ¿Qué voy a hacer ahora, desventurado de mí? ¿Qué guía se ofrecerá compañera de mi ciego paso? ¿Ésta que yace muerta? Viva, sé bien que lo hiciera. ¿Acaso la pareja de mis buenos hijos? Ya no los tengo. ¿Es que estoy aún en la juventud para procurarme el sustento? ¿Con qué? ¿Por qué así, del todo, me das muerte, Creonte? Bien que me vas a matar, si me expulsas del país.

No obstante no me mostraré cobarde rodeando tus rodillas con mis brazos. Pues no puedo traicionar mi noble natural, aunque me oprima la desdicha.

CREONTE. — Por tu parte está bien dicho que no vas a tenderte suplicando a mis rodillas; pero yo no voy a permitirte habitar en el país.

En cuanto a estos cadáveres, al uno hay que conducirlo ya a palacio y a ése, que llegó con otros a destruir la ciudad patria, el cadáver de Polinices, arrojadlo sin enterrar fuera de los límites de esta tierra. Para todos los Cadmeos se dará esta proclama: «Quien quiera que sea apresado en un intento de coronar este cadáver o de cubrirlo de tierra, lo pagará con la muerte», y dejadlo sin llantos ni tumba, para pasto de aves

---

49 Pólibo, rey de Corinto, acogió al recién nacido Edipo como heredero suyo. No sabemos por qué razón dice aquí Edipo que «para ser esclavo». Todo un largo pasaje de su parlamento (1597-1614) resulta sospechoso, por lo superfluo y por lo confuso de algunas frases.

de rapiña. Y tú, concluye los trenos triples por los muertos, y vete, Antígona, al interior del palacio, y compórtate como doncella en tanto aguardas el día próximo en que te espera el lecho de Hemón.

ANTÍGONA. — ¡Oh padre, en qué males nos vemos postrados, en nuestra aflicción! ¡Cómo sollozo por ti más que por los muertos! Pues no has tenido sólo una parte de pesar, y otras no, padre, en las desgracias, sino que en todo fuiste desdichado.

Ahora te pregunto a ti, al reciente monarca. ¿Por qué ultrajas a mi padre expulsándolo del país? ¿Por qué dictas un decreto sobre un desgraciado cadáver? [50].

CREONTE. — Éstas son decisiones de Eteocles, no mías.

ANTÍGONA. — Pero insensatas, y tú alocado eres que las aplicas.

CREONTE. — ¿Cómo? ¿No es justo cumplir los encargos recibidos?

ANTÍGONA. — No, si son malévolos y expresados con ruindad.

CREONTE. — ¿Qué? ¿No es justo que éste sea arrojado a los perros?

ANTÍGONA. — La sentencia que le aplicáis no está en la ley.

CREONTE. — Sí, si es que fue enemigo de la ciudad, sin serlo por su origen.

ANTÍGONA. — Por eso entregó su espíritu al destino fatal.

CREONTE. — Que también ahora pague su pena con la privación de tumba.

ANTÍGONA. — ¿En qué delinquió, al reclamar una parte de su tierra?

CREONTE. — Este hombre, para que lo sepas, quedará insepulto.

---

50 Desde 1645 a 1682 lo consideramos interpolado, de acuerdo con E. Fraenkel y otros.

ANTÍGONA. — Yo le enterraré, aunque lo prohiba la ciudad.

CREONTE. — Entonces te enterrarás a ti misma junto al muerto.

ANTÍGONA. — Glorioso es, en verdad, que dos seres queridos reposen uno junto al otro.

CREONTE. — (*A los guardias.*) ¡Agarradla y llevadla a palacio!

ANTÍGONA. — No, de ningún modo. No abandonaré este cadáver.

CREONTE. — La divinidad lo ha sentenciado, joven, contra tu parecer.

ANTÍGONA. — También es suya la sentencia de no ultrajar a los muertos.

CREONTE. — Así que nadie derramará sobre él la húmeda tierra.

ANTÍGONA. — ¡Sí, te lo suplico por nuestra madre ahí presente, por Yocasta, Creonte!

CREONTE. — Te fatigas en vano. Pues no vas a conseguirlo.

ANTÍGONA. — Al menos déjame tú dar el baño fúnebre al cadáver.

CREONTE. — Eso es una de las cosas que tiene prohibidas la ciudad.

ANTÍGONA. — Al menos envolver con vendas sus heridas.

CREONTE. — De ningún modo vas a honrar tú a ese cadáver.

ANTÍGONA. — ¡Oh queridísimo, al menos cubriré tu boca de besos!

CREONTE. — Ten cuidado de no traer desgracias a tu matrimonio con tus sollozos.

ANTÍGONA. — ¿Crees que, mientras viva, voy a casarme con tu hijo alguna vez?

CREONTE. — Te obligará una fuerte necesidad. ¿Adónde vas a escapar del matrimonio?

ANTÍGONA. — Entonces esa noche hará de mí una Danaide.

CREONTE. — ¿Has visto la osadía con lo que nos insulta?

ANTÍGONA. — Que el hierro de la espada sea testigo de mi juramento.

CREONTE. — ¿Qué es lo que anhelas para dejar de lado esas bodas?

ANTÍGONA. — Partiré al destierro junto con mi desdichado padre.

CREONTE. — La nobleza que hay en ti es una especie de locura.

ANTÍGONA. — Y moriré con él, para que te enteres de más.

CREONTE. — Ve, no vas a matar a mi hijo, abandona el país.

EDIPO. — ¡Ah, hija, admiro tu valiente abnegación!

ANTÍGONA. — ¿Es que, si me casara, podrías exiliarte tú solo, padre?

EDIPO. — Si tú eres dichosa, yo me resignaré con mis daños.

ANTÍGONA. — ¿Y quién va a cuidar de ti, ciego como estás, padre?

EDIPO. — Cayendo allí donde sea mi destino, me quedaré tendido sobre el suelo.

ANTÍGONA. — ¿Dónde está el Edipo de los famosos enigmas?

EDIPO. — Ya no existo. Un solo día me encumbró y uno me hundió.

ANTÍGONA. — ¿Es que no debo compartir también yo tus pesares?

EDIPO. — Vergonzoso destierro será para una hija con su padre ciego.

ANTÍGONA. — No, sino muy digno, si lo acompaña la virtud, padre.

Edipo. — Condúceme ahora para que toque el cuerpo de tu madre.

Antígona. — Aquí lo tienes, toca con tu mano a tu queridísima anciana.

Edipo. — ¡Oh madre, oh esposa desgraciadísima!

Antígona. — Ahí yace tristemente, tras obtener todas las desgracias.

Edipo. — ¿Dónde están los restos de Eteocles y de Polinices?

Antígona. — Ambos tendidos yacen uno al lado del otro.

Edipo. — Posa mi ciega mano sobre sus infelices rostros.

Antígona. — Ten, tantea con tu mano los cadáveres de tus hijos.

Edipo. — ¡Oh queridos cadáveres, infelices nacidos de un padre infeliz!

Antígona. — ¡Oh nombre queridísimo de Polinices, sí, para mí!

Edipo. — Ahora la profecía, hija, de Loxias exige su término.

Antígona. — ¿Cuál? ¿Es que sobre estos males vas añadir males?[51].

Edipo. — Que en Atenas he de morir vagabundo.

Antígona. — ¿Dónde? ¿Qué recinto del Ática te acogerá?

Edipo. — La sagrada Colono, morada del dios de los caballos. Pero ¡vamos, ven a sostener a tu viejo padre ciego, ya que estás dispuesta a compartir este destierro!

---

51 Los vv. 1704 a 1707 los consideran interpolados Pohlenz, Verrall, Conacher, etc. El objetivo de esta interpolación era, con evidencia, conectar el fin de esta obra con el *Edipo en Colono* de Sófocles.

ANTÍGONA. — *¡Venga! ¡Al triste destierro! Tiéndeme tú tu querida mano, viejo padre, que en mí tienes tu guía, como la brisa que impulsa la nave.*

EDIPO. — *Venga, venga. Ya voy. Hija, sé tu mi lazarillo, ¡infeliz!*

ANTÍGONA. — *Soy, soy infeliz, desde luego, por encima de todas las jóvenes tebanas.*

EDIPO. — *¿Por dónde pongo mi viejo pie? Dame el bastón, hija.*

ANTÍGONA. — *Por aquí, por aquí, ven conmigo, posando por aquí, por aquí, tu pie, débil como un sueño.*

EDIPO. — *¡Ay, ay! ¡Que infortunadísimo destierro! Cuando me echan, ciego, de mi patria. ¡Ay, ay! Soportando terribles, terribles daños yo.*

ANTÍGONA. — *¿A qué soportar, a qué sufrir? No ve la Justicia a los malvados ni castiga las locuras de los hombres.*

EDIPO. — *Vedme a mí, que alcancé el sublime elogio de vencedor por solucionar el incomprensible enigma de la Virgen semidoncella.*

ANTÍGONA. — *Evocas la afrenta de la Esfinge... Evita proclamar tus éxitos de antaño. Estos míseros padecimientos te aguardaban, padre, para morir, desterrado de tu patria, en cualquier lugar*[52].

Lágrimas de añoranza les dejo a mis jóvenes amigas, y me voy lejos de mi tierra patria, en marcha errabunda impropia de doncellas.

¡Aay! La bondad de mi ánimo hacia las desventuras de mi padre me dará, por lo menos, un buen renombre. ¡Triste de mí! ¡Qué ultrajes a mi hermano, que se parte de palacio cadáver, sin sepultar, desdichado!

Pero a él, aunque tenga que morir, le cubriré con tierra en la oscuridad.

---

52 A partir de aquí, el final es un añadido que recarga el patetismo de la escena. Casi todos los estudiosos secluyen los últimos 30 versos.

EDIPO. — *Ve a despedirte de tus compañeras.*

ANTÍGONA. — *Hartas están de mis lamentos.*

EDIPO. — *Tú con suplicas a los altares...*

ANTÍGONA. — *Están hartos de mis desdichas.*

EDIPO. — *Pues ve al santuario consagrado a Bromio en los montes donde acuden las ménades.*

ANTÍGONA. — *¿A aquél por quien yo en otros tiempos, revistiéndome la cadmea piel de corzo, marché danzando al frente del sagrado tíaso de Sémele, por los montes, ofreciendo a los dioses un favor desagradecido?*

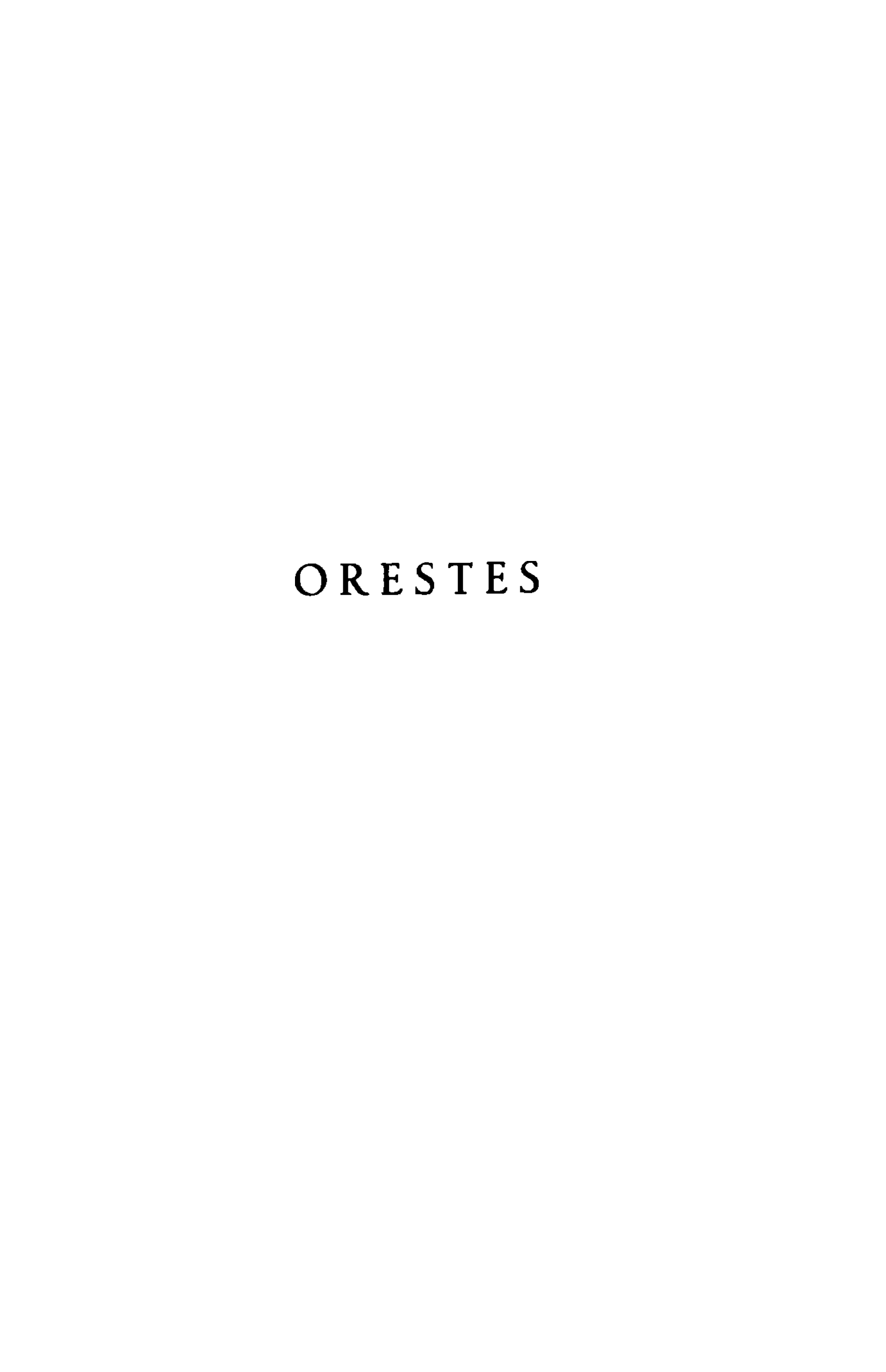
EDIPO. — ¡Oh ciudadanos de una patria ilustre! Mirad, éste es Edipo, el que descifró los famosos enigmas y fue un hombre espléndido, el único que logró poner freno a los poderes de la Esfinge asesina. Y ahora, deshonrado y miserable, soy expulsado del país .

Pero, ¿por qué me lamento y grito en vano? El destino que los dioses le imponen ha de soportar quien es mortal.

CORO. — *¡Oh muy venerable Victoria, ojalá dominaras mi vida y no dejaras de coronarla!* [53].

---

53 Este estribillo final no conviene a la ocasión, sino que es tópico. Se encuentra también, idéntico, en la *Ifigenia entre los Tauros* y el *Orestes*.



ORESTES

INTRODUCCIÓN

Cuando, al enfocar la evolución del teatro de Eurípides, se piensa en la crisis de los fundamentos míticos y en la pérdida del talante heroico de los personajes trágicos, vueltos «demasiado humanos», es el drama *Orestes* el ejemplo más claro que encontramos para mostrar cómo el análisis psicológico, el escepticismo religioso y la tendencia escénica a efectismos melodramáticos van a arruinar el sentido más hondo de la tragedia. La acusación de F. Nietzsche contra Eurípides como crítico corruptor y decadente tiene, aunque no en lo literal de sus ataques, una cierta dosis de razón. La amarga representación de un mundo donde la intervención divina resulta caprichosa y donde el triunfo está desligado de toda moralidad aboca a una visión pesimista de la existencia humana.

En un magnífico artículo K. Reinhardt[1] subraya con claridad cómo este sentimiento del absurdo, de la falta de sentido en la acción humana, que se manifiesta en piezas como *Electra* y sobre todo *Orestes*, refleja la triste experiencia de una generación como la de Eurípides, que había sufrido los desastres de una larga guerra y la crisis de los valores tradicionales, que per-

[1] En «Die Sinneskrise bei Euripides» (1953), recogido en *Die Krise des Helden*, Munich, 1962. (En trad. franc. en K. Reinhardt, *Eschyle. Euripide*, París, 1972.)

dió la fe en los dioses y, con ello, el sentido de la existencia. Reinhardt cita unos versos del viejo trágico: «Tampoco los dioses a quienes llamamos sabios son más veraces que los fugaces sueños. Hay una gran confusión tanto en el mundo divino como en el humano.» (Lo dice Orestes en *If. Táur.* 570 y ss.) Eurípides, que tantas veces critica la inmoral actuación de los dioses, a través de unos y otros personajes, insiste en estas últimas piezas en el sinsentido de estas fantasmales figuras heredadas del mito. Pero no son sólo las imágenes de los dioses las que se descomponen, sino que con ellos se resquebrajan los héroes, y los protagonistas de estos patéticos melodramas son sólo trasuntos de lo que fueron. Conservan sus nombres famosos, pero han perdido ya su valor para la acción noble, desconfiados en su destino y en su propia naturaleza. El contraste de estos indecisos y quejosos personajes con los héroes de Sófocles es harto revelador.

En un margen de pocos años, desde la *Electra* (del 413) y la *Ifigenia entre los Tauros* (del 412) a esta tragedia (del 408), Eurípides presentó en escena tres veces a Orestes. En las tres tragedias al final aparece un *deus ex machina* para proporcionar una conclusión a la acción dramática. En contraste con el final feliz de la novelesca acción de la *Ifigenia entre los Tauros*, donde la peripecia se albergaba en un exótico paraje, en el *Orestes* encontramos al matricida vengador de Agamenón postrado y enloquecido. Las diosas de la venganza que, según la tradición mítica recogida ya por Esquilo, le perseguían implacables, las furiosas Euménides se han transformado, en las escenas iniciales de esta pieza, en un producto de la imaginación delirante de Orestes. Esta interiorización de las potencias represoras del crimen familiar es uno de los datos nuevos y más significativos de la obra. Mientras en la *Orestía* esquílea la presencia de los dioses es un factor constante, aquí

sólo se evoca la orden de Apolo que ha llevado al triste Orestes a un crimen cuyo sentido no acierta a disculpar su propia conciencia. El propio Apolo vendrá al final de la tragedia a exponer una explicación ambigua y poco convincente.

Pero, dejando a un lado a los dioses, ¡qué caracteres humanos son los que nos ofrece Eurípides en este drama, que es básicamente el estudio de unas reacciones psicológicas de unos jóvenes asediados por los remordimientos y por la persecución de un pueblo hostil! En primer plano está Orestes, enfermo de terror [2], presa de alucinaciones, vacilante y casi moribundo durante la primera parte de la obra, que luego se reanima con la idea de un nuevo crimen, de una nueva venganza, ahora contra Agamenón, mediante el asesinato de Helena y luego de Hermíone. Las Erinias, que veía ante él durante la primera parte de la pieza, dejan de mostrársele cuando decide acometer un nuevo asesinato. Tal vez, como sugiere un fino comentario, «porque han dejado de serle exteriores» [3]. En todo caso, el Orestes vacilante y agotado del comienzo se reanima con un nuevo ímpetu criminal desde que, por sugerencia de Pílades, el cómplice leal a la amistad, pasa a la acción, no para defenderse de acusaciones anteriores, sino para vengarse.

A su lado está Electra, solícita con su hermano, lastimera, llena de resentimiento hacia Helena, decidida a la matanza.

Enfrentados a Electra y a Orestes se dibujan las figuras de Helena y de Menelao. Ambos regresan, tras larga ausencia, a Argos, con sus recelos y sus egoísmos,

---

[2] Sobre la importancia de la enfermedad como tema en la obra, puede verse el art. de W. D. SMITH, «Disease in Euripides' *Orestes*», *Hermes* XCV (1967).

[3] M. DELCOURT, en *Euripide. Théâtre complet*, París, 1962, pág. 1114.

y no están dispuestos a arriesgar su dudosa fortuna por defender a los hijos de Agamenón. La escena del encuentro entre la bella Helena, que tras causar la funesta guerra regresa a disfrutar de la compañía de su hija en el palacio familiar, y su sobrina Electra, que ha gastado en la soledad largos años de juventud, está cargada de intenciones amargas.

El diálogo de Orestes con Menelao resulta interrumpido por la aparición de Tindáreo, el padre de Helena y Clitemestra. Es uno de esos viejos supervivientes a la tragedia familiar que Eurípides gusta de introducir (como Peleo en *Andrómaca,* Alcmena en los *Heraclidas,* Yocasta en las *Fenicias,* o Cadmo en las *Bacantes*) para enfrentarlos a alguien más joven. Orestes siente vergüenza al ver avanzar hacia él al abuelo que le mimaba en su niñez y luego siente reparos en hablar ante él. Pero Tindáreo es un carácter frío, despiadado y legalista, que desea exigir la venganza más dura por el matricidio cometido en la muerte de su hija. Pero no por piedad hacia la adúltera Clitemestra, sino por una especie de odio amparado en la argumentación jurídica. Con él no valen argumentos sentimentales, y el debate entre el viejo espartano y su nieto recurre a consideraciones de tipo legal y político. Al final Tindáreo se marcha enfurecido, amenazando con su odio al irresoluto Menelao. En vano Orestes tratará de obtener la promesa de socorro por parte del hermano de su padre. Menelao es un probabilista que no quiere ponerse del lado del más débil y luego en la asamblea ni siquiera tomará la palabra para defenderle. (Es curioso que el nombre de Egisto, en relación con el intento de usurpación del trono, no es mencionado por Orestes en su defensa.)

La escena deja un amargo regusto y nos prepara para el informe del viejo mensajero sobre la discusión en la asamblea, donde se decide la condena a muerte de los

dos hermanos. La suerte está echada ya, y cuando parece avecinarse el final de la tragedia, surge un nuevo motivo dramático, al proponer Pílades tomar venganza de la ruin conducta de Menelao mediante el asesinato de Helena. Así pues la acción toma un nuevo punto de arranque a partir de los versos 1098 y ss.

Se ha comentado repetidamente que, con este inesperado viraje de la trama, parece como si la tragedia estuviera compuesta de dos partes distintas, o como si se hubieran enlazado dos acciones dramáticas diferentes. Efectivamente esa es la impresión del lector. Los protagonistas, víctimas antes del acoso, pasan ahora a convertirse en perseguidores de unas nuevas víctimas: Helena y la inocente Hermíone. La respuesta de los perseguidos es feroz. La perspectiva de morir matando, la cruenta venganza, el holocausto del palacio familiar, hace recobrar ánimos al alucinado Orestes. Toda esta segunda parte de la tragedia tiene un ritmo más rápido, un tanto febril, hasta la aparición final de Apolo, *deus ex machina,* que viene a proporcionar una solución «feliz» a una situación extrema.

Esta segunda parte contiene en lo fundamental tres escenas: el diálogo entre los tres condenados a muerte —puesto que Pílades asocia su destino al de los dos hermanos—, el relato del frigio sobre el frustrado asesinato de Helena, y el chantaje a Menelao mediante el rapto y proyecto de degollación de Hermíone. Desde el punto del movimiento dramático puede decirse que la secuencia está bien conseguida. La escena del agitado canto del esclavo frigio resulta de un efecto espectacular. Y mucho más lo sería si pensamos en su acompañamiento musical, en el que el trágico introducía la nueva moda de la época, con un ritmo convulsivo adecuado a la frenética exposición del aterrorizado esclavo. A continuación de esta sorprendente escena, el diálogo entre Orestes y el frigio tiene algunos rasgos bufonescos.

La agitación de lo melodramático y espectacular viene a suplir la falta de una verdadera tensión trágica. Desde ese punto de vista estas escenas son casi una parodia, casi una caricatura de la tragedia tradicional. Y el falso final feliz acentúa ese carácter de melodrama[4]. Pero desde el punto de vista de la acción teatral no puede negarse que el dramaturgo sabe alcanzar algo más moderno, más movido que lo habitual en la escena trágica, con una brillantez y un dominio de las tablas admirables.

Ya los críticos de la Antigüedad advirtieron la decadencia heroica de los personajes del *Orestes*. Aristóteles cita como «ejemplo de una maldad de carácter no necesaria» (*parádeigma ponērías men êthous mē anankaías*) al personaje Menelao de esta obra. (En la *Poética* 1454 a). El anónimo autor del *Argumento* que se antepone tradicionalmente a esta tragedia, comenta que el drama es «pésimo por sus caracteres (*cheíriston tóis êthesi*). Pues, a excepción de Pílades todos son mezquinos (*pháuloi*)». Hemos aludido antes a este aspecto. Tal vez conviene resaltar que esas críticas no quieren denunciar la maldad de los caracteres, al modo en que puede decirse que es malvado Yago o Ricardo III en Shakespeare; lo que denuncian es su ruindad. Menelao es un villano, por cobardía, por torpeza, por ambición

[4] La apreciación de esta obra varía mucho según los intérpretes de la misma. Un análisis de su composición muy interesante es el de A. P. Burnett, en *Catastrophe survived. Euripides' Plays of Mixed Reversal*, Oxford, 1971, caps. 8 y 9. Muy incisivo es el art. de W. Burkert, «Die Absurdität der Gewalt und das Ende der Tragödie: Euripides' Orestes», en *Antike und Abendland*, 20 (1974), págs. 97-109. Una valoración más positiva del conjunto de la pieza puede verse, p. e. en el antiguo art. de G. Perrotta: «L'unitâ dell' 'Oreste' euripideo» (1928) recogido ahora en el vol. col. *Euripide. Letture critiche*, ed. O. Longo, Milán, 1976, págs. 178-200. Cf. además el art. de H. Erbse, «Zum Orestes des Euripides», en *Hermes* (1975), págs. 434-459.

acaso[5]. Orestes es mezquino, porque no conoce el sentido de lo heroico, porque no está ya sujeto a ningún destino trágico, sino que yerra dispuesto a cualquier nuevo crimen con tal de sobrevivir en un mundo sin valores. Helena, Electra, Tindáreo, no valen mucho más. Son personajes patéticos, sufrientes, pero sin grandeza moral. Sin magnanimidad.

En cuanto al dios Apolo, que al final acude a remediar el caos y evitar la catástrofe, no queda por ello mejor parado. La ambigüedad de sus oráculos, la tardanza de su auxilio, y lo precario de su solución quedan en evidencia. Orestes aparta el cuchillo del cuello de Hermíone para tomarla por esposa, Menelao le acepta como yerno, Pílades se casará con la solterona Electra, y de Tindáreo y el enfurecido pueblo de Argos no hay que preocuparse, al parecer. Sorprendente final de compromiso para una trama sorprendente.

En la indecisión y el sentimiento de desamparo y soledad de Orestes se refleja, como indica E. Buschor[6], la amargura interior y la inquietud espiritual de Eurípides, quien el mismo año de representación de la obra abandonaba Atenas, desilusionado, escéptico, dolorido. Esa perspectiva de un mundo mediocre, dominado por políticos de baja estofa, donde triunfa el egoísmo y la violencia es el recurso supremo[7], corresponde a la des-

---

5 Una interpretación muy distinta de las figuras de Menelao y de Helena es la que ofrece Ph. Vellacott en su libro *Ironic Drama, A study of Euripides' method and meaning*, Cambridge, 1975, cap. 3.

6 En el «Nachwort» a su trad. al alemán de esta obra (1963), ahora editada en la serie bilingüe de «Tusculum», *Euripides V*, Darmastadt, 1977, págs. 361-362.

7 Burkert llega a calificar la tragedia como «drama de gangsters», Buschor habla de «obra maestra del cinismo», y no menos duro en su consideración de la brutalidad humana de los caracteres es, por citar a un crítico literario no especializado

pedida del gran dramaturgo que tan mal se llevó con sus conciudadanos, cuyas reflexiones sobre los viejos mitos corroen la esencia de la antigua tragedia y orientan el teatro en nuevas direcciones.

Desde la perspectiva de la acción dramática, notamos que la obra presenta un elevado número de personajes (10), casi tantos como *Fenicias,* y que abundan las escenas con tres dialogantes. En la escena final se reúnen un alto número de figuras: junto a Apolo, Orestes y Menelao, están presentes, como actores mudos Helena (que aparece al lado de Apolo en la parte más alta del escenario), Electra, Hermíone y Pílades (al lado de Orestes en la terraza del palacio) y los guardias que escoltan a Menelao. Entre las escenas de gran efecto se encuentran la salida del frigio, que se descuelga por el muro, escapando por entre las metopas del frontón, y la aparición de Orestes y sus cómplices sobre el terrado con antorchas encendidas haciendo frente a Menelao con sus guardias.

Como en la *Helena,* Eurípides ha sustituido los tradicionales cantos del coro, los *stásima,* por diálogos líricos en más de una ocasión. Con ello el coro se incorpora más a la acción, y participa en ella, aunque sea un tanto marginal. Los cantos corales son cortos (el primer estásimo: 316-347, y el segundo: 807-843) y no tienen especial relieve.

No sabemos qué éxito obtuvo la tragedia en su presentación. ¿Cómo acogieron los atenienses esta versión tan heterodoxa sobre la contienda del matricida Orestes y sus Euménides? ¿Fueron sensibles al deterioro de los caracteres heroicos de la saga de los Atridas? Estaban, sin duda, acostumbrados a las innovaciones de Eurípides, pero ¿encontraron que el tono crítico y ácido

---

en el teatro griego, B. VICKERS, en *Towards Greek Tragedy,* Londres, 1973.

colmaba ya la medida? ¿Compartían en su mayoría el desencanto y la incredulidad y la desesperanza del autor? No lo sabremos nunca.

Sí conocemos que fue luego, tras de la muerte del trágico, una de sus piezas de más éxito, de las más representadas y leídas. Con la *Hécuba* y las *Fenicias* formaba el trío de la selección bizantina, y tenemos numerosos escolios a su texto. En la fortuna de la obra influyó su espectacularidad y su novedad dramática, sobre un tema tan conocido como el de su mito central. En esa predilección helenística y bizantina hacia este drama es dudoso hasta qué punto pesó lo atractivo de la técnica de composición y hasta qué punto el alejamiento de los viejos patrones trágicos no fue un reclamo más para los nuevos tiempos.

Estructura del drama.

PRÓLOGO (1-140). Está formado por una exposición inicial de Electra, que informa sobre los antecedentes y la situación actual, a la manera un tanto típica de los prólogos de Eurípides, y un diálogo entre Electra y la recién llegada Helena. Monólogo y diálogo ocupan una extensión parecida: 70 versos cada uno.

La entrada del Coro de mujeres de Argos se presenta con un diálogo lírico entre ellas y Electra, lo que sustituye al canto de la PÁRODO coral. Este diálogo (140-207) es rápido y, como el de los vv. 1246-1310, subraya la relación amistosa del coro hacia los hijos de Agamenón.

EPISODIO 1.º (208-315). Contiene el diálogo entre Orestes, al despertar de su sueño letárgico, y su veladora, Electra. Al final Orestes vuelve a caer en el delirio.

En un corto ESTÁSIMO 1.º (316-347) el Coro comenta la aparición de las Euménides y la ruina de la casa de Atreo.

EPISODIO 2.º (348-806). De notable extensión, comprende el encuentro de Menelao y Orestes, seguido de la llegada de Tindáreo (vv. 470 y sigs.). Entre Tindáreo y Orestes hay

un duro agón. Tras la amenazadora despedida de Tindáreo, Orestes prosigue el diálogo con Menelao. Después de marcharse éste, aparece Pílades.

ESTÁSIMO 2.º (807-843). El Coro lamenta de nuevo la fatalidad que pesa sobre la mansión de los Tantálidas y el horror del matricidio cometido.

EPISODIO 3.º (844-1245). Comprende dos largas escenas separadas por el lamento lírico de Electra (vv. 960-1012) en diálogo con el coro. La primera escena la ocupa el relato del campesino que hace de Mensajero sobre lo acontecido en la Asamblea. La segunda (vv. 1013-1245) lo ocupa el diálogo entre Electra, Orestes y Pílades. Ya comentamos que la sugerencia de Pílades sobre la venganza da un nuevo rumbo a la acción.

ESTÁSIMO 3.º (1246-1310). Es un breve diálogo entre Electra y el Coro. Alternan el diálogo lírico con el recitado.

ÉXODO (1311-1681). Es muy amplio y muy agitado. A una breve escena entre Electra y Hermíone, sucede la espectacular aparición del Frigio, cuya monodia ocupa los vv. 1369 a 1502. Este aria pintoresca, frenética, acompañada seguramente de un aire musical apropiado a su contenido y a la métrica del mismo, de un ritmo muy vivo y cortado, con notas exóticas, es una sorprendente innovación del dramaturgo, atento siempre a las nuevas modas musicales. El relato del frigio corresponde al de un Mensajero, pero la sustitución del informador tradicional un tanto lejano a lo ocurrido por este trémulo eunuco que apenas escapa a la matanza colorea y da un nuevo carácter a lo que pudo ser una escena tópica. El siguiente diálogo entre Orestes y el esclavo (hasta el verso 1550) tiene un tono que bordea lo cómico.

Sigue luego la llegada de Menelao y los guardias ante el palacio y la aparición de Orestes y sus acompañantes en la terraza del mismo. El diálogo violento entre ambos lo interrumpe la aparición del *deus ex machina*, Apolo (vv. 1625 y sigs.), que aporta la conclusión al conflicto.

Como se observa en una mera lectura de este análisis, el papel del Coro está limitadísimo en esta pieza. Sólo hay dos cantos continuados del mismo, el estásimo I y

el III, por lo demás muy breves. Otros cantos corales han sido sustituidos por diálogos líricos con Electra (la *párodos* y el III estásimo). Y el aria más larga y más interesante desde la perspectiva métrica y musical la ejecuta el actor que hace el papel del Frigio.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Como en las demás tragedias, seguimos el texto de G. MURRAY con las variantes que advertimos a continuación.

Nos ha sido muy útil la edición del texto y el comentario de V. DI BENEDETTO, *Euripides. Orestes,* Florencia, 1965.

Existe otro comentario moderno a la obra, el de W. BIEHL, *Euripides Orestes,* Berlín, 1965.

VARIANTES TEXTUALES

	Texto de Murray	*Texto adoptado*
13	ἔριν	Ἔρις
33	[ ]	Sin corchetes
38		[ ] Secl. Nauck.
45	ὑπὸ ζυγοῦ	ἀπὸ ζυγοῦ
74		[ ] Secl. Kirchhoff.
87	[ ]	Sin corchetes
127		[ ] Secl. Klinkenberg.
154	CORO	ELECTRA
174-181	ELECTRA	CORO
185	ἄνα κέλαδον	ἀνακέλαδον
238	ἕως ἐῶσιν εὖ	ἕως ἐῶσι σ' εὖ
321	εὐμενίδες	Εὐμενίδες
491	Πρὸς τόνδ' ἀγὼν τίς ἀσοφίας ἥκει πέρι;	Πρὸς τόνδε σοφίας τίς ἂν ἀγὼν ἥκοι πέρι; Porson.
497	†...ὑπὲρ κάρα†	ὑπαὶ κάρα
546	ἐγῴδ', ἀνόσιός εἰμι	ἐγὼ δ' ἀνόσιός εἰμι
611	ὧν εἵνεκ'	ὧν οὕνεκ'
663		[ ] Secl. Paley
677		[ ] Secl. Paley

	Texto de Murray	*Texto adoptado*
729	θᾶσσον ἦ με	θᾶσσον ἤ με
782	τῷ Δοκεῖν	τό γε δοκεῖν
823	τὸ δ' εὖ κακουργεῖν	τὸ δ' αὖ κακουργεῖν
946	πετρουμένους	πετρούμενος
999	ὀλοὸν ὀλοόν	ὀλοόν
1051	[ ]	Sin corchetes.
1148	φάσγανον σπασώμεθα	φάσγανον σπάσω μέλαν
1224	[ ]	Sin corchetes.
1235	ELECTRA	PÍLADES
1236	PÍLADES. — ἐγὼ δ' †ἐπεβούλευσα†	ELECTRA. — ἐγὼ δέ γ' ἐπεκέλευσα
1246		[ ] Secl. Nauck.
1284-1285	CORO	ELECTRA
1366-1368	[ ]	Sin corchetes
1392	ἱπποσύνᾳ	ἱπποσύνα
1413	πεφραγμένοι	δεδραγμένοι

ARGUMENTO

Orestes, vengando el asesinato de su padre, mató a Egisto y a Clitemestra. Por haber osado matar a su madre al instante sufrió su castigo, enloqueciendo. Sosteniendo Tindáreo, el padre de la muerta, la acusación contra él, iban los argivos a emitir el voto colectivo sobre lo que debía sufrir como reo de impiedad. Por una casualidad Menelao, de regreso de su viaje, había desembarcado a Helena de noche, y durante el día llegó él en persona. Y, aunque le imploró Orestes que le socorriera, al hablar en contra Tindáreo, él más bien se negó por cautela.

Una vez que fueron pronunciados los discursos ante la muchedumbre, el pueblo se dejó llevar a condenar a muerte a Orestes... anunciándole que debía abandonar la vida. Estando en su compañía Pílades, amigo suyo, les aconsejó que antes tomaran venganza de Menelao, dando muerte a Helena. Así pues, cuando avanzaban con este propósito se vieron frustrados de su empeño, porque los dioses arrebataron a Helena. Pero Electra, en cuanto se presentó Hermíone, la entregó en sus manos. Y ellos se preparaban a matarla. Acudiendo Menelao, al verse despojado por ellos a la vez de su mujer y de su hija, se disponía a arrasar el palacio real; pero ellos, tomando la delantera, amenazaron con pegarle fuego. Apareciéndose Apolo dijo que Helena se había ido con los dioses, le ordenó a Orestes tomar como es-

posa a Hermíone —y a Pílades fundar una familia con Electra—, y una vez purificado del crimen ejercer el poder en Argos.

ARGUMENTO DEL GRAMATICO ARISTÓFANES

Orestes, que está aterrorizado a causa del asesinato de su madre a la vez que por las Erinias, y condenado a muerte por los argivos, al ir a matar a Helena y a Hermíone por el hecho de que Menelao, estando presente, no le socorrió, se ve impedido por Apolo. El tema no se encuentra en ningún autor.

La escena del drama sucede en Argos. El coro está compuesto por mujeres argivas, jóvenes de la edad de Electra, que acuden a informarse sobre la desgracia de Orestes. Recita el prólogo Electra.

El drama ofrece un final más bien cómico. La presentación del drama es la siguiente. Ante el palacio de Agamenón yace Orestes enfermo, acostado a causa de su locura, sobre un lecho pequeño a cuyos pies está sentada Electra.

Se discute que por qué motivo no está sentada junto a su cabeza. Pues así parecería que cuidaba más de su hermano, estando sentada más cerca. Parece entonces que el poeta lo dispuso así por causa del coro. Pues Orestes se habría despertado, dormido poco antes y a duras penas, de presentarse más de cerca las mujeres que forman el coro. Eso se puede deducir de lo que dice Electra:

«Silencio, silencio, suave el paso de tu calzado».

Es verosímil que ese sea el motivo de tal disposición.

El drama es de los afamados por su acción escénica, pero muy malo por sus caracteres. Porque, a excepción de Pílades, todos son ruines.

PERSONAJES

ELECTRA.
HELENA.
CORO.
ORESTES.
MENELAO.
TINDÁREO.
PÍLADES.
MENSAJERO.
HERMÍONE.
FRIGIO.
APOLO.

(De la puerta central del palacio sale a escena Electra; luego, unos esclavos que llevan un lecho donde yace Orestes. Lo depositan junto a ella, y se van. Electra se inclina sobre él, observando preocupada su sueño, y lo cubre solícitamente con las ropas. A continuación se dirige al auditorio y recita el prólogo.)

ELECTRA. — No hay palabra ninguna tan terrible de decir, ni sufrimiento ni desdicha impulsada por los dioses, cuya carga no venga a abrumar a la naturaleza humana. Aquel bienaventurado —y no le echo en cara su fortuna—, nacido de Zeus, según dicen, Tántalo, revolotea por el aire aterrorizado por la roca que sobre su cabeza se alza [1]. Y expía tal pena, según dicen, porque siendo un hombre, que con los dioses compartía la dignidad de una mesa común, tuvo una lengua desenfrenada, vicio infamantísimo. Ese engendró a Pélope,

1 Como ejemplo ilustrativo de la sentencia general con que ha iniciado el prólogo, Electra alude a la genealogía de la familia. Como en otros pasajes semejantes —cf. el prólogo de *Fenicias*—, Eurípides introduce algún que otro detalle novedoso. No sabemos por ningún otro autor que Tántalo descienda de Zeus, y resulta curioso que tres versos después califique de «hombre» a este «hijo de Zeus». Por lo demás, la versión del castigo, así como de la falta, de Tántalo presentan rasgos nuevos. Así «la roca que sobre su cabeza se alza» parece una alusión al sol, identificado por Anaxágoras con una masa de tierra candente. En los vv. 982 y sigs. se insiste de nuevo en este detalle. Sobre la relación de esta presentación de Tántalo y Anaxágoras, remito a las notas *ad loc.* de DI BENEDETTO, *o. c.*, págs. 7-8 y 195-6.

del que nació Atreo, para quien, tejiendo las hebras de lana, urdió la diosa Discordia[2] que trabara pelea con Tiestes, que era su hermano. ¿Para qué voy yo a enumerar de nuevo lo indecible?

En fin, Atreo mató a sus hijos y se los sirvió en un convite. De Atreo —silencio los infortunios intermedios— nació el glorioso, si es que glorioso fue, Agamenón, y Menelao, de una madre cretense, de Aérope. Menelao desposó a Helena, aborrecida de los dioses[3], y el soberano Agamenón celebró un matrimonio, memorable para los griegos, con Clitemestra. De ésta le nacieron tres hijas: Crisótemis, Ifigenia, y yo, Electra, y un varón, Orestes; hijos de una madre criminalísima que, después de envolver a su esposo en una red inextricable, lo asesinó. Sus motivos no es decente para una doncella exponerlos. Dejo eso sin precisar para averiguaciones de la gente.

En cuanto a la justicia de Febo, ¿de qué debo acusarle? Persuade a Orestes a dar muerte a la madre que le dio el ser, lo que no le atrae la alabanza de todos. Con todo, él la mató por no desobedecer al dios. Y yo participé, en cuanto puede una mujer, del asesinato. Y Pílades, quien con nosotros ha colaborado en estos hechos[4].

Desde entonces, aquejado por una feroz enfermedad, se consume el desgraciado Orestes. Aquí yace tendido

---

2 Acepto la variante del texto *Eris*, recogida por un escolio. La Discordia, personificada, es vista como una Parca que hila fatalmente, con unas simbólicas hebras de lana, las desgracias de los Pelópidas.

3 Es Electra quien piensa que los dioses deben aborrecer a Helena. La conclusión de su vida mostrará que no es así.

4 La gran mayoría de los editores consideran espúrea esta referencia a Pílades, y secluyen este verso (33). Sin embargo, dada la importancia que Eurípides le concede en esta pieza, nos parece muy oportuno y significativo que Electra lo asocie ya aquí al crimen y al destino de los Atridas.

sobre el lecho y la sangre de su madre lo transporta vertiginosamente en ataques de locura. Pues no me atrevo a nombrar a las diosas [Euménides que rivalizan en aterrorizarlo][5]. Este es ya el sexto día desde que murió mi madre a golpes de espada y su cuerpo quedó purificado por el fuego. Durante estos días no ha admitido alimentos por su garganta, no ha bañado su piel. Oculto bajo los mantos llora, cuando la enfermedad alivia su opresión y recobra la razón, pero otras veces salta del lecho y echa a correr, como un potro que huye del yugo.

Y este pueblo de Argos ha decretado que nosotros, por matricidas, no nos acojamos bajo sus techos ni junto a su fuego y que nadie nos dirija la palabra. Este de hoy es el día decisivo, en el cual emitirá su voto la ciudad de los argivos, sobre si debemos morir los dos en el suplicio de la lapidación [o si nos hincaremos en el cuello un afilado puñal].

Pero tenemos ya alguna esperanza de escapar a la muerte. Porque Menelao ha llegado a esta tierra desde Troya, y llenando con su flota el puerto de Nauplia arriba a sus orillas, tras de haber vagado con rumbo errante desde Troya por tan largo tiempo.

A Helena, la que motivó tantos llantos, durante la noche, por precaución de que de día la viera pasar alguien cuyos hijos hayan muerto al pie de Ilión y llegara a arrojarla piedras, la envió por delante a nuestra casa.

---

5 Que Electra nombre a las diosas tras decir que no se atreve a hacerlo es incongruente. Por ello la mayoría de editores atetizan este verso. G. Murray recurre a otro expediente: considerar *eumenídas* como un mero adjetivo y no una denominación propia. De modo que lo escribe con minúsculas. Pero, del mismo modo que los textos antiguos no conocían la oposición entre dos tipos de letras, también es claro que el adjetivo nombraba a unas diosas muy concretas, y no se diferenciaba en este uso de un nombre propio, por lo que tal solución es inválida.

Está dentro, llorando por su hermana y la ruina de la familia. Pero tiene aún un consuelo a sus dolores. Porque la niña que abandonó en su palacio cuando se marchó navegando hacia Troya, y que dio a criar a mi madre, Hermíone, la ha traído Agamenón de Esparta, y en su compañía se alegra y se olvida de sus males.

Oteo el camino todo a lo largo. ¿Cuándo voy a ver llegar a Menelao? En lo demás contamos con un débil apoyo, en caso de que no nos salvemos con su intervención. ¡Triste destino, una casa que la desdicha agobia!

(*Sale Helena.*)

HELENA. — ¡Hija de Clitemestra y de Agamenón, Electra, doncella aún después de tan largo plazo de tiempo! ¿Cómo, desgraciada, tú, y tu hermano, [el miserable Orestes, el asesino de su madre], estáis aquí? No voy a mancharme con tus palabras de respuesta, ya que atribuyo a Febo el delito[6]. No obstante, lamento el destino de Clitemestra, de mi hermana, a la que no ví desde que navegué, del modo en que navegué, hacia Ilión en un fatal arrebato de locura; y después de haberla abandonado gimo su infortunio.

ELECTRA. — ¿Helena, qué puedo decirte de lo que ante ti ves? [Postrada entre desgracias ves a la estirpe de Agamenón.] Yo, insomne acompañante, estoy sentada junto a este desdichado cadáver —que es un difunto a juzgar por su débil aliento—, y no le echo en cara sus penalidades. ¡Tú, en cambio, eres feliz, y feliz tu esposo! Llegáis hasta nosotros cuando estamos en una mísera situación.

---

6 Helena se refiere a la creencia griega según la cual el dirigir la palabra, e incluso el mirar, a un criminal podía producir un contagio de su miasma, es decir, de la mancha religiosa en que había incurrido. Por eso la obligación de purificarse era urgente tras incurrir en un delito de sangre.

HELENA. — ¿Cuánto tiempo lleva éste tumbado en el lecho?

ELECTRA. — Desde que derramó la sangre familiar.

HELENA. — ¡Ah, infeliz! ¡Y la que le dio a luz, qué modo de morir!

ELECTRA. — De tal modo están las cosas, que se ha abandonado a sus desgracias.

HELENA. — ¿Por los dioses me harías ahora un favor, muchacha?

ELECTRA. — En cuanto lo permita mi ocupación de velar a la cabecera de mi hermano.

HELENA. — ¿Quieres ir por mí a la tumba de mi hermana?

ELECTRA. — ¿A la de mi madre, me pides? ¿Con qué fin?

HELENA. — A llevarla mechones de mis cabellos y libaciones fúnebres.

ELECTRA. — ¿A ti no te está permitido encaminarte a la tumba de tus familiares?

HELENA. — Es que me da vergüenza mostrar mi persona a los argivos.

ELECTRA. — Tarde piensas con sensatez, después que abandonaste vergonzosamente tu hogar.

HELENA. — Tienes razón en lo que dices, pero lo dices sin benevolencia hacia mí.

ELECTRA. — ¿Qué vergüenza te retiene ahora ante las gentes de Micenas?

HELENA. — Temo a los padres de los que murieron al pie de Ilión.

ELECTRA. — Terrible es, en efecto. En Argos tu nombra va de boca en boca como un grito de rabia.

HELENA. — Hazme tú ahora el favor y líbrame de temores.

ELECTRA. — No sería capaz de mirar de frente la tumba de mi madre.

HELENA. — Es que sería vergonzoso que unas criadas le llevaran mis ofrendas.

ELECTRA. — ¿Por qué no envías a tu hija Hermíone?

HELENA. — No está bien que las doncellas vayan entre la gente.

ELECTRA. — Pero así pagaría los desvelos por su crianza a la muerta.

HELENA. — Has hablado bien, y te hago caso, joven. [Enviaremos entonces a mi hija. Tienes razón, desde luego.]

¡Hija, Hermíone, sal del palacio, y toma en tus manos estas libaciones y estos cabellos míos!

(*Sale Hermíone.*)

¡Ve junto a la tumba de Clitemestra, derrama miel mezclada con leche y la espuma del vino, y erguida sobre lo alto del túmulo di estas palabras:

«Tu hermana Helena te obsequia con estas libaciones, y no se atreve a presentarse ante tu tumba, por miedo a la muchedumbre de Argos»! Ruégale que tenga su ánimo bien dispuesto para mí, y para ti, y para mi esposo, y para estos desgraciados a los que un dios condenó. Prométele todas las ofrendas fúnebres que para una hermana es oportuno que yo disponga.

¡Ve, hija mía, apresúrate y, después de verter las libaciones en su sepulcro, acuérdate de regresar lo antes posible!

(*Salen de escena Helena, que se retira hacia el interior del palacio, y Hermíone, que va a llevar las ofrendas fúnebres.*)

ELECTRA. — ¡Ah, naturaleza, qué gran mal eres para las personas! [¡Y un buen refugio para quienes te consiguen digna!] ¿Ves cómo ha cortado sus cabellos sólo por las puntas, por conservar su belleza? Es la misma

mujer de antes. ¡Ojalá te odien los dioses por habernos perdido, a mí y a éste y a toda Grecia!

¡Ay, triste de mí! Ahí están de nuevo mis amigas, que unirán su voz a la mía para entonar mis lamentos. Quizá van a sacar de su sueño a éste que reposa tranquilo, y recubrirán de lágrimas mis ojos, al contemplar a mi hermano enloquecido. [¡Ah, queridísimas mujeres, avanzad con pie silencioso, no alborotéis, no haya ruido! Vuestra amistad me es muy grata, pero será una desdicha si éste se despierta.][7].

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Silencio, silencio! ¡Posad suave el paso de la sandalia, no hagáis ruido!

ELECTRA. — *¡Retiraros de ahí, por favor, apartaos del lecho!*

CORO. — *Ya ves, obedezco.*

ELECTRA. — *¡Ay, ay! Como un soplo de flauta de tenue caña, háblame, amiga.*

CORO. — *Mira, doy mi voz en apagado susurro como bajo un techo.*

ELECTRA. — *Sí, así. ¡Baja la voz, bájala; avanza lentamente, avanza lentamente! Explícame qué urgencia os hace venir en este momento. Hace un rato que él se tumbó y ahora descansa en el lecho.*

Antístrofa 1.ª

CORO. — *¿Cómo está? Comunícanoslo, querida.*

ELECTRA. — *¿Qué suerte diré, o qué desgracia? Aún respira, pero es un breve gemido.*

CORO. — *¿Qué dices? ¡Desdichado!*

---

7 El motivo de excluir estos cuatro versos, atetizados por Wilamowitz, es que son una repetición superflua de los siguientes.

ELECTRA. — *Le perderás, si agitas sus párpados, cuando cosecha la gracia dulcísima del sueño.*

CORO. — *Atormentado a causa de los odiosos impulsos de la divinidad, ¡desdichado!*

ELECTRA. — *¡Ay, qué penas! Injusto, órdenes injustas entonces voceó y voceó, cuando sobre el trípode de Temis sentenció Loxias la muerte criminal de mi madre.*

Estrofa 2.ª

CORO. — *¿Lo ves? Agita su cuerpo entre los mantos.*

ELECTRA. — *Es que tú, desgraciada, al chillar le has sacado del sueño.*

CORO. — *Creí que dormía.*

ELECTRA. — *¿No irás a agitar tu pie lejos de nosotros y de esta casa, acallando el ruido?*

CORO. — *Está aletargado de sueño.*

ELECTRA. — *Es cierto.*

CORO. — *¡Augusta, augusta noche, que concedes el sueño a los muy fatigados mortales, ven del oscuro abismo, acude alada a la casa de Agamenón! Porque bajo los dolores y la desgracia estamos perdidos, perdidos*[8].

ELECTRA. — *Estáis haciendo ruido. En silencio, en silencio, conteniendo el vocerío de la boca lejos de este lecho, ¿no nos dejarás la gracia serena del sueño, amiga?*

Antístrofa 2.ª

CORO. — *Di, ¿qué fin aguarda a estas desdichas?*

ELECTRA. — *Morir, morir. ¿Qué otro? Pues no tiene siquiera deseo de comida.*

CORO. — *Entonces es evidente su destino.*

---

[8] Sigo a Di Benedetto al adjudicar al Coro, y no a Electra, este ruego a la Noche. La tradición manuscrita presenta divergencias en la atribución de los mismos. Pero la siguiente frase de Electra «Estáis haciendo ruido» se entiende mejor poniendo la plegaria en boca del Coro.

ELECTRA. — *Febo nos ha sacrificado al encomendarnos el asesinato lastimoso, criminal, de una madre parricida.*

CORO. — *Acción justa quizá, pero impía.*

ELECTRA. — *Mataste, has muerto. ¡Oh madre que me diste a luz! Has aniquilado al padre y a los hijos de tu propia sangre. Pereceremos, iguales a cadáveres, pereceremos. Porque* —(dirigiéndose a su hermano)— *tú estás ya entre los muertos, y la mayor parte de mi vida se pierde en lamentos y gemidos y sollozos nocturnos. Sin esposo y sin hijos, arrastro mi vida, amargada siempre.*

CORIFEO. — *¡Mira, acércate a su lado, Electra, no sea que haya muerto tu hermano sin advertirlo tú! Pues no me gusta su excesivo desmayo.*

(*Despierta Orestes.*)

ORESTES. — ¡Amable hechizo del sueño, alivio de la enfermedad, qué dulce acudiste a mí en este apuro! ¡Oh soberano Olvido de los males, qué sabio eres[9], y qué dios anhelado por los que sufren la desdicha! ¿De dónde ahora llegué aquí? ¿Cómo he venido? No me acuerdo, abandonado por mi conciencia anterior.

ELECTRA. — ¡Queridísimo! ¡Cómo me alegró que cayeras dormido! ¿Quieres que te coja y te ayude a incorporarte?

9 Se ha discutido si en esta invocación al «venerable Olvido» se alude a una divinidad, una figura procedente del mundo infernal, que recibía culto en Grecia (Weil) o bien la personificación de una entidad abstracta como la Ambición o la Esperanza (Schadewaldt). Traduzco por olvido la palabra *Lêthē*, que en griego es femenina, y que por otro lado sugiere el olvido de los muertos, que han de cruzar el río Leteo al entrar en el Hades. Pero es también curioso que se califique al Olvido de *sophós* (un adjetivo que nuestro autor emplea mucho), porque *Lêthē* es lo opuesto a *Alêtheia*, la «Verdad», la «realidad desolvidada».

ORESTES. — Agárrame, agárrame, sí. Enjuga este fango espumoso de mi amarga boca y de mis ojos.

ELECTRA. — Ya está. Es un dulce servicio, y no renuncio a cuidar con mano de hermana tu cuerpo de hermano.

ORESTES. — Arrima tu costado a mi costado, y aparta de mi cara mis resecos mechones. Veo poco con mis pupilas.

ELECTRA. — ¡Lastimosa cabeza de sucia melena, qué aspecto salvaje tiene, con tanto tiempo sin lavar!

ORESTES. — Reclíname otra vez en la cama. Cuando cede el ataque de locura, estoy desconyuntado y desfallecen mis piernas.

ELECTRA. — Ya está. La cama es grata al enfermo y, aunque es cosa lamentable, resulta sin embargo necesaria.

ORESTES. — Ponme de pie otra vez, da vuelta a mi cuerpo. Molesto carácter es el de los enfermos con su impotencia.

ELECTRA. — ¿Quieres ahora fijar tus pies en el suelo, dando despacio algún paso? Variar es agradable en todo.

ORESTES. — Desde luego. Ya que eso presenta una apariencia de salud. Bueno es el aparentar, aunque diste de la verdad.

ELECTRA. — Escucha ahora, querido hermano, mientras te permiten estar cuerdo las Erinias.

ORESTES. — ¿Vas a contarme algo nuevo? Si es favorable, tienes mi agradecimiento. Pero si es para algún daño, ya tengo bastante desventura.

ELECTRA. — Ha llegado Menelao, el hermano de tu padre, y los cascos de sus naves están anclados en Nauplia.

ORESTES. — ¿Cómo dices? ¿Llega como luz de esperanza en mis males y los tuyos, un hombre de nuestra familia y que debe favores a nuestro padre?

ELECTRA. — Llega —acepta esa garantía de mis palabras—, trayendo consigo a Helena desde los muros de Troya.

ORESTES. — Si se hubiera salvado solo, sería más digno de envidia. Pero si trae a su mujer, llega trayendo un gran daño.

ELECTRA. — Tindáreo engendró una pareja de hijas distinguida por el escándalo e infames a lo largo de Grecia.

ORESTES. — Tú, pues, distínguete de los malos, ya que puedes. Y no sólo en lo que digas, sino también en lo que pienses.

ELECTRA. — ¡Ay de mí, hermano! ¡Tu mirada se perturba! De pronto te asaltó la locura, cuando hace un momento estabas cuerdo.

ORESTES. — ¡Ah, madre, te suplico! ¡No excites contra mí a las muchachas de ojos sanguinarios y de melenas con serpientes! ¡Ellas, ahí al lado, me asaltan!

ELECTRA. — ¡Quédate quieto, pobrecillo, en tus cobertores! Porque nada ves de lo que crees contemplar tan claramente.

ORESTES. — Ah, Febo, ¿van a matarme esas terribles diosas, con esos ojos de perro, de mirada fascinante, sacerdotisas de los infiernos?

ELECTRA. — No te soltaré. Trabándote con mis brazos te impediré dar algún salto fatal.

ORESTES. — ¡Déjame! Porque eres una de mis Erinias y me sujetas por la cintura para arrojarme al Tártaro.

ELECTRA. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¡Qué socorro recibo, después de que tenemos a la divinidad dispuesta en contra!

ORESTES. — ¡Dame el arco de asta, regalo de Loxias, con el que me aconsejó Apolo defenderme de las diosas, si me aterraban con sus frenéticos furores! Alg[illegible]

na diosa quedará herida por mi mano mortal, si no desaparece lejos de mi mirada. ¿No me oís? ¿No veis que se disparan las aladas saetas de mi arco de largo alcance? ¡Ah! ¡Ah! ¿Qué aguardáis ya? ¡Remontaros al éter con vuestras alas! ¡Echad la culpa a los oráculos de Febo! ¡Fuera!

¿A qué este furor, jadeando el aire de mis pulmones? ¿Adónde, adónde nos precipitábamos desde el lecho? Después del oleaje de nuevo ahora contemplo la bonanza. Hermana, ¿por qué lloras escondiendo tu cabeza bajo el peplo? Siento vergüenza ante ti, por hacerte compartir mis pesares y por ofrecerte, a una mujer joven, una tribulación con mi enfermedad. ¡No te consumas por culpa de estas penas mías! Tú me aconsejaste en eso, pero el asesinato de nuestra madre lo he ejecutado yo. Pero se lo reprocho a Loxias, quien, después de incitarme a una acción muy impía, con palabras me confortó, y no con hechos. Sospecho que mi padre, de haberle interrogado cara a cara si debía matar a mi madre, me habría dirigido muchas súplicas, por este mentón, para que no blandiera nunca la espada contra el cuello de aquella que me dio a luz, ya que él no iba por ello a recobrar la vida y yo, torturado, iba a padecer este colmo de desgracias.

Y, ahora, descubre, hermana, tu cabeza, y déjate de lágrimas, aunque estemos en tan penosa situación. Cuando veas que desfallezco, tú intenta reducir mi espíritu furioso y perturbado, y dame tus consuelos. Y cuando tú solloces, he de estar yo a tu lado y animarte con cariño. Pues éstos son los socorros valiosos entre los que se quieren. Conque, infeliz, entra dentro del palacio, acuéstate y entrega al sueño tus ojos insomnes, prueba los alimentos y da un baño a tu piel. Pues si me abandonas o con este velar a mi lado adquieres una enfermedad, estamos perdidos. A ti sola te tengo como auxilio; de los demás, ya lo ves, estoy abandonado.

ELECTRA. — No es posible. Contigo preferiré morir y vivir. Porque es lo mismo. Si tu mueres, ¿qué haré yo, mujer? ¿Cómo voy a salvarme sola, sin hermano, sin padre, sin amigos? Si te parece, hay que actuar así. Echa tu cuerpo en la cama, y no trates de enfrentar fuera del lecho lo que en exceso te agita y te aterroriza, sino que quédate sobre la cama. Pues aunque no estés enfermo, sólo con creer estarlo encuentran los hombres un motivo de fatigas y desesperación.

(*Sale Electra.*)

CORO.

Estrofa 1.ª

CORO. — *¡Ay, ay! ¡Raudas, aladas, furiosas deidades que montáis un cortejo sin tonos báquicos, entre gemidos y sollozos, Euménides de negra tez, vosotras que os agitáis por el vasto éter, vengadoras del crimen de sangre, vengadoras del asesinato, os suplico, os suplico, permitid que el hijo de Agamenón olvide su rabiosa y frenética locura! ¡Ay, desgraciado, qué angustias te empujan a errar sin sentido, por haber aceptado la profecía que desde el trípode Febo emitió, emitió sobre el suelo donde están, según dicen, las hendiduras del ombligo de la tierra!* [10].

Antístrofa 1.ª

¡Ióo, Zeus! ¡Qué congoja! ¿Qué enfrentamiento sanguinario es éste que avanza y te acosa a ti, desdichado, en el que lágrimas sobre lágrimas amontona algún demonio vengador que arrastra hacia la casa la sangre de tu madre, que te infunde delirio? Sollozo, sollozo por ti. La gran prosperidad no es estable entre los mortales. La divinidad, al zarandearla, la rasga de arriba abajo

---

10 La referencia a Delfos como *mesómphaloi mychoí*, «cavidades del ombligo central», es un tanto tradicional. Cf. ESQUILO, *Coéf.* 1036.

como la vela de una nave rápida y la sumerge bajo penas terribles como bajo las rugientes olas mortíferas de alta mar. ¿Pues a qué otra familia he de venerar antes que a la surgida de un matrimonio que desciende de dioses, la de Tántalo?

CORIFEO. — *Pero he ahí que avanza un rey, el soberano Menelao, y muy claro puede verse en su arrogancia que es de la sangre de los Tantálidas. ¡Oh tú que condujiste una armada de mil naves contra la tierra de Asia, salve! Vienes acompañado por la fortuna, ya que has logrado de los dioses lo que pedías.*

(*Entra Menelao.*)

MENELAO. — ¡Oh, casa, por un lado, con alegría te tengo ante mis ojos al regresar de Troya; pero, por otro, sollozo al mirarte! Pues en mi largo peregrinar jamás he visto otro hogar más asediado por crueles desgracias. Conocía ya las desventuras de Agamenón y de qué muerte pereció a manos de su esposa, después de arribar con mi nave a Málea. Sobre las olas me lo anunció el adivino de los navegantes, intérprete de Nereo, Glauco, un dios infalible, que surgiendo a mi encuentro me dijo claramente:

«Menelao, tu hermano yace muerto, atrapado en un último baño preparado por su esposa». Y nos colmó a mí y a mis marineros de muchas lágrimas. Y apenas atraco en la zona de Nauplia, cuando ya desembarcaba a mi mujer, pensando en estrechar entre mis brazos a Orestes, el hijo de Agamenón, y a su madre, como al encontrarlos en un feliz momento, escuché de uno de los pescadores el asesinato impío de la hija de Tindáreo. Y ahora, decidme muchachas, ¿dónde está el hijo de Agamenón, que realizó esos terribles daños? Era, pues, un niño de pecho en los brazos de Clitemestra entonces, cuando dejé el palacio al partir hacia Troya, de modo que no le conocería aunque lo viera.

ORESTES. — Yo soy Orestes, por quien preguntas, Menelao. Por propia decisión yo te expondré mis males. Pero como primer gesto de saludo toco tus rodillas como suplicante, desgajando las súplicas de mi boca falta de los ramos rituales. ¡Sálvame! Has llegado en el preciso momento crítico de mis desdichas.

MENELAO. — ¡Oh dioses! ¿Qué veo? ¿Qué cadáver tengo ante mis ojos?

ORESTES. — Bien has dicho. Pues con mis males no vivo, aunque veo la luz.

MENELAO. — ¡Qué salvaje llevas tu desgreñada melena!

ORESTES. — No me atormenta mi aspecto, sino mis actos.

MENELAO. — ¡Mirada terrible la de tus secas pupilas!

ORESTES. — Mi cuerpo me es ajeno; sólo el nombre no me ha abandonado.

MENELAO. — ¡Qué desfigurado te veo, contra lo que esperaba!

ORESTES. — Heme aquí, asesino de mi desgraciada madre.

MENELAO. — Lo he oído, ahórrate el repetir los males.

ORESTES. — Lo ahorro. Pero la divinidad es rica en males contra mí.

MENELAO. — ¿Qué opresión sufres? ¿Qué enfermedad te destruye?

ORESTES. — La conciencia, porque sé que he cometido actos terribles.

MENELAO. — ¿Cómo dices? Sabio es de verdad lo claro, no lo turbio.

ORESTES. — La pena, sobre todo, la que me corroe...

MENELAO. — Terrible en efecto es esa diosa, pero aplacable.

ORESTES. — Y los ataques de locura, en venganza por la sangre de mi madre.

MENELAO. — ¿Cuándo comenzaste con esa locura? ¿Qué día fue?

ORESTES. — El mismo en que honré en la tumba a mi infeliz madre.

MENELAO. — ¿En la casa, o mientras velabas junto a la pira?

ORESTES. — Mientras atendía por la noche a la recogida de sus huesos.

MENELAO. — ¿Estaba alguien a tu lado, que sostuviera tu cuerpo?

ORESTES. — Pílades, colaborador en el derramamiento de sangre y en la muerte de mi madre.

MENELAO. — ¿Qué apariencias fantasmales son ésas por las que enfermas?

ORESTES. — Me ha parecido ver tres doncellas semejantes a la noche.

MENELAO. — Sé a quiénes te refieres, y no quiero nombrarlas.

ORESTES. — Son venerables. Con cuidado evitas su mención.

MENELAO. — Ésas te arrastran al delirio por el asesinato de un familiar.

ORESTES. — ¡Ay de mí, con qué acosos me veo asaltado, infeliz!

MENELAO. — ¿No han de sufrir cosas terribles los que acometieron actos terribles?

ORESTES. — Pero tenemos un recurso contra la desgracia.

MENELAO. — No menciones la muerte. Que eso no sería inteligente.

ORESTES. — Febo, que me ordenó cumplir el asesinato de mi madre.

MENELAO. — ¿Es que era a tal punto ignorante del bien y la justicia?

ORESTES. — Somos esclavos de los dioses, sean lo que sean los dioses.

MENELAO. — ¿Y luego no te socorre Loxias en tus pesares?

ORESTES. — Se demora. Así es lo divino, por su naturaleza.

MENELAO. — ¿Qué tiempo hace que expiró tu madre?

ORESTES. — Con hoy seis días. Aún está cálida la pira funeraria.

MENELAO. — ¡Qué pronto vinieron a reclamarte las diosas la sangre de tu madre!

ORESTES. — Torpe, pero leal amigo fui para los míos.

MENELAO. — ¿Te aprovecha ahora de algo el haber vengado a tu padre?

ORESTES. — Aún no. Y considero la tardanza igual al abandono.

MENELAO. — ¿Y en qué situación estás, después de lo que has hecho, ante el pueblo?

ORESTES. — Somos tan odiados que nadie nos dirige la palabra.

MENELAO. — ¿No has purificado tus manos de sangre según la ley?

ORESTES. — Es que me echan de las casas a cualquier lugar que me dirijo.

MENELAO. — ¿Qué ciudadanos presionan para echarte del país?

ORESTES. — Éax, que inculpa a mi padre por el odio a Troya.

MENELAO. — Comprendo. Se venga en tí de la muerte de Palamedes.

ORESTES. — De la que yo no participé. Al tercer golpe sucumbo [11].

MENELAO. — ¿Qué otro más? ¿Probablemente los amigos de Egisto?

---

11 La frase *dià triōn d'apóllymai* «de tres golpes perezco» ya resultaba enigmática a los comentaristas antiguos. Cf. Di Benedetto, *ad loc.* Pero puede tratarse de una locución proverbial.

ORESTES. — Esos me injurian, y la ciudad en esta ocasión los escucha.

MENELAO. — ¿Te deja la ciudad retener el cetro de Agamenón?

ORESTES. — ¿Cómo, quienes ni siquiera nos dejan vivir?

MENELAO. — ¿Puedes decirme concretamente qué es lo que hacen?

ORESTES. — Un voto contra nosotros se depositará en el día de hoy.

MENELAO. — ¿Para expulsaros de la ciudad? ¿O de vida o muerte?

ORESTES. — De muerte por lapidación a manos de los ciudadanos.

MENELAO. — ¿Y no huyes en seguida trasponiendo las fronteras del país?

ORESTES. — Es que estamos rodeados en círculo con armas todas de bronce.

MENELAO. — ¿De modo particular por cuenta de vuestros enemigos o por la fuerza de Argos?

ORESTES. — Por todos los ciudadanos, para que yo muera, en una palabra.

MENELAO. — ¡Desdichado! Has llegado hasta el fondo de la desgracia.

ORESTES. — En ti mi esperanza tiene un socorro a sus males. Así que tú, que regresas dichoso, haz participar a tus amigos que penan en el desamparo de tu éxito, y no disfrutes solo del prestigio que conseguiste; y comparte también esos pesares a la vez, pagando los favores de mi padre a quienes se los debes. De nombre pues, y no de hecho, son los amigos que no son amigos en las desdichas.

CORIFEO. — Por ahí ahora se apresura con su paso senil el espartiata Tindáreo, con un manto negro y con el pelo cortado con tonsura de luto por la muerte de su hija.

ORESTES. — ¡Estoy perdido, Menelao! Por ahí avanza Tindáreo hacia nosotros. Me domina la vergüenza al presentarme ante sus ojos después de lo que he hecho. Porque me crió de pequeño, y me colmó de besos, llevándome por ahí en sus brazos como el hijo de Agamenón, y lo mismo hacía Leda; me apreciaban ambos no menos que a los Dioscuros. Y a ellos, ¡oh triste corazón y alma mía!, les he dado un pago criminal. ¿Qué sombra extenderé sobre mi cara? ¿Qué nombre colocaré ante mí, para rehuir las miradas de los ojos del anciano?

(*Entra Tindáreo, acompañado por algunos sirvientes.*)

TINDÁREO. — ¿Dónde, dónde puedo ver al marido de mi hija, a Menelao? Pues mientras derramaba libaciones sobre la tumba de Clitemestra oí que ha arribado a Nauplia, regresando salvo con su esposa después de muchos años. Guiadme. Porque quiero colocarme a su diestra y abrazarle, como a un amigo que vuelvo a ver después de largo tiempo.

MENELAO. — ¡Anciano, te saludo, compañero de lecho con Zeus!

TINDÁREO. — ¡Bienvenido también tú, Menelao, mi yerno! ¡Ah! [12] [¡Qué malo es ignorar el futuro!] ¡Ése de ahí, el matricida, una sierpe, ante el palacio emite destellos de locura, el objeto de mi odio! Menelao, ¿le diriges la palabra a ese maldito?

MENELAO. — ¿Y qué? Es el hijo de su padre, que me fue querido.

---

[12] La interjección *éa*, aquí empleada por Tindáreo, se usa sólo en la poesía trágica para expresar sorpresa o rechazo. Al descubrir a Orestes el recién llegado expresa con ella ambas cosas. Pero debe secluirse como un añadido posterior la sentencia que trata de llenar el verso, dándole un sentido de lamento.

TINDÁREO. — ¿Que de él ha nacido, tal cual se ha mostrado?

MENELAO. — Así es. Y si es infortunado, debe respetársele.

TINDÁREO. — Como bárbaro te portas, después de estar tanto tiempo entre bárbaros.

MENELAO. — Es costumbre helénica el honrar siempre al de la misma sangre.

TINDÁREO. — Y el no querer anteponerse a las leyes.

MENELAO. — Todo lo que depende del destino es servidumbre según los sabios.

TINDÁREO. — Adopta tú ese criterio, yo no lo admitiré.

MENELAO. — Es que esa cólera tuya, en tu vejez, no es sabia.

TINDÁREO. — ¿En presencia de éste puede llegarse a disputar de sabiduría? Si las acciones buenas y las malas son evidentes para todos, ¿qué hombre fue más insensato que él, quien no atendió a lo justo ni se atuvo a la ley común de los griegos? Pues, una vez que Agamenón exhaló su vida herido por mi hija en la cabeza, una acción de lo más abominable —que no aprobaré jamás—, él habría debido entablar un proceso criminal, prosiguiendo una acción legal legítima, y expulsar del palacio a su madre. Habría mostrado su prudencia en la desgracia, se hubiera amparado en la ley y habría sido piadoso. Ahora en cambio ha incurrido en la misma fatalidad que su madre. Pues, aunque justamente la consideró perversa, él se ha hecho más perverso al matarla. Te preguntaré, Menelao, sólo esto: si a uno le asesina la mujer que comparte su lecho, y el hijo de éste mata luego a su madre, y luego su hijo va a vengar el crimen con el crimen de nuevo, ¿hasta dónde va a llegar el final de los males? Bien dispusieron eso nuestros antepasados de antiguo: a quien se encontraba reo de sangre no le permitían mostrarse ante los ojos de

los demás ni salir a su encuentro, y dejaban que se purificase en el destierro, pero no lo mataban. Pues siempre habría uno incurso en el crimen, el que hubiera manchado su mano en el último derramamiento de sangre.

Yo odio, desde luego, a las mujeres impías, y la primera a mi hija, que asesinó a su esposo. Y a Helena, tu esposa, jamás la alabaré, ni le dirigiría la palabra. No te envidio a ti que, a causa de una perversa mujer, fuiste a la tierra de Troya. Pero defenderé, en la medida de mis fuerzas, la ley, tratando de impedir ese instinto bestial y sanguinario, que destruye de continuo el país y las ciudades.

(*Dirigiéndose a Orestes.*) Porque ¿qué ánimo tuviste entonces, cuando tu madre, suplicándote, descubrió su pecho? Yo, que no vi aquella terrible escena, arraso en lágrimas mis viejos ojos, abrumado por la pena... Desde luego un hecho confirma mis palabras. Eres odiado por los dioses y expías el castigo de tu madre, desvariando entre delirios y terrores. ¿A qué tengo que oír de otros testigos lo que puedo ver ante mí? Ya lo ves, Menelao; ahora, no obres en contra de los dioses, en tu afán de ayudarle, sino que deja que sea ejecutado por los ciudadanos, a pedradas. O no pongas tu pie sobre tierra espartana. Al morir mi hija sufrió lo justo. Pero no era natural que muriera a manos de éste. Yo he sido en lo demás un hombre dichoso, excepto por mis hijas. En eso no he tenido fortuna.

CORO. — Quien ha sido dichoso por sus hijos y no ha adquirido con ellos desgracias notorias es digno de envidia.

ORESTES. — Anciano, yo de verdad siento reparos al replicarte, porque voy a entristecerte y a apenar tu ánimo. Yo soy impío por haber matado a mi madre, pero piadoso en otro respecto, por vengar a mi padre. ¡Retírese de mis palabras la consideración por tu vejez

que me traba de respeto el habla, y emprenderé la marcha! Pero aún ahora respeto tus blancos cabellos. ¿Qué iba a hacer? Enfrenta estas dos razones: mi padre me engendró, tu hija me dio a luz, tras recibir la simiente de otro como la tierra[13]. Sin padre no podría nacer un hijo. Decidí en conclusión que era mejor intervenir en favor del fundador de la estirpe que de la que había soportado la crianza.

Y tu hija —siento vergüenza de llamarla madre— en contubernio voluntario e indecente frecuentaba el lecho de otro hombre. A mí mismo, al acusarla, me dañaré. Mas, sin embargo, lo diré. Egisto era el esposo furtivo en el palacio. Lo maté; y sacrifiqué a mi madre, en una acción impía, pero en venganza de mi padre. En cuanto a esos motivos por los que amenazas que debo ser lapidado, escucha cómo he favorecido a toda Grecia. Si las mujeres, en efecto, llegaran a ese colmo de audacia de asesinar a sus maridos, buscándose un refugio frente a sus hijos, con excitar su compasión al mostrarles sus pechos, no tendrían ningún reparo en dar muerte a sus esposos, con cualquier pretexto a mano. Al ejecutar yo esa barbaridad, según tú clamas, he acabado con tal costumbre. Justamente aborrecía, y maté, a una madre que, cuando su marido se ausentó del hogar en una expedición armada como caudillo de toda la tierra griega, le traicionó y no conservó intacto su lecho. Cuando se sintió culpable, no se impuso un castigo a sí misma, sino que, para no rendir cuentas a su esposo, condenó a mi padre y lo asesinó. ¡Por los dioses! —En mal momento he aludido a los dioses, al sentenciar un crimen—. Si hubiera aprobado con mi

13 Aquí Orestes se acoge, para defenderse, a una teoría similar a la expuesta, en su favor, por Apolo en ESQUILO, *Eum.* 657 y sigs. El padre es, según ella, el verdadero productor del hijo, y la madre es algo así como el recipiente de la semilla paterna.

silencio las acciones de mi madre, ¿qué me habría hecho el muerto? ¿No me habría empujado en su odio a delirar entre las Erinias? ¿O las diosas acuden como aliadas en favor de mi madre, y no acuden a él, objeto de mayor injusticia? Tú, desde luego, anciano, al engendrar una hija perversa, acabaste conmigo. A causa de su audacia quedé privado de padre y me convertí en matricida. Ya ves, Telémaco no ha matado a la esposa de su padre. Pues ella no añadió un esposo en sustitución de su esposo, sino que su lecho sigue a salvo en su lugar. Conoces a Apolo, que habita el ombligo de la tierra y da a los mortales un vaticinio clarísimo, a quien obedecemos en todo lo que él dice. Por obedecer maté a la que me dio la vida. ¡Consideradle impío a él e intentad darle muerte! Él fue quien erró, no yo. ¿Qué iba yo hacer? ¿Acaso no es suficiente el dios para borrar esa mancha de mí, cuando me descargo en él? ¿Adónde, pues, podría uno luego escapar, si el que me dio la orden no va a defenderme de la muerte? Así que no digas que esos actos no están bien hechos; sólo que no fueron felices para sus ejecutores. ¡Feliz vida la de aquellos mortales cuyo matrimonio ha resultado bien! Cuantos no lo consiguieron acertar, son desdichados en su casa y fuera.

CORO. — Siempre las mujeres surgieron en medio del infortunio para la perdición de los hombres [14].

TINDÁREO. — Ya que te insolentas y no te controlas en tu lenguaje, y me replicas así, para acongojar mi corazón, vas a incitarme aún más a presagiar tu muerte. Lo tomaré como un hermoso añadido a los afanes que emprendí al venir a honrar la tumba de mi hija. Conque me voy a la asamblea convocada de los argivos y azu-

---

[14] Esta sentencia general, puesta en boca de un coro de mujeres, es una de esas famosas censuras al género femenino de Eurípides. Notemos de paso que, en su respuesta, Tindáreo atacará duramente a Electra, a quien antes había omitido.

zaré a la ciudad, que no se opone, a que de grado os dé muerte por lapidación, a ti y a tu hermana. Ella merece aún más que tú morir, ella, que te ha enfurecido contra la que te dio a luz, trayendo a tus oídos repetidamente historias para irritarte más, contándote sus sueños con Agamenón, y denunciando esa unión con Egisto —¡que ojalá odien los dioses de los infiernos, porque ya aquí era algo intolerable!— hasta que inflamó el hogar con un fuego sin llamas. Menelao, a ti te digo esto y lo cumpliré. Si en algo cuentas con mi amistad y nuestro parentesco, no defiendas el crimen de éste, contrario a los dioses. ¡Deja que sean muertos a pedradas por los ciudadanos, o renuncia a pisar la tierra de Esparta! Después de oír todo esto, pórtate como sabio, y no prefieras a unos impíos, rechazando a tus amigos más piadosos. Llevadme lejos de esta casa, servidores.

ORESTES. — ¡Vete, para que nuestra réplica de ahora llegue ante éste sin altercados, tras escapar a los de tu vejez! Menelao, ¿a dónde revuelves tu paso en tu cavilación, recorriendo un repetido camino con un vaivén de desasosiego?

MENELAO. — ¡Deja! Reflexionando conmigo mismo, no sé cómo enfrentar la azarosa situación.

ORESTES. — No concluyas aún tu opinión, sino que escucha antes mis palabras, y decide entonces.

MENELAO. — Di, que has hablado bien. Hay veces que el silencio puede resultar mejor que la palabra. Y otras en que es mejor la palabra que el silencio.

ORESTES. — Ya voy a hablar. Las largas explicaciones se anteponen a las cortas, y son más fáciles de entender. A mí tú, Menelao, nada me des de lo tuyo, pero devuélveme lo que tomaste y recibiste de mi padre. No me refiero a riquezas. Mi riqueza es que salves mi vida, que es el más preciado de mis bienes. Soy reo de injusticia. En pago de ese delito he de recibir algo injusto de ti. Pues también mi padre Agamenón reunió

injustamente a Grecia y llegó hasta Ilión, no por su delito personal, sino tratando de remediar la falta y la injusticia de tu mujer. Debes devolverme este favor, el uno a cambio del otro. Él había expuesto de verdad su cuerpo, como han de hacer los amigos por los amigos, aprestando el escudo a tu lado para que tú recobraras a tu esposa. Págame, pues, lo mismo que entonces recibiste, esforzándote durante un solo día, presentándote como nuestro valedor, sin cumplir tu carga durante diez años. En cuanto al sacrificio de mi hermana en Áulide, eso dejo que te lo ahorres. No mates tú a Hermíone. Pues está bien que tú saques alguna ventaja cuando yo estoy en situación apurada, como la que ahora me aflige, y que yo te la perdone. Pero concédeme, como favor a mi desventurado padre, mi vida [y la de mi hermana, doncella durante tanto tiempo]. Porque si muero dejaré huérfana la casa paterna. Dirás: es imposible. Ésa es la cuestión. Los amigos deben en las adversidades auxiliar a los amigos. Cuando el destino es favorable, ¿qué necesidad hay de amigos? Basta entonces la divinidad misma que quiere socorrernos. A todos los griegos les parece que amas a tu mujer —y no lo digo por acosarte con lisonjas—, por ella te suplico. (*Aparte*) ¡Miserable en mis desdichas, a qué extremos llego! ¿Y qué? He de apurar mi pena. Por nuestra casa toda suplico esto. ¡Tío, hermano de sangre de mi padre, piensa que el muerto escucha bajo tierra estos ruegos, que su alma revolotea sobre ti, y que te dice cuanto yo te digo! [Eso entre lágrimas y sollozos y desdichas]. Te lo dejo expuesto y te reclamo nuestra salvación, persiguiendo lo que todos anhelan, y no sólo yo.

CORIFEO. — También yo te suplico, aunque no soy más que una mujer, que prestes ayuda a los necesitados. Tú puedes hacerlo.

MENELAO. — Orestes, yo siento respeto, sí, por tu persona, y quiero compartir las penas en tus males. En

efecto, se deben conllevar las desdichas de los parientes de la misma sangre, si un dios nos da poder, e incluso morir tratando de matar a los contrarios. Pero, no obstante, en cuanto a lo de tener poder, ¡por los dioses que desearía conseguirlo! Porque vengo con sólo mi lanza, falta de aliados, después de errar entre mil pesares, con la pequeña defensa de los amigos que me han quedado. En combate no podemos, desde luego, vencer al pelásgico Argos. Pero si podemos conseguirlo con suaves palabras, ahí tocamos la esperanza. Pues, con pocos medios, ¿cómo puede uno conseguir las grandes cosas? [Necio es incluso el pretenderlo con esfuerzos.] Cuando el pueblo se subleva enfurecido, es parecido a un fuego salvaje para apagarlo. Pero si uno con calma cede y le suelta cuerda mientras él se precipita, aguardando el momento oportuno, probablemente lo verá desfogarse. Y cuando relaja sus ímpetus, fácilmente puedes conseguir de él lo que quieras. Hay en el pueblo compasión y hay también una tremenda capacidad de apasionamiento, un elemento apreciadísimo para el que sabe aguardar la ocasión. Yendo a Tindáreo intentaré en tu favor persuadirle a él y a la ciudad de que moderen su excesivo encono. Porque también la nave que tensa las velas con violencia en su cordaje, hace agua, pero se yergue de nuevo en cuanto uno relaja las cuerdas. La divinidad odia los apasionamientos excesivos, y los odian los ciudadanos. He de recurrir —no lo niego— a la astucia, no a la violencia, para salvarte de los más poderosos. Por la fuerza, de ese modo en el que tú tal vez piensas, no te salvaría. Pues no es fácil con una sola lanza erigir trofeos de victoria de los males que te acosan. Jamás hemos abordado la tierra de Argos con humildad. Pero ahora es forzoso. [De sabios es esclavizarse al azar.]

(*Menelao sale.*)

ORESTES. — Excepto para levar un ejército en pos de una mujer en todo inepto, tú, el peor en socorrer a tus parientes ¡Escapas dándome la espalda, y dejas en olvido los favores de Agamenón! ¡Te quedas sin amigos, padre, en tu infortunio! ¡Ay de mí! Estoy traicionado, y ya no hay esperanzas de dirigirme a cualquier otro lado para escapar de la muerte a manos de los argivos. Ese era para mí el reducto de salvación.

Pero veo ahí al más querido de los mortales, Pílades, que viene a la carrera desde Fócide. ¡Dulce visión! Un hombre fiel en medio de las desgracias es más grato de ver que la bonanza a los navegantes.

PÍLADES. — Más rápido de lo que debiera he llegado cruzando por la ciudad, porque oí de una reunión del pueblo —y yo directamente la he presenciado— para tratar de daros muerte de inmediato a ti y a tu hermana. ¿Qué pasa? ¿Cómo te encuentras? ¿Cómo estás, el más querido de mis camaradas, de mis amigos y de mis parientes? Todo eso eres tú para mí.

ORESTES. — Estoy perdido, por aclararte en breve mis desgracias.

PÍLADES. — Contigo me hundes. Porque comunes son las cosas de los amigos.

ORESTES. — Menelao es el peor contra mí y mi hermana.

PÍLADES. — Es natural que el esposo de una mala mujer se haga malo.

ORESTES. — Al regresar me presta el mismo servicio que si no hubiera vuelto.

PÍLADES. — ¿En verdad ha regresado a este país?

ORESTES. — Tarde. Pero, con todo, en seguida se ha mostrado malo para sus amigos.

PÍLADES. — ¿Y ha vuelto trayendo en su nave a su perversísima esposa?

ORESTES. — No él a ella, sino ella a él lo trajo acá.

PÍLADES. — ¿Dónde está esa mujer que ella sola destruyó a tan numerosos aqueos?

ORESTES. — En mi palacio, si es que puedo aún llamar mío a éste.

PÍLADES. — ¿Y tú, qué palabras has dirigido al hermano de tu padre?

ORESTES. — Que no consienta que yo y mi hermana seamos muertos por los ciudadanos.

PÍLADES. — ¡Por los dioses! ¿Qué ha replicado a esto? Porque quiero saberlo.

ORESTES. — Se excusó, lo que hacen con sus amigos los malos amigos.

PÍLADES. — ¿Qué excusa ofreció? Con enterarme de eso me basta.

ORESTES. — Se presentó el otro, el padre que engendró las excelentísimas hijas...

PÍLADES. — ¿Hablas de Tindáreo? Probablemente enfurecido contra ti a causa de su hija.

ORESTES. — Ya comprendes. Ha preferido su parentesco político a su relación con mi padre.

PÍLADES. — ¿No se atrevió a compartir tus penalidades enfrentándolas?

ORESTES. — No ha nacido guerrero, sólo es valiente entre mujeres.

PÍLADES. — Entonces estás entre los mayores males y te es forzoso morir.

ORESTES. — Los ciudadanos van a emitir su voto sobre nosotros en cuestión de pena capital.

PÍLADES. — ¿Qué es lo que va a decidir? Dilo. Pues progreso en el temor.

ORESTES. — Si hemos de morir o vivir. Breve expresión para largas desdichas.

PÍLADES. — ¡Huye, pues, abandonando el palacio en compañía de tu hermana!

ORESTES. — ¿No lo ves? Estamos vigilados por guardias por todos los lados.

Pílades. — He visto las calles de la ciudad obstruidas por las armas.

Orestes. — Estamos asediados en persona como una ciudad por sus enemigos.

Pílades. — También a mí pregúntame por mis padecimientos. También yo estoy perdido.

Orestes. — ¿Por obra de quién? Esa desgracia tuya va a sumarse a mis pesares.

Pílades. — Mi padre, Estrofio, enfurecido, me ha expulsado de casa como desterrado.

Orestes. — ¿Reprochándote una acusación privada o un daño público contra los ciudadanos?

Pílades. — Por haber colaborado en dar muerte a tu madre, me califica de impío.

Orestes. — ¡Ah, desdichado! También a ti van a afligirte mis penas.

Pílades. — No me comporto a la manera de Menelao. Debes saberlo.

Orestes. — ¿No temes que Argos quiera matarte como a mí?

Pílades. — No les incumbe castigarme a ellos, sino al país de los focenses.

Orestes. — La masa es terrible, cuando tiene perversos conductores.

Pílades. — Pero cuando los tiene buenos, toma siempre buenas decisiones.

Orestes. — ¡Sea pues! Hay que hablar ante todos...

Pílades. — ¿De qué urgencia?

Orestes. — Si presentándome a los ciudadanos les dijera...

Pílades. — ¿Qué has hecho cosas justas?

Orestes. — Al vengar a mi padre.

Pílades. — No te acogerán con buen ánimo.

Orestes. — ¿Es que voy a morir en silencio agazapado de temor?

Pílades. — Eso sería cobarde.

ORESTES. — ¿Qué puedo hacer entonces?

PÍLADES. — ¿Tienes alguna posibilidad de salvación, si te demoras?

ORESTES. — No la tengo.

PÍLADES. — Y si actúas, ¿tienes esperanza de salvarte de tus males?

ORESTES. — Si saliera bien, podría ser.

PÍLADES. — Por tanto, eso es mejor que aguardar quieto.

ORESTES. — ¿Entonces voy a ir?

PÍLADES. — De morir, así al menos morirás de manera más digna.

ORESTES. — Dices bien. Evito así el reproche de cobarde.

PÍLADES. — Mejor que quedándote aquí.

ORESTES. — Y mi causa es justa.

PÍLADES. — Ruega sólo que lo parezca [15].

ORESTES. — Y seguramente alguno me compadezerá...

PÍLADES. — Tu noble linaje es importante.

ORESTES. — Al lamentar la muerte de mi padre.

PÍLADES. — Todo eso es evidente.

ORESTES. — Tengo que ir, porque sería indigno morir sin honor.

PÍLADES. — Lo apruebo.

ORESTES. — ¿Vamos entonces a decírselo a mi hermana?

PÍLADES. — ¡No, por los dioses!

ORESTES. — Sin duda habría lágrimas...

PÍLADES. — Así que no sería un buen presagio.

ORESTES. — Está claro que es mejor callar.

---

15 La distancia entre el ser y las apariencias se ha subrayado en repetidos lugares de la obra. Una vez más se insiste en la importancia del «parecer». Es una posible influencia de la teoría sofística y una amarga constatación del dramaturgo el que este tema reaparezca tan a menudo en la tragedia.

Pílades. — Ganarás tiempo.

Orestes. — Sólo me queda el obstáculo ese...

Pílades. — ¿Cuál es ese ruego que ahora aludes?

Orestes. — Que las diosas no me retengan con su aguijón.

Pílades. — Pero yo velaré por ti.

Orestes. — Es penoso el sostener a un hombre enfermo.

Pílades. — No para mí el cuidarte.

Orestes. — Ten cuidado de no contagiarte de mi locura.

Pílades. — Deja eso aparte.

Orestes. — ¿Es que no vacilas?

Pílades. — La vacilación para con los amigos es un gran mal.

Orestes. — Avanza, pues, como timón de mis pasos.

Pílades. — Me son gratos estos cuidados.

Orestes. — Y encamíname hacia el túmulo de mi padre.

Pílades. — ¿Para qué, pues?

Orestes. — Para suplicarle que me salve.

Pílades. — Así es lo justo.

Orestes. — ¡Pero que no vea la tumba de mi madre!

Pílades. — Fue, desde luego, tu enemiga. Pero apresúrate, para que no te condene por anticipado el voto de los argivos. Apoya en mis costados tus costados debilitados por la enfermedad. Que yo te conduciré a través de la ciudad, sin el menor reparo a los ciudadanos y sin avergonzarme nada por ello. ¿Cómo, pues, demostrar que soy tu amigo, si no te socorro en las tremendas angustias en que estás?

Orestes. — Ésa es la cuestión: tener amigos, no sólo parientes. Cuando un hombre se identifica con nuestro

carácter, aunque sea un extraño, resulta ser mejor como amigo que diez mil parientes consanguíneos.

(*Sale sostenido por Pílades.*)

CORO.

Estrofa.

La gran prosperidad y el valor que enaltecieron a los Atridas a lo largo de Grecia y junto a las corrientes del Simunte de nuevo declinaron de su fortuna, a causa de la antigua desdicha, la de antaño, del palacio, cuando la disputa por el aúreo carnero incitó a los Tantálidas a tristísimos festines y degüellos de hijos legítimos[16]. *Desde entonces el asesinato no cesa de responder al asesinato en una cadena de sangre sobre los dos Atridas.*

Antístrofa.

¡Lo noble es innoble![17] *¡Desgarrar con un arma engendrada en el fuego el cuerpo de los padres y mostrar*

---

16 «La disputa por el áureo carnero» se refiere a la contienda de Atreo y Tiestes por la posesión del milagroso animal de vellón de oro, símbolo del poder real (cf. EURÍPIDES, *Electra* vv. 699 y sigs.); la alusión a «banquetes y degüello de hijos» al convite en que Atreo sirvió a Tiestes la carne de su hijo, asesinado.

17 *Tò kalón ou kalón* es una extraña frase. Se ha señalado alguna expresión de corte semejante en estas últimas piezas del trágico. P. e. en *Bac.* 395: *tò sophón ou sophía*, «lo sabio no es sabiduría». Como observa Dodds —Di Benedetto lo cita—, estas expresiones paradójicas son características de un momento en que estaban en crisis los valores tradicionales.

En cuanto a la traducción del adjetivo *kalón* hay que notar que su campo semántico es más amplio que el de cualquier término aproximado en español. Puede traducirse como «lo bueno», «lo hermoso», «lo socialmente aceptado», etc. «Lo noble», como prefiero verterlo aquí, tiene un sentido moral. El sentido de la frase sería algo así como: «Lo considerado como *kalón* no es, en realidad, desde otros puntos de vista, *kalón*». En fin, de nuevo late acá el conflicto del ser y las apariencias.

a los rayos del sol la espada ennegrecida por el asesinato! Pero, a la vez, el delito fue una escandalosa impiedad y un desvarío propio de hombres tortuosos. En el terror de la muerte gritó la mísera Tindáride: «¡Hijo, acometes un acto impío al matar a tu madre! ¡No te cubras, por honrar a tu padre, de renombre infame para siempre!».

Epodo.

¿Qué peste, o qué motivo de lágrimas o de compasión hay mayor sobre la tierra que derramar con puño asesino la sangre materna? Después de cumplir semejante acción está enloquecido por furores de delirio, presa de las Euménides, y revuelve el crimen en el torbellino de sus ojos erráticos el hijo de Agamenón.

¡Ah, desdichado que, viendo asomar el pecho de su madre sobre el manto tejido de oro, ejecutó el sacrificio de ésta, en pago de los sufrimientos de su padre!

(*Eletra sale del palacio.*)

ELECTRA. — Mujeres, ¿es que ha salido de esta morada el infeliz Orestes arrebatado por el furor de la locura, de origen divino?

CORO. — De ningún modo. Va a enfrentarse al pueblo de Argos en el combate que se ha planteado sobre su vida. En el cual ha de decidirse si vosotros vais a vivir o morir.

ELECTRA. — ¡Ay de mí! ¿Qué ha hecho? ¿Quién le ha aconsejado?

CORIFEO. — Pílades. Pero parece que ese mensajero sin tardanza nos contará lo que allí ha ocurrido con tu hermano.

(*Entra un viejo campesino, como mensajero.*)

MENSAJERO. — ¡Ah desgraciada, infeliz hija de Agamenón, caudillo de nuestro ejército, princesa Electra! Escucha las infortunadas noticias que vengo a traerte.

ELECTRA. — ¡Ay! ¡Ay! Estamos perdidos. Está claro por tus palabras; pues vienes, según parece, como mensajero de males.

MENSAJERO. — Por votación los pelasgos han decidido que vais a morir tu hermano y tú, ¡infeliz!, en el día de hoy.

ELECTRA. — ¡Ay de mí! Llegó lo esperado, aquello por lo que amedrentada me consumía en la espera desde hace tiempo entre sollozos. Pero, ¿qué discusión hubo, qué argumentos entre los argivos nos han acusado y condenado a morir? Di, anciano: ¿debo expirar mi ánimo en la lapidación o por medio del hierro, ya que me toca compartir las desdichas con mi hermano?

MENSAJERO. — Venía yo del campo y crucé las puertas de la ciudad deseoso de informarme acerca de lo que sucedía contigo y con tu hermano. Pues siempre había tenido afecto a tu padre, y tu casa me mantenía, pobre sí, pero noble en el trato con los amigos. Y veo a la gente que se dirige y toma asiento en la colina, donde cuentan que Dánao por primera vez reunió al pueblo en asamblea pública al sentenciar un pleito.

Entonces, al contemplar la reunión le pregunté a uno de los ciudadanos: «¿Qué novedad hay en Argos? ¿Es que alguna noticia de nuestros enemigos tiene conmocionada a la ciudad de los Danaides?» Contestó él: «¿No ves avanzar ahí cerca a ése, a Orestes, que corre a un combate de vida o muerte?» Y veo una inesperada aparición ¡qué ojalá no viera jamás! A tu hermano y a Pílades, que avanzan juntos, el uno abatido y abrumado por la enfermedad, y el otro, como un hermano, sufriendo lo mismo que su amigo, velando sobre sus padecimientos con el celo de un pedagogo.

Cuando estuvo completa la muchedumbre de los argivos, el heraldo se puso en pie y dijo: «¿Quién desea hablar sobre si Orestes, el matricida, debe morir o no?» Y tras esto se levanta Taltibio[18], que al lado de tu padre arrasó Frigia. Y pronunció, poniéndose siempre bajo la sombra de los que tienen el poder, un discurso ambiguo. De un lado ensalzó a tu padre, pero no elogió a tu hermano; envolvió en bellas frases palabras malignas, diciendo que había implantado unos usos perversos contra los progenitores. Y dirigía rápidamente la mirada insinuante a los amigos de Egisto. Tal es, en efecto, esa raza: los heraldos brincan siempre en pos del afortunado. Para ellos ése es amigo: cualquiera que domine en la ciudad y esté en los altos cargos.

Después de éste habló el rey Diomedes. Él proponía que no os mataran ni a ti ni a tu hermano, sino que os castigaran con el destierro para cumplir con lo piadoso. Hubo un cierto tumulto: unos aplaudían lo que había dicho, pero otros no lo aprobaban. Y tras él se alza cierto individuo de lengua desenfrenada, fortalecido en su audacia, un argivo sin ser de Argos, un intruso, confiado en el barullo y en la desvergonzada libertad de palabra, capaz de impulsar a la gente a cualquier desatino. [¡Cuando alguien, atractivo en sus palabras pero insensato, persuade a la masa, gran desdicha para la ciudad! En cambio aquellos que con sensatez aconsejan una y otra vez lo bueno, aun si no de inmediato son luego útiles a la ciudad. Así debe considerarse y juzgar a quien gobierna. Porque tienen un papel parecido el orador y el que ocupa el poder.][19] Éste dijo

---

18 El heraldo Taltibio aparece también en *Hécuba* y en *Troyanas*, visto más favorablemente. En otros pasajes Eurípides critica a los heraldos, p. e. en *Troy.* 425 y sigs., *Heraclid.* 292 y sigs. Como los adivinos, estos servidores de los poderosos se hallan caracterizados por una ambigüedad peculiar.

19 Ya Kirchhoff excluyó estos versos, de sentencias generales,

que debían mataros a Orestes y a ti lapidándoos. Por lo bajo Tindáreo le sugería las palabras con las que afirmaba que debíais ser ejecutados.

Otro se levantó y dijo lo contrario a éste. No era un hombre de aspecto elegante, pero sí un valiente, que rara vez frecuenta la ciudad y el círculo del ágora, uno que con sus manos cultiva su propio campo —ésos son los únicos que defienden el país—, inteligente cuando está dispuesto a recurrir al diálogo, íntegro y que practica un género de vida irreprochable[20]. Éste pidió que se premiara con una corona a Orestes, hijo de Agamenón, que quiso vengar a su padre, al dar muerte a una mujer perversa y sacrílega, que iba a impedir con su crimen que nadie armara su brazo y dejara su hogar para partir en campaña, con recelo de si los que se quedaban en la patria iban a destruir sus hogares y a corromper a las mujeres de los ausentes. Y a la gente decente les pareció que tenía razón. Ninguno más habló.

Se adelantó tu hermano y dijo: «¡Señores de la tierra de Ínaco, [antiguos pelasgos, luego Danaides]! Por defenderos a vosotros no menos que a mi padre, di muerte a mi madre. Pues si el asesinato de los maridos fuera lícito a las mujeres, no tardaríais en morir o tendríais que ser esclavos de vuestras esposas. Y haríais lo contrario de lo que debe hacerse. En cambio ahora la que traicionó el lecho de mi padre ha muerto. Mas si por esto me condenáis a morir, la ley se relajará, y ninguno se escapará de la muerte porque no va a haber restricción en tal audacia.»

típicos de un interpolador que quiso insistir en lo apuntado por el autor trágico.

[20] Eurípides, no menos que Aristófanes, aprecia la figura sencilla, no maleada por los vicios e hipocresías de los demagogos ciudadanos, de estos campesinos que obran rectamente (como el designado para esposo de Electra en la tragedia de su nombre) y hablan sin rodeos ni malicias.

Pero no convenció a la masa, aunque sí parecía tener razón. Conque triunfa aquel malvado que había hablado a gusto de la multitud, que aconsejó mataros a ti y a tu hermano. A duras penas consiguió el pobre Orestes convencerlos de que no le mataran a pedradas. Se comprometió a dejar la vida por propia mano junto contigo en el día de hoy. Y Pílades le retira de la asamblea entre lágrimas. Le acompañan sus amigos, sollozando y lamentándose por él. Viene hacia ti, ¡amargo espectáculo, visión lamentable! Así que prepara un puñal o un lazo para tu cuello. Porque debes abandonar la luz. Tu noble origen nada te ha beneficiado ni el pítico Febo que se sienta sobre el trípode. Por el contrario os ha perdido.

CORIFEO. — ¡Ah desdichada doncella, cuán atónita estás inclinando tu tapado rostro hacia el suelo, como para precipitarte en gemidos y sollozos!

ELECTRA.

Estrofa.

Comienzo mi lamento ¡tierra pelasga!, rasgando mis mejillas con mis blancas uñas, en mi sangriento sino, y golpeo mi cabeza, como homenaje a la diosa subterránea de los muertos, la hermosa Perséfone. ¡Lance alarido la tierra ciclópea, al aplicar el hierro rasurador a su cabeza, por las calamidades del palacio! Un gemido de compasión, de compasión es el que se alza por los que van a morir, que fueron antaño caudillos de Grecia.

Antístrofa.

¡Ya se va, ya se va, desaparece la estirpe entera de los hijos de Pélope, y la fortuna envidiada de sus felices moradas! La abatió la envidia de los dioses y la rencorosa y sanguinolenta votación de los ciudadanos. ¡Ioh, ioh! ¡Sufrientes razas de los efímeros, condenados al llanto, mirad cómo la fatalidad avanza contra lo es-

perado! Los males de uno responden alternativamente a los de otro en un largo espacio de tiempo. La vida toda de los mortales es vacilación.

Epodo.

¡Ojalá me llegara a la roca suspendida entre el cielo y la tierra por ondulantes cadenas de oro, zarandeada por los torbellinos desde el Olimpo como un puñado de tierra, para alzar mi queja en lamentos fúnebres al viejo padre Tántalo que engendró, sí, engendró a los progenitores de mi familia que tan grandes desgracias ha visto! Antaño en alado ímpetu con su vehículo de cuatro corceles Pélope cruzó por encima de los acantilados, arrojando el cadáver de Mírtilo en lo profundo de las olas marinas, al pasar junto a las rompientes de Geresta, blanqueadas por la espuma de los embates de mar. A partir de entonces, cayó sobre mi casa la muy llorada maldición: cuando en un parto en los rebaños, que el hijo de Maya propició, surgió el vellocino de oro de un carnero, prodigio funesto para Atreo, criador de caballos. Desde entonces la Discordia desvió el alado carro de Helios, encomendando el camino hacia poniente por el cielo a la Aurora de único corcel, y Zeus modificó los cursos de la Pléyade de siete estrellas hacia varios rumbos. Y da réplica a los asesinatos de éstos con otros asesinatos, con el banquete a que da nombre Tiestes, y el adulterio de la pérfida cretense Aérope tras sus pérfidos desposorios. Y sus últimas derivaciones llegaron a mí y a mi hermano por el pesaroso destino de la familia.

CORO. — *He aquí a tu hermano que viene condenado a muerte por votación, y al más fiel de todos los amigos, Pílades, como un hermano suyo, que sostiene sus miembros enfermos acompañándole a su lado con paso solícito.*

(Entran Pílades y Orestes.)

ELECTRA. — ¡Ay de mí! Al verte ya ante la tumba y la pira funeraria lloro por ti, hermano. ¡Ay de mí, de nuevo! ¡Que al verte ante mis ojos en un último encuentro pierdo la razón!

ORESTES. — ¿No vas a dejar, en silencio, tus lamentos mujeriles y aceptar lo ya decidido? Son lamentables estos sucesos, pero son, sin embargo. [Es forzoso que soportes los infortunios presentes.]

ELECTRA. — ¿Y cómo he de callar? Ya no nos dejan ver esta luz del sol a nosotros infelices.

ORESTES. — ¡No me mates tú! Bastante muerto quedo por mano de los argivos, ¡mísero de mí! Deja los males presentes.

ELECTRA. — ¡Oh desgraciado Orestes, por tu juventud, tu destino fatal y tu muerte temprana! Debías vivir, cuando dejas de existir.

ORESTES. — ¡Por los dioses, no me envuelvas en cobardía, transportándome al llanto con la recordación de mis desgracias!

ELECTRA. — ¡Vamos a morir! Es imposible que no lloremos nuestras desgracias. Pues para todos los mortales la cara vida es digna de ser llorada.

ORESTES. — Este es el día decisivo para nosotros. Hay que aprestar los lazos de horca o afilar en nuestra mano la espada.

ELECTRA. — ¡Mátame tú, hermano, y no uno cualquiera de los argivos que imponga su ultraje a la descendiente de Agamenón!

ORESTES. — ¡Bastante tengo con la sangre de nuestra madre! No te mataré, sino que muere por tu propia mano de la forma que prefieras.

ELECTRA. — Así será. No me quedaré atrás relegada por tu espada. Pero quiero rodear tu cuello con mis brazos.

ORESTES. — Goza tan vano placer, por si este abrazarse es algo placentero para quienes andan cerca de la muerte.

ELECTRA. — ¡Oh queridísimo, tú que tienes el nombre más dulce y deseado para una hermana, y una única alma con ella!

ORESTES. — ¡Acabarás por ablandarme! Sí, quiero corresponder con amor a la ternura de tus brazos ¿Por qué voy avergonzarme ya, triste de mí? ¡Oh, pecho de mi hermana, oh dulce abrazo mío! Sólo estas expresiones de afecto, en lugar de hijos y de lecho matrimonial, nos quedan en nuestra desventura.

ELECTRA. — ¡Ay! ¿Cómo podría matarnos un mismo cuchillo a los dos, si fuera lícito? ¡Y ojalá un solo sepulcro nos acogiera, en recipientes de cedro!

ORESTES. — ¡Eso sería lo más grato! Pero ya ves cuán desamparados estamos de amigos que nos reunieran en la tumba.

ELECTRA. — ¿Ni siquiera habló en favor tuyo, esforzándose por que no murieras, Menelao, el villano, el traidor a mi padre?

ORESTES. — Ni ha mostrado su cara, sino que, como tiene sus esperanzas respecto al cetro, se cuidó bien de que no sobrevivieran sus parientes. Mas, ¡ea!, veamos cómo morir noblemente y actuando del modo más digno de Agamenón. Yo demostraré mi noble raza a la ciudad hincándome la espada junto al hígado. Tú, a tu vez, debes obrar de modo semejante a mis actos audaces. ¡Pílades, tú sírvenos de testigo en la muerte, y cuando muramos cubre bien nuestros cuerpos y entiérranos juntos, llevándonos a la tumba de nuestro padre!

PÍLADES. — ¡Detente! Por primera vez tengo un reproche, uno solo, que hacerte, si es que has creído que yo he de vivir cuando tú mueras.

ORESTES. — Pues, ¿por qué te toca a ti morir conmigo?

PÍLADES. — ¿Y lo preguntas? ¿Para qué vivir sin tu camaradería?

ORESTES. — Tú no has matado a tu madre, como yo, infeliz de mí.

PÍLADES. — Colaboré contigo. Debo también sufrir las mismas penas.

ORESTES. — Devuelve tu cuerpo a tu padre, no mueras conmigo. Tú tienes aún una patria, yo no la tengo ya, y una mansión paterna y un gran puerto de riquezas. Has perdido sólo el enlace con esta desgraciada que yo te había prometido en homenaje a nuestro compañerismo. Pero tú toma otra esposa y ten hijos; la alianza familiar entre tú y yo ya no subsiste. Así que, ¡oh deseada imagen de la camaradería!, vete a ser feliz. Para nosotros, pues, ya no hay tal posibilidad, para ti sí. Porque los muertos estamos privados de alegrías.

PÍLADES. — ¡Qué muy lejos estás de mis decisiones! ¡Que no acoja mi sangre el suelo fértil, ni el límpido éter, si yo en cualquier momento te traiciono y, liberando mi destino, te abandono! Contigo participé en la matanza, desde luego, no voy a negarlo; y te aconsejé en todo por lo que tú ahora pagas tus penas. Así que tengo que participar de la muerte contigo y con ésta, a la vez. Porque ella, a cuya boda asentí, la considero ya mi esposa. ¿Qué, pues, voy a decir en el futuro, si regreso a la tierra délfica, a la acrópolis de los focenses, yo, que fui vuestro amigo antes de que cayérais en el infortunio, y ahora ya no soy tu amigo, porque has caído en él? No es posible. Conque también esto me incumbe. Ya que estamos condenados a morir, deliberemos en común cómo hundir también con nosotros a Menelao.

ORESTES. — ¡Oh queridísimo, ojalá muriera viendo tal cosa!

PÍLADES. — Atiende entonces, y demora los tajos de la espada.

Orestes. — Lo retardaré, si se trata de castigar de cualquier modo a nuestro enemigo.

Pílades. — ¡Calla! Que me fío poco de las mujeres.

Orestes. — Nada temas de éstas. Porque están aquí como amigas.

Pílades. — Matemos a Helena. ¡Amarga pena será para Menelao!

Orestes. — ¿Cómo? Estoy dispuesto a eso, si puede salir bien.

Pílades. — Degollándola. Se esconde en tu palacio.

Orestes. — Ciertamente. Y ya pone su sello a todos los objetos.

Pílades. — Pero ya no lo hará, al quedar prometida a Hades.

Orestes. — ¿Y cómo? Porque tiene servidores, unos bárbaros.

Pílades. — ¿A quiénes? Desde luego a ningún frigio voy a temer yo.

Orestes. — Son como capitanes de espejos y perfumes.

Pílades. — ¿Es que ha venido acá con sus refinamientos troyanos?

Orestes. — De tal modo que la Hélade le resulta una pequeña jaula.

Pílades. — ¡Nada vale el esclavo frente a la raza libre!

Orestes. — Pues si conseguimos esto, no temo morir dos veces.

Pílades. — Ni yo tampoco, con tal de vengarte a ti.

Orestes. — Aclara y delimita la acción. ¿Qué plan propones?

Pílades. — Entramos luego en la casa, como si fuéramos a morir.

Orestes. — Ese punto lo domino, pero me falta el resto.

PÍLADES. — Iremos a llorar ante ella por lo que sufrimos.

ORESTES. — Para que rompa en llanto mientras por dentro se alegra.

PÍLADES. — También nosotros tendremos la misma disposición que ella entonces.

ORESTES. — ¿Y, luego, cómo enfrentaremos el combate?

PÍLADES. — En estos mantos llevaremos escondidas las espadas.

ORESTES. — ¿Cómo darle muerte delante de sus servidores?

PÍLADES. — A ellos los encerraremos por separado en otros lugares de la casa.

ORESTES. — Y al que no guarde silencio habrá que matarlo.

PÍLADES. — A continuación la acción misma indicará por dónde hay que seguir.

ORESTES. — ¡Matar a Helena! ¡Comprendo nuestra consigna!

PÍLADES. — Lo captaste. Pero escucha con qué acierto lo planeo. Si blandiéramos nuestra espada contra una mujer más decente, sería un asesinato infame. Pero ahora Helena pagará su culpa a aquellos a cuyos padres envió a la muerte, a los que les mató los hijos, y a las jóvenes esposas que dejó privadas de sus maridos. ¡Se alzará un grito de júbilo, y encenderán fuego en honor de los dioses elevando preces para que consigamos tú y yo muchos favores, por haber vertido la sangre de esa perversa mujer! Después de matar a ésa no te llamarán «el matricida» sino que, perdiendo ese calificativo, recibirás otro mejor, siendo aclamado como «el matador de Helena», la que hizo morir a muchos. No debe, no debe jamás ser feliz Menelao, mientras morís tu padre, tú, y tu hermana, y tu madre... —pero dejo esto, que no es conveniente mencionarlo—, ni po-

seer tu palacio, después de haber reconquistado a su esposa gracias a la lanza de Agamenón.

¡No viva yo, por tanto, más, si no retiro mi espada tinta en su sangre! Y en caso de que no consigamos matar a Helena, incendiaremos estas moradas antes de morir. Así, aunque fallemos en una cosa, no dejaremos de obtener un motivo de gloria, al morir con honor o al salvarnos honrosamente.

CORIFEO. — La hija de Tindáreo es digna de odio para todas las mujeres, por haber ultrajado a su especie.

ORESTES. — ¡Ah! No hay nada mejor que un amigo claro, ni la riqueza ni la tiranía; y es algo absurdo preferir en cambio la masa a un amigo noble. Tú, en efecto, planeaste los ataques contra Egisto, y estuviste a mi lado en los peligros, y ahora de nuevo me proporcionas venganza de mis enemigos, y no me abandonas. Dejaré de elogiarte porque aun eso de sentirse alabar demasiado resulta un tanto molesto. Yo, aunque expire totalmente mi vida en la acción, quiero que mis enemigos mueran, para destruir en pago a los que me traicionaron, y que giman esos que me hicieron desgraciado. Soy por nacimiento hijo de Agamenón, que fue caudillo de la Hélade por elección, no un tirano, aunque tuvo el poderío de un dios. No le avergonzaré, resignándome a una muerte servil, sino que con libre impulso dejaré mi vida, y castigaré a Menelao. Conque si alcanzamos una de las dos cosas, seremos felices. ¡Ojalá de alguna parte llegara imprevista la salvación, para no morir tras haber matado! Eso es lo que suplico. Porque es dulce expresar lo que quiero, y regocijar mi espíritu gratuitamente con palabras aladas.

ELECTRA. — ¡Hermano, yo creo haber encontrado eso: la salvación para ti, para éste y también, en tercer lugar, para mí!

ORESTES. — ¿Aludes a la providencia de un dios? ¿Pero dónde está tal cosa? Sin embargo conozco la agudeza que tu alma alberga.

ELECTRA. — Escucha, pues. También tú presta atención ahora.

ORESTES. — Habla. Que el aguardar bienes procura cierto placer.

ELECTRA. — ¿Conoces a la hija de Helena? Te pregunto algo que sabes bien.

ORESTES. — La conozco: Hermíone, a la que ha criado mi madre.

ELECTRA. — Ella ha ido a la tumba de Clitemestra.

ORESTES. — ¿Con qué motivo? ¿Qué recurso me sugieres?

ELECTRA. — Para derramar libaciones sobre la tumba de nuestra madre.

ORESTES. — ¿Y bien, por qué me dices eso en relación con nuestra salvación?

ELECTRA. — Apresadla como rehén, en cuanto venga de regreso.

ORESTES. — ¿De qué nos va a servir eso como remedio, a nosotros tres?

ELECTRA. — Cuando Helena haya muerto, si Menelao amenazara hacer algo contra ti, o contra éste, o contra mí —pues la amistad nos confunde en uno— dile que matarás a Hermíone. Debes tener tu espada desenvainada junto al cuello de la muchacha. Y si Menelao te pone a salvo, implorando que su hija no muera, tras haber visto a Helena yacente en la sangre, deja que quede en sus brazos su hija. Pero si, sin dominar su ánimo enfurecido, trata de atacarte, córtale también tú el cuello a la joven. Mas sospecho que él, si bien al principio estará muy frenético, al cabo de un rato ablandará su furor, porque por su natural no es ni duro ni valeroso. Ese recurso de salvación os ofrezco para nosotros. Mi propuesta está dicha.

Orestes. — ¡Ah, tú que posees un ánimo varonil, aunque tu cuerpo sea de femenina belleza, cuánto más digna eres de vivir que de morir! Pílades, ¡de qué esposa te verás privado, infeliz! En cambio, si vives, obtendrás un magnífico matrimonio.

Pílades. — ¡Ojalá sucediera así y llegara a la ciudad de los focenses ensalzada por bellos cantos de himeneo!

Orestes. — ¿En qué momento va a llegar a palacio Hermíone? Porque todo cuanto has dicho, con tal que tengamos suerte, está muy bien, una vez que capturemos a ese cachorro de un padre impío.

Electra. — Creo que ya estará cerca de la casa. Pues el espacio de tiempo concurre a eso.

Orestes. — Bien. Tú ahora, hermana Electra, te quedarás ante la casa para recibir a la muchacha a su llegada. Vigila por si alguno, antes de que esté realizado el asesinato, sea algún aliado suyo o el hermano de nuestro padre, se apresura a venir al palacio; y, en tal caso, grita en dirección a la casa, o da golpes en las puertas o envía al interior tus advertencias. Nosotros entrando armaremos nuestras manos con la espada para el último combate, [Pílades, ya que tú compartes todos mis esfuerzos]. ¡Oh padre, tú que habitas la morada de la tenebrosa noche, tu hijo Orestes te llama para que acudas como auxiliador de quienes te necesitan! [21]. Por tu causa, en efecto, sufro, triste de mí, injustamente. He sido vendido por tu propio hermano, tras ejecutar obras justas. Por eso quiero apoderarme de su esposa y matarla. ¡Sé tú nuestro colaborador en esto!

---

21 La invocación al muerto Agamenón recuerda la de la *Electra* vv. 671 y sigs., si bien en aquella tragedia es más central que aquí, y también la de ambos hermanos en Esquilo, *Coéforas* 479 y sigs., aunque el motivo para reclamar la protección del difunto ha variado.

ELECTRA. — ¡Oh padre, acude ya, si oyes desde bajo la tierra a tus hijos que te llaman, que mueren por ti!

PÍLADES. — ¡Oh, pariente de mi padre, Agamenón, atiende también a mis súplicas! ¡Salva a tus hijos!

ORESTES. — Maté a mi madre.

PÍLADES. — Y yo puse mano en la espada.

ELECTRA. — Yo le incité y le libré de dudas.

ORESTES. — Por ti, padre, como tu vengador.

ELECTRA. — Tampoco yo te traicioné, padre.

PÍLADES. — ¿Es que, al escuchar estas quejas, no protegerás a tus hijos?

ORESTES. — Con mis lágrimas te ofrezco libaciones.

ELECTRA. — Y yo con mis quejidos.

PÍLADES. — Cesad, y dediquémonos a la acción. Pues si las súplicas penetran bajo tierra, las escucha. Tú, Zeus, antepasado nuestro y venerable Justicia, concedénos el éxito a éste, a ésta y a mí. Pues es un combate único para tres amigos, y única sentencia. [Nos toca a todos vivir o morir.]

(*Orestes y Pílades entran en el palacio.*)

ELECTRA.

Estrofa.

¡Oh queridas mujeres de Micenas, las primeras en esta población pelásgica de los argivos!

CORO. — *¿Qué orden nos das, Señora? Ciertamente aún te queda esa dignidad en la ciudad de las Danaides.*

ELECTRA. — *Poneos algunas de vosotras a vigilar el camino de carros, y las otras aquí, en el otro camino que llega a palacio.*

CORO. — *¿Por qué me das esta orden? Dímelo, querida.*

ELECTRA. — *Me acosa el miedo de que alguien se aproxime a la casa en el momento del asesinato y añada desgracias a las desgracias.*

SEMICORO 1.º. — *¡Vamos! ¡Démonos prisa! Yo, entonces, vigilaré este camino, el que da a la salida del sol.*

SEMICORO 2.º. — *Y yo éste, que lleva a poniente.*

ELECTRA. — *Moved las pupilas de vuestros ojos de un lado a otro, de aquí allá, y luego en sentido contrario.*

CORO. — *Hacemos la guardia, como mandas.*

ELECTRA. — (Antístrofa) *Girad vuestra mirada, y bajo los bucles volved vuestra vista en todas direcciones.*

SEMICORO 1.º. — *¿Quién es ése que viene por el camino? ¿Quién es ése que ronda por los alrededores del palacio, un campesino?*

ELECTRA. — *¡Estamos perdidos, amigas! Nos descubrirá a los enemigos como fieras escondidas empuñando las espadas.*

SEMICORO 1.º. — *Sigue sin temor. Está vacío, amiga, el sendero que tú crees que no.*

ELECTRA. — *¿Qué? ¿Aún ese lado tuyo sigue tranquilo? Dame una buena noticia, si esa parte de delante del pórtico está desierta.*

SEMICORO 1.º. — *¡Bien va por aquí! Pero atisba tú por tu parte. Que ninguno de los Dánaos se aproxime a nosotros.*

SEMICORO 2.º. — *Lo mismo digo. Tampoco por aquí hay gente.*

ELECTRA. — *Vamos me pondré a la escucha en las puertas del palacio. ¿Qué aguardáis los de dentro, en esta calma, para ensangrentar a la víctima? No me oyen. ¡Triste de mí en mis males! ¿Acaso ante la belleza se han embotado las espadas? Pronto algún argivo armado acudirá a la carrera e irrumpirá en el recinto. ¡Mirad aún mejor! ¡No es un combate para reposos! Con que atisbad unas por acá, y las otras por allá.*

CORO. — *Cambio de camino escrutando por todas partes.*

HELENA. — (Desde el interior.) *¡Aay, Pelásgica Argos, me matan cruelmente!*

CORO. — *¿Habéis oído? Los hombres ejecutan el asesinato. El chillido es de Helena, según conjeturo.*

ELECTRA. — *¡Oh, poder de Zeus, de Zeus sempiterno poder, ven en socorro de nuestros amigos, por todas partes!*

HELENA. — (Desde el interior.) *¡Menelao, muero! ¡Y tú no estás aquí para auxiliarme!*

ELECTRA. — *¡Matadla, asesinadla, degolladla, hincadle los dobles puñales de doble filo con todo el impulso de vuestro brazo, a la que abandonó a su patria y a su marido, la que aniquiló a muchísimos griegos, que bajo la lanza murieron en las márgenes del río, en torno a los remolinos del Escamandro, donde tantas lágrimas sobre lágrimas cayeron motivadas por los férreos dardos!*

CORIFEO. — ¡Callad! ¡Callad! He percibido cierto ruido de pasos que avanza por el camino hacia la casa.

ELECTRA. — ¡Oh queridísimas mujeres! En medio de la matanza llega Hermíone. Dejemos el griterío. Avanza para caer en los lazos de nuestras redes. ¡Hermosa presa será, si la capturo! Presentaos de nuevo con rostro sereno, y con un color que no revele nada de lo sucedido. Yo mantendré mis pupilas entenebrecidas, como si nada en absoluto supiera de lo ejecutado ya.

(*Entra Hermíone, Electra se dirige a ella.*)

Muchacha, ¿vienes de depositar ofrendas y de derramar libaciones fúnebres en la tumba de Clitemestra?

HERMÍONE. — Vengo de atraerme su benevolencia. Pero me ha punzado un cierto temor, por el grito que acabo de oír de palacio, aunque estaba yo alejada de la casa.

ELECTRA. — ¿Por qué? Nuestra situación es digna de lamentos.

HERMÍONE. — ¡No digas algo de mal agüero! Mas, ¿qué hay de nuevo?

ELECTRA. — Este país ha decretado que hemos de morir Orestes y yo.

HERMÍONE. — ¡No! ¡Vosotros que sois por nacimiento mis próximos parientes!

ELECTRA. — Está decidido. Nos hallamos bajo el yugo de la necesidad.

HERMÍONE. — ¿Por eso, entonces, era precisamente el grito del interior de la casa?

ELECTRA. — Es que suplicante, cayendo a las rodillas de Helena, grita...

HERMÍONE. — ¿Quién? No se nada más, si tú no me lo cuentas.

ELECTRA. — El desventurado Orestes, le implora no morir, y también por mí.

HERMÍONE. — Con justos motivos alza la casa su fúnebre grito.

ELECTRA. — ¿Por qué otro con más razón podría uno gritar? Pero acércate y comparte la súplica con tus amigos, arrodillándote ante tu madre, la muy dichosa, para que Menelao no consienta en que muramos. Así que tú, que te has criado en los brazos de mi madre, compadécete de nosotros y alivia nuestros pesares. ¡Ven aquí a este encuentro, yo te conduciré! Porque tú sola posees nuestra última posibilidad de salvación.

HERMÍONE. — Mira, apresuro mi paso hacia la casa. A salvo estáis en lo que de mí dependa.

ELECTRA. — ¡Oh, amigos, que en la casa empuñáis la espada! ¿No vais a cobrar la pieza?

HERMÍONE. — ¡Ay de mí! ¿Quiénes son los que veo?

ELECTRA. — Debes callar. Porque has venido como salvación para nosotros, no para ti. ¡Cogedla, cogedla! Ponedle la cuchilla en la garganta y conservad la calma, para que Menelao sepa que ha encontrado hombres y

no cobardes frigios, por lo que sufre lo que han de sufrir los villanos.

CORO. — *¡Ioh, ioh! ¡Amigas, moved estrépito, estrépito y griterío ante la casa, para que el asesinato cometido no infunda un terrible espanto a los argivos, y se apresuren en acudir en socorro al palacio real, hasta que vea yo claramente el cadáver de Helena sanguinolento, yacente en la morada, o que nos informemos por el relato de alguno de los criados. Algunas cosas sé, desde luego, de la desdicha, pero otras están obscuras.*

La venganza de los dioses llegó con justicia hasta Helena, que a toda Grecia había colmado de lágrimas, a causa del funesto, funesto Paris del Ida, que atrajo a la Hélade a Ilión.

CORIFEO. — Mas... chasquean los cerrojos de las puertas reales. ¡Callad! Afuera sale uno de los frigios, por el que vamos a enterarnos de qué sucede dentro de la casa [22].

(*Sale un esclavo frigio, presa de la mayor agitación.*)

FRIGIO. — *¡He escapado de la espada argiva, de la muerte! Con mis bárbaras babuchas he saltado por encima de las vallas de cedro y los triglifos dóricos del gineceo, lejos, lejos, ¡oh tierra, tierra!, en mis bárbaros apresuramientos. ¡Ayayay! ¿Por dónde escapar, mujeres extranjeras, volando al éter blanquecino, o por el alto*

---

22 Algunos notables filólogos, como Wilamowitz, Wecklein, Murray, etc., se pronuncian en contra de la atribución de estos versos a Eurípides, sobre la base de la explicación de un escolio, que dice que se añadieron para evitar al actor el riesgo de saltar el muro del decorado y permitirle pasar por la puerta. Dale y Di Benedetto señalan que no hay obstáculos lingüísticos para atribuirlos a Eurípides y que su seclusión dejaría un vacío entre el canto del coro y la entrada en escena del Frigio.

mar, que arremolina Océano de cabeza de toro[23] *al rodear en sus brazos la tierra?*

CORIFEO. — ¿Qué pasa, servidor de Helena, venido del Ida?

FRIGIO. — *¡Ilión, Ilión, ay de mí, ay de mí! ¡Ciudadela frigia y monte sagrado del Ida de fértiles glebas, cómo te lloro en tu destrucción en un lastimero, lastimero canto, con bárbaro alarido! A causa del cachorro de la hermosa Leda, nacido de un pájaro de alas de cisne; por la funesta Helena, por la funesta Helena, una Erinis para los lisos muros que Apolo construyera. ¡Oh, oh, oh! ¡Quejidos, quejidos! ¡Triste tierra dardania, donde corría caballos Ganimedes, compañero de lecho de Zeus!*

CORIFEO. — Dinos claramente ahora cosa por cosa lo que pasó en palacio, [porque aunque no es fácil de comprender lo pasado lo voy conjeturando].

FRIGIO. — *¡Ay! ¡Ay! «¡Aílino! ¡Aílino!» dicen los bárbaros como comienzo de un canto de muerte con expresión asiática cuando la sangre de reyes se ve derramada por el suelo bajo los puñales de hierro de Hades. Entraron en la casa —para contártelo de nuevo cosa por cosa— dos leones griegos gemelos. Del uno el padre fue aclamado caudillo del ejército; el otro, hijo de Estrofio, un hombre de ingenio perverso, como Ulises, taimado en su silencio, pero leal con sus amigos, bravo en la contienda, sagaz en la guerra, y una serpiente sanguinaria. ¡Ojalá perezca, porque con su astucia fría es un malhechor! Ellos avanzaron en el interior hasta el asiento de la mujer que desposó el arquero Paris, con sus rostros empapados de lágrimas, y humildes se colocaron a sus pies, el uno a un lado y el otro al otro, prestos a la acción. Y tendieron, tendieron sus manos*

23 El mítico Océano, cuyas corrientes rodean la tierra, es representado a veces, como otros ríos, en forma de toro.

suplicantes hacia las rodillas de Helena, el uno y el otro. De un salto acudieron, acudieron, presurosos los sirvientes frigios. Entre sí se decían, temerosos, que ojalá no fuera una trampa. Y los unos creían que no, pero a otros les parecía que en una maquinación enredadísima envolvía a la hija de Tindáreo esa sierpe matricida.

CORIFEO. — ¿Y tú, dónde estabas entonces? ¿O hace tiempo que huyes de terror?

FRIGIO. — *Según frigios, frigios usos, me hallaba agitando la brisa, brisa junto a los rizos de Helena con un abanico circular bien trenzado de plumas, por delante de sus mejillas, según la costumbre bárbara*[24]*. Y ella el lino de la rueca con sus dedos torcía, y dejaba caer al suelo el hilo, porque con los despojos frigios para depositarlos sobre la tumba deseaba recoser con lino algunas piezas, unos mantos purpúreos como regalos para Clitemestra. Y dirigió Orestes su palabra a la joven lacedemonia: «¡Oh, hija de Zeus, pon tus pies en el suelo, abandona tu sillón y encamínate hacia acá, a la sede del antiguo hogar del bisabuelo Pélope, donde vas a enterarte de mis súplicas!» Y la conduce, la conduce. Y ella le siguió sin adivinar lo que le esperaba. Y su colaborador, el malvado focense, se dedicaba, moviéndose, a otra cosa: «¡No salgáis fuera! Siempre sois canallas los frigios!» Y nos encerró por separado en las cámaras palaciegas, a los unos en las cuadras de los caballos, a los otros en cuartos apartados, distribuyendo a unos por aquí y otros por allí, lejos de la señora.*

CORIFEO. — ¿Qué desgracia acaeció después de eso?

FRIGIO. — *¡Madre del Ida, poderosa, poderosa Madre! ¡Ay, ay! ¡Qué sangrientas pasiones y qué daños crimi-*

---

24 La escena tiene un aire exótico y oriental. Helena, mientras teje en el gineceo, se deja abanicar con un gran abanico de plumas por el eunuco.

nales he visto, he visto en las moradas regias! De sus peplos purpúreos en la sombra sacaron en sus puños las espadas y cada uno por su lado revolvió su mirada por si había alguien presente. Como jabalíes monteses se colocaron frente a la mujer y le dicen: «¡Muere, muere, te da muerte tu vil esposo, que ha traicionado al linaje de su hermano para que perezca en Argos!» Ella dio un grito, un grito. «¡Ay de mí! ¡Ay de mí!» Y alzando su blanco brazo golpeó su cabeza tristemente con el puño, y en fuga aceleraba, aceleraba el paso de sus sandalias doradas. Pero Orestes clavó sus dedos en su cabellos, anteponiendo su bota micénica, haciéndola doblar el cuello sobre el hombro izquierdo, y se aprestaba a hundir en su garganta la negra espada.

Corifeo. — ¿Dónde estaban para defenderla los frigios de dentro?

Frigio. — *A su grito los portones de las salas y establos, donde estábamos encerrados, los hicimos saltar con palancas, y nos apresuramos en su socorro, cada uno desde un rincón de la casa, el uno con piedras, otro con venablos, y el otro blandiendo en las manos un afilado puñal. Pero salió a nuestro encuentro Pílades, irresistible, como... como el frigio Héctor, o como Ayante, el del triple penacho, al que vi, vi en el portal palaciego de Príamo. Trabamos los filos de las espadas. Pero entonces, entonces demostraron los frigios, cuán inferiores nacimos en las proezas de Ares ante la lanza de Grecia. El uno que abandona huyendo, el otro que cae muerto, el otro que recibe una herida, el otro suplicando... un refugio de la muerte. Entre las sombras escapamos. Cadáveres quedaban en el suelo, los unos moribundos, los otros tensos. Y llegó la pobrecilla Hermíone a palacio en el momento de caer asesinada su madre, la que la dio a luz, desdichada. Y ellos, corriendo ambos, como bacantes sin tirso con un cervatillo agreste en los brazos, sobre ella se abalanzaron. Y de nuevo disponían a la*

hija de Zeus al sacrificio. Pero enfrente de su dormitorio, en medio de las salas, ella se hizo invisible, ¡oh Zeus, y Tierra, y luz, y noche!, bien por medio de bebedizos o de artes de magia, o por un rapto de los dioses. Lo de después no lo sé. Porque saqué furtivamente mi pie huidizo del palacio. Muy gravosas, muy gravosas penas soportó Menelao en vano, al rescatar de Troya la persona de su Helena.

Corifeo. — Cierto que esta sorpresa responde a otras cosas sorprendentes. Ahora veo salir ante el palacio a Orestes con paso conmocionado.

(*Sale Orestes.*)

Orestes. — ¿Dónde está el que ha escapado a mi espada fuera de la casa?

Frigio. — Te imploro de rodillas soberano, postrándome al modo bárbaro.

Orestes. — Ahora no estamos en Ilión, sino en tierra argiva.

Frigio. — En cualquier parte es más agradable vivir que morir para los sensatos.

Orestes. — ¿No soltaste aún algún chillido para que venga Menelao en tu auxilio?

Frigio. — ¡Sólo para ayudarte a ti! Porque eres más valioso.

Orestes. — ¿Entonces la hija de Tindáreo ha perecido justamente?

Frigio. — Justísimamente, ¡ojalá hubiera tenido tres gargantas para acuchillar!

Orestes. — Me adulas con lengua cobarde, pero en tu interior no piensas así.

Frigio. — ¿Pues no, ella que fue una calamidad para Grecia y para los propios frigios?

Orestes. — Jura —y si no, te mataré— que no lo dices por halagarme.

Frigio. — ¡Lo juro por mi alma, por la que yo daría sólo buen juramento!

ORESTES. — ¿Así también en Troya el hierro era el espanto de todos los frigios?

FRIGIO. — ¡Aparta tu espada! Pues de cerca relampaguea terrible muerte.

ORESTES. — ¿No temes la conversión en piedra, como si vieras una Gorgona?

FRIGIO. — Sólo la muerte. La cabeza de la Gorgona no la conozco yo.

ORESTES. — Siendo un esclavo, ¿temes a Hades, que te redimirá de tus males?

FRIGIO. — Todo hombre, aunque sea esclavo, se alegra de ver la luz del sol.

ORESTES. — Tienes razón. Te salva tu entendimiento. Pero ve dentro de la casa.

FRIGIO. — ¿No vas a matarme?

ORESTES. — Estás perdonado.

FRIGIO. — Buena palabra es la que dices.

ORESTES. — Tal vez cambiemos de decisión.

FRIGIO. — Eso ya no está bien dicho.

ORESTES. — ¡Necio, si crees que me importa cubrir de sangre tu cuello! Pues ni has nacido mujer ni te cuentas entre los hombres. Pero, a fin de que no alzaras tu chillido he salido de la casa, porque al oír un grito agudo de alarma puede despertar Argos. ¡Tener de nuevo a Menelao al alcance de la espada no me espanta! Que venga, pues, orgulloso de los rubios cabellos flotantes sobre sus hombros. Pues si azuza a los argivos, trayéndolos contra esta morada, por vengar el asesinato de Helena, y si no quiere salvarme, y a mi hermana y a Pílades, que ha colaborado conmigo en esto, verá a sus pies dos cadáveres: su mujer y su joven hija.

CORO. — *¡Ay, Ay, Fatalidad! ¡A otro combate, a otro, terrible, se precipita la familia de los Atridas!*

—¿Qué vamos a hacer? ¿Anunciamos esto a la ciudad? ¿O guardamos silencio? Es más seguro, amigas.

—*¡Mira, mira! Ese humo que se eleva de la casa hacia lo alto del éter se anticipa a pregonarlo.*

—Encienden antorchas, como si fueran a incendiar el palacio tantálico, y no desisten de su crimen.

—Su fin fija la divinidad a los mortales, su fin, como ella quiere.

—¡Es una gran fuerza que actúa a través de un genio vengador! Se han hundido, hundido, estas mansiones a causa de la sangre derramada, a causa del hundimiento de Mírtilo desde su carro.

CORIFEO. — Pero, en fin, ahí veo a Menelao cerca de la casa, con paso rápido, que de algún modo ha comprendido la calamidad que ahora sucede. ¿No podéis apresuraros a asegurar los cerrojos con barras, Atridas, desde el interior? Terrible puede ser un hombre en buena posición contra los que están en la adversidad, como tú Orestes, te hallas.

(*Entra Menelao, acompañado por guardias.*)

MENELAO. — He venido en cuanto me enteré de los crueles y audaces actos de una pareja de leones. Que no los llamaré hombres. El caso es que he oído que mi mujer no ha muerto, sino que ha desaparecido, invisiblemente; he escuchado ese turbio informe que uno, desmayado de terror, me ha anunciado. ¡Mas eso son invenciones del matricida y una macabra burla! ¡Que alguien abra la casa! Ordeno a los criados que empujen estas puertas, de modo que al menos a mi hija rescatemos de las manos de esos asesinos, y recuperemos a mi desgraciada, infeliz esposa. ¡Con ella han de morir a mis manos los que la asesinaron!

(*Sobre una terraza aparecen Orestes y Pílades, que tienen a Hermíone amenazada con sus espadas.*)

ORESTES. — ¡Eh, tú, no toques esos cerrojos con tu mano! ¡A ti, Menelao, te hablo, que te has amurallado

en tu audacia! O con este entablamento te quebraré la cabeza, desgajando la vieja cornisa, un buen trabajo de los constructores. Con barrotes están fijados los cerrojos, que te frenarán tu ímpetu apresurado, para que no entres en la casa.

MENELAO. — ¡Ea! ¿Qué es eso? Veo brillar las antorchas. Y en lo alto de la casa a ésos, que se han fortificado, y un puñal apuntando al cuello de mi hija.

ORESTES. — ¿Prefieres preguntar o escucharme?

MENELAO. — Ninguna de las dos cosas. Pero es forzoso, al parecer, escucharte.

ORESTES. — Voy a matar a tu hija, por si quieres saberlo.

MENELAO. — ¿Después de asesinar a Helena, añades un crimen al crimen?

ORESTES. — ¡Ojalá la hubiera retenido, de no robármela los dioses!

MENELAO. — Niegas haberla matado, y lo dices para añadir escarnio!

ORESTES. — ¡Dolorosa negación! Porque bien quisiera...

MENELAO. — ¿Acometer qué acción? Me incitas al temor.

ORESTES. — Arrojar al Hades a la que mancilló a la Hélade.

MENELAO. — Devuélveme el cadáver de mi esposa, para que le dé sepultura.

ORESTES. — Reclámaselo a los dioses. Yo mataré a tu hija.

MENELAO. — El matricida añade un crimen a otro crimen.

ORESTES. — El vengador de un padre, al que tú abandonaste a su muerte.

MENELAO. — ¿No te basta la sangre de tu madre que te contamina?

Orestes. — No me cansaría de matar una y otra vez a las mujeres perversas.

Menelao. — ¿Es que también tú, Pílades, participas en este crimen?

Orestes. — Asiente con su silencio. Yo me basto para dialogar.

Menelao. — Pero no impúnemente, a no ser que huyas con alas.

Orestes. — No huiremos. Pegaremos fuego al palacio.

Menelao. — ¿Es que acaso vas a incendiar esta mansión de tus padres?

Orestes. — Para que tú no la poseas, degollando a ésta como víctima sobre la hoguera.

Menelao. — Mátala. Pero sabe que, si la matas, me pagarás tu pena por esto.

Orestes. — Así será.

Menelao. — ¡Ah! ¡Ah! ¡No lo hagas de ningún modo!

Orestes. — Calla pues. Sopórtalo justamente, por haber obrado mal.

Menelao. — ¿Es que es justo que tú vivas?

Orestes. — Y que mande en este país.

Menelao. — ¿En cuál?

Orestes. — En este Argos pelásgico.

Menelao. — ¿Podrías tocar los vasos lustrales?

Orestes. — Pues, ¿por qué no?

Menelao. — ¿Y sacrificarías las víctimas antes de la batalla?

Orestes. — ¿Y tú, lo harías decentemente?

Menelao. — Ya que tengo mis manos puras.

Orestes. — Pero no el pensamiento.

Menelao. — ¿Quién te dirigiría la palabra?

Orestes. — El que quiera a su padre.

Menelao. — ¿Y el que honre a su madre?

Orestes. — Nació afortunado.

Menelao. — Desde luego tú, no.

ORESTES. — Me desagradan las pervertidas.

MENELAO. — ¡Aparta de mi hija la cuchilla!

ORESTES. — Naciste engañado.

MENELAO. — ¿Pero vas a matar a mi hija?

ORESTES. — Ya no estás engañado.

MENELAO. — ¡Ay de mí! ¿Qué haré?

ORESTES. — Ve a convencer a los argivos.

MENELAO. — ¿A convencerlos de qué?

ORESTES. — Pide que la ciudad no nos haga morir.

MENELAO. — ¿O asesinaréis a mi hija?

ORESTES. — Así es la cosa.

MENELAO. — ¡Oh desdichada Helena!

ORESTES. — ¿Y mis desdichas, no son tales?

MENELAO. — Te traje como víctima de Frigia...

ORESTES. — ¡Ojalá fuera así!

MENELAO. — Después de sufrir mil penalidades.

ORESTES. — Excepto por mí.

MENELAO. — He penado lo indecible.

ORESTES. — Antes, desde luego, no me serviste de nada.

MENELAO. — Me tienes en tu poder.

ORESTES. — Tú mismo te has apresado en tu maldad. ¡Pero, venga, pega fuego a esta casa, Electra! Y tú, el más seguro de mis amigos, Pílades, prende el entablamento de esta techumbre!

MENELAO. — ¡Oh tierra de los Dánaos, fundadores de Argos ecuestre! ¿No acudiréis en mi ayuda con una tropa armada? Porque éste ataca con violencia a toda la ciudad vuestra, para seguir con vida, después de haber ejecutado el repulsivo asesinato de su madre.

(En lo alto aparece, como «deux ex machina», Apolo. Y a su lado, silenciosa, se ve a Helena.)

APOLO. — ¡Menelao, deja de presentar un corazón irritado! ¡Es Febo el hijo de Leto, quien desde aquí cerca te llama! Y tú que empuñando la espada asedias

a esa muchacha, Orestes, ¡atiende para que sepas los mandatos que vengo a traeros! En cuanto a Helena, a la que tú estabas dispuesto a destruir, por dar curso a tu ira contra Menelao, y a la que erraste, está aquí, y la veis a mi lado entre los celajes del éter, a salvo y no muerta por ti. Yo la salvé y la rescaté lejos de tu espada a instancias del padre Zeus. Pues es preciso que viva, como hija inmortal de Zeus que es [25], y junto a Cástor y Polideuces en los confines del éter tendrá su residencia, y será propicia para los navegantes. Tú elige y toma a otra por esposa en tu morada, ya que los dioses por la belleza de ésta llevaron a enfrentarse a griegos y frigios, y motivaron muertes, para aligerar la tierra de un exceso de hombres, de una cargazón descontrolada [26]. En lo que se refiere a Helena queda así. A ti, Orestes, te es preciso franquear las fronteras de esta tierra y habitar el suelo Parrasio durante el ciclo de un año. Ese país tomará un nombre epónimo por tu destierro y lo llamarán Orestio los azanes y los arcadios. Desde allí irás a la ciudad de los atenienses para someterte a un juicio de sangre por matricidio ante las tres Euménides. Los dioses árbitros del proceso en la colina de Ares velarán por la votación más piadosa, donde vas a vencer. Y está determinado por el destino que desposes tú a Hermíone, sobre cuyo cuello, Orestes, tienes tu espada. Neoptólemo, que confía en casarse con ella, no la desposará jamás. Porque su destino es morir bajo el puñal en Delfos, cuando me reclame plei-

---

25 Hay un juego de palabras intraducible. Helena debe «vivir» (*zēn*) porque es hija «de Zeus» (*Zēnós*).

26 Esta justificación de la guerra de Troya, como remedio a un exceso de población, es un tema posterior a Homero. Aparecía ya en el poema épico de los *Cantos Chipriotas*. Algunos sofistas la debieron de recordar en el s. v, y Eurípides la expone en otras tragedias de su última época, como en *Electra*, vv. 1282-3, y en *Helena*, vv. 38 y sigs.

tos por su padre Aquiles [27]. A Pílades dale en matrimonio a tu hermana, como le habías prometido. Su vida en lo porvenir será feliz. Deja a Orestes mandar en Argos, Menelao, y tú ve a reinar en tu tierra de Esparta, que tienes como dote de una esposa que hasta aquí, continuamente, no cesó de obsequiarte con innumerables pesares. La contienda de la ciudad y éste, ya la arreglaré bien yo, que le obligué a matar a su madre.

ORESTES. — ¡Oh profeta Loxias, qué oráculos los tuyos! No fuiste, pues, un profeta falso, sino auténtico. Aunque me acometía el temor, de si al oír la voz de algún demonio vengador la habría creído tuya. Pero bien va a concluir, y obedeceré a tus palabras. Mira, libero a Hermíone del sacrificio y consiento en desposarla, en cuanto me la entregue su padre.

MENELAO. — ¡Oh Helena, hija de Zeus, te saludo! Te envidio porque tú ya habitas la morada feliz de los dioses. Orestes, a ti te entrego yo mi hija como prometida, puesto que Apolo lo ordena. Ojalá que como hombre de buen linaje al desposar a una de buen linaje te beneficies, y también yo, al ofrecértela.

APOLO. — Marchad pues cada uno adonde os encomendamos y concluid vuestras rencillas.

MENELAO. — Hay que obedecer.

ORESTES. — También yo hago lo mismo, y me reconcilio con nuestras desdichas, Menelao, y con tus oráculos, Loxias.

APOLO. — *¡Emprended pues vuestro camino, venerando a la Paz como la más hermosa de las divinidades! Y yo conduciré a Helena a las moradas de Zeus, atravesando el polo de las radiantes estrellas, allí donde*

[27] En los detalles mitológicos sobre las andanzas de Orestes y el fin de Neoptólemo introduce Eurípides algunas variantes respecto a la tradición más general. Cf. más datos en DI BENEDETTO, *ad locum*.

al lado de Hera y de Hebe, esposa de Heracles, ocupará un trono como divinidad siempre honrada con libaciones entre los humanos, juntamente con los Tindáridas, los hijos de Zeus, velando por los navegantes del mar.

CORO. — *¡Oh muy venerable Victoria, ojalá domines el curso de mi vida y no dejes de coronarla!*

IFIGENIA EN ÁULIDE

INTRODUCCIÓN

Cuando en el año 406 a. C. murió Eurípides, a los setenta y ocho años, en la corte de Arquelao de Macedonia, dejaba para su representación póstuma tres tragedias: *Alcmeón en Corinto, Ifigenia en Áulide* y *Bacantes.* De la puesta en escena se encargó su hijo, Eurípides el Joven, que obtuvo el primer premio con ellas, ese primer premio que a Eurípides le habían regateado tantas veces sus conciudadanos atenienses.

Alcmeón en Corinto se nos ha perdido. Por algún resumen conocemos lo esencial de su trama, de corte paranovelesco, con peripecias fortuitas y anagnórisis patéticas. (Alcmeón enloquecido se había desprendido de sus hijos. Después de recobrar la razón, descubría en una esclava recién comprada a su hija. Luego, encontraba también a su hijo.) Este drama, que está en la línea del *Ión* y de otros melodramas de Eurípides, y que parece anunciar ciertos enredos familiares de las piezas de la Comedia Nueva, influyó, sintomáticamente, en una de las novelas antiguas de más amplia difusión medieval: la *Historia Apollonii regis Tyri*[1].

---

1 Ver sobre esta influencia las págs. que le dedica B. E. PERRY en su libro *The Ancient Romances,* Berkeley, 1967, 294 y sigs., o el resumen en C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela,* Madrid, 1972, págs. 329 y sigs.

De la *Ifigenia en Áulide* a las *Bacantes* hay una gran distancia dramática y espiritual. Que el viejo dramaturgo las compusiera en un espacio breve de tiempo revela la capacidad de su arte y la complejidad de su pensamiento. No sabemos cuál de las dos obras precedió a la otra en cuanto a su composición. Pero por su técnica y por su estilo escénico es notoria la proximidad entre la *Ifigenia* y el *Orestes* y las *Fenicias*. El patetismo substituye a la auténtica tensión trágica, los caracteres son inestables y de muy dudosa estatura heroica, y la habilidad del dramaturgo no logra exprimir la grandeza del sustrato mítico, sino que trata de decorarlo con nuevos detalles pintorescos. En cambio, las *Bacantes* es algo muy distinto: una tragedia paradigmática, con nuevos acentos religiosos y un verdadero sentido de la catástrofe heroica, que ha llevado a algunos a aducirla como una prueba de la «conversión» del crítico racionalista en los umbrales de la muerte. Pero, sin recurrir a tales argumentos, vamos a situar primero a la *Ifigenia* y luego a *Bacantes*. Es la ordenación más coherente, y la más piadosa también.

La valoración de la *Ifigenia en Áulide* varía mucho según los enfoques de los críticos. Para H. D. F. Kitto se trata de una pieza melodramática de valor secundario, aunque de cierto interés para la historia literaria del teatro[2]. En cambio, A. Lesky declara su admiración por ella como una de las más logradas creaciones del viejo trágico: «Si en varias tragedias tardías de Eurípides se observa una nueva riqueza y también una nueva agilidad en el elemento psíquico, este des-

2 En su *Greek Tragedy*, págs. 362-69. P. e. en pág. 362 afirma: «Al rescatar la *I. A.* de los legados literarios de su padre Eurípides el Joven hizo poco para acrecentar la fama de aquél, pero nos ayudó a comprender por qué los filólogos de Alejandría pensaron que nada posterior de la tragedia griega era digno de conservarse».

arrollo llega a su culminación en una de sus creaciones más bellas, *Ifigenia en Aulide*»[3]. Cree Lesky que Aristóteles, que en su *Poética*, 1454 a, había criticado la variación de actitud de Ifigenia como algo «anómalo», no logró comprender todo el arte de Eurípides en sus progresos por expresar «todo el contenido psíquico» de sus personajes.

En esta presentación de caracteres que no son de una pieza, que vacilan y cambian de opinión en el curso de la trama, es desde luego la *Ifigenia* un paso más, después del *Orestes*. No es sólo el famoso cambio de Ifigenia, «anómalo» según Aristóteles, porque la joven suplicante del comienzo es distinta de la resuelta heroína final, lo que hemos de destacar. También está ahí, asaltado por sus vacilaciones y su impotencia, el gran caudillo Agamenón. Sus enfrentamientos con el turbio Menelao (una figura poco apreciada por el autor) y con Clitemestra, que revelan ambos detalles poco nobles de su pasado, lo dejan en mal lugar, como un ambicioso mezquino. Los más nobles son la pareja de jóvenes: Ifigenia y Aquiles. Este es un héroe en ciernes, galante y orgulloso, cuya intervención no conduce a nada. Ifigenia, otra víctima inocente sacrificada en aras de una cruel intervención divina, accede a enfrentarse voluntariamente a su muerte, pero carece de un carácter realmente trágico. Quien está sometido al conflicto de tomar una decisión trágica es Agamenón, que tiene que elegir entre su deber como estratego en jefe y su deber como padre. Ifigenia tiene tan sólo la valentía, como otras jóvenes en Eurípides, de aceptar con coraje el destino[4]. Pero las motivaciones de la decisión

---

[3] A. Lesky en su *Historia de la Literatura Griega*, trad. esp., Madrid, 1968, pág. 425.

[4] Sobre Ifigenia, quiero citar unas líneas de Kitto, *o. c.*, pág. 366: «Su carácter, como el de Antígona en las *Fenicias*, está controlado enteramente por lo que requiere la situación

de Agamenón son «demasiado humanas» y puede dudarse si lo que le fuerza es algo más que la presión del ejército y su propia ambición. Las rencillas familiares nos muestran al héroe en una perspectiva próxima y vulgar. Al final, no hay ninguna *kátharsis,* sólo un relativo «happy end»; y el rencor de Clitemestra.

Respecto a la construcción de la obra hay que subrayar que está muy bien lograda y que contiene escenas admirables. Entre ellas está la del prólogo, con su escenario nocturno y silencioso como telón de fondo al diálogo del anciano esclavo y el inquieto Agamenón. Se ha discutido la autenticidad del pasaje y el lugar de su inserción en la obra, pero no hay razones claras para rechazarlo ni alterar su situación[5]. (Murray lo coloca detrás del prólogo más convencional del recitado de Agamenón.)

Una vez más Eurípides revela su maestría en el contraste entre dos personajes contrapuestos, y sus toques psicológicos son incisivos. Valga como ejemplo el agón entre los dos Atridas. O el encuentro entre Agamenón y Clitemestra. La sordidez latente tras la retórica política queda desenmascarada en esos diálogos despiadados y faltos de escrúpulos personales.

---

del momento (dramático); pero mientras que las dos Antígonas están separadas por la extensión de la pieza, las dos Ifigenias podrían darse la mano, de forma que la inconsistencia es mucho más ostensible aquí».

Por lo demás, la discusión sobre la consistencia unitaria de la figura de Ifigenia se ha extendido mucho. A favor de su consistencia y del auténtico sentido de su decisión como heroína de una victoria panhelénica, puede verse el librillo de G. Mellert-Hoffmann, *Untersuchungen zur «Iphigenie in Aulis» des Euripides,* Heidelberg, 1969.

5 La autenticidad de los anapestos iniciales ha sido defendida por Mellert-Hoffmann, *o. c.,* págs. 91 y sigs., y por B. M. W. Knox en «Euripides' Iphigeneia in Aulis (in that order)», *Yale Class. St.* 22 (1972), págs. 239-261.

Por otra parte está el coro, que tiene poco que decir. En la *párodos* tenemos un aria lírica descriptiva, como algunos estásimos de las *Fenicias* o de la *Electra*. Los demás cantos del coro evocan temas tópicos. El fragmento lírico más elevado es la monodia de Ifigenia (vv. 1279 y ss.), patética despedida de la vida.

En cuanto al éxodo de la tragedia, no conservamos el texto original, sino una reelaboración del mismo bastante posterior a la muerte del trágico. A partir del verso 1570 se encuentran expresiones y secuencias métricas inaceptables como auténticas. Por otro lado Eliano (alrededor de 170 a 240 de nuestra era) nos ha trasmitido tres versos del final original de la *Ifigenia* que no se encuentran en el texto conservado, ni encajan en él, puesto que los declama la diosa Ártemis, que como diosa *ex machina* debía de aparecer aquí. En lugar de tal aparición, tenemos un largo relato de mensajero, puesto en boca de un servidor real.

Los estudiosos sitúan el comienzo de la escena añadida algo antes (hacia el verso 1532) o algo después (hacia el verso 1577, como hace Murray), pero coinciden en señalar su carácter de añadido posterior. En fin, es también posible la suposición de que Eurípides no hubiera concluido del todo la pieza y que, tanto en la secuencia de algunos versos del prólogo como aquí, se notara cierta imperfección formal.

El tema del sacrificio de Ifigenia es desconocido de Homero. En la *Ilíada*, canto IX, versos 144 y ss., se dice que las tres hijas de Agamenón: Crisótemis, Laodicea e Ifianasa (que creemos equivalente a Ifigenia) habitan el palacio de Micenas. En cambio, ya Hesíodo en su *Catálogo de las mujeres* decía que «Ifigenia no murió, sino que, por decisión de Ártemis, es Hécate» (Frg. 23b. Procedente de Pausanias, I 43, 1), lo que parece aludir a la leyenda del sacrificio reclamado por la diosa y a la sustitución de la víctima humana y su

divinización posterior. Sabemos —por el resumen de Proclo— que el tema estaba tratado en los *Cantos Chipriotas*, de los que, como en otras tragedias, pudo Eurípides tomar el mito[6].

A la ferocidad del sacrificio, cometido por Agamenón, alude el primer coro del *Agamenón* de Esquilo, vv. 179 y ss., trazando una pintura de la patética escena. (Un tema que fue también motivo para los pintores y ceramistas de la época, como atestiguan dos pinturas pompeyanas, que reproducen modelos de época clásica, otra de Ampurias, etc.) Esquilo parece haber dedicado a la leyenda de Ifigenia una trilogía: *Thalamopoioí, Ifigenia, Sacerdotisas*, son los nombres de las piezas de las que conservamos unos pocos fragmentos. También sabemos que Sófocles compuso una *Ifigenia*, que sabemos tenía algunos detalles diferentes de la versión de Eurípides (p. e. el coro estaba compuesto de guerreros griegos, el encargado de traer con astucia a la joven hasta Áulide era Odiseo).

Entre los latinos Nevio compuso una *Ifigenia*. Lucrecio alude en su poema (I 94 y ss.) al tema del sacrificio, como ejemplo de los terribles efectos de la superstición (*Tantum religio posuit suadere malorum.*)

De las tragedias inspiradas en la de Eurípides la más lograda es, sin duda, la de Racine (de 1674), que estaba precedida de otras adaptaciones del tema a la escena francesa, como las de Rotrou, Leclerc, y Coras. De las traducciones a otros idiomas hay que destacar la latina de Erasmo en 1524, y la alemana de Schiller en 1790. (A Goethe le atrajo mucho más el tema de la otra pieza euripidea, que reelaboró en su drama *Iphigenie auf Tauris*.)

---

6 Cf. F. Jouan, *Euripide et les légendes des Chants Cypriens*, París, 1965.

Estructura del drama.

PRÓLOGO (1-163). Está constituido por un diálogo entre un viejo esclavo y Agamenón en la noche calma del campamento en Áulide. El diálogo, en terámetros anapésticos, enmarca un prólogo de corte típico (vv. 48-114), recitado por Agamenón en trímetros yámbicos.

PÁRODO (164-302). Es un largo canto donde las mujeres de Calcis describen líricamente el esplendor del contingente aqueo que aguarda zarpar hacia las costas troyanas.

EPISODIO 1.º (303-542). Comienza con la entrada brusca de Menelao y el viejo esclavo disputando. Reaparece luego Agamenón y sigue un duro debate entre los dos Atridas. Luego otro servidor anuncia la inminente llegada de Clitemestra e Ifigenia.

ESTÁSIMO 1.º (543-589). El Coro loa la prudencia en el amor para citar luego en contraste la conducta de Paris y Helena.

EPISODIO 2.º (590-750). Aparecen Clitemestra e Ifigenia frente a Agamenón. La escena del encuentro y el diálogo entre la hija y su padre, y entre los dos esposos está impregnada de ironía trágica.

ESTÁSIMO 2.º (751-800). Se profetiza el asalto a Ilión.

EPISODIO 3.º (801-1035). Presenta el encuentro de Aquiles y Clitemestra. Acude luego el viejo esclavo para informar a su señora del verdadero propósito de Agamenón al hacer venir a su hija a Áulide. Clitemestra implora la ayuda de Aquiles.

ESTÁSIMO 3.º (1036-1097). Se comenta la grandeza de Aquiles y el luctuoso destino de la joven Ifigenia.

EPISODIO 4.º, de gran amplitud (1097-1508). Comprende dos diálogos entre tres personajes: primero entre Agamenón, Clitemestra e Ifigenia, y luego entre Clitemestra, Ifigenia y Aquiles. Las dos escenas están separadas por un lamento lírico de Ifigenia (1276-1337). Entre la primera y la segunda escena tiene lugar el cambio de actitud de la joven, que al final sale decidida al sacrificio por la patria y la victoria de los griegos.

ESTÁSIMO 4.º (1509-1531). Enlaza con el aria de despedida de Ifigenia (vv. 1475 y sigs.) y es muy breve.

ÉXODO (1532-1629). Lo forma el relato del Servidor a Clitemestra sobre el milagro acaecido y la rápida despedida de Agamenón.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Como para las versiones precedentes, nos hemos basado en el texto editado por G. MURRAY, en la colección «Oxford Classical Texts».

Para las notas me ha sido muy útil la edición comentada de S. ROSSI, *Ifigenia in Aulide*, Turín, s. a. (El prólogo está fechado en 1914.)

VARIANTES TEXTUALES

	Texto de Murray	*Texto adoptado*
1-48	Tras v. 114.	Orden tradicional.
3	σπεύσεις;	πεύσει
84	†κἆτα Μενέλεω χάριν†	δῆτα Μενέλεω χάριν
105-114	[ ]	Sin corchetes
263	ναῦς ⟨ἦλθ'⟩ Οἰλέως	ναῦς ⟨ἦν⟩ Οἰλέως
367	ἐκπονοῦσ' ἔχοντες	ἐκπονοῦσ' ἕκοντες
375		[ ] secl. Vitelli.
385	οὐ	ἦ...;
590	CORO DE HOMBRES DE ARGOS	CORO DE MUJERES
652	†οὐκ οἶδ' ὅ τι φῄς, οὐκ οἶδα, φίλτατ' ἐμοὶ πάτερ†	οὐκ οἶδ' ὃ φῄς, οὐκ οἶδα, φίλτατ' ὦ πάτερ.
682	ὑμῖν	ἡμῖν
734	οὐδὲ φαῦλ' ἡγητέα	σὺ δὲ φαῦλ' ἡγῇ τάδε.
748	ἐξευπορήσων	ἐξιστορήσων
749-750		[ ] secl. Hartung.
795	[Λήδα]	Sin corchetes

	Texto de Murray	*Texto adoptado*
808	ἄπαιδες	καὶ παῖδας
865	†ἂν ὥσῃ† χρόνον· ἔχει δ' ὄγκον	ὀνήσει χρόνον· ἐχει δ' ὄκνον
971	†φόνου κηλῖσιν αἵματι†	φόνου κηλῖσιν αἵματος
1006-1007		[ ] secl. Conington
1011	†πειθώμεθ' αὖτις†	πείθωμεν αὖθις
1033	ἔστιν	ἔσται
1034	δίκαιος ὢν ἀνὴρ ⟨θεῶν⟩	⟨σύ τοι⟩ δίκαιος ὢν ἀνὴρ
1083	†ἐλθοῦσαν ὀρέων†	ἐλθοῦσαν ὀρείαν
1168	καλὸν †γένος†	καλόν γέ τοι
1179	⟨νόστον⟩	μισθὸν
1185	†δὲ παῖδ' ἔνθα†	δὲ τὴν παῖδ'· ἔνθα
1204	ὑπότροφον	ὑπόροφον
1291	ὤφελες	ὤφελεν
1310	μὲν	μὰν
1311	πρόθυμα δ'	προθύματ'
1320-1321	[ἅδ']... [ἐς Τροίαν]	Sin corchetes
1443	τὸ θνῄσκειν, οὐ τάφος, νομίζεται.	τὸ θνῄσκειν οὐ τάφος νομίζεται;
1495-1496	δάϊ' ὄνομα δι' ἐμὸν [τᾶσδ'] Αὐλίδος	δάϊα δι' ἐμὸν τᾶσδ' Αὐλίδος

PERSONAJES

AGAMENÓN.
ANCIANO.
CORO.
MENELAO.
MENSAJERO 1.º
CLITEMESTRA.
IFIGENIA.
AQUILES.
MENSAJERO 2.º

(La acción transcurre en el campamento griego en Aulide, en la plazoleta ante la tienda de Agamenón. Sale de ella éste, y luego un viejo esclavo.)

AGAMENÓN. — ¡Eh, anciano, ven ante estas tiendas!

ANCIANO. — Voy. ¿Qué planeas de nuevo, soberano Agamenón?

AGAMENÓN. — Lo sabrás.

ANCIANO. — Me apresuro. Desde luego la vejez me hace insomne y hay agudeza en mis ojos.

AGAMENÓN. — ¿Qué astro es, pues, ese que surca el cielo?

ANCIANO. — Sirio [1], que avanza cerca de la Pléyade de las siete estrellas, ya en su cénit.

AGAMENÓN. — No hay ningún rumor, ni de pájaros ni de mar. Los silencios del viento dominan este estrecho de Euripo.

ANCIANO. — ¿Por qué tú te precipitas fuera de tu tienda, soberano Agamenón? Aún reina el reposo aquí en Aulide y los centinelas de los muros están inmóviles. Vayamos dentro.

AGAMENÓN. — Te envidio, viejo. Envidio a cualquier hombre que recorre hasta el fin una vida sin peligros,

---

1 Traduzco el término griego *Seírios* por Sirio, que es su valor normal. Sin embargo, ya TEÓN DE ALEJANDRÍA (en su *Perì astronomías* 16) citaba este pasaje de Eurípides, para señalar que los poetas daban tal nombre (de *seírios*) a cualquier estrella muy brillante. La costelación de Sirio no está vecina a la de las Pléyades. De referirse a ella, el poeta cometería un error astronómico.

desconocido y sin fama[2]. A los que ocupan cargos de honor los envidio menos.

ANCIANO. — Pero precisamente en eso reside lo bello de la vida.

AGAMENÓN. — Mas esa belleza es engañosa; y la ambición de honores es dulce pero atormenta al que los consigue. Unas veces un fallo en las cosas que a los dioses atañen trastorna una vida, otras veces la desgarran las opiniones múltiples y volubles de los hombres.

ANCIANO. — No alabo esos pensamientos en un gran hombre. No te engendró para sólo venturas Atreo, Agamenón. Has de alegrarte y sufrir, ya que has nacido mortal. Aunque tú no lo quieras, así será la voluntad de los dioses. Pero has desplegado la luz de la lámpara y escribes una tablilla[3], ésa que todavía llevas en tus manos, y de nuevo borras esas líneas; y les imprimes tu sello, y luego lo rompes y arrojas al suelo la tablilla de pino, derramando copiosas lágrimas, y no te falta

---

2 Es curioso que Eurípides ponga este elogio de la vida retirada y modesta, que anticipa el lema epicúreo de «vive ocultamente», nada menos que en boca del gran rey Agamenón. En otros lugares, como p. e. *Medea* 122 y sigs., e *Hipólito* 1019 y sigs., encontramos acentos semejantes, pero éste es el pasaje donde más claramente se expresa esa renuncia al ideal de la gloria tradicional, que representa un anhelo del viejo poeta, desengañado de la política. El texto se hizo famoso. Lo cita PLUTARCO en *Sobre la tranquilidad de ánimo* 471, y CICERÓN en *Tusculanas* III 24.

3 La misiva de Agamenón es designada unas veces con el término griego *délton* «tablilla» (que alude a su forma, en relación con *délta*) y otras con el de *peúkē* «tabla de pino» (por la materia de que se hacía). Las tablillas enceradas y escritas se plegaban, como un díptico, y luego se marcaban con el sello (*sphragís*) que garantizaba la autenticidad del envío.

En cuanto a la escena del personaje que, asaltado por dudas, rescribe y destruye lo escrito, parece haber sido imitada por OVIDIO en *Metam.* IX 521 y sigs.

ningún signo de extravío para parecer que deliras. ¿Qué te acongoja? ¿Qué te preocupa de nuevo, rey? ¡Venga, comunícanoslo de palabra! A un hombre bueno y leal vas a hablar. Pues ha tiempo me envió Tindáreo con tu esposa, como parte de su dote, para fiel servidor de la novia.

AGAMENÓN. — Tuvo Leda Testíade tres hijas: Febea, Clitemestra, mi mujer, y Helena[4]. Como pretendientes de ésta acudieron los príncipes más poderosos de Grecia. Entre ellos se cruzaron terribles amenazas, incluso de muerte, por parte de todo aquel que no consiguiera a la joven. El conflicto mantenía en la perplejidad a su padre Tindáreo, sobre si conceder o no concederla en matrimonio, y cómo saldría mejor del lance. Al fin se le ocurrió esto: que los pretendientes concertaran recíprocos juramentos y se dieran las manos, y, derramando libaciones, sobre las víctimas sacrificadas juraran lo siguiente: defender conjuntamente a aquel de quien se hiciera esposa la joven Tindáride, si alguno la raptaba y escapaba con ella lejos de su palacio despreciando a su marido y el lecho conyugal; y marchar en campaña para arrasar su ciudad por las armas, tanto si fuese griega o bárbara. Una vez que se hubieron juramenta-

[4] La explicación de Agamenón se remonta a los antecedentes del linaje de su mujer. Como en otros prólogos, Eurípides da una genealogía con algunos detalles novedosos. Leda, hija de Testio, rey de Pleurón en Etolia, casada con Tindáreo, tuvo amores con Zeus, metamorfoseado en cisne. Sus hijos fueron Clitemestra y Helena, Cástor y Polideuces, según las versiones tradicionales. Aquí se nombra a una tercera hija: Febea, la «brillante», que sólo es citada aquí y en Ovidio (*Her.* VIII 77).

Por lo demás, la exposición de Agamenón está dirigida a los espectadores más que al viejo esclavo, quien, como se ve luego, no se entera bien de algunos datos importantes. (Lo que es un argumento más a favor de quienes piensan que esta tirada de versos está concebida como un prólogo independiente de los espondeos de la escena inicial.)

do, y a su modo bien trabados los dejó el viejo Tindáreo con su aguda astucia, le permite a su hija elegir a uno de los pretendientes, según la inclinaran las amables auras de Afrodita. Y ella eligió —¡ojalá que él no la hubiera desposado jamás!— a Menelao. Pero cuando desde Frigia llegó a Lacedemonia el que había juzgado entre las diosas —según sostiene el mito de los argivos—, primoroso con la pompa de sus vestidos y deslumbrante de oro, con su lujo bárbaro, se enamoró de ella, y ella de él; la raptó y se marchó con Helena hacia los prados del Ida, aprovechando la ausencia de Menelao. Pero éste, enfurecido, a la carrera invoca por toda Grecia los antiguos juramentos de Tindáreo, so pretexto de que hay que socorrer a los ultrajados.

Conque por eso los griegos acudieron a la lanza y tomando sus armas han llegado a los pasos angostos de esta región de Áulide, guarnecidos de naves y de escudos, con numerosos caballos y carros. Y a mí, luego, en atención a mi hermano Menelao me eligieron para dirigir el ejército. ¡Dignidad ésta que ojalá algún otro hubiera recibido en mi lugar! Con el ejército reunido y aprestado permanecemos en Áulide sometidos por la imposibilidad de navegar. Y Calcante, el adivino, cuando consultamos los oráculos en nuestro apuro, respondió que sacrificáramos a Ifigenia, a quién yo engendré, en honor de Ártemis, que habita por esta región, y que obtendríamos la navegación y el aniquilamiento de los frigios [si hacíamos tal sacrificio; pero si no la sacrificábamos no lo conseguiríamos].

Al oírlo, yo ordené a Taltibio que por medio de una solemne proclama licenciara a toda la tropa, porque pensé que jamás me atrevería a matar a mi hija. Pero entonces mi hermano, aduciendo todo tipo de argumentos, me persuadió a cometer esa atrocidad. Y en los pliegues de una tablilla he escrito, y la he mandado

a mi mujer, que envíe a nuestra hija para desposarla con Aquiles, enalteciendo la dignidad de este guerrero y diciendo que no quiere navegar con los aqueos si no llega a Ptía una esposa de nuestra familia. Este medio de persuasión tenía para con mi mujer, concertando una falsa boda para la muchacha. Entre los aqueos somos los únicos en saber lo que sucede Calcante, Ulises [5], Menelao y yo. Pero lo que entonces yo había decidido mal, de nuevo lo he vuelto a reescribir bien en esta tablilla, que en la tiniebla de la noche me viste abrir y volver a cerrar, anciano.

Mas, ¡vamos!, parte llevando esta carta a Argos. Lo que la tablilla guarda en sus pliegues, todo lo ahí escrito, te lo referiré de palabra, ya que eres leal a mi esposa y a mi casa.

ANCIANO. — Dímelo y exponlo, para que también de palabra hable yo de acuerdo con tu escrito.

AGAMENÓN. — «En contra de mi misiva anterior te comunico, retoño de Leda, que no envíes a tu hija hacia la sinuosa costa de Eubea, a Áulide a la que no baten las olas. Pues es preciso demorar para otras épocas el festín de bodas de nuestra hija».

ANCIANO. — ¿Y cómo, Aquiles, al sentirse privado de su boda, no alzará su cólera, resoplando gran rencor, contra ti y tu esposa? También esto es terrible. Indícame lo que respondes.

AGAMENÓN. — Aquiles, que sólo de nombre, y no de hecho, se presentaba, no sabe de tal boda, ni lo que

---

[5] Es curioso el que también Ulises esté al tanto de la trampa contra Ifigenia. Más tarde eso será un impedimento más para volverse atrás del plan mortífero contra la joven. Es probable que Eurípides recoja así, variándola, la versión más tradicional, presentada por Sófocles en escena, en la que Ulises era el encargado de traer a Áulide a Ifigenia, engañada. Ulises era, por su astucia, el encargado de tales comisiones, como en el caso de obtener el arco de Filoctetes.

planeamos ni que prometí entregar a mi hija en sus brazos en el lecho de bodas.

Anciano. — Te arriesgabas tremendamente, soberano Agamenón, al prometer que harías a tu hija esposa del hijo de la diosa, cuando la traías como víctima en honor de los dánaos.

Agamenón. — ¡Ay de mí! Perdí el juicio y, ¡ay! ¡ay!, caigo en mi perdición. Pero ve, mueve tu pie, sin ceder en nada a tu vejez.

Anciano. — Me apresuro, rey.

Agamenón. — No te sientes siquiera junto a las fuentes del bosque ni te dejes tentar por el sueño.

Anciano. — ¡No digas palabras de mal agüero!

Agamenón. — Y siempre que encuentres una encrucijada mira por todos lados, vigilando que no te pase de largo a tu lado algún carro que conduzca sobre sus ruedas rápidas a mi hija hacia acá, junto a las naves de los dánaos.

Anciano. — Así será.

Agamenón. — Y si ahora al salir de estos recintos te topas con ese acompañamiento, hazlo volver, empuña el bocado de los caballos, reenviándolos hacia los sacros muros ciclópeos[6].

Anciano. — ¿Y cómo resultaré digno de crédito al notificarlo, dime, ante tu hija y tu esposa?

Agamenón. — Guarda el sello que llevas sobre esta tablilla. ¡Ve! Alborea ya esta luz la brillante aurora y el fuego de la cuadriga de Helios. ¡Comparte mis esfuerzos! Ninguno de los mortales es magnífico ni feliz hasta el fin. Pues aún no ha nacido nadie inmune a la pena.

---

6 Es decir, a Micenas, cuyos muros estaban hechos con grandes masas rocosas, por lo que la construcción se atribuía a los míticos Cíclopes.

CORO.

Estrofa 1.ª

Vine a la ribereña arena de la marina Áulide cruzando las corrientes del Euripo de angosto paso, dejando mi ciudad, Calcis, nodriza de las aguas vecinas al mar de la ilustre Aretusa[7], *para ver la hueste de los aqueos y los remos que impulsan las naves de los magníficos semidioses, que hacia Troya sobre los troncos de mil naves*[8] *conducen el rubio Melenao y el muy noble Agamenón, según cuentan nuestros esposos, en pos de Helena a la que raptó el boyero Paris, desde el Eurotas criador de cañas*[9], *como don de Afrodita, por la ocasión en que junto a las aguas de un manantial mantuvo Cipris una disputa, una disputa de belleza, con Hera y Atenea.*

Antístrofa 1.ª

Acudí presurosa cruzando el bosque de Ártemis, donde se le ofrecen muchos sacrificios, empurpurando mis mejillas con un recién florecido pudor, porque ansiaba ver el baluarte de escudos y las tiendas cubiertas de armas y el tropel de caballos de los Dánaos. Y he visto a los dos Ayantes camaradas y vecinos, el hijo de Oileo y el de Telamón, gloria de Salamina. Y

---

[7] El coro de mujeres comienza por aclarar su procedencia. Acuden curiosas desde la ciudad de Calcis en la otra ribera del Euripo a contemplar a los héroes de la gran expedición. La lírica evocación del Coro recuerda, en su breve recorrido de los nombres más ilustres de los héroes, dos pasajes homéricos: el Catálogo de las Naves y la *Teichoscopia* de la *Ilíada*.

En cuanto a la fuente Aretusa, aquí se trata de la nacida en Calcis. Conocemos otras tres más con tal nombre: una en Esmirna, otra en Ítaca, y la más conocida de todas, en Siracusa.

[8] El número «mil» aplicado a las naves de los aqueos indica una cantidad «innumerable» de navíos. En el canto II de la *Ilíada* se numeran 1196.

[9] El Eurotas, hoy Vasilipótamo, es el río de Esparta.

a Protesilao que se divertía con las variadas figuras del juego de damas, sentado frente a Palamedes, al que engendró el hijo de Posidón[10]. *Y a Diomedes que se regocijaba con los placeres del disco; y junto a él a Meriones, vástago de Ares, maravilla de los hombres; y al hijo de Laertes, venido de las montañas isleñas; y junto a ellos, a Nireo, el más bello de los aqueos.*

Epodo.

Y al veloz en la carrera de pies, igual del viento, a Aquiles, a quien dio a luz Tetis y educó Quirón, lo he visto en la playa de guijarros, sostener una carrera con todas sus armas. Se esforzaba en un enfrentamiento de sus pies contra una cuadriga por obtener la victoria en carrera de ida y vuelta. El conductor del carro, Eumelo Feretíada, animaba a gritos a sus caballos, los más bellos que he visto, recubiertos de oro en sus bocados, al tiempo que los azuzaba con el látigo. Los del centro, bajo el yugo, eran ruanos, moteados de mechones blancos, y los de fuera, que se sujetan con correas, que equilibrados se contrarrestan en las vueltas de la carrera, alazanes de crines rojizas, de abigarrado color en sus patas solípedas. A la par de ellos avanzaba a saltos el Pelida, junto al flanco del cubo y las ruedas del carro[11].

---

10 Palamedes es el único de los caudillos aquí citados que no figura en el poema homérico. Era hijo de Nauplio, rey de Eubea e hijo de Posidón. Famoso por su inteligencia, se le atribuían varios inventos, como el del juego de *pessoí* al que aquí se dedica. No llegó a participar en los grandes combates ante Troya, porque Ulises lo acusó, falsamente, de traición y fue muerto por los griegos. Protesilao fue el primer caído en la guerra, muerto por Héctor al saltar el primero sobre la tierra troyana.

11 En Homero el epíteto tradicional de Aquiles, «el de los pies veloces» no aparece justificado especialmente. Aquí el dramaturgo nos presenta al famoso Aquiles compitiendo como *hoplitodrómos* nada menos que con las yeguas de Eumelo, hijo

Estrofa 2.ª

Llegué ante un montón de naves y un espectáculo indecible, para saciar la curiosidad femenina de mis ojos, un dulce placer. Y ocupando el ala derecha de la flota estaba el belicoso contingente de los Mirmidones de Ptía con cincuenta impetuosas naves. En lo alto de sus popas en imágenes doradas se alzaban las divinas Nereidas, como emblema del ejército de Aquiles.

Antístrofa 2.ª

En iguales en número de remos a éstas, las naves de los argivos se alzaban a su vera. De ellas el caudillo era el hijo de Mecisteo, al que Tálao crió como padre adoptivo, y Esténelo, el hijo de Capaneo. Conduciendo sesenta naves del Atica el hijo de Teseo[12] *fondeaba a continuación, con la rápida diosa Palas sobre un carro de corceles alados como insignia, una visión de buen augurio para los navegantes.*

Estrofa 3.ª

Y la armada de los beocios, cincuenta naves marineras he visto decoradas con sus emblemas. Entre ellos estaba Cadmo con el dragón de oro, sobre la proa de los navíos. Y el terrígena Leito mandaba el naval ejército. Y desde la tierra de Fócide... De los locros conduciendo igual número de naves estaba el hijo de Oileo, que había partido de la ilustre ciudad de Tronio.

---

de Feres, los más veloces caballos de la expedición, según HOMERO (*Il.* II, 763).

12 El hijo de Mecisteo era Euríalo, que en Homero conduce ochenta naves argivas. El hijo de Teseo es Demofonte, que no es nombrado en la *Ilíada*. Allí el jefe de las naves atenienses es Menesteo. Eurípides sigue aquí una versión no homérica, tal vez la de la *Pequeña Ilíada*, o recoge una tradición ática, que eleva el número de navíos de esta región a sesenta, en lugar de los cincuenta que da Homero, con lo que sobrepasa el número de naves argivas (en Hom. eran 80) y beocias.

Antístrofa 3.ª

De la Micenas ciclópea[13] *el hijo de Atreo envió a los tripulantes que en cien naves están congregados. Su hermano está a la vez como jefe de esta tropa, como un amigo junto a su amigo, con el fin de que la Hélade exija la venganza por la mujer que abandonó su hogar para desposarse con un bárbaro. Y vi, procedente de Pilos, de Néstor Gerenio la flota en cuyas popas puede verse como emblema al Alfeo, su vecino, con pezuñas de toro*[14].

Estrofa 4.ª

Las naves equipadas de los enianos eran doce, a las que comandaba el rey Guneo. A su vez junto a ellos estaban los príncipes de la Élide, a los que todo el ejército denomina epeos. A éstos los acaudillaba Eurito. Y la flota de blancos remos de los tafios la dirigía su jefe Meges, vástago de Fileo, procedente de las islas Equínades, inaccesibles a los navegantes.

Antístrofa 4.ª

Y Ayante, el que vive en Salamina, juntaba su ala derecha con la izquierda de la flota, enlazando a las naves junto a las que anclaba con sus doce navíos muy hábiles en los giros.

Así oí describir al contingente de la flota, y lo he visto. Cualquiera que le enfrente sus bárbaros bajeles[15]

---

13 En Homero Argos y Micenas figuran por separado en el *Catálogo*, pero en Esquilo y en Eurípides se identifican.

14 El río Alfeo, que corre junto a Pilos, estaba representado en forma de toro, como era frecuente con los ríos, acaso porque el toro simbolizaba la impetuosidad y la fecundidad.

15 Traduzco por «bajeles» una palabra *báridas* que designa a una especie de barcazas de origen egipcio, así como lo es el vocablo, como explica HERÓDOTO en *Hist.* II 96. También ESQUILO en *Persas* 553 aplica este nombre a las embarcaciones persas. El sentido de la palabra es muy vago, algo así como «navíos de tipo oriental», utilizados por los bárbaros.

no dará cuenta del camino de regreso. ¡Tal la he visto aquí, a la expedición naval! Después de haber oído estas cosas en mi casa, conservo ahora el recuerdo del ejército reunido.

(*Entran Menelao y el anciano servidor, al que Menelao ha arrebatado la tablilla.*)

ANCIANO. — ¡Menelao, es terrible tu atrevimiento, en lo que no debes atreverte!

MENELAO. — ¡Lárgate! Eres en exceso leal a tus amos.

ANCIANO. — Hermoso me resulta el reproche con que me afrentas.

MENELAO. — Te vas a lamentar, si haces lo que no te cumple hacer.

ANCIANO. — No debías abrir tú la tablilla que yo llevaba.

MENELAO. — Ni tú llevar lo que significa daño para todos los griegos.

ANCIANO. — ¡Disputa eso con otros! Pero devuélvemela a mí.

MENELAO. — No voy a dejarlo.

ANCIANO. — Tampoco yo la soltaré.

MENELAO. — Entonces pronto ensangrentaré con mi cetro tu cabeza.

ANCIANO. — Buen renombre procurar morir por sus señores.

MENELAO. — ¡Suelta! Para ser un esclavo das largas razones.

ANCIANO. — ¡Señor, nos ultrajan! ¡Éste me ha arrebatado tu carta de mis manos por la fuerza, Agamenón, y no quiere ceder a la justicia!

(*Sale Agamenón de su tienda.*)

AGAMENÓN. — ¡Basta! ¿Qué es este estrépito ante mis puertas y ese altercado de voces?

MENELAO. — Mi palabra, y no la de éste, es más valiosa para responder.

AGAMENÓN. — Pero, ¿por qué has llegado tú a disputar con él, Menelao, y lo arrastras con violencia?

(*El esclavo se retira, mientras Agamenón lo acompaña con la mirada.*)

MENELAO. — ¡Mira hacia mí, para que comience a responder a tus cuestiones!

AGAMENÓN. — ¿Acaso crees que, trémulo, no voy a alzar mis párpados yo, que soy hijo de Atreo?[16].

MENELAO. — ¿Ves esta tablilla, mensajera de perversísimos signos?

AGAMENÓN. — La veo. Con que, ante todo, apártala de tus manos.

MENELAO. — No, al menos hasta que muestre a todos los Dánaos lo escrito en ella.

AGAMENÓN. — ¿Es que sabes lo que convenía que ignoraras, tras violar el sello?

MENELAO. — Para tu aflicción, he descubierto los males que acometiste en secreto.

AGAMENÓN. — ¿Dónde la cogiste? ¡Oh dioses, qué impúdica mente la tuya!

MENELAO. — Mientras aguardaba a tu hija, por si llegaba al campamento desde Argos.

AGAMENÓN. — ¿Y por qué has de vigilar mis asuntos? ¿No es eso propio de un desvergonzado?

MENELAO. — Porque mi voluntad me lo pedía. No nací esclavo tuyo.

AGAMENÓN. — ¿No es terrible? ¿No se me va a permitir mandar en mi familia?

MENELAO. — Es que piensas de modo tortuoso, una cosa ahora, otra antes, otra al momento.

---

16 Hay un probable juego etimológico entre «trémulo» (*trésas*) y Atreo, considerado como en relación con *á-trestos*, «el intrépido». (Cf. PLATÓN,, *Crát.* 395 b.)

AGAMENÓN. — ¡Buenas frases haces! ¡La lengua hábil de los ruines es algo irritante!

MENELAO. — Una mente insegura sí que es una ruin adquisición y nada sincera para los amigos. Pero quiero convencerte, conque tú no rechaces por tu cólera la verdad ni tampoco yo insistiré en exceso.

¿Recuerdas, cuando ansiabas dirigir a los Dánaos en su marcha a Ilión, sin anhelarlo en apariencia, pero queriéndolo con toda tu voluntad? ¡Cuán humilde te portabas, estrechando cualquier mano, y manteniendo tus puertas abiertas para el que quisiera de los ciudadanos, e incluso para quien no tenía tal intención, tratando de comprar con tus modales lo que ambicionabas del público mercado! Y luego, una vez que conseguiste el poder, cambiando a otros modos, dejaste de ser amigo de los que antes fueron tus amigos, inaccesible y raro de ver tras los cerrojos. No debe el hombre de bien cuando pretende algo grande alterar sus hábitos, sino precisamente entonces ha de ser firme para sus amigos, cuando es capaz de ayudarlos al máximo por su buena fortuna.

Eso comienzo por reprocharte, ya que en eso te encontré por lo pronto ruin. Y en cuanto llegaste a Áulide con el ejército panhelénico, te anonadaste, porque estabas consternado por el infortunio dependiente de los dioses, al carecer de viento favorable. Los Dánaos reclamaban que licenciaras las naves y no pasar fatigas inútiles en Áulide ¡Qué desdichado semblante presentabas, y qué angustiado estabas porque, aunque mandabas en mil naves, no ibas a colmar de lanzas la tierra de Príamo! Y me consultabas: «¿Qué haré? ¿Qué salida voy a encontrar a estos apuros de modo que no me vea privado del mando y pierda la hermosa gloria?». Más tarde, cuando Calcante dijo que inmolaras a tu hija en los sacrificios a Ártemis para conseguir así la navegación de los Dánaos, aliviado en tu ánimo, de buen grado

prometiste sacrificarla. Y mandaste la orden por tu propia voluntad, no por la fuerza —¡no lo negarás!— a tu mujer, de que enviara aquí a la muchacha, con el pretexto de que iba a casarse con Aquiles. Y luego, modificando tu resolución has sido atrapado componiendo otra carta diferente, para no ser ya el matador de tu hija. ¡Estupendamente! ¡Este es el mismo aire que te oyó tales promesas!

¡Incontables son los que experimentan eso mismo ante el poder! Se empeñan con todo su ánimo por él, y luego lo ceden cobardemente, unas veces bajo la presión de la necia opinión de los ciudadanos, y otras justamente, porque son por sí mismos incapaces de proteger la ciudad.

Pero yo gimo sobre todo por la desventurada Grecia, que queriendo acometer algo glorioso, va a dejar que unos bárbaros insignificantes se burlen de ella, por culpa de ti y de tu hija. En verdad que no nombraría yo a nadie gobernante de un país ni jefe de sus tropas a causa de su linaje. ¡Una mente capaz debe poseer el jefe del ejército! [Para gobernante de la ciudad vale un hombre cualquiera, con tal que tenga inteligencia [17]].

CORIFEO. — Es terrible que entre hermanos haya discusiones y peleas, cuando incurren en el odio.

AGAMENÓN. — Quiero acusarte bien, en breves palabras, sin alzar demasiado mis ojos a la desvergüenza, sino de modo más sensato, por ser tú mi hermano. Pues un hombre de bien aprecia la decencia.

Dime, ¿por qué exhalas furia con una sanguinolenta mirada? ¿Quién te ultraja? ¿De qué te encuentras fal-

17 Algunos estudiosos han considerado espúreo este verso 375, que contiene una afirmación harto exagerada para ser puesta en boca de Menelao, y tiene un aire de sentencia general muy típica de los añadidos posteriormente a algunas tiradas trágicas.

to? ¿Deseas recobrar una mujer virtuosa? No puedo procurártela. La que conseguiste, la dirigiste mal. ¿Ahora voy a pagar yo la pena por tus daños, yo que no he delinquido? ¿Es que te irrita mi ambición? Pero tú deseas retener en tus brazos a tu hermosa mujer, dejando a un lado la razón y el honor. Perversos son los placeres de un hombre indigno. Si yo, tras decidir antes mal, cambié de determinación, ¿estoy loco? Más bien tú, que, después de perder una mala esposa, quieres recuperarla, cuando la divinidad te ha concedido esa suerte. Juraron el juramento de Tindáreo los insensatos pretendientes ansiosos de boda. Fue la esperanza, creo, como diosa, la que lo consiguió, más que tú y tu fuerza. ¡Tómalos a ésos contigo y ponte en campaña! Están prontos a la locura. Pues la divinidad no es inconsciente, sino que puede distinguir los juramentos mal tomados y forzados. Por mi parte no voy a matar a mis hijos. Y no vas a salirte bien con la tuya injustamente, tras la venganza de una mujer muy infame, mientras que mis noches y días se bañan de llanto, por haber actuado de modo impío e injusto contra los hijos que engendré.

Ya te lo he dicho breve, clara y directamente. Si tú no quieres ser sensato, yo trataré de disponer mis asuntos.

CORIFEO. — Estos argumentos son desde luego diferentes de los expuestos antes, pero son acertados: no hay que sacrificar a los hijos.

MENELAO. — ¡Ay, ay! ¡Por lo visto no cuento con amigos, infeliz de mí!

AGAMENÓN. — Los tendrías si no quisieras acabar con ellos.

MENELAO. — ¿Cuándo me darás pruebas de haber nacido del mismo padre que yo?

AGAMENÓN. — Estoy dispuesto a compartir contigo la cordura, pero no el desvarío.

Menelao. — Los amigos deben sufrir en común con los amigos.

Agamenón. — Anímame a ello actuando bien, pero no apenándome.

Menelao. — ¿Acaso no te parece bien esforzarte en esto con toda la Hélade?

Agamenón. — La Hélade delira contigo por obra de algún dios.

Menelao. — ¡Envanécete pues de ese cetro, después de traicionar a tu hermano! Yo recurriré a otros medios y a otros amigos.

Mensajero. — ¡Oh soberano de todos los helenos, Agamenón, vengo conduciendo según tu mandato a tu hija, a la que en tu casa llamabas Ifigenia! La acompaña su madre, tu Clitemestra en persona, y tu hijo Orestes, de modo que te alegrarás al verlos después de tanto tiempo de ausencia. Pero como hicieron un largo camino, refrescan sus pies delicados en limpia fuente, tanto ellas como las cabalgaduras. A éstas las soltamos por la hierba de los prados para que se sacien de pasto. —Yo, anticipándome presuroso, he venido para que tú te prepararas—. Porque el ejército está enterado, ya que se expandió rápido el rumor de que tu hija llegaba. Toda la tropa acude a la carrera al espectáculo, para ver a tu hija. Los grandes destacan por su fama y atraen la atención de todos los mortales. Y se dicen: «¿Se prepara un himeneo o qué? ¿Es que al sentir nostalgia de su hija el soberano Agamenón la hizo venir?». Eso es lo que oirías entre ellos. «Presentan como a una novia a la muchacha ante Ártemis, señora de Áulide. ¿Quién va a desposarla pues?». Pero, venga, manda disponer los cestillos rituales para estos acontecimientos, coronad vuestra cabeza, y tú, soberano Menelao, prepara el himeneo [18]. ¡Y que bajo los techos suene la

[18] Para las ceremonias preliminares del matrimonio, había que preparar canastillos con granos de cebada para las ofren-

flauta y haya redobles de danza! Porque este día se presenta colmado de dicha para la joven.

AGAMENÓN. — Te lo agradezco. Pero ve al interior de las fortificaciones. Lo demás, si la fortuna nos asiste, saldrá bien.

(*El mensajero sale de escena.*)

¡Ay de mí! ¡Qué voy a decir, desdichado! ¿Por dónde empezar? ¡Bajo qué yugo del destino estamos caídos! Me trabó en su presa el dios, que ha resultado ser mucho más astuto que mis astucias. ¡Cuán cierta ventaja ofrece la oscuridad de linaje! Pues ellos pueden llorar fácilmente y decirlo todo. En cambio para el noble de nacimiento eso es indecoroso. Tenemos a nuestra dignidad como inspectora de nuestra vida y somos esclavos de la muchedumbre. Porque ya me avergüenzo de llorar y, a la vez, me avergüenzo de no llorar, ¡pobre de mí!, caído en las más tristes calamidades.

¡Bien! ¿Qué voy a decirle a mi mujer? ¿Cómo voy a recibirla? ¿Y con qué rostro afrontaré su mirada? Bien que me ha perdido al presentarse sin ser llamada en medio de las desgracias que me agobian. Pero es natural que viniera a acompañar a su hija y, para entregarla en matrimonio como a lo más querido, y aquí va a encontrar que soy un malvado. En cuanto a la infeliz doncella... ¿para qué doncella? Hades la convertirá pronto, según parece, en su mujer. ¡Cómo lo siento! Imagino ya que me suplicará con estas palabras. «¡Ah, padre! ¿Tú vas a matarme? ¡Así celebres idénticas bodas tú y todo el que tú ames!». Y Orestes, presen-

---

das, coronarse con guirnaldas de mirto y violetas, o rosas, como para una fiesta, y disponer los cantos de ritual. En este último respecto, el mensajero se dirije expresamente a Menelao, ya que como el pariente más próximo a los padres de la novia debía tener a su cargo, como una especie de testigo de bodas o *paránymphos*, estos preparativos.

ciándolo todo, a su lado gritará, consciente pero inarticuladamente, puesto que es aún un niño pequeño. ¡Ay! ¡Ay! ¡De qué modo, al desposar a Helena, me destruyó a mí Paris, el hijo de Príamo! ¡Él es el culpable de esto!

CORIFEO. — También yo me lamento por ti, y, como cumple a una mujer extranjera, gimo por la desdicha de los reyes.

MENELAO. — ¡Hermano, déjame estrechar tu mano derecha!

AGAMENÓN. — Te dejo. Tuya es, sí, la victoria y mío el dolor.

MENELAO. — Juro por Pélope, que fue el padre de mi padre y el tuyo, y por nuestro padre, Atreo, que voy a decirte abiertamente de corazón y sin ningún artificio todo lo que pienso. Yo, cuando te vi derramar lágrimas de tus ojos, me conmoví a fondo y yo mismo las he derramado a la vez por ti, y retiro mis palabras de antes, con las que te ofendí. Me pongo en el lugar en que tú te encuentras ahora.

Y te apoyo con mi consejo: no mates a tu hija ni antepongas mi interés. Pues no sería justo que tú sollozaras, y que mis asuntos marcharan felizmente, que murieran los tuyos y los míos vieran la luz. ¿Qué pretendo entonces? ¿No puedo realizar otro matrimonio principesco, si deseo casarme?

¿Pero, y si pierdo a mi hermano, a quien menos debiera perder [19], y recobro a Helena, el mal en lugar del bien? Era necio y alocado, antes de advertir, considerando las cosas de cerca, qué crimen es matar a un hijo.

---

[19] La pérdida de un hermano es más irrecuperable que la de la esposa o la de los hijos. Recuérdese lo que dice Antígona en la tragedia sofoclea, o la elección de la mujer de Intafernes en HERÓD., III 119.

Por otra parte, me entró compasión por la desdichada muchacha, al meditar en mi parentesco con ella, que iba a ser sacrificada con vistas a mi matrimonio. ¿Qué tiene de común Helena con tu joven hija? ¡Regrese disuelta nuestra expedición de Áulide! Y tú, deja de bañar tus ojos en llanto, hermano, y de excitarme también a mí a las lágrimas. Y si alguna parte me toca en el oráculo sobre tu hija, renuncio a ella. Te cedo mi derecho.

¿Que he cambiado mis crueles propósitos? Experimento lo natural. Por amor de mi hermano, me arrepentí. Éstos son los hábitos de un hombre de bien, ceder siempre a los mejores sentimientos.

CORO. — Has dicho palabras nobles y dignas de Tántalo, el hijo de Zeus; no desmereces de tus antepasados.

AGAMENÓN. — Te elogio, Menelao, porque, contra lo que yo esperaba, has modificado tus palabras de forma justa y digna de ti. El conflicto entre hermanos nace del amor y la ambición por la familia. Detesto ese tipo de familiaridad amarga para uno y otro[20]. Pero he aquí que nos encontramos en un trance forzoso: el realizar el sacrificio sangriento de mi hija.

MENELAO. — ¿Cómo? ¿Quién te va a obligar a matar a tu propia hija?

AGAMENÓN. — El conjunto entero de la tropa de los aqueos.

MENELAO. — No, si las envías de nuevo a Argos.

AGAMENÓN. — Eso lo podría lograr encubrir. Pero no podremos ocultar lo otro.

---

20 Las dos sentencias de los vv. 508-510 están atribuidas a Menelao en los manuscritos fundamentales de la tradición. Hermann los atribuyó a Agamenón. Boeckh piensa en una interpolación.

En ellas late una alusión a la terrible enemistad entre Atreo y Tiestes.

MENELAO. — ¿Qué cosa? No conviene, ciertamente, temer a la masa.

AGAMENÓN. — Calcante dirá sus vaticinios al ejército de los argivos.

MENELAO. — No, si lo matamos antes. Eso es fácil.

AGAMENÓN. — La raza entera de los adivinos, ambiciosa, es una peste.

MENELAO. — Para nada es inútil, ni tampoco útil cuando se presenta.

AGAMENÓN. — ¿No temes lo que se me ocurre?

MENELAO. — ¿Si tú no lo dices, cómo voy a imaginarme tal reparo?

AGAMENÓN. — El descendiente de Sísifo sabe todas estas cosas[21].

MENELAO. — Ulises no hace nada que nos vaya a dañar a ti ni a mí.

AGAMENÓN. — Es un hombre versátil por naturaleza y del partido de la masa.

MENELAO. — Desde luego está dominado por la ambición, un terrible vicio.

AGAMENÓN. — Así que imagínatelo erguido en medio de los argivos para decirles los vaticinios que nos expuso Calcante, y que yo prometí el sacrificio y que luego me niego a cumplir mi voto a Ártemis. Y tras arrebatar al ejército, y después de matarnos a ti y a mí, ordenará a los argivos degollar a la doncella. Y si huyo hacia Argos, se presentarán ante los muros ciclópeos, los tomarán y arrasarán la comarca. ¡Tales son mis

---

21 Frente a la versión homérica que hace a Ulises hijo de Laertes aparece en los trágicos la alusión a su ascendencia de Sísifo, famoso ladrón, prototipo de la malicia y el engaño. Ya en el *Ayax* y en el *Filoctetes* de Sófocles se menciona esta insultante ascendencia.

Está caracterizado como el político sin escrúpulos, «versátil» (*poikílos*, que es algo más fuerte que el adj. hom. *polýtropos*), dominado por la ambición (*philotimía*), un demagogo ejemplar.

pesares! ¡Ah, infeliz de mí! ¡Cuán abrumado estoy por los dioses en esta situación de ahora! Vigílame sólo una cosa, Menelao, yendo entre la tropa, que Clitemestra no se entere de esto, hasta que yo me haya apoderado y ofrecido a Hades a mi hija, para sufrir mi pena con las mínimas lágrimas. ¡Y vosotras, extranjeras, guardad silencio!

(*Salen ambos.*)

CORO.

Estrofa.

¡Felices los que con moderada pasión y con castidad participan de las uniones de Afrodita, gozando en la calma de sus enloquecedores aguijones, cuando Eros, el de áurea melena, dispara las flechas de las gracias, flechas de dos tipos; la una da una venturosa existencia, la otra trastorna la vida. Rechazo a ésta, bellísima Cipris, lejos de mi tálamo! Ojalá sea la mía una dicha moderada y puros mis deseos, y participe del amor, pero decline sus excesos.

Antístrofa.

¡Diferentes son las índoles de los hombres, diferentes sus costumbres! Pero el carácter auténticamente noble queda siempre patente. Y los hábitos de la educación contribuyen mucho a la virtud. Porque el sentido del pudor es sabiduría y tiene como atractivo compensatorio el observar, con ayuda de la razón, el deber, en lo que, afirman, nuestra vida consigue una gloria inmarcesible. ¡Gran cosa es perseguir la virtud, para las mujeres al evitar a la Cipris furtiva; y entre los hombres, en cambio, el ínsito sentido del orden, fecundo en buenos efectos, aumenta la grandeza de su ciudad!

Epodo.

Viniste, Paris, del lugar donde tú te habías criado como boyero entre las blancas terneras del Ida, tocan-

do en tu siringe aires bárbaros, modulando imitaciones de Olimpo[22] *con las cañas de las flautas frigias. Y mientras las vacas de buenas ubres pastaban, allí te llevó a la locura el concurso de las diosas, que te envió a Grecia ante el palacio de puertas con decorados marfileños, donde en los ojos de Helena, que se enfrentaron a los tuyos, infundiste amor, y de amor tú mismo te abrasaste. Por eso la discordia mueve a Grecia en discordia, con lanza y naves contra los muros de Troya.*

(*Aparece el carro donde viajan Clitemestra, Ifigenia y Orestes.*)

¡Ah! ¡Ah! ¡Grandes son las venturas de los grandes! ¡Ved a la hija del rey, a la princesa Ifigenia y a Clitemestra, la hija de Tindáreo, cómo, descendientes de grandes reyes, llegan para encumbrados destinos! ¡Cual dioses son los poderosos y los magnates para los mortales desventurados!

Quedémonos aquí, jóvenes nacidas y habitantes de Calcis, y acojamos a la reina que descienda sin traspiés de su carro a la tierra, ofreciéndola amablemente el apoyo de nuestros brazos con la mejor intención. Y para que no se atemorice en el momento de su llegada la ilustre hija de Agamenón, tampoco ofrezcamos ruido ni tumulto a las extranjeras argivas como mujeres de otra tierra.

CLITEMESTRA. — Consideramos éste un presagio favorable: tu amabilidad y el tono de buen augurio de tus palabras[23]. Tengo una cierta esperanza de acudir como

---

22 Olimpo, discípulo de Marsias, había sido, según la leyenda, el inventor de melodías muy afamadas para la flauta frigia.

23 La importancia de las palabras de buen augurio, la *euphēmía lógōn*, era especial en el momento de una llegada o una partida, pero mucho más en un caso como el de esta escena, en que madre e hija acuden a una boda, según cree Clitemestra. Ella viene como «conductora de la novia», *nymphagōgós*, y trae

conductora de la novia a un noble enlace. Bien, sacad del carro los regalos de dote que traigo para mi hija, y llevadlos con cuidado al interior de la tienda. Y tú, hija mía, deja el carro de caballos y pon tu delicado pie con firmeza en tierra. Y vosotras, jóvenes, recibidla en vuestros brazos y hacedla bajar del vehículo. Y que alguien me ofrezca el apoyo de su mano para que salga de mi asiento en este carro de modo digno. Vosotras colocaos delante de las parejas de caballos, que el ojo del caballo es asustadizo, si no se le conforta. Recibid también en vuestros brazos a este niño, el hijo de Agamenón, a Orestes. Pues aún es un niño pequeño... ¿Hijo, duermes mecido por el movimiento del carro? Despierta felizmente en el himeneo de tu hermana, pues siendo tú noble vas a adquirir parentesco con un hombre valioso, del linaje divino de una Nereida. A mi lado, colocate aquí de pie junto a tu madre, hija, Ifigenia, y deja que me presente como dichosa ante estas extranjeras teniéndote a mi vera, y ahora ya vamos a saludar a tu querido padre.

(*Entra Agamenón. Ifigenia corre a su encuentro.*)

IFIGENIA. — ¡Madre, me adelanto a ti! ¡Y no te enfades! ¡Quiero apretar mi pecho sobre el pecho de mi padre!

CLITEMESTRA. — ¡Oh, soberano Agamenón, a quien respeto al máximo, estamos aquí, obedientes a tus órdenes!

IFIGENIA. — [Yo quiero correr a abrazarme a tu pecho, padre, después de tanto tiempo.] Porque añoro su presencia. No te enfades.

---

consigo los regalos de la dote, *phernás*. En los poemas homéricos es generalmente el pretendiente quien ofrece la dote, o la compensación, al padre de la novia. En cambio, el uso posterior es el aquí representado, que ya aparece alguna vez en Homero, en que es el padre de la novia quien aporta la dote nupcial.

CLITEMESTRA. — No, hija, está bien, siempre has sido, de los dos hijos que he tenido, la más cariñosa con tu padre.

IFIGENIA. — ¡Padre, con qué alegría te veo después de largo tiempo!

AGAMENÓN. — Como tu padre a ti. Lo que dices se aplica a ambos.

IFIGENIA. — Te saludo. Bien hiciste al hacerme venir junto a ti, padre.

AGAMENÓN. — No sé cómo decir eso y negarlo, hija.

IFIGENIA. — ¡Oh! ¿Cómo tienes una mirada recelosa si estás contento de verme?

AGAMENÓN. — Muchas cosas preocupan a un rey y a un jefe del ejército.

IFIGENIA. — Dedícate ahora a mí, no te cuides de tus preocupaciones.

AGAMENÓN. — Bien, ahora estoy contigo todo entero y no en otra parte.

IFIGENIA. — Relaja, pues, tu entrecejo y dispón una mirada amable.

AGAMENÓN. — Mira, ya estoy contento, como puedo estarlo al verte, hija.

IFIGENIA. — ¿Y después de eso, derramas lágrimas en tus ojos?

AGAMENÓN. — Es que será larga nuestra inminente separación.

IFIGENIA. — No sé a qué te refieres, no lo sé, queridísimo padre.

AGAMENÓN. — Al hablar con sensatez me empujas más al llanto.

IFIGENIA. — Ahora vamos a decir locuras, a ver si así te alegro.

AGAMENÓN. — ¡Ay de mí! No tengo fuerzas para callar. Te quiero.

IFIGENIA. — Quédate, padre, en casa con tus hijos.

AGAMENÓN. — Eso apetezco. Pero me duelo de no poder hacer lo que quiero.

IFIGENIA. — ¡Así perezcan las lanzas y las desdichas de Menelao!

AGAMENÓN. — Harán perecer antes a muchos las desdichas que a mí ya me tienen perdido.

IFIGENIA. — ¡Cuán largo tiempo llevabas ausente en estas hondonadas de Áulide!

AGAMENÓN. — Y aun ahora algo me impide poner en marcha el ejército.

IFIGENIA. — ¿Dónde dicen que habitan los frigios, padre? [24].

AGAMENÓN. — ¡Donde ojalá nunca hubiera vivido el hijo de Príamo, Paris!

IFIGENIA. — ¿Zarpas para lejos, padre, dejándome?

AGAMENÓN. — Al mismo lugar llegarás, hija, que tu padre [25].

IFIGENIA. — ¡Ay! ¡Ojalá fuese conveniente para mí y para ti llevarme como compañera de viaje!

AGAMENÓN. — También tú vas a emprender un viaje, en el que te acordarás de tu padre.

IFIGENIA. — ¿Haré el viaje navegando en compañía de mi madre, o sola?

AGAMENÓN. — Sola, separada de tu padre y de tu madre.

IFIGENIA. — ¿No me enviarás a otro lugar, a habitar otra casa, padre?

AGAMENÓN. — Déjalo. No deben saber tales cosas las doncellas.

---

24 En toda la pieza se identifica a los troyanos con los frigios.

25 Todo este diálogo está impregnado de una ambigua ironía. El lugar en que coincidirán Agamenón y su hija es el Hades. Y el viaje de navegación que va a hacer Ifigenia es la travesía de la laguna Estigia. (Ella piensa en el viaje hacia la patria de Aquiles.)

IFIGENIA. — Apresúrate a regresar de Frigia, tras lograr el éxito allí, padre.

AGAMENÓN. — Antes he de hacer un sacrificio aquí.

IFIGENIA. — Claro que conviene examinar lo piadoso con ayuda de sacrificios.

AGAMENÓN. — Tú lo verás bien. Porque estarás cerca de los cántaros lustrales.

IFIGENIA. — ¿Es que vamos a disponer coros en torno al altar, padre?

AGAMENÓN. — Te envidio como más feliz que yo, precisamente por no sospechar nada. Ve hacia el interior de la casa[26]... sólo a la vista de doncellas, después de darme tu mano y un beso amargo, porque vas a habitar por largo tiempo lejos de tu padre. ¡Ay, talle y mejillas, ay, rubios cabellos! ¡Qué fatídica nos resultó la ciudad de los frigios, y Helena! Dejo estos lamentos. Rápida humedad corre de mis ojos en cuanto te abrazo. ¡Ve hacia el interior!

A ti te pido perdón por esto, hija de Leda, si me he conmovido demasiado al pensar en la entrega de mi hija a Aquiles. Afortunada es la separación, pero sin embargo desgarra a los padres, sobre todo en el momento de encomendar a otro hogar a sus hijos el padre que tanto penó por ellos.

CLITEMESTRA. — No soy tan insensible que vaya a reprenderte; piensa que también yo voy a sufrir lo mismo, cuando conduzca a la muchacha entre los cánticos de himeneo. Pero la costumbre junto con el tiempo mitigará esa pena.

De nombre desde luego conozco a aquel al que has prometido a nuestra hija, pero quiero saber de qué linaje es y su origen.

[26] Probablemente hay aquí una laguna de dos hemistiquios, en que se aclaraba el consejo de que no era decente para una doncella exponerse a las miradas de la tropa.

AGAMENÓN. — Egina fue hija de Asopo.

CLITEMESTRA. — ¿Quién, de los dioses o de los hombres, la desposó?

AGAMENÓN. — Zeus. Y engendró a Éaco, príncipe de Enone[27].

CLITEMESTRA. — ¿Y qué hijo de Éaco obtuvo en herencia su mansión?

AGAMENÓN. — Peleo. Y Peleo consiguió como mujer a la hija de Nereo.

CLITEMESTRA. — ¿Con permiso de la divinidad, o tomándola a la fuerza contra los dioses?

AGAMENÓN. — Zeus se la prometió y se la entregó su dueño.

CLITEMESTRA. — ¿Dónde la desposó? ¿Acaso bajo las ondas marinas?

AGAMENÓN. — En los augustos valles del Pelión, donde Quirón habita.

CLITEMESTRA. — ¿Donde dicen que se ha establecido la raza de los centauros?

AGAMENÓN. — Allí celebraron los dioses el banquete de boda de Peleo.

CLITEMESTRA. — ¿Y lo educó Tetis, a Aquiles, o su padre?

AGAMENÓN. — Quirón, a fin de que no aprendiera los hábitos de hombres perversos.

CLITEMESTRA. — ¡Ah! Sabio fue el que lo educó y más sabio el que lo dio a educar.

AGAMENÓN. — Ese hombre será el marido de tu hija.

CLITEMESTRA. — No es censurable. ¿Y qué ciudad de Grecia habitará?

AGAMENÓN. — Junto al río Apídano, en los límites de Ptía.

CLITEMESTRA. — ¿Hasta allí se llevará a mi hija?

---

[27] Enone es la isla luego denominada Egina, por el nombre de la ninfa que allí dio a luz a Éaco.

AGAMENÓN. — Eso será decisión suya, de su dueño.

CLITEMESTRA. — Bien, ¡que sean felices! ¿Qué día será la boda?

AGAMENÓN. — Cuando llegue el ciclo propicio de la luna[28].

CLITEMESTRA. — ¿Ya inmolaste a la diosa los sacrificios preparatorios, en favor de tu hija?

AGAMENÓN. — Voy a hacerlo. En estos momentos estoy ocupado en tal lance.

CLITEMESTRA. — ¿Y celebrarás luego a continuación el festín nupcial?

AGAMENÓN. — En cuanto haya cumplido los sacrificios que debo hacer a los dioses.

CLITEMESTRA. — ¿Y nosotras dónde celebraremos el banquete destinado a las mujeres?

AGAMENÓN. — Aquí, junto a las hermosas popas de las naves argivas.

CLITEMESTRA. — No está bien, pero es forzoso. ¡En fin, que sea para bien!

AGAMENON. — ¿Sabes lo que has de hacer, mujer? Obedéceme.

CLITEMESTRA. — ¿Qué? Ya estoy acostumbrada a obedecerte.

AGAMENÓN. — Yo aquí, al lado del novio...

CLITEMESTRA. — ¿Es que vas hacer lejos de su madre algo de lo que a mí me cumple?

AGAMENÓN. — Le haré entrega de tu hija en presencia de los Dánaos.

CLITEMESTRA. — ¿Y yo dónde he de estarme mientras tanto?

AGAMENÓN. — Retírate a Argos y cuida de nuestras muchachas.

---

28 El plenilunio era el tiempo más apropiado para las bodas.

Clitemestra. — ¿Dejando a mi hija? ¿Quién va a sostener la antorcha? [29].

Agamenón. — Yo presentaré la luz que acompaña a los novios.

Clitemestra. — No es ésa la costumbre; tú crees que eso son minucias.

Agamenón. — No está bien que tú te mezcles a la turba del ejército.

Clitemestra. — Pero está bien que yo, que la di a luz, entregue a mi hija.

Agamenón. — Y también que no se queden solas en casa las doncellas.

Clitemestra. — En seguros gineceos están bien guardadas.

Agamenón. — Hazme caso.

Clitemestra. — No, ¡por la soberana diosa de Argos! Tú ve a cuidar de los asuntos externos, y yo me cuidaré de los domésticos [en todo lo que haya que ofrecer a las jóvenes desposadas] [30].

Agamenón. — ¡Ay de mí! En vano me esforcé, y fracasé en mi porfía por intentar reenviar a mi mujer lejos de mí. Intento argucias y planeo tretas contra los que más quiero, y estoy vencido en todos los terrenos. Sin embargo, voy a tratar en común con el sacerdote Calcante, preguntándole lo que sea grato a la diosa, aunque angustioso para mí, fatalidad para Grecia. [Debe

---

[29] En el cortejo que acompañaba a los recién casados desde la casa de los padres de la novia al hogar del esposo figuraba siempre la madre de la novia portando una antorcha encendida en el lar familiar. Al sentirse desplazada, Clitemestra invoca a Hera, diosa del matrimonio, y también protectora de Argos.

Como se ve, la escena refleja bien el indómito carácter de Clitemestra, en cuanto se siente ofendida. A pesar de la aparente sumisión de que hacía gala al comienzo, no está dispuesta a ceder.

[30] Los editores modernos excluyen este verso, que restringe la afirmación de Clitemestra a las bodas inminentes.

el hombre sabio alimentar en su hogar a una mujer buena y dócil o no casarse.]

CORO.

Estrofa.

¡Llegará, sí, al Simunte y a sus remolinos argentados la muchedumbre del ejército de los griegos, con sus naves y sus lanzas! Hasta Ilión y la llanura febea[31] *de Troya, donde sé por oídas que Casandra agita su rubia melena ornada de la verde corona de laurel, cuando la inspiran los proféticos impulsos del dios.*

Antístrofa.

Se alzarán sobre los baluartes y en torno a los muros de Troya los frigios, cuando Ares de broncíneo escudo se presente por mar en las naves de bellas proas, a fuerza de remos, en las riberas del Simunte, queriendo sacar de la tierra de Príamo a la hermana de los dos Dioscuros celestes para llevarla a Grecia, por medio de los escudos batidos por las lanzas y las armas de los aqueos.

Epodo.

Y envolviendo en círculo a Pérgamo[32], *la ciudad de los frigios, y sus torreones pétreos, con su lanza sanguinolenta, derribando muchas cabezas a degüello, arrasando de arriba abajo la fortaleza de Troya, dejará deshechas en lágrimas a las jóvenes hijas y a la mujer de Príamo. Y Helena, hija de Zeus, será presa del llanto por haber abandonado a su marido. Ni sobre mí ni*

---

31 La llanura troyana es calificada de «febea» en honor de Apolo que es uno de los dioses protectores de los troyanos y que, junto con Posidón, construyó, de acuerdo con el mito, los muros de Ilión.

32 El nombre se aplica a una ciudadela fortificada, y en especial a Troya.

sobre los hijos de mis hijos gravite jamás tal angustia, como la que presienten, engalanadas de oro, las lidias y las esposas de los frigios, diciéndose unas a otras junto a sus ruecas: «¿Quién, arrastrándome como presa por mi cabellera bien trenzada, me arrancará de mi patria en ruinas? Por tu culpa, hija del cisne de largo cuello, si es verdad la fama de que te engendró Leda de un ave voladora[33]*, en la que se había metamorfoseado el cuerpo de Zeus. ¿O acaso los relatos de las tablillas de Pieria propagaron eso entre los hombres temerariamente y sin sentido?».*

(*Entra Aquiles.*)

AQUILES. — ¿Dónde está el actual jefe del ejército de los aqueos? ¿Qué servidor puede comunicarle que le busca ante estas puertas Aquiles, el hijo de Peleo? Porque no aguardamos en la misma situación todos cerca del Euripo; ya que algunos de nosotros, sin casar aún, hemos dejado unos hogares vacíos para plantarnos aquí, mientras que otros dejan mujeres e hijos. ¡Tan tremenda ansia por esta expedición se ha infundido en Grecia, no sin apoyo de los dioses! Por lo que me toca a mí justo es que hable yo. Y que cualquier otro, el que quiera, hable por sí. Porque, después de abandonar Fársalo[34] y a Peleo, aguardo bajo estas ligeras brisas del Euripo, conteniendo a los mirmidones, que sin cesar vienen a mí y me dicen: «¿Aquiles, qué

---

[33] El mito relataba que Zeus había tomado la forma de un cisne. Pero el coro duda de que sea veraz la tradición, lo cual es muy propio de Eurípides. Las «tablillas de la Pieria», de las que se habla en seguida, son los escritos de los poetas, inspirados por las Musas procedentes de esa región, en la falda del Olimpo tesalio.

[34] Fársalo era una población de Tesalia, cerca de Larisa. En ella se dio la famosa batalla de Farsalia, en que César derrotó a Pompeyo.

aguardamos? ¿Cuánto tiempo aún debe transcurrir para la partida hacia Ilión? Si vas a hacer algo, hazlo o reconduce el ejército a la patria, sin aguardar a las dilaciones de los Atridas».

(*Sale Clitemestra.*)

CLITEMESTRA. — ¡Oh hijo de la divina Nereida, al oír desde el interior tus palabras, he salido de las tiendas!

AQUILES. — ¡Oh venerable Pudor! [35] ¿Quién es esta mujer que ahora veo, de solemne figura?

CLITEMESTRA. — No es asombroso que tú no me conozcas, ya que no me habías visto antes. Pero alabo que respetes la compostura.

AQUILES. — ¿Quien eres? ¿A qué viniste a la reunión de los Dánaos, tú, una mujer entre hombres armados de escudos?

CLITEMESTRA. — Soy hija de Leda, Clitemestra es mi nombre, y mi esposo es el rey Agamenón.

AQUILES. — Bien has dicho en breve lo fundamental. Pero no es decoroso para mí conversar con mujeres.

CLITEMESTRA. — Quédate. ¿Por qué escapas? Pon tu derecha en mi mano, como primicia de unas bodas felices.

AQUILES. — ¿Qué dices? ¿Darte a ti la mano? Temería a Agamenón si tocara lo que no me es lícito.

CLITEMESTRA. — Muy lícito es, puesto que vas a desposar a mi hija, hijo de una diosa, de la marina Nereida.

---

35 Aquiles, como joven bien educado, se sorprende de hallar sola a una mujer de rango, en contra de todas las conveniencias sociales, que mantenían a las mujeres encerradas en el gineceo. Invoca al Pudor, lo que Clitemestra acoge como un gesto de sensatez, *sophrosýne*.

AQUILES. — ¿De qué bodas hablas? Me quedo atónito, mujer. Acaso por una equivocación anuncias extrañas novedades.

CLITEMESTRA. — En todos es natural esto de avergonzarse al ver a sus nuevos parientes y al oír hablar de su boda.

AQUILES. — Jamás pretendí a tu hija, mujer, y ninguna alusión a la boda recibí de los Atridas.

CLITEMESTRA. — ¿Qué quiere decir esto? Tú ahora te sorprendes de mis palabras. Y para mí son sorprendentes las tuyas.

AQUILES. — Haz conjeturas. Es interés común conjeturar sobre esto. Pues ni uno ni otro mentimos, seguramente, en nuestras afirmaciones.

CLITEMESTRA. — ¡Pero es terrible lo que me pasa! Pretendo una boda, que no es real, al parecer. Me siento avergonzada.

AQUILES. — Tal vez alguien se ha burlado de ti y de mí. Conque tómatelo con despreocupación y sin darle importancia.

CLITEMESTRA. — ¡Adiós! Ya no puedo verte con franca mirada, al encontrarme mentirosa y tratada indignamente.

AQUILES. — Ese es también mi sentimiento. Entro a buscar a tu marido en este alojamiento.

ANCIANO. — ¡Eh, extranjero, descendiente de Éaco, espera, a ti, sí, te digo, al hijo de la diosa, y también tú, hija de Leda!

AQUILES. — ¿Quién es el que nos llama, entreabriendo la puerta? Cuán apurado nos llama.

ANCIANO. — Un esclavo. No me amparo con ello; pues no me lo permite mi condición.

AQUILES. — ¿De quién? Mío, desde luego, no. Aparte están las posesiones de Agamenón y las mías.

ANCIANO. — De ésta que está ante las construcciones, a la que me entregó Tindáreo, su padre.

Aquiles. — Nos quedamos. Di lo que quieres, por qué motivo me has detenido.

Anciano. — ¿Es que estáis vosotros dos solos ante estas puertas?

Aquiles. — Puedes hablarnos como a los únicos aquí, pero sal fuera de las moradas reales.

Anciano. — ¡Ah, fortuna y providencia nuestra, salvad a los que yo quiero!

Aquiles. — Ese deseo será de utilidad en próxima ocasión. Pero alberga cierto recelo...

(*Falta un verso.*)

Clitemestra. — ¡Por tocar mi mano no te demores, si quieres decirme algo!

Anciano. — ¿Sabes bien quién soy y que siempre fui leal para ti y tus hijos?

Clitemestra. — Sé yo que tú eres un antiguo servidor de mi palacio.

Anciano. — Y que entre tus dones nupciales me recibió el soberano Agamenón.

Clitemestra. — Viniste a Argos conmigo y siempre fuiste mío.

Anciano. — Así es. Y te soy leal a ti, y menos a tu esposo.

Clitemestra. — Revélanos ahora de una vez lo que quieres decirnos.

Anciano. — A tu hija el padre que la engendró por su propia mano va a matarla[36].

Clitemestra. — ¿Cómo? Rechazo con horror, anciano, tus palabras. Sin duda desvarías.

Anciano. — Con su espada va a ensangrentar el cuello de tu pobre muchacha.

Clitemestra. — ¡Ah, infeliz de mí! ¿Es que está loco mi esposo?

---

[36] Después de un largo preámbulo y muchas vacilaciones, el anciano lanza de golpe la terrible frase que lo revela todo.

ANCIANO. — Está sano de mente, excepto para ti y tu hija. En eso no anda cuerdo.

CLITEMESTRA. — ¿Por qué razón? ¿Qué demonio vengador le arrastra?

ANCIANO. — Presagios, según dice al menos Calcante, a fin de que se ponga en marcha el ejército.

CLITEMESTRA. — ¿A dónde? ¡Desgraciada de mí, y desgraciada aquella a la que piensa matar su padre!

ANCIANO. — Hacia el palacio de Dárdano, para que Menelao recupere a Helena.

CLITEMESTRA. — ¿Entonces, a cambio de Ifigenia está fijado el destino de Helena?

ANCIANO. — Ya lo sabes todo. A Ártemis quiere su padre sacrificar a tu hija.

CLITEMESTRA. — ¿Y la boda le procuraba un pretexto, para que yo la trajera de nuestra casa?

ANCIANO. — Para que la enviaras con buen ánimo mientras creías casar a tu hija con Aquiles.

CLITEMESTRA. — ¡Hija, acudes a tu muerte, tú, y tu madre contigo!

ANCIANO. — Las dos sufrís daños estremecedores. Tremenda es la osadía de Agamenón.

CLITEMESTRA. — ¡Estoy perdida, infeliz de mí, ya no contengo la avalancha de lágrimas!

ANCIANO. — Más que por cosa alguna, es natural que llore una madre por la pérdida de sus hijos.

CLITEMESTRA. — Pero tú, anciano, ¿dónde te has enterado de lo que dices?

ANCIANO. — Salía llevándote una tablilla en contra de la carta anterior.

CLITEMESTRA. — ¿Prohibiéndome o exhortándome a traer a mi hija a su muerte?

ANCIANO. — Para que no la trajeras. Pues en ese momento estaba cuerdo tu marido.

CLITEMESTRA. — ¿Y luego, cómo, si llevabas la tablilla, no me la diste?

ANCIANO. — Me la quitó Menelao, que es el culpable de estas desgracias.

CLITEMESTRA. — ¡Ah, hijo de la Nereida, hijo de Peleo, lo oyes?

AQUILES. — Me enteré de que eres desdichada y en cuanto a lo que a mí respecta, no lo tomo como ofensa pequeña.

CLITEMESTRA. — ¡Van a matar a mi hija, entrampándonos con tus bodas!

AQUILES. — También yo se lo censuro a tu marido y no voy a soportarlo sin más.

CLITEMESTRA. — No me avergonzaré de echarme a tus rodillas, mortal nacido de una diosa. Pues, ¿por qué voy a mostrarme altiva? ¿Por quién he de esforzarme más que por una hija? Así que defiéndeme, hijo de la diosa, en mi desgracia, y a la que fue llamada tu esposa, en falso, pero aun así. Para ti la cubrí yo con velos nupciales y la traje para casarla contigo. Pero en realidad la traigo a degollarla. A ti te alcanzará el reproche, si no nos defiendes. Si desde luego no te unciste en tal boda, sin embargo fuiste llamado esposo de mi infortunada hija. ¡Por tu mentón, y tu mano derecha, y por tu madre! Tu nombre me ha perdido, por lo que es necesario que nos ayudes. No tengo otro altar al que refugiarme sino tus rodillas; ni ningún amigo me socorre. Ya conoces los proyectos crueles y criminales de Agamenón. He llegado, como ves, una mujer ante un ejército sin freno y audaz para las fechorías, pero capaz del bien, cuando quiere. Si tú te atrevieras a tenderme tu mano protectora, estamos a salvo. De lo contrario, estamos perdidas.

CORIFEO. — Tremenda cosa es el ser madre; e infunde a todas un gran hechizo de amor, que impulsa a sufrirlo todo por los hijos.

AQUILES. — Mi magnánimo corazón se exalta ahora. Sabe afligirse en las desdichas y alegrarse en los mo-

mentos prósperos con moderación[37]. [Los mortales de tal carácter son reflexivos y viven rectamente su existencia con cordura.] Hay veces, en efecto, en que está bien no meditar en exceso[38], y otras en que es útil conservar la razón. Yo, educado por un varón piadosísimo, Quirón, aprendí a ejercer hábitos sencillos. Ahora a los Atridas, si mandan justamente, los obedeceremos; pero cuando no sean justas sus órdenes, no les obedeceré. Y aquí y en Troya demostraré mi espíritu libre, y en lo que de mí dependa daré gloria a Ares con la lanza. A ti, que sufres tantas penas por tus seres más queridos, en todo lo que esté al alcance de un joven, te consolaré amparándote con mi compasión, y jamás degollará su padre a tu hija que fue considerada mi mujer. Porque no voy a prestar mi persona a tu marido para que trame sus trampas. El caso es que mi nombre, a no ser que blanda mis armas, va a servir para asesinar a tu hija. El culpable es tu marido. Y, sin embargo, ya no queda sin mancha mi persona, si va a morir, por mí y mis bodas, esa joven, sufriendo indignantes y feroces daños, ultrajada con extraordinaria crueldad. Yo sería el peor de los argivos, yo sería una nada, y Menelao un destacado guerrero[39], como si hubiera nacido no de Peleo, sino de un demonio cruel, si mi nombre va a servirle a tu esposo para asesinar a su hija. ¡Por el morador de las húmedas olas, Nereo, progenitor de Tetis que me dio a luz, que no tocará a tu hija el rey Agamenón, ni siquiera pondrá la punta de sus dedos en su peplo! O será Sípilo[40] una ciudad, bastión de los

---

37 En estos versos el trágico recuerda un consejo del poeta Arquíloco sobre el conservar la medida en la alegría y el pesar.

38 También lo dice Horacio, IV 12, 28: «dulce est desipere in loco».

39 Aquiles parece compartir la antipatía de Eurípides por Menelao.

40 Sípilo era una pequeña población al pie del monte del

bárbaros —de allí procede la estirpe de estos caudillos—, mientras que el nombre de Ptía quedará desconocido por doquier.

Amargos granos de cebada y aguas lustrales va a prepararse el adivino Calcante. ¿Qué clase de hombre es un adivino, quien dice pocas verdades, y muchas mentiras, cuando acierta? Y cuando no acierta, se pierde del todo. No he dicho esto con vistas a mi boda ¡Incontables doncellas pretenden desposarse conmigo! [41]. Es que el rey Agamenón ha cometido un ultraje con nosotros. Debía haberme solicitado él el uso de mi nombre, como señuelo para su hija. Y Clitemestra se dejó persuadir a entregar a su hija, precisamente porque yo era el esposo. Yo lo habría cedido a los griegos, si el viaje a Ilión dependía de esto. No me habría negado a colaborar al bien común de aquellos con los que emprendí la expedición. Pero ahora nada soy, al menos para los que mandan el ejército, y poco les importa actuar o no actuar bien conmigo. ¡Pronto sabrá mi espada, que antes de llegar ante los frigios salpicaré de cuajarones de sangre mortal, si va a arrebatarme alguien a tu hija!

Conque ¡ten calma! Como un dios yo he aparecido ante ti, con toda su grandeza, aunque no lo soy. Sin embargo trataré de portarme como tal.

CORIFEO. — Has dicho, hijo de Peleo, palabras dignas de ti y de la divinidad marina, tu venerable madre.

---

mismo nombre, junto al Tmolo, en Lidia, donde habitó Tántalo y su estirpe.

41 Para el lector moderno suena algo extraño que Aquiles se jacte de que «diez mil doncellas apetecen mi lecho». Pero la frase tiene un precedente en la *Ilíada* IX 395 y sigs. La modestia no es una virtud para los héroes homéricos, y Aquiles destaca por su sentido del orgullo. Éste y no la compasión por Ifigenia es lo que le impulsa.

CLITEMESTRA. — ¡Ay! ¿Cómo podré no elogiarte en exceso en mis palabras y no estropear mi agradecimiento por ello con insuficiencias? En efecto, los buenos, al ser ensalzados, de algún modo sienten resentimiento contra los que los elogian, si los elogian demasiado.

Me avergüenzo de presentarte mis tristes quejas, puesto que mi daño es particular. Tú no sufres daño en mis padecimientos. Mas, desde luego, tiene su grandeza, que aunque el hombre recto esté ajeno a sus males, ayude a los desgraciados. Compadécenos. Porque sufrimos desdichas lamentables. En primer lugar, yo que creí tenerte como yerno, mantuve una vana esperanza. Luego tal vez para ti puede resultar un augurio, para tus bodas futuras, la muerte de mi hija, y debes precaverte de ello.

Bien has hablado al comienzo, y bien en tus promesas finales. En efecto, si tú quieres, mi hija quedará salva. ¿Quieres que ella misma, suplicante, abrace tus rodillas? Es poco conveniente; pero si te parece bien, vendrá, manteniendo con pudor su mirada noble. Pero si, en su ausencia, consigo yo eso mismo de ti, que se quede en su albergue. Así se respetan las conveniencias. Con todo, conviene ser respetuoso en la medida de lo posible.

AQUILES. — No traigas tú a tu hija a mi presencia y no nos expongamos al reproche ignorante, mujer. Que la tropa reunida, como está desocupada de sus trabajos habituales, gusta de las charlas malévolas y calumniadoras. De cualquier modo obtendréis lo mismo, tanto si me suplicáis como si ahorráis súplicas. Ante mí tengo un gran combate único: libraros de desgracias. Basta que escuches y sepas una cosa: que yo no hablaré en vano. [¡Si hablo en falso y en vano entro en la chanza, muera! ¡Y que no muera, si salvo a la muchacha!]

CLITEMESTRA. — ¡Que seas feliz, al ayudar continuamente a los desdichados!

AQUILES. — Escúchame, pues, ahora, para que la cosa salga bien.

CLITEMESTRA. — ¿Qué es lo que dices? Que ya estoy escuchándote.

AQUILES. — Tratemos de nuevo de convencer a su padre para que reflexione mejor.

CLITEMESTRA. — Es un cobarde y teme demasiado a la tropa.

AQUILES. — Pero, con todo, unas razones someten a otras.

CLITEMESTRA. — ¡Tibia esperanza! Pero dime lo que he de hacer.

AQUILES. — Suplícale primero que no mate a su hija. Y si se resiste, entonces has de acudir a mí. Pues, si lo persuadís a lo que deseáis, no habría necesidad de que yo interviniera. Eso supone ya la salvación de tu hija. Y yo quedaré mejor ante un amigo, y el ejército no podrá reprocharme si resuelvo estos asuntos por la razón antes que por la fuerza. Si estas cosas se resuelven bien, será para alegría tuya y de tus amigos, aunque sea sin mi intervención.

CLITEMESTRA. — ¡Qué sensatamente hablaste! Se hará lo que tú determinas. Pero en caso de que no obtengamos lo que yo deseo, ¿dónde te veremos de nuevo? ¿Adónde he de acudir, ¡pobre de mí!, para encontrar tu mano auxiliadora en mis penalidades?

AQUILES. — Nosotros velaremos por ti como centinelas donde sea preciso. Que ninguno de los Dánaos te vea marchar sobresaltada por la inquietud a través de la muchedumbre. No afrentes la casa paterna; pues Tindáreo no merece oír reproches, ya que es grande entre los griegos.

CLITEMESTRA. — Así será. Ordena. He de obedecerte sumisa. Si existen dioses, tú, desde luego, por ser un

hombre justo, obtendrás digna recompensa. Y si no, ¿de qué vale esforzarse?

(*Aquiles y Clitemestra, cada uno por su lado, abandonan la escena.*)

CORO.

Estrofa.

¡Qué canto nupcial, al son de la flauta líbica y acompañado por la cítara amiga de la danza, elevó su tono sobre la siringes de caña, cuando a lo largo del Pelión, en un festín de los dioses, las musas de Pieria de bellos rizos que hacían repicar sobre el suelo sus pies de sandalias de oro, acudieron a las bodas de Peleo, celebrando con sus melodiosos acentos a Tetis y al Eácida sobre el monte de los Centauros, por las frondas del Pelión! Y el Dardánida, el frigio Ganimedes, cara delicia del lecho de Zeus, escanciaba el néctar de las cráteras en áureas copas, mientras sobre la arena de blancos centelleos girando en círculos danzaban bailes de bodas las cincuenta hijas de Nereo.

Antístrofa.

Y con picas de abeto y herbosa corona acudía el ecuestre tropel de los centauros al festín de los dioses y al brindis de Baco. Proclamaban a grandes gritos: «¡Oh, hija de Nereo, el adivino que bien sabe el arte de Febo, Quirón, ha predicho que tú parirás a un hijo, gran luz de la Tesalia; quien, al frente de los guerreros mirmidones que blanden las lanzas, ha de llegar, para incendiarla, a la famosa tierra de Príamo, revestido de una armadura de oro, trabajada de Hefesto, obtenida como regalo por su diosa madre, Tetis, la que lo engendrara!». Entonces las divinidades hicieron feliz la boda de la más ilustre de las Nereidas en los cantos nupciales en honor de Peleo[42].

---

[42] La celebración lírica de las bodas de Tetis y Peleo es un

Epodo.

Pero a ti, muchacha, te coronarán los argivos la cabeza de bella melena, como a una joven vaquilla que viene de las rocosas cuevas, montaraz, intacta, y ensangrentarán tu cuello mortal. Tú, que no has sido criada al son de la flauta ni entre los cantos de los pastores, sino junto a tu madre para esposa preciada de uno de los descendientes de Ínaco. ¿Dónde tendrá algún poder la imagen de Pudor o de la Virtud, cuando la impiedad ejerce el dominio, la virtud está desdeñada y rezagada entre los hombres, y la ilegalidad oprime las leyes, y no existe un común empeño de los mortales para evitar que les alcance la inquina de los dioses?

(*Sale Clitemestra.*)

CLITEMESTRA. — He salido de los aposentos tratando de encontrar a mi esposo, que hace tiempo que partió y anda ausente de estas tiendas. Entre lágrimas queda mi pobre hija, que exhala muchos y varios gemidos, pues ya ha oído el crimen que le prepara su padre. Pero estaba mencionando a Agamenón, y hélo aquí cerca que avanza, él, quien pronto quedará en evidencia de que proyecta actos impíos contra sus propios hijos.

AGAMENÓN. — ¡Hija de Leda, en buen momento te he encontrado fuera de la casa, para decirte aparte de la muchacha unas palabras que no conviene que oigan las novias!

CLITEMESTRA. — ¿Y qué es eso cuya oportunidad te apremia?

AGAMENÓN. — Deja salir a tu hija de la casa en compañía de su padre. Que ya están dispuestos los cántaros

tema festivo un tanto tópico. También Catulo compondrá un hermoso epitalamio sobre él. Aquí ocupa la estrofa y la antístrofa, mientras que el epodo evoca en contraste el triste sino de Ifigenia.

lustrales, y los granos de cebada para arrojar con las manos en el fuego purificador, y los corderillos que hay que inmolar antes de la boda [a Ártemis con borbotones de negra sangre].

Clitemestra. — En tus palabras dices bien, pero tus hechos no sé cómo voy a elogiarlos al calificarlos. ¡Sal, hija, fuera! Pues sabes de todos modos lo que tu padre planea. Y trae, envolviéndolo en los mantos, a Orestes, a tu hermano, mi pequeño.

(*Sale Ifigenia llevando en brazos a Orestes.*)

¡Mira! Ya está aquí obedeciéndote. Y lo demás lo diré en nombre de ella y en el mío.

Agamenón. — ¿Hija, por qué lloras y ya no miras alegremente, sino que fijas tu mirada en el suelo y te cubres con el peplo?

Clitemestra. — ¡Ay! ¿Cuál puedo considerar principio de mis desdichas? Pues todas se me presentan como primeras, y están por todos lados, en el medio y en el fin.

Agamenón. — ¿Qué pasa, que todas coincidís en presentar la agitación y turbación de la mirada?

Clitemestra. — Responde a lo que voy a preguntarte sin doblez, esposo.

Agamenón. — No necesitas recomendármelo. Estoy atento a tus preguntas.

Clitemestra. — ¿Vas a matar a tu hija, tuya y mía?

Agamenón. — ¡Ah! Has aludido a algo atroz, y sospechas lo que no debieras.

Clitemestra. — Ten calma y respóndeme otra vez a lo que te pregunté antes.

Agamenón. — Si tú preguntaras cosas razonables, te respondería razonablemente.

Clitemestra. — No voy a preguntarte otra cosa, y tú no me respondas por otro lado.

AGAMENÓN. — ¡Ah, soberana Moira, Fatalidad y Destino mío!

CLITEMESTRA. — ¡Y mío y de ella, único para tres infelices!

AGAMENÓN. — ¿Quién ha delinquido?

CLITEMESTRA. — ¿Y a mí me lo preguntas? Esa misma agudeza no resulta ahora aguda.

AGAMENÓN. — ¡Estamos perdidos! Mis secretos están descubiertos!

CLITEMESTRA. — Lo sé todo y estamos enterados de lo que tú quieres hacer. Ese mismo callar y el mucho suspirar son signos de tu confesión. No te fatigues en hablar.

AGAMENÓN. — Bien, callo. ¿Pues a qué he de añadir a mi desgracia la desvergüenza de decir falsedades?

CLITEMESTRA. — Escucha ahora, pues. Desvelaremos nuestros pensamientos y nos dejaremos ya de enigmas a despropósito.

En primer lugar, para enunciar mis reproches contra ti desde el comienzo, me desposaste contra mi voluntad y me conseguiste por la violencia, después de asesinar a mi anterior marido, Tántalo, y tras haber estrellado contra el suelo a mi pequeño hijo, que arrancaste brutalmente de mis pechos[43]. Entonces los dos hijos de Zeus, hermanos míos[44], esplendentes sobre sus corceles marcharon contra ti. Pero mi padre, el viejo Tindáreo te protegió cuando viniste a él como suplicante, y otra vez obtuviste mi lecho. Desde entonces quedé reconciliada contigo, y confirmarás que hacia ti y tu casa fui

---

[43] Esta no es la tradición mítica conocida por Homero, sino que Eurípides nos presenta una variante de la misma. Este Tántalo, primer esposo de Clitemestra sería un hijo de Tiestes o de Proteas, es decir, sería un primo de Agamenón. Un crimen más en la lista de los cometidos por los Atridas.

[44] Los Dioscuros, caballeros sobre blancos corceles, brillantes como hijos de Zeus. Cf. PÍNDARO, *Pít.* I 66.

una mujer sin reproche, siendo sensata en las cosas de Afrodita y aumentando tu patrimonio, de modo que te alegrabas al entrar en casa y eras feliz al salir de ella. ¡Rara presa para un hombre adquirir una mujer así! Frecuente es tenerla frívola y ruin. He dado a luz, después de tres muchachas, a este niño, y una de ellas tú cruelmente vas a quitármela. Y si alguien te pregunta por qué la vas a matar, di, ¿qué le contestarás? O puedo responder tus motivos: «Para que Menelao recobre a Helena». Según tú, sí, está bien que nuestros hijos paguen el precio de una mala mujer. ¡Las cosas más odiosas las compramos con las más queridas!

Conque, si partes a la guerra dejándome en el hogar y regresas allí después de larga ausencia, ¿qué corazón piensas que guardaré recluida en nuestro palacio? Cuando vea vacíos los lugares en que mi hija se sentaba, y vacías sus habitaciones de doncella, y esté echada sola con mis lágrimas, entonando una y otra vez fúnebres lamentos por ella: «Te mató, hija, el padre que te había engendrado, asesinándote él, no otro ni con mano ajena. ¡Esa recompensa ha dejado a su hogar!». Por tanto, bastará sólo un breve pretexto para que yo y las hijas que queden con vida te acojamos con la recepción que mereces tener. ¡No, por los dioses, no me obligues a convertirme en una mujer mala para ti ni seas tú mismo malvado! [45].

¡Sea! ¡Vas a sacrificar a tu hija! ¿Qué ruegos vas a decir entonces? ¿Qué bien pedirás para ti, al degollar a un hijo? ¿Un regreso funesto, cuando ya sales infamemente de tu patria? ¿Acaso será justo que yo suplique algún bien para ti? ¿Es que no consideraríamos a los dioses inconscientes, si deseáramos su favor para los asesinos?

---

[45] Tanto en la *Electra* de Sófocles como en la de Eurípides, Clitemestra se justifica de la muerte de Agamenón como vengadora de Ifigenia.

¿Y al volver a Argos abrazarás a tus hijos? Ya no te será lícito. ¿Cuál de tus hijos va a mirarte a la cara, si al llamarlo hacia ti mataste a uno? ¿Ya has reflexionado esto, o sólo te importa llevar de un lado a otro el cetro y acaudillar el ejército? Tú habrías debido dirigir a los argivos una justa proposición: «¿Queréis, aqueos, navegar hacia el país de los frigios? ¡Tirad a suertes quién debe sacrificar a su hijo!». Porque eso sería equitativo; y no que tú ofrezcas a tu hija como víctima elegida en favor de los Dánaos. O que Menelao mate a Hermíone, a cambio de su madre, que asunto suyo es. Ahora, en contraste, yo, que he conservado a salvo tu lecho, me veré privada de mi hija, mientras ella, que cometió el delito, cuando encuentre en Esparta a su hija bien guardada, será dichosa.

¡Respóndeme a estas cosas si no las digo con razón! Pero, si están bien dichas, arrepiéntete, y no mates a esta hija mía y tuya, y serás sensato.

CORIFEO. — Hazla caso. Que es hermoso para ti contribuir a salvar a tus hijos, Agamenón. ¡Ningún mortal puede objetar a estas palabras!

IFIGENIA. — Si yo tuviera la elocuencia de Orfeo, padre, para persuadir con mis cánticos de modo que se conmovieran las peñas, y para hechizar a quienes quisiera, a esto acudiría[46]. Pero ahora mis únicos saberes son lágrimas. Te las ofreceré. Que eso sí que puedo.

Como un ramo de suplicante tiendo hacia tus rodillas mi cuerpo, que ésta (*indicando a Clitemestra*) dio a luz para ti. ¡No me destruyas tan joven! Es dulce ver la luz. No me fuerces a ver las tinieblas bajo tierra. Fui la primera en llamarte padre y la primera a quien llamaste hija; la primera que puse mi cuerpo sobre tus rodillas, que te di y recibí cariñosas caricias. Y

---

[46] Es tópico en la poesía griega la alusión al poder encantador del canto de Orfeo. Cf. p. e. EUR., *Alcest.* 357 y sigs.

éstas eran tus palabras: «¿Luego, hija, te veré feliz en la mansión de tu marido, viva y floreciente de modo digno de mí?». Y mis palabras, en respuesta, mientras me colgaba a tu cuello y acariciaba tu mentón, que ahora también alcanzo con mi mano: «¿Y yo a ti? De viejo te acogeré en la hospitalidad familiar de mi hogar, padre, devolviéndote los penosos cuidados de mi crianza». Yo guardo el recuerdo de esas charlas, pero tú ya las has olvidado y quieres matarme. ¡No, por Pélope, y por tu padre Atreo, y por esta madre, que ya antes sufrió dolores de parto por mí y ahora de nuevo sufre este segundo tormento. ¿Qué tengo que ver yo en las bodas de Alejandro y Helena? ¿De dónde vino para mi muerte, padre? Mírame, dame una mirada y un beso, para que al menos guarde al morir ese recuerdo, si no atiendes a mis ruegos. Hermano, pequeño auxilio eres tú para tus parientes, pero con todo llora también, suplícale a tu padre que no mate a tu hermana. Incluso los niños que no hablan tienen cierta percepción de las desgracias. Mira, en su silencio te suplica él, padre. Mas, respétame y apiádate de mi vida. Sí, por tu mentón te suplicamos dos seres queridos: el uno, una pequeña criatura, la otra ya crecida. Resumiéndolo todo en una frase decidiré la discusión: para los hombres es dulcísimo ver esta luz, y los muertos no son nada. Está loco el que desea morir. Es mejor vivir mal que morir honrosamente [47].

CORIFEO. — ¡Cruel Helena, por ti y tus bodas un gran enfrentamiento se establece entre los Atridas y sus hijos!

AGAMENÓN. — Yo soy consciente de lo que hay que lamentar y lo que no. Y amo a mis hijos. Estaría loco si no lo hiciera. Me resulta terrible atreverme a eso, mujer, pero también es terrible no hacerlo. ¿Qué debo

---

[47] También Alcestis exclama: «Nada hay más preciado que la vida», en *Alc.* 301.

hacer, pues? Mirad qué grande es esta armada naval, y cuántos son los reyes de los helenos de armas de bronce, que no conseguirán arribar a las torres de Ilión, a no ser que te sacrifique, como dice el adivino Tiresias, y no les será posible arrasar la famosa ciudadela de Troya. Una pasión desenfrenada arrastra al delirio al ejército de los griegos por navegar lo antes posible hacia la tierra de los bárbaros y por poner fin a los raptos de mujeres griegas. Ellos matarán en Argos a mis hijas, a vosotras y a mí, si incumplo los oráculos de la diosa. No es Menelao quien me tiene esclavizado, hija, ni he accedido a los deseos de éste, sino la Hélade, a la que debo, tanto si quiero como si no quiero, sacrificarte. Es algo más fuerte que nosotros. Porque Grecia ha de quedar libre, hija, si eso depende de ti y de mí, y los hogares de los griegos no deben ser saqueados violentamente por los bárbaros.
(*Agamenón se retira.*)

CLITEMESTRA. — *¡Oh hija! ¡Oh, extranjeras! ¡Ay de mí, desolada por tu muerte! Tu padre escapa después de abandonarte a Hades.*

IFIGENIA. — *¡Ay de mí, madre! El mismo canto de desgracia nos conviene, sí, a ambas. Ya no habrá para mí luz ni este resplandor del sol. ¡Ay, ay! ¡Nevadas espesuras de Frigia y montes del Ida, donde Príamo una vez expuso a un tierno niño que había apartado lejos de su madre para una muerte fatal*[48]*, a Paris, al que llamaban el del Ida, el del Ida le llamaban, en la ciudad*

[48] Una leyenda contaba que Hécuba, antes de dar a luz a Paris, había soñado que de su parto nacía una llama que iba a incendiar Troya, por lo que Príamo mandó exponer al recién nacido en el monte para que allí muriera. Pero Paris creció, amamantado por una osa, y más tarde fue reconocido y admitido como príncipe de la ciudad, pese a las advertencias de Casandra. Eurípides había tratado el tema en su drama *Alejandro,* en el 415.

de los frigios! ¡Ojalá que nunca él, que se crió como boyero junto a las vacas, viniera a habitar cerca del agua límpida donde están las fuentes de las Ninfas, y el prado que verdea con frescas flores y con rosas y los jacintos que las diosas recogen! Allí acudieron en cierta ocasión Palas, y la taimada Cipris, y Hera y Hermes, el mensajero de los dioses; una, Cipris, enorgulleciéndose del deseo que inspira, la otra, Atenea, de su lanza, y Hera de compartir el lecho regio del soberano Zeus, para un odioso juicio, una competición de belleza. En cuanto a mi muerte, que desde luego dará renombre a los Danaides, doncellas, la exige Ártemis como primicias de sacrificio para el viaje a Ilión. Y el que me engendró a mí, desdichada, ¡oh madre, madre!, se va y me entrega sola en el desamparo. ¡Ah, desdichada de mí, que he encontrado amarga, amarga, a la maldita Helena[49]*; me asesina y perezco bajo los tajos impíos de mi impío padre!*

¡Ojalá que nunca hubiera acogido esta Áulide en sus fondeaderos a las popas de las naves de broncíneo espolón, la flota que navega hacia Troya, y que Zeus no hubiera soplado un viento contrario sobre el Euripo, él que dispone un viento distinto para unos y para otros, para que unos hombres se alegren de sus velas hinchadas, haya para otros pesar, y para otros necesidad, y unos zarpen, éstos atraquen, y otros se retrasen. ¡Cuán abrumado de penas, cuán abrumado de penas está el linaje de los efímeros mortales! El destino es algo difícil de enfrentar para los hombres. ¡Ay, ay, grandes dolores, grandes pesares ha causado a los Danaides la joven Tindáride!

---

[49] Helena es llamada *Dyseléna,* como en *Orestes,* 1388. El formar tal compuesto, con el prefijo *dys-*, es ya homérico. *Dýsparis* está en *Il.* III 39.

CORIFEO. — Yo, por mi parte, te compadezco por la triste desgracia que te alcanza, que ojalá nunca hubieras encontrado.

(*Aparece por un lado Aquiles, acompañado de una escolta de guerreros.*)

IFIGENIA. — ¡Oh madre, veo acercarse un pelotón de hombres!

CLITEMESTRA. — Es el hijo de la diosa, hija, por el que tú viniste aquí.

IFIGENIA. — Abridme las puertas, esclavas, para que me oculte dentro.

CLITEMESTRA. — ¿Por qué escapas, hija?

IFIGENIA. — Me da vergüenza mirar a Aquiles aquí.

CLITEMESTRA. — ¿Por qué ahora?

IFIGENIA. — El desastroso fin de mi boda me causa vergüenza.

CLITEMESTRA. — No estás para delicadezas en la situación presente; conque aguarda. No hay lugar para cortesías, cuando estamos angustiadas.

AQUILES. — ¡Desgraciada mujer, hija de Leda!

CLITEMESTRA. — No hablas en falso.

AQUILES. — Terribles cosas se gritan entre los argivos.

CLITEMESTRA. — ¿Cuál es el grito? Cuéntamelo.

AQUILES. — Se trata de tu hija.

CLITEMESTRA. — Un mal presagio anuncias en tus palabras.

AQUILES. — Que es necesario sacrificar a la joven.

CLITEMESTRA. — ¿Y nadie ha hablado en contra?

AQUILES. — Sí, yo, y me expuse a un tumulto.

CLITEMESTRA. — ¿A qué, extranjero?

AQUILES. — A ver mi cuerpo lapidado a pedradas.

CLITEMESTRA. — ¿Por querer salvar a mi hija?

AQUILES. — Por eso mismo.

CLITEMESTRA. — ¿Quién se atrevía a atacar a tu persona?

AQUILES. — Todos los griegos.

CLITEMESTRA. — ¿Pero no está contigo el ejército mirmidón? [50].

AQUILES. — Éste fue mi primer enemigo.

CLITEMESTRA. — ¡Estamos perdidas, hija!

AQUILES. — Ellos me echaban en cara dejarme seducir por la boda...

CLITEMESTRA. — ¿Qué respondiste?

AQUILES. — Que no mataran a mi futura esposa.

CLITEMESTRA. — ¡Justas palabras!

AQUILES. — Que su padre me la ha prometido.

CLITEMESTRA. — Y la hizo venir desde Argos.

AQUILES. — Pero fui derrotado por el griterío.

CLITEMESTRA. — La masa es, desde luego, un monstruo terrible.

AQUILES. — Pero, a pesar de todo, te defenderemos.

CLITEMESTRA. — ¿Y vas a luchar tú solo contra muchos?

AQUILES. — ¿Ves a éstos que traen mis armas?

CLITEMESTRA. — ¡Ojalá ganes buen provecho de tus intenciones!

AQUILES. — Lo ganaremos.

CLITEMESTRA. — ¿Entonces no será sacrificada mi hija?

AQUILES. — No, al menos, con mi consentimiento.

CLITEMESTRA. — ¿Vendrá alguien a apoderarse de la joven?

AQUILES. — Incontables, y va a mandarlos Odiseo.

---

50 Los mirmidones forman la tropa de Aquiles. Según una leyenda, Éaco encontrándose en Egina falto de hombres, como consecuencia de una peste, habría implorado la ayuda de su padre Zeus, quien habría transformado en guerreros a algunas hormigas (*mýrmekes*) del lugar. También existe un héroe Mirmidón, hijo de Zeus y de Eurimedusa.

CLITEMESTRA. — ¿El descendiente de Sísifo?

AQUILES. — Ese mismo.

CLITEMESTRA. — ¿Actuando por su cuenta o designado por el ejército?

AQUILES. — Elegido y muy a gusto.

CLITEMESTRA. — Para una ruin misión: cometer un crimen.

AQUILES. — Pero yo lo detendré.

CLITEMESTRA. — ¿No se la llevará si ella se resiste, arrastrándola?

AQUILES. — Sí, de su rubia cabellera.

CLITEMESTRA. — ¿Y yo qué he de hacer entonces?

AQUILES. — Abrázate a tu hija.

CLITEMESTRA. — Si es por eso no la degollarán.

AQUILES. — Sin embargo él vendrá para eso.

IFIGENIA. — ¡Madre, atended a mis palabras! [51]. Pues veo que te enfureces en vano contra tu marido. No, no será fácil obstinarnos en lo imposible. En verdad es justo dar gracias al extranjero por su generosidad. Pero también hay que prever esto: que no vaya a enemistarse con el ejército y en nada salgamos beneficiados, mientras él cae en desgracia. Lo que se me ha ocurrido en mi reflexión, escúchalo, madre.

Está decretado que yo muera. Y prefiero afrontar ese mismo hecho noblemente, descartando a un lado todo sentimiento vulgar. Examina, sí, ahora en nuestra compañía, madre, con qué razón lo digo.

En mí toda la poderosa Hélade fija en este momento su mirada, y de mí depende la travesía de las naves y el asolamiento del Frigia, para que los bárbaros no cometan ningún delito contra sus mujeres en adelante ni rapten ya más esposas de la Grecia feliz, una vez que expíen la pérdida de Helena, a la que raptó Paris.

---

51 Aunque, por pudor, la joven nombre sólo a su madre, se dirige a Aquiles también, como indica el plural del verbo.

Todo eso lo obtendré con mi muerte, y mi fama, por haber liberado a Grecia, será gloriosa. Y en verdad tampoco debo amar en exceso la vida. Me diste a luz como algo común para todos los griegos, y no para ti sola[52]. ¿Ahora que miles de guerreros embrazando sus escudos, y miles de remeros empuñando sus remos, por el honor de su patria agraviada están decididos a luchar contra los enemigos y a morir por Grecia, mi vida, que es una sola, va a obstaculizar todo? ¿Qué palabra justa podemos, madre, argüir en contra de esto?

Y vayamos al otro tema. No está bien que éste se enfrente en combate a todos los aqueos, ni que muera, por una mujer. Un hombre es más valioso que mil mujeres en la vida. Y si Ártemis quiso apoderarse de mi persona, ¿he de resistirme yo, que soy mortal, contra la diosa? Sería imposible. Entrego mi cuerpo a Grecia. Sacrificadme, arrasad Troya. Ése será, pues, mi monumento funerario por largo tiempo, y eso valdrá por mis hijos, mis bodas y mi gloria. Es natural que los griegos dominen a los bárbaros, y no que los bárbaros manden a los griegos, madre. Pues esa es gente esclava, y los otros son libres[53].

CORIFEO. — Tu condición, joven muchacha, es noble. Pero la del Destino y la de la Divinidad anda torcida.

AQUILES. — ¡Hija de Agamenón, iba a hacerme feliz un dios si lograra casarme contigo! Siento celos de Grecia por tu causa, y de ti por causa de Grecia. Bien has hablado y de modo digno de tu patria. Pues al rechazar el combate con la divinidad, que es más fuerte que tú, has elegido la decisión apropiada y necesaria[54]. Pero

52 S. ROSSI, en nota *a. l.*, cita el proverbio latino: *Nemo sibi nascitur; non sibi sed patriae.*

53 Esta sentencia, que expresa un sentir general de los griegos de la época, está citada por ARISTÓTELES en su *Política* I 2, para adherirse totalmente a ella.

54 Algunos editores del texto, como MONK, NAUCK, y ROSSI

me asalta más la nostalgia de tu lecho al observar tu carácter natural. Eres noble, desde luego. Mira. Yo estoy dispuesto a defenderte y a llevarte a mi hogar. Siento pesar, ¡atestígüelo Tetis!, de no salvarte enfrentándome a los Danaides en combate. Reflexiona: la muerte es un mal espantoso.

IFIGENIA. — Esto lo digo sin ningún miramiento para con nadie. Ya se basta la Tindáride Helena para provocar combates y muertes por su persona. Tú, extranjero, por mí no has de morir ni matar a ninguno. Déjame que salve a Grecia, si está en mi poder.

AQUILES. — ¡Magnánima decisión! No sé ya que decir contra esto, puesto que tú estás resuelta a ello. Piensas con nobleza. ¿Por qué no diría uno la verdad? Sin embargo, tal vez podrías arrepentirte de esto, y acaso te acordarás de mis palabras, cuando veas el cuchillo cerca de tu cuello[55]. Para que seas consciente de mis promesas, iré con mis armas a colocarme junto al altar para no abandonarte, sino para impedirte morir.

Desde luego no dejaré que tú mueras por un acto de irreflexión. Me presentaré con estas armas ante el templo de la diosa y aguardaré ansioso tu llegada allí.

IFIGENIA. — Madre, ¿por qué en silencio bañas con lágrimas tus pupilas?

CLITEMESTRA. — Tengo, triste de mí, un buen motivo para dolerme en el alma.

IFIGENIA. — ¡Deja, no me acobardes! Hazme caso ahora.

CLITEMESTRA. — Habla, que de mí no recibirás ningún daño, hija mía.

consideran un añadido esta frase, que contradice las siguientes. MURRAY la acepta, atribuyendo a vacilaciones de Aquiles esa contradicción.

55 Altero el orden de dos versos, de acuerdo con la propuesta de VITELLI, para conservar la secuencia.

IFIGENIA. — No vayas tampoco a cortar la melena de tu pelo ni cubras tu cuerpo con negras vestiduras.

CLITEMESTRA. — ¿Por qué me dices esto, hija? Cuando yo te pierda...

IFIGENIA. — Tú no me pierdes. Estoy salvada, y tú gozarás de buen renombre por mí.

CLITEMESTRA. — ¿Cómo dices? ¿No debo llevar luto por tu vida?

IFIGENIA. — De ningún modo, porque no se alzará una tumba por mí.

CLITEMESTRA. — ¿Y qué? ¿No se considera tumba el morir?

IFIGENIA. — El altar de la diosa, la hija de Zeus, será mi monumento fúnebre.

CLITEMESTRA. — Bien, hija mía, te obedeceré. Tienes razón.

IFIGENIA. — Como que soy afortunada y salvadora de Grecia.

CLITEMESTRA. — ¿Y qué les contaré a tus hermanas de ti?

IFIGENIA. — No las cubras tampoco con negros peplos.

CLITEMESTRA. — ¿Y no voy a decirles de tu parte una palabra cariñosa a las muchachas?

IFIGENIA. — ¡Sí, que sean felices! Y cría hasta que se haga hombre a este Orestes, por mí.

CLITEMESTRA. — Abrázale, ya que lo ves por última vez.

IFIGENIA. — ¡Ay, queridísimo, auxiliaste cuanto podías a tus íntimos!

CLITEMESTRA. — ¿Hay alguna cosa que yo pueda hacer en tu favor en Argos?

IFIGENIA. — No guardes odio a mi padre, y tu esposo.

CLITEMESTRA. — Terribles riesgos tendrá que correr él por tu causa.

IFIGENIA. — A su pesar me ha perdido por la salvación de Grecia.

CLITEMESTRA. — Con engaño, de un modo innoble e indigno de Atreo.

IFIGENIA. — ¿Quién va a conducirme antes de que me arrastren de la cabellera?

CLITEMESTRA. — Yo iré contigo...

IFIGENIA. — ¡Tú no! No dices bien.

CLITEMESTRA. — Agarrándome a tu peplo.

IFIGENIA. — Hazme caso, madre. Quédate. Que para mí y para ti es esto mejor. Que alguno de los servidores de mi padre me escolte hasta el prado de Ártemis, donde seré sacrificada.

CLITEMESTRA. — ¿Hija, te vas?

IFIGENIA. — Y ya no vendré de nuevo.

CLITEMESTRA. — ¿Y dejas a tu madre?

IFIGENIA. — Como ves, sin merecerlo.

CLITEMESTRA. — Detente, no me abandones.

IFIGENIA. — Prohibido derramar lágrimas. Y vosotras, jóvenes, entonad propiciamente un peán, por mi destino, a Ártemis hija de Zeus. ¡Que resulte un presagio feliz para los Danaides! ¡Que alguien apreste los canastillos, y que se encienda el fuego con los granos de cebada purificatorios, y que mi padre se dirija al altar por la derecha! [56]. Porque voy para procurar a Grecia la salvación y la victoria.

¡Conducidme a mí, la conquistadora de la ciudad de Ilión y del país de los frigios! ¡Dadme coronas que ceñirme, traedlas! Esta cabellera ha de coronarse. ¡Y aguas lustrales! ¡Danzad en ronda alrededor del tem-

[56] Para obtener un buen augurio era conveniente dar la vuelta al altar comenzando por la derecha. Ifigenia insiste en ello, ya que ha de entonarse un peán, un canto de victoria, y evitar toda manifestación luctuosa.

Luego sigue un *kommós* entre Ifigenia y el coro, que sirve de cuarto estásimo.

plo, en torno al altar de Ártemis, la soberana Ártemis, la feliz! Porque, si así es preciso, satisfaceré con mi sangre y con mi sacrificio las prescripciones del oráculo.

¡Oh venerable, venerable madre, no te ofreceré mis lágrimas a ti, pues no se permite en los actos rituales!

Jóvenes, celebrad conmigo a Ártemis que reside frente a Calcis, donde permanecen demoradas las lanzas guerreras a causa de mi nombre, en las angostas calas de esta Áulide. ¡Ah, tierra madre pelasgia, y Micenas, lugar de mi infancia!

CORO. — *¿Invocas a la ciudad de Perseo, construida por manos ciclópeas?* [57].

IFIGENIA. — *¡Me criaste para ser luz de Grecia! No me niego a morir.*

CORO. — *¡Que no te falte, pues, la gloria!*

IFIGENIA. — *¡Ay, ay! ¡Día portador de la antorcha, fulgor de Zeus, voy a habitar otra vida, y otro destino! ¡Adiós, mi querida luz!*

(*Sale Ifigenia, acompañada por varios servidores.*)

CORO. — *¡Ay! ¡Ay! ¡Ved a la conquistadora de Ilión y de la Frigia que se va a que sobre la cabeza le impongan coronas y aguas lustrales, a rociar con los chorros de su sangre derramada el altar de la divina diosa, cuando le cercenen el cuello! Te esperan las claras aguas, las abluciones preparadas por tu padre y el ejército de los aqueos que quieren llegar a la ciudad de Ilión. Mas invoquemos a la hija de Zeus, a Ártemis, entre los dioses soberana, como para un destino bienaventurado.*

¡Oh Señora, ya que sacias tu deseo de sacrificios humanos, envía el ejército de los griegos hasta la tierra de los frigios y los engañosos baluartes de Troya, concede a Agamenón una famosísima corona para las lan-

---

57 Según la leyenda fue Perseo, hijo de Zeus y Dánae, quien hizo construir por los Cíclopes la ciudadela de Micenas.

zas helenas, y que ciña en torno a su cabeza una gloria de imperecedero recuerdo!

(*Acude un mensajero, uno de los servidores que acompañan a Ifigenia.*)

MENSAJERO. — ¡Oh hija de Tindáreo, Clitemestra, sal fuera de las casas, a fin de que oigas mi relato.

CLITEMESTRA. — Al oír tu llamada he acudido aquí, temerosa, triste y abatida por el espanto, de que hayas venido a traerme alguna otra desgracia además de la presente.

MENSAJERO. — Acerca de tu hija quiero anunciarte hechos asombrosos, y tremendos.

CLITEMESTRA. — ¡No te demores entonces, sino dilo a toda prisa!

MENSAJERO. — Entonces, querida señora, lo sabrás todo con claridad. Lo contaré desde un comienzo, a no ser que mi entendimiento me falle y confunda a mi lengua en mi relato.

Así que, una vez que llegamos al bosque y a las praderas cargadas de flores consagradas a Ártemis la hija de Zeus, donde era el lugar de reunión del campamento de los aqueos, conduciendo a tu hija, al punto se congregó la multitud de argivos. Y apenas el rey Agamenón vio avanzar a la muchacha a través del bosque sagrado hacia su sacrificio, comenzó a lanzar gemidos, mientras que, a la vez, desviando su cabeza, prorrumpía en lágrimas, extendiendo su manto ante sus ojos [58]. Pero ella se detuvo al lado de su progenitor y le dijo: «Padre,

---

[58] El pintor Timante de Sición, que pintó la escena del «Sacrificio de Ifigenia», tan imitada luego, hacia el 400 a. C., representó a Agamenón en esa postura y con la cabeza recubierta por el manto, para ocultar lo insondable de su dolor. Algunos escritores antiguos lo elogian por ese acierto. Así CICERÓN, *Or.* XXII 74, PLINIO, *H. N.* XXXV 10, 73, QUINTILIANO, II 13, VALERIO MÁXIMO, IV 8, 12.

aquí estoy junto a ti, y mi cuerpo por mi patria y por toda la Grecia entrego voluntariamente a los que me conducen al sacrificio en el altar de la diosa, ya que éste es el mandato del oráculo. ¡Y por lo que de mí depende, que seáis felices y consigáis la victoria para nuestras lanzas y el regreso a la tierra patria! Por eso, que ninguno de los argivos me toque, que ofreceré en silencio mi garganta con animoso corazón»[59]. Eso fue lo que dijo. Y todo el mundo, al oírla, admiró la magnanimidad y el valor de la muchacha virgen. Alzóse en medio Taltibio, a cuyo oficio esto concernía, y ordenó comportamiento respetuoso y silencio a la tropa. Y el adivino Calcante en el canastillo labrado de oro depositó el puñal afilado, que con su mano había desenvainado, en medio de los granos de cebada[60]; y coronó la cabeza de la joven. Y el hijo de Peleo agarró el canastillo y el cántaro del agua ritual y roció el altar de la diosa en derredor, y dijo[61]: «Hija de Zeus, tú que cazas animales salvajes, y que en la noche volteas la blanca luz astral[62], acepta esta víctima que te ofrecemos como regalo el ejército de los aqueos y el soberano Agamenón: la sangre pura de un cuello hermoso y virginal. Y concédenos realizar una navegación indemne y arrasar los muros de Troya por la lanza».

Los Atridas y todo el ejército estaban firmes con la vista fija en el suelo. El sacerdote tomó la espada e

---

59 Algo muy parecido dice Políxena en *Hécuba* 548-9, en una escena bastante semejante a ésta, aunque con otro final.

60 El cuchillo para el sacrificio se sumergía entre los granos de cebada consagrados para el uso ritual. Cf. ARISTÓF., *Paz* 948.

61 No se ve la razón de que sea Aquiles quien intervenga con tal papel en el sacrificio. Es una inconsecuencia más del que ha compuesto esta tirada final, probablemente un erudito bizantino, que comete además algunos notorios errores de métrica.

62 Artemis, la virgen cazadora, identificada con la luna.

hizo su oración, mientras escrutaba su cuello, para hincar allí un golpe seguro. Y a mí me inundaba un enorme dolor en mi corazón y me quedé con la cabeza baja. ¡Y de repente sobrevino un milagro espectacular! Pues todo el mundo percibió claramente el ruido del golpe, pero nadie vio a la joven, por dónde desapareció en la tierra. Da un grito el sacerdote, y todo el ejército respondió con un griterío, al contemplar aquel inesperado prodigio realizado por algún dios, que ni siquiera viéndolo se podía creer. Pues una cierva, en los pálpitos de la agonía, yacía en el suelo; era de gran tamaño y admirable aspecto; el altar de la diosa estaba regado de arriba abajo con su sangre. Y a esto Calcante ¿qué te parece?, lleno de gozo, dijo: «Oh caudillo de este ejército confederado de los aqueos! ¿Veis esta víctima del sacrificio, que la diosa ha aportado a su altar, una cierva montaraz? Aprecia más esta víctima que a la muchacha para no manchar su altar con una sangre noble. Propicia acogió el sacrificio, y nos concede un viento favorable y el asalto a Ilión. Ante esto, que todo navegante eleve su coraje y marche hacia su nave. Porque en este día de hoy debemos abandonar las cóncavas calas de Áulide y cruzar las ondas del Egeo».

Después que toda la víctima se hubo carbonizado bajo la llama de Hefesto, hizo las oraciones convenientes para que el ejército lograra un feliz regreso. Y Agamenón me envía para comunicarte todo esto, y decirte de qué destino goza entre los dioses, y qué fama inmortal ha obtenido en Grecia. Y yo, que estuve presente y vi el suceso, te lo cuento. Tu hija voló evidentemente hacia los dioses[63]. Deja tu dolor y desecha el rencor contra tu esposo. Desde luego los designios de

63 El destino posterior de Ifigenia, trasladada milagrosamente a la región de los Tauros, como sacerdotisa de Ártemis, le es naturalmente desconocido al narrador del prodigio.

los dioses son imprevisibles para los hombres. Pero ellos salvan a los que aman. Así este día vio a tu hija muerta y viva.

CORO. — ¡Cómo me alegro al oír estas noticias del mensajero! Anuncia que tu hija vive y habita entre los dioses.

CLITEMESTRA. — ¡Ay hija! ¿Qué dios te ha raptado? ¿Cómo voy a dirigirme a ti? ¿Cómo asegurar que no refiere éste un falso relato, para que yo desista de mi triste penar?

CORO. — He aquí que acude el rey Agamenón, que puede contarte él en persona el mismo relato.

(*Entra Agamenón.*)

AGAMENÓN. — ¡Mujer, podemos ser dichosos por nuestra hija! Pues realmente goza de la compañía de los dioses. Ahora debes tomar en tus brazos a este pequeño cachorro (*señalando a Orestes*) y regresa a casa, pues el ejército atiende ya a la navegación.

¡Y adiós! Larga será la tardanza de mis saludos a la vuelta de Troya. ¡Y que te vaya bien!

CORO. — *¡Gozoso arribes, Atrida, a la tierra frigia, y gozoso regresa, trayéndome los más espléndidos despojos del saqueo de Troya!*



BACANTES

INTRODUCCIÓN

1. En contraste con los dramas precedentes, *Bacantes* es una tragedia paradigmática en todos los sentidos, una tragedia formalmente irreprochable, un drama de una tensión trágica constante, sin concesiones melodramáticas ni novelescas, tan admirablemente construido como el *Agamenón* de Esquilo o el *Edipo Rey* de Sófocles [1]. Esta obra póstuma del más joven de los tres grandes tragediógrafos atenienses es el único drama dionisíaco que ha llegado hasta nosotros. Tratando un tema directamente relacionado con Dioniso, el dios de la máscara y el teatro, Eurípides ha sabido alcanzar acentos de una sinceridad emotiva y religiosa, de una poesía tan honda y tan clara, que más de un brillante comentarista ha querido ver en esta tragedia, arcaizante y de tema tradicional, el prototipo de la Tragedia Griega como representación religiosa [2]. Pero las *Bacantes* no

---

[1] Cf. H. D. F. KITTO, *o. c.*, págs. 370-381. Sobre la construcción más sencilla del drama en contraste con otros de Eurípides, cf. el epílogo de E. BUSCHOR a su versión en *Eurípides Tragödien*, V, Darmstadt, 1977.

[2] G. Murray, como otros audaces comentaristas —así F. Nietzsche, G. Thomson, etc.—, han querido considerar esta pieza como un trasunto del drama religioso arquetípico y ritual, en el que se escenificaba el sufrimiento, la muerte y la resurrección triunfal de un dios, Dioniso. (Cf. MURRAY, *Euripides and his Age*, Londres, 1913, págs. 19 y 182. Hay trad. espª., México, 1966.) Pero esa hipótesis me parece harto inverosímil. De la

es una tragedia primeriza, es una de las últimas tragedias; es una pieza de despedida del más innovador y escandaloso de los dramaturgos de Atenas.

No deja de ser paradójico, pues, que sea Eurípides, ese supuesto crítico de los mitos tradicionales, ese arruinador de la sabiduría trágica, según la perspectiva propuesta por F. Nietzsche, quien nos haya ofrecido la imagen más acabada de un drama dionisíaco, en el sentido más nietzschiano del término. Y no menos para-

---

estructura arcaizante de las *Bacantes* se da un salto injustificado al pasar a postular el carácter primordial del tema dionisíaco.

No vamos a entrar aquí en la debatida cuestión del origen dionisíaco de la tragedia griega. Daré sólo dos citas para reflejar los extremos de la cuestión. La primera es de F. NIETZSCHE en su *El nacimiento de la tragedia* (1872), tr. espª. 1973, pág. 96: «Es una tradición irrefutable que, en su forma más antigua, la tragedia griega tuvo como objeto único los sufrimientos de Dioniso, y que durante larguísimo tiempo el único héroe presente en la escena fue cabalmente Dioniso. Mas con igual seguridad es lícito afirmar que nunca, hasta Eurípides, dejó Dioniso de ser el héroe trágico y que todas las famosas figuras de la escena griega Prometeo, Edipo, etc., son tan sólo máscaras de aquel héroe originario, Dioniso.» El coro, según Nietzsche, «participa del sufrimiento» de «su señor y maestro Dioniso» en un estado especial de éxtasis y entusiasmo, de *Ergriffenheit*.

Desde una perspectiva más crítica, G. ELSE, en su libro *The Origin and Early Form of Greek Tragedy* (Harvard Un. Press, 1965), concluye: «No hay ninguna prueba sólida de que la tragedia haya sido dionisíaca en cualquier sentido, excepto en el de que era originaria y regularmente representada en las Dionisias ciudadanas de Atenas... No hay ninguna razón para creer que la tragedia se desarrolló a partir de cualquier tipo de posesión o éxtasis, dionisíaco u otro». Hoy día, tanto los estudiosos de la tragedia como género teatral, como los de la influencia del culto dionisíaco suelen ser muy cautos al respecto. Es el caso de A. LESKY en *Die Tragische Dichtung der Hellenen*, 3.ª ed., Gotinga, 1972, págs. 40-44, y de H. JEANMAIRE en su *Dionysos. Histoire du culte de Bacchus*, París, 1951, cap. VII. En cuanto a los orígenes rituales de la tragedia, véase la variedad de motivos estudiada por F. R. ADRADOS en *Fiesta. Comedia y Tragedia*, Barcelona, 1972.

dójico resulta que para rastrear los orígenes rituales de la tragedia algunos filólogos quieran recurrir precisamente a esta pieza, en las postrimerías del género trágico, a más de un siglo de su creación, obra no del alba, sino del crepúsculo.

De ahí que algunos hayan escrito del «problema de las *Bacantes*», e incluso del «enigma de las *Bacantes*». ¿Cuál es la significación más profunda de este drama aparentemente arcaico y religioso? ¿Qué quería decir el viejo poeta, el «racionalista» o «el irracionalista» Eurípides con esta obra de despedida?[3].

2. En *Bacantes* Eurípides ha regresado a una tragedia de estructura tradicional, con algunos rasgos antiguos, que en su construcción y su tonalidad recuerda la manera de Esquilo. El gusto arcaizante se percibe en ciertos detalles formales, alguno de los cuales encuentra paralelos en otras piezas suyas de la última etapa. (Por ejemplo, desde el punto de vista métrico, encontramos los versos líricos de metro jónico o los diálogos en tetrámetros trocaicos —que también abundan en *Ifigenia en Aulide*—. Las amplias narraciones de los Mensajeros para relatar los sucesos exteriores a la escena son también un procedimiento tradicional.) Pero el arcaísmo fundamental reside en dos puntos: en la utilización del Coro como elemento esencial en la acción dramática y en la elección del tema: una teomaquia con Dioniso.

---

3 *The Riddle of the Bacchae* es el título de un libro de G. Norwood, de 1908. *Euripides the Rationalist*, el de otro de A. W. Verrall en 1914, al que responde el brillante artículo de E. R. Dodds «Euripides the Irrationalist» de 1929, recogido ahora en su libro *The Ancient Concept of Progress and Other Essais*, Oxford, 1973. Al esclarecimiento del sentido más profundo de la obra se dedica el libro de R. P. Winnington Ingram, *Euripides and Dionysus*, Cambridge, 1948.

Comencemos por destacar la función del Coro en la construcción del drama. En contraste con otras tragedias tardías, en las que los cantos corales resultan comentarios marginales, a modo de intermedios líricos sentidos cada vez más como superfluos, a veces sustituidos por solos líricos de algún actor y más tarde en trance de desaparición, en las *Bacantes* tenemos cinco cantos corales (una larga *párodos* y cuatro *stásima* más breves), dispuestos de acuerdo con las normas más ortodoxas del drama. El Coro es quien da nombre a la tragedia y sus intervenciones marcan siempre, en sus diversos tonos, la nota de fondo a la acción.

El Coro es el primer ámbito de resonancia emotiva de la peripecia escénica, situado entre los grandes héroes a los que afecta la catástrofe, y los espectadores afectados por la catarsis trágica de la compasión y el terror. Con su comentario sentencioso, limitado en ocasiones, el Coro aporta su mediación a la recepción de los temas patéticos. En cierto modo los espectadores conectan su sentir con la visión dramática del Coro, que sirve de elemento de unión y de distanciamiento con el mito dramatizado.

El Coro de *Bacantes* tiene, además, una singular personalidad y una peculiar apariencia. Como extranjeras lidias, vestidas con los hábitos rituales del dios, blandiendo sus tirsos y timbales, comparten con el Extranjero-Dioniso la persecución y el triunfo. Como las jóvenes fugitivas que forman el Coro de las *Suplicantes* de Esquilo, su destino está ligado al resultado de la acción dramática. Expresan, pues, de un modo muy directo los temores y angustias, y la exaltación emocional de los diversos episodios. Como el propio Dioniso, presentan una doble faz. Por un lado, son las entusiastas portadoras de un evangelio de gozo, predican con afán proselitista su invitación a una agreste felicidad, a una religiosa forma de vivir que choca contra la inflexible

y tiránica legalidad de Penteo, tirano de tragedia, abocado a la desgracia en su ceguera mental[4]. Pero, a la vez, estas ménades, amantes de la placentera libertad y de la comunión con la naturaleza, amenazan con su fuga montaraz y su éxtasis y sus delirios las normas ciudadanas, y exultan de júbilo ante la feroz venganza de Dioniso, perpetrada en el descuartizamiento de Penteo. El Coro refleja bien, en su aspecto atractivo y repelente, la ambivalencia del dionisismo: su euforia festiva y su desafío a las civilizadas normas de la cordura. Lo que impulsa a tomar el tirso y hacerse bacante es el entusiasmo dionisíaco, que, como una forma de locura religiosa, de *manía*, puede ser bendición, pero también castigo, como para Ágave y las mujeres de Tebas. En cierto modo es el Coro quien nos da la réplica emocional humana a la actitud apasionada de Penteo. Su antagonista, el Extranjero que es Dioniso, permanece sonriente e inalterable, como dios que es, frente a sus enojos y amenazas. Las mujeres del Coro, más capaces de sufrimiento y de pasión, están sujetas a los más opuestos cambios de ánimo. Las ménades asiáticas de la *orchestra* representan también a otro coro, el de las mujeres tebanas que, abandonando sus niños y sus hogares, danzan por los repliegues del Citerón poseídas por el delirio báquico, y luego destrozarán a Penteo. El Coro en escena no interviene directamente en la venganza; sí sufre la persecución y el encarcelamiento;

[4] La significación religiosa de los cantos del Coro y la posición de Eurípides al respecto está bien destacada por A. J. FESTUGIÈRE en dos claros arts. publs. en la rev. *Eranos* (1956), págs. 72-86, e *íd.* (1957), págs. 127-144. Para la relación idílica de las bacantes en el Citerón, cf. H. J. TSCHIEDEL, «Natur und Mensch in den *Bakchen* des Euripides» en *Ant. u. Abendland*, 23, 1 (1977), págs. 64-76. Para otro enfoque, cf. A. J. PODLECKI, «Individual and Group in Euripides' *Bacchae*», *L'Ant. Class.* (1974), págs. 143-165.

pero de algún modo se continúa en ese otro tropel de ménades cuyos sorprendentes hechos relata el Mensajero y que, acaudilladas por el dios y por Ágave, ajusticiarán al protagonista.

¿Hasta qué punto el espectador ateniense podía identificarse con el sentir de este Coro extraño? ¿Hasta dónde sus cantos reflejan los anhelos de felicidad, las nostalgias del viejo Eurípides?

3. El tema tratado por Eurípides tiene una larga tradición en la dramaturgia ateniense. Ya a Tespis, el fundador de la tragedia, se le atribuye un *Penteo*. Esquilo dedicó una trilogía ligada a la leyenda tebana sobre el nacimiento y la victoria de Dioniso sobre la resistencia a su culto, que comprendía tres tragedias (*Sémele* o las *Portadoras de agua*, las *Cardadoras de lana*, y *Penteo*) y un drama satírico (las *Nodrizas de Dioniso*), y otra a la leyenda similar de la oposición del rey tracio Licurgo al culto báquico (*Edonos*, *Basárides*, *Jóvenes muchachos*, y el drama satírico *Licurgo*). Otros autores de tragedias retomaron estos motivos míticos. Polifrasmon escribió un *Licurgo* (hacia 467), Jenocles unas *Bacantes* (primer premio en 415), Iofonte, el hijo de Sófocles, otra tragedia *Bacantes* o *Penteo*, Espíntaro una *Sémele fulminada*, Cleofonte otras *Bacantes*, Queremón un *Dioniso*, Cárcino una *Sémele*, y el cínico Diógenes otra pieza del mismo título. De todas estas piezas nos quedan sólo los nombres y unos exiguos fragmentos de Esquilo. (Entre los latinos, Nevio y Pacuvio compusieron tragedias sobre el tema, muy influidas sin duda por la obra de Eurípides.)

En su núcleo argumental la leyenda dionisíaca narra un mismo hecho, que se repite en la Tebas de Cadmo, en la Tracia de Licurgo, en el Orcómenos de Atamante, en Tirinto y en Argos con las hijas de Preto. Una familia real se niega a aceptar la divinidad de Dioniso y se opone al culto báquico; el dios la castiga enloqueciendo

a las mujeres y destrozando a los descendientes masculinos de la familia, descuartizados por sus madres delirantes. Tal como este núcleo argumental se presenta en el caso de Penteo, puede advertirse en su desarrollo la pervivencia de algunos elementos del ritual dionisíaco, elementos muy antiguos con paralelos en otros cultos mistéricos. Penteo es ejecutado como una víctima propiciatoria, como el *phármakos* que recoge sobre sí los pecados de la comunidad para expiarlos con su muerte, inmolado en un *sparagmós* ritual, un despedazamiento en vivo a manos de las ménades (al cual en el ritual debía seguir la *omophagia*, la comida de la carne cruda del animal sacrificado, a lo que en la tragedia de Eurípides sólo se alude). El travestimiento de Penteo con indumentaria femenina y báquica, su refugio en un árbol, que no será cortado sino arrancado de cuajo, la conducción de su empalada cabeza como un triunfo de caza, evocan actos de un ritual dionisíaco. Indudablemente el autor trágico resemantiza, al tiempo que aprovecha estos datos tradicionales. Penteo, castigado como sacrílego *voyeur* que trata de violar los misterios sacros de la montaña de las bacantes, se ha atraído por su error trágico esa muerte horrible (como él mismo reconoce en la tragedia, vss. 1120-1: *tais emais hamartíaisi*, «por mis propios pecados»), no es la víctima inocente de un drama sacro, sino un héroe trágico que expía las culpas de la propia desmesura, de la *hýbris* tiránica que le arrastra a su destrucción. Como su primo Acteón, paga con el descuartizamiento la transgresión de una norma religiosa, su vocación de inconsciente teómaco, adversario de una divinidad que en su tremendo poder se revela como procurador de libertad y alegría, pero también como implacable y cruel vengador de su gloria afrentada [5].

---

5 La perduración de elementos rituales, así como una fina interpretación psicoanalítica de algunos de ellos, está ya en la

La sensibilidad y el genio del viejo y desilusionado Eurípides ha sabido exprimir toda la fuerza primitiva, bárbara, feroz, de esta historia sacra y sangrienta, con una poesía que expresa a veces los gozos de la comunión con la naturaleza en idílica libertad y otras el estremecimiento del espanto y del furor ante la pasión de Dioniso que se transforma en la pasión y muerte de Penteo, en este drama canónico, y también, como se ha dicho, «el más shakespeariano de todos los dramas griegos»[6].

4. Los estudiosos del teatro de Eurípides han destacado que éste pudo observar en Macedonia, adonde se había retirado, el fervor de los cultos órficos y dionisíacos de la región, así como dejarse influir por la grandiosidad de la naturaleza agreste de sus paisajes. Por otro lado, en aquellos mismos años desastrosos para Atenas, la ciudad se veía invadida por nuevos cultos de origen oriental, y acudían los prosélitos de los ritos mistéricos de Cíbele y Bendis, de Atis, Adonis, y Sabacio, e Isis, con sus promesas de ambiguos evangelios, a predicarlos en la cuna del racionalismo sofístico y la ilustración. Pero la última tragedia del dramaturgo tan influido por las lecciones y las críticas de los sofistas no es una palinodia ni el testimonio de una tardía conversión, sino la expresión de un anhelo largo tiempo vivido: el reconocimiento de la incapacidad del hombre para enfrentarse con su limitada razón a lo divino, que de muchas formas puede manifestarse, y que en el dionisismo lo hace por medio del entusiasmo y las danzas

---

introducción de Dodds a su edición magistral de la tragedia. Pero véase también la sugestiva interpretación de J. Kott en *El manjar de los dioses* (1970), tr. espª., México, 1977, págs. 180-223.

6 La frase la tomo de J. Roux en el prólogo a su ed. (París, 1970). Cf. además H. Diller, *Die Bakchen und ihre Stellung im Spätwerk des Euripides*, Wiesbaden, 1955.

y el abandonarse a los goces de la libertad en la naturaleza. Tal vez la intensidad con que el trágico anhelaba esas imágenes de una dicha serena y cotidiana, en armonía con la naturaleza y lo divino, refleja que para él se trataba de un difícil logro, «precisamente un bien prohibido», como apunta Di Benedetto[7].

Las posturas de los estudiosos que tratan de situar a Eurípides en contra o en favor de Dioniso, según que le consideren «racionalista» o «irracionalista» me parecen un tanto simplistas. Cierto que la tesis de los primeros, los que como Verrall y Norwood, ven en la figura de Penteo un mártir de la razón y el orden frente a la demoníaca irrupción de la locura dionisíaca, parece contar hoy con pocos adeptos. Pero la tesis contraria se ha extralimitado, al recalcar las limitaciones de Penteo, un tirano, un puritano de libidinosos impulsos inconscientes, etc. Por otra parte, la solución de postular que «las *Bacantes* es, ante todo, una obra de arte. No hay en ella tesis»[8], me resulta harto cómoda e injusta para con el pensador y el trágico Eurípides.

Hay en la obra una afirmación clara: la de la grandeza de Dioniso. Es una divinidad que depara gozos entusiastas a sus fieles, uno de los dioses benefactores de la humanidad indigente. No menos clara es la manifestación de crueldad con que el dios puede revelarse a quienes lo niegan, con un castigo que envuelve a pecadores y justos, con una crueldad que es fatídica, la antigua decisión de Zeus (como dice Dioniso en el verso 1349).

La ambigüedad es un aspecto fundamental de la tragedia. No menos que en otras piezas últimas de Eurípides, en ella se nos plantea un enfrentamiento de valores. El conflicto trágico revela que tanto unos como

---

7 En su ya citado *Euripide: Teatro e Società*, págs. 295-303.

8 A. Tovar en el prólogo a su edición, Barcelona, 1960, pág. 17.

otros poseen una innegable validez vital y social. La razón no está por entero en ninguno de los dos bandos enfrentados en la querella trágica, sino en la superación o conciliación de los opuestos, que resulta dramáticamente imposible. Porque Dioniso es, como ya destacó hace tiempo W. F. Otto[9] en un libro admirable, el dios ambiguo por excelencia, el del entusiasmo y la embriaguez vital, y, al mismo tiempo, el demonio del aniquilamiento y la locura.

5. Tanto Penteo como las Bacantes invocan en su favor la justicia y la tradición religiosa, uno y otras defienden su ley, su *nómos*, y buscan, a su manera, la sabiduría, la *sophía*. Pero sus particulares concepciones difieren. Unos a otros se acusan de insensatez y extravío. Penteo acusa a Tiresias y a Cadmo de locos, como Tiresias y el Extranjero acusan a Penteo de lo mismo. *Tí to sophón*?, «¿Qué es lo sabio?» se pregunta el Coro. *To sophón ou sophía*, «lo sabio no es sabiduría», dice una de las sentencias más discutidas del drama. El enfrentamiento entre los valores defendidos por ambos bandos pone en entredicho cualquier concepción limitada de la vida en sociedad. En el enfrentamiento entre las normas de la vida *en la ciudad* (donde las mujeres están sometidas al enclaustramiento hogareño junto al telar y la cuna de los niños) y la huida *al monte* para danzar en fiesta y en libertad; en el contraste entre la autosuficiencia de lo *griego* frente al evangelio *bárbaro* de las ménades asiáticas y su escandaloso profeta[10]; en la oposición entre la *autoridad masculina*

---

[9] W. F. Otto, *Dionysos. Mythos und Kultus* (1933), 3.ª ed., Francfort, 1960.

[10] Hoy sabemos que Dioniso no es un dios introducido en Grecia en una época reciente. En una tablilla micénica está atestiguado su nombre y su culto, que abarca multitud de aspectos. Cf. la síntesis de J. García López en *La religión griega*,

del tirano y el desvergonzado *afán femenino de liberación*; en el enfrentamiento entre la unión familiar representada por el *oikos* y la agrupación religiosa del *thíasos* báquico, entre la aceptación formalista de una *religión apolínea y política* y el *frenético entusiasmo* de las adoradoras y secuaces de Dioniso, estalla el conflicto que acentúa la intransigencia de Penteo. Es Penteo el defensor de los valores tradicionales desde el punto de vista de la moral griega, bien que la excesiva soberbia de su posición le haga incurrir en *hýbris*. Penteo es, como Hipólito, un héroe demasiado seguro de su moralidad, sin advertir la unilateralidad de su concepción hasta el momento de su muerte. Frente a él, frente al joven tirano inflexible en su error, resulta aleccionador Tiresias, contemporizador como buen representante del sacerdocio ecléctico de Delfos. E incluso el prudente Cadmo, dispuesto a la componenda que redunde en honor para la familia [11].

Pero el castigo del impremeditado teómaco resulta mucho más cruel que el de Hipólito, porque su descuartizamiento corporal va precedido de un desgarramiento interior, simbolizado en su travestimiento fe-

---

Madrid, 1975, págs. 116-132, y especialmente en relación con el culto de las *Bacantes*, las págs. 56-71 de la introducción de J. Roux a su edición, con las respectivas notas bibliográficas. Como dice M. Détienne, si este dios se presenta como Extranjero y Extraño, no es porque sea de procedencia exótica, «es porque el dios tiene por vocación lo Extraño» (en *Dionysos mis à mort*, París, 1977, pág. 163).

11 Hay quienes interpretan como diplomática la actitud del adivino y como hipócrita la de Cadmo; pero, a pesar del tono sofístico de la arenga de Tiresias y de las alegaciones del patriarca tebano, no creo que Eurípides quiera ver su actitud como falsa o ridícula, como lo ve Penteo. Los dos viejos sienten un entusiasmo auténticamente rejuvenecedor cuando deciden vestirse de bacantes y marchar al monte para danzar en honor del dios.

menino, seducido o hipnotizado por el Extranjero-Dioniso. Antes de ser cazado por las bacantes, Penteo ya ha caído en la trampa del dios embaucador por excelencia [12].

Una imagen domina la construcción dramática de las *Bacantes*: la de la caza. Mediante una inversión perfecta del símil, lo que, al comienzo, nos presentaba Penteo como una cacería de las mujeres fugadas de sus hogares va a convertirse en la montería en que él mismo, presa en la red de caza que el dios le ha preparado como mortífera celada, caerá para ser descuartizado. Las ménades, que se sienten gozosas y libres o acosa-

---

12 La interpretación del carácter de Penteo puede variar, según la importancia que se quiera dar a su personalidad psicológica. Aunque ciertamente la tragedia clásica está muy distante del drama psicológico, puede admitirse que Eurípides avanza en tal dirección, e incluso destacar el papel que en sus obras adquiere la evolución interior de sus personajes, como reclama B. VICKERS en *Towards Greek Tragedy*, Londres, 1973. Ya Dodds interpretó a Penteo en una clave freudiana, como un personaje puritano con una curiosidad libidinosa reprimida, que le hace interpretar el fenómeno dionisíaco como un pretexto para que las mujeres den libre curso a sus apetitos sexuales en fiestas secretas. Dodds destaca que la seducción de Penteo por el Extranjero se realiza gracias a ese ceder a su inconsciente pasional, en la hábil tentación de acceder como espía travestido en mujer a la supuesta orgía. J. Roux, en cambio, no resalta ese proceso anímico del joven rey, que ve como un estricto héroe del orden. Desde luego, por el camino del psicoanálisis del personaje es fácil exagerar, y buena muestra del paroxismo en tal sentido nos parece el artículo de W. SALE, «The psychoanalysis of Pentheus in the *Bacchae* of Euripides», en *Yale Class. Stud.* 22 (1972), págs. 63-82, en el que la conducta de Penteo descubre nada menos que «un complejo de castración».

Un estudio amplio sobre el personaje ofrece el art. de B. SEIDENSTICKER, «Pentheus», en la rev. alem. *Poetica* 5 (1972), págs. 35-63.

das como cervatillas y gacelas por los prados del Citerón, transformaran su agilidad en la furia de las fieras despedazadoras de la presa caída en la trampa. Ágave regresa al palacio de Cadmo con el magnífico botín de la batida: la cabeza de Penteo, que quiere colgar del muro como triunfo venatorio. Penteo es el cazador cazado por las presas que perseguía. G. S. Kirk ha subrayado cómo, a través de reiteradas alusiones, persiste en la trama este símil de la caza[13].

También las bacantes presentan un aspecto ambiguo. Provocadas por el ataque de los pastores o el acoso de Penteo estas pacíficas concelebrantes de la bacanal actúan con una violencia increíble, destrozando lo que encuentran a su paso. Eurípides no encubre el bárbaro carácter de este culto orgiástico que puede abocar a escenas de depredación como las recordadas por el Mensajero. Penteo, defensor de la moralidad tradicional, tiene motivos para escandalizarse. Pero Dioniso y su culto no están en la esfera de lo moral, sino más allá de la moralidad[14]. También eso lo hace peligroso para la sociedad establecida sobre patrones de cordura, racionalidad y represión colectiva.

Lo dionisíaco como categoría espiritual representa uno de los extremos en su oposición a la moderación apolínea. El triunfo de uno de estos principios significa negación del otro y destrucción del contrario. La tensión entre lo dionisíaco y lo apolíneo, embriaguez y serenidad, entusiasmo y autolimitación, vivifica el arte

---

13 G. S. Kirk, *The Bacchae by E., a transl. with commentary*, Londres, 1970, págs. 13-14.

14 En su libro *El engaño en el teatro griego*, Madrid, 1976, M. Vílchez destaca cómo el dios envuelve a su antagonista en la trampa, según un esquema un tanto tradicional en el drama, mediante la inspiración de la locura (págs. 139 y sigs.), manejándolo como una especie de marioneta, lo que me parece demasiado simplificador.

griego. Gran mérito de F. Nietzsche[15] fue descubrir el proceso dialéctico entre ambos principios, que encuentra en la tragedia, y especialmente en *Bacantes*, la más clásica tragedia de «el más trágico de los trágicos», su expresión paradigmática.

NOTA BIBLIOGRAFICA

El texto seguido, con las variantes que advertimos, ha sido el editado por G. MURRAY en la serie de los «Oxford Classical Texts».

Nos han sido de una gran utilidad las ediciones comentadas de:

E. R. DODDS, *Euripides. Bacchae*, 2.ª ed., Oxford, 1960.

P. LAZARI, *Euripide. Le Baccanti*, Florencia, 1975.

J. ROUX, *Euripide. Les Bacchantes*, 2 tomos, París, 1970 y 1972. (El vol. I contiene la Introd., texto y traducción francesa, y el II, el comentario, muy amplio.)

Entre las traducciones modernas de la pieza conviene destacar la castellana de A. TOVAR en *Eurípides, Tragedias II*, Barcelona 1960, acompañada de introducción crítica y edición del texto griego; y la inglesa de G. S. KIRK, *The Bacchae by Euripides*, Prentice-Hall (Nueva Jersey), 1970.

Estructura del drama.

PRÓLOGO (1-63). Lo recita Dioniso, que anuncia su propósito de castigar ejemplarmente a Penteo y a su familia, por haber despreciado su divinidad. Para ello ya ha sacado

---

15 He utilizado para estas últimas observaciones algunas págs. de un art. mío, publ. en la rev. *Helmantica* en 1975, con el título: «Dioniso en la Tragedia».

de sus hogares a las mujeres de Tebas, llevándolas en báquico delirio al Citerón. Luego el dios invita al coro de bacantes, que le siguen en su peregrinar desde tierras de Asia, a entrar en escena.

PÁRODO (64-169). Es un bellísimo canto de exaltación de los ritos y gozos dionisíacos. Consta de un breve proemio, dos pares de estrofas, y un largo epodo. El coro celebra la felicidad que Dioniso depara, evoca su doble nacimiento y finalmente describe los actos culminantes del ritual báquico.

EPISODIO 1.º (170-369). Se compone de dos escenas. La primera (hasta la entrada de Penteo en v. 215) describe el encuentro de Tiresias y Cadmo, dos venerables viejos que, revestidos con el hábito báquico, se disponen a marchar al monte para danzar en honor del dios. En esto aparece Penteo, furioso ante las noticias del nuevo culto que le han escandalizado; se asombra al ver la disposición de los dos ancianos y, violentamente, increpa a Tiresias, quien le responde con consejos de moderación.

ESTÁSIMO 1.º (370-433). Comprende dos pares de estrofas. El coro invoca a la Piedad, en contraste con la *hýbris* de Penteo, y exalta de nuevo el gozo que Dioniso procura, rechazando el insensato empeño de los que no se contentan con asentir a esa fácil felicidad.

EPISODIO 2.º (434-518). Lo llena el primer encuentro entre Penteo y el «Extranjero»-Dioniso, a quien los guardias traen preso. El núcleo está formado por una esticomitia, en la que a las frases bruscas de Penteo responde Dioniso con calma e ironía.

ESTÁSIMO 2.º (519-575). Con una sola tríada estrófica, es una agitada súplica de las ménades a Baco para que las conforte en este momento de aflicción y amenazas opresivas.

EPISODIO 3.º, muy amplio (576-861). Abarca tres escenas: la liberación del «Extranjero», el relato del mensajero sobre la conducta de las bacantes en el Citerón, y la tentación de Penteo por Dioniso. La primera de estas tres escenas consta, a su vez, de tres momentos: el terremoto que destruye el palacio, el relato del «Extranjero», y el segundo encuentro entre éste y Penteo. La irrupción del mensa-

jero, en uno de esos amplios discursos descriptivos que Eurípides adereza con singular maestría, nos traslada a un vasto escenario donde actúan las bacantes con prodigiosa libertad. Tras este relato, que después de las palabras del «Extranjero» deja manifiesto su poder, sigue la magnífica escena de la tentación de Penteo, seducido por su ambiguo interlocutor.

Estásimo 3.º (862-911). El coro manifiesta su alegría por la liberación y su confianza en la actuación de la divinidad. El epodo, tras las dos estrofas, exalta el vivir sereno y ecuánime.

Episodio 4.º, breve (912-976). Penteo, ya vestido de mujer, ansioso de partir como espía hacia el monte, dialoga con el «Extranjero» en una charla cargada de trágica ironía. Cuando el joven rey abandona la escena, su suerte está ya echada. Va hacia la trampa mortal.

Estásimo 4.º, breve (977-1023). En contraste con el canto anterior, invoca el coro, excitado, el advenimiento de una fiera, despiadada Justicia contra el sacrílego Penteo.

Episodio 5.º (1024-1152). Comienza con la llegada del mensajero que anuncia la muerte de Penteo al coro, y luego relata el trágico descuartizamiento del joven cazado por las ménades.

Estásimo 5.º (1153-1167). Está formado por una estrofa de pocos versos en que el coro celebra la victoria de Dioniso.

Éxodo (1168-1392). Comienza con un diálogo lírico entre el Corifeo y Ágave, que entra llevando en su tirso la cabeza de Penteo. Tras esta escena de frenética danza, Ágave llama a su padre, el viejo Cadmo, para ufanarse de la presa que ha capturado. Acude Cadmo, que viene de recoger los dispersos restos del descuartizado Penteo. Poco a poco logra que su hija vuelva en sí y reconozca toda su desgracia. Tras el planto de Cadmo por su nieto, debía de seguir la lamentación de Ágave, mientras trataba de recomponer el destrozado cadáver de su hijo. Pero hemos perdido esta parte del final de la obra. También nos falta el comienzo de la *resis* de Dioniso, aparecido como *deus ex machina*, para despedir a Cadmo y Ágave, y predecir su futuro.

VARIANTES TEXTUALES

	Texto de Murray	*Texto adoptado*
21	τἀκεῖ	κἀκεῖ
69-70	τίς; μελάθροις ἔκτοπος ἔστω,	τίς μελάθροις; ἔκτοπος ἔστω,
95	θαλάμαις	θαλάμοις
102	θηρότροφον	θηρότροφοι
115	Βρόμιος ὅστις	Βρόμιος εὖτ' ἂν
144	καπνόν	καπνός
200	οὐδὲν σοφιζόμεσθαι	οὐδ' ἐνσοφιζόμεσθα
206-207	οὔτε... οὔτε	εἴτε... εἴτε
236	οἰνῶπας	οἰνωπός
263	τῆς δυσσεβείας. ὦ ξέν', οὐκ αἰδῇ θεοὺς	τῆς Εὐσεβείας, ὦ ξέν', οὐκ αἰδῇ θεμοὺς
270	θράσει	θρασύς
335	ὡς ἔστι, Σεμέλη θ'	ὥς ἐστι Σεμέλης,
457	ἐκ παρασκευῆς	εἰς παρασκευήν
506	οἶσθ' ὅ τι ζῇς	οἶσθ' ἔθ' ὅ τι φῄς
606	†δῶμα Πενθέως· ἀλλ' ἐξανίστατε†	τὰ Πενθέως· ἀλλ' ἄγ', ἐξανίστατε.
652	DIONISO	PENTEO
730	ἐκρυπτόμην	ἐκρύπτομεν
798	φεύξεσθε	φευξεῖσθε
808	—τοῦτό γ' ἔστι—	τοῦτο γ', ἴσθι,
843	PENTEO. — ἐλθόντ' ἐς οἴκους... ἂν δοκῇ βουλεύσομαι.	DIONISO. — ἐλθόντ' ἐς οἴκους... PENTEO. — ἂν δοκῇ βουλεύσομαι.
877	τί τὸ κάλλιον	τί κάλλιον
1002	γνωμᾶν σωφρόνα	γνωμᾶν σωφρόνισμα
1006	θηρεύουσα· τὰ δ' ἕτερα	θηρεύουσα τάδ' ἕτερα
1007	φανερά τ' ὤ, νάει⟨ν⟩	φανερά, τῶν ἀεὶ
1026	Ὄφεος	ὄφεος
1061	ὄχθων δ' ἔπ', ἀμβὰς ἐς ἐλάτην	ὄχθον δ' ἐπεμβὰς ἢ 'λάτην
1083	ἐστήριξε	ἐστήριζε
1111	χαμαιριφής	χαμαιπετής

	Texto de Murray	*Texto adoptado*
1125	ὠλένης	ὠλέναις
1152	κτῆμα	χρῆμα
1162	στόνον	γόον
1180	AGAVE	CORO. — μάκαιρ' 'Αγαύη... AGAVE. — κληζόμεθ'
1194	AGAVE	CORO
1195	CORO... AGAVE.	AGAVE... CORO.
1229	δρυμούς	δρυμοῖς
1276	ἐμῇ	ἐμοὶ
1286	ἦλθεν	ἦλθ' ἐς
1312	ἐλάμβανες	ἐλάμβανεν
1377	DION. — ...ἔπασχον	CADMO. — ...ἔπασχεν

ARGUMENTO

Los parientes de Dioniso negaron que fuera un dios. Él les impuso el castigo adecuado. Pues hizo enloquecer a las mujeres de los tebanos, cuyos tíasos guiaban las hijas de Cadmo conduciéndolas hacia el Citerón. Penteo, el hijo de Ágave, que había heredado el poder real, estaba irritado con tales sucesos y, apresando a algunas de las bacantes las encadenó, y envió además a capturar al mismo dios, que lo consintió así. Y lo llevaron ante Penteo, y él ordenó que lo ataran y lo encarcelaran en el interior del palacio, no sólo negando que era un dios Dioniso, sino atreviéndose a hacerlo todo como contra un hombre. Él provocó un terremoto y derribó la mansión real, y conduciéndole hacia el Citerón persuadió a Penteo a hacerse espía de las mujeres, tomando vestido de mujer. Y ellas le descuartizaron, iniciando el sacrificio su madre, Ágave. Cadmo, al enterarse de lo acaecido, trató de reunir los miembros descuartizados y descubrió al final la cabeza de Penteo en las manos de la madre de éste. Apareciéndose Dioniso, da consejos a todos y le aclara a cada uno lo que le va a suceder, a fin de que ni de obra, ni de palabra fuera menospreciado como hombre por ninguno de los no iniciados en su culto.

ARGUMENTO DEL GRAMÁTICO ARISTÓFANES

Una vez convertido en dios Dioniso, como no quisiera Penteo acoger sus ritos, arrastró al delirio a las hermanas de su madre y las obligó a descuartizar a Penteo. El tema está ya en Esquilo, en su *Penteo*.

PERSONAJES

DIONISO.
CORO.
TIRESIAS.
CADMO.
PENTEO.
SERVIDOR.
MENSAJERO.
Otro MENSAJERO.
ÁGAVE.

Dioniso es el que recita el prólogo.

(*En el piso más alto de la escena, el* theologeíon, *por encima del palacio de Cadmo en Tebas, aparece Dioniso, que recita el prólogo.*)

DIONISO. — Me presento como hijo de Zeus en este país de los tebanos, yo, Dioniso[1]. Aquí me dio a luz un día la hija de Cadmo, Sémele, en un parto provocado por la llama del relámpago[2]. He trocado la figura de dios por la humana, y aquí estoy, ante los manantiales de Dirce y las aguas del Ismeno.

Contemplo el túmulo de mi madre, fulminada por el rayo, éste de ahí, junto al palacio, y las ruinas de su morada, que aún humean de la llama viva del fuego

---

1 Como en otros dramas de Eurípides, p. e. *Hipólito* o *Troyanas,* un dios se presenta para recitar el monólogo que informa de los antecedentes de la situación dramática y de su desarrollo básico. Por el tono recuerda fundamentalmente al recitado por Afrodita en el *Hipólito.* Pero, a diferencia, de lo que allí sucede, aquí el propio dios, Dioniso, actuará como antagonista en el drama, revistiendo forma humana, como subraya él mismo en varias ocasiones.

Entre *Diós páis* «hijo de Zeus» y *Diónysos* se quiere ver una relación esencial, de modo que el nombre de Dioniso indicaría ya en su valor etimológico esa filiación divina en la que se insiste a lo largo de la obra (cf. vv. 27, 466, 550, 859 y sigs.). La segunda parte del nombre *-nysos,* de origen incierto, tracio o frigio, según Kretschmer, podría equivaler al masculino del tracio *nýsē* = «ninfa, muchacha».

2 Una traducción más literal del sintagma griego, que comporta un *hápax* (una palabra que aparece sólo aquí), podría ser: «parteada por el fuego fulminífero».

de Zeus, por la desmesurada crueldad[3] de Hera contra mi madre.

Elogio a Cadmo por haber dejado infranqueable este suelo, recinto sacro de su hija. De vid alrededor yo lo he recubierto, con el follaje pródigo en racimos[4].

Dejando atrás los campos auríferos de los lidios y los frigios, las altiplanicies de los persas asaeteadas por el sol y los muros bactrianos, pasando por la tierra de crudo invierno de los medos y por la Arabia feliz, y por toda la zona del Asia que a lo largo del salado mar se extiende con sus ciudades de hermosas torres, bien pobladas por una mezcla de griegos y bárbaros, he llegado en primer lugar a esta ciudad de los griegos, tras de haber levado allí también mis coros y fundado mis ritos, a fin de ser un dios patente a los mortales. A Tebas, la primera en esta tierra helénica la he alzado con mi grito[5], ciñendo a su cuerpo la piel de corzo y poniendo en su mano el tirso, dardo de yedra[6].

---

3 *Athánaton... hýbrin,* más literalmente «ultraje inmortal». La palabra «*hýbris*», «desmesura», tiene una especial gravedad en la tragedia. Más en un caso como éste, en que es una diosa quien se venga contra un mortal.

4 Era tradicional en Grecia consagrar como lugar inaccesible el alcanzado por un rayo, como santificado por esta manifestación divina. Al agregar la vid, su planta propia, Dioniso marcaba también su predilección por tal santuario. El sepulcro de Sémele en Tebas existía en tiempos de Eurípides, y mucho después, ya que lo visitaron Pausanias y Elio Arístides en el s. II d. C. (PAUS., IX 12, 3, ARIST., *Disc.* 25, 2).

5 El grito ritual de *ololygé,* atestiguado en cultos femeninos (el de Atenea en HOM., *Il.* VI 301, el de Cíbele en LUC., *Trag.* 30) y muy especialmente en el de Dioniso. Así, por medio de tal grito, despierta Ágave a las bacantes en el v. 689. No se olvide que Dioniso es el dios del alarido, *Bromios,* el que brama como un toro o ruge como un león o da grandes gritos de alerta. La ciudad de Tebas está personificada, como si toda ella fuera una mujer a la que el dios ha puesto en pié y vestido de sus hábitos característicos: la nébride y el tirso.

6 La palabra *thýrsos,* atestiguada aquí por vez primera en

Porque las hermanas de mi madre, quienes menos hubieran debido, aseguraban que Dioniso no había nacido de Zeus, sino que Sémele, desposada por algún mortal, le atribuía a Zeus la culpa de su furtiva unión. «¡Patrañas[7] de Cadmo, por lo que Zeus la mató», —voceaban— «por falsear bodas!».

Por eso ahora las he aguijoneado fuera de sus casas a golpes de delirio, y habitan el monte en pleno desvarío. Las obligué a llevar el hábito de mis misterios[8], y a toda la estirpe femenina de los Cadmeos, a todas las mujeres, las saqué enloquecidas de sus hogares. Arremolinadas junto a las hijas de Cadmo bajo los verdes abetos, se echan sobre las peñas a cielo abierto.

Es que la ciudad esta ha de aprender de una vez, aunque no quiera, que ella no está iniciada en las ceremonias báquicas, y que he de hacer la defensa de mi madre Sémele, manifestándome a los humanos como un dios que concibió de Zeus.

---

griego, está en relación con el hitita *tuvarsa,* que significa «sarmiento», y es probable que, en su origen, fuera un ramo de vid, como en otros cultos se llevaba un ramo del árbol consagrado al dios correspondiente. Pero ya aquí tiene la forma que conocemos por múltiples representaciones plásticas: una caña (*nárthex*) coronada por una piña o una inflorescencia similar, y adornada con guirnaldas de yedra o tiras blancas de lana. Como arma arrojadiza lo utilizan las bacantes en varias ocasiones (vv. 762 y sigs., 1099 y sigs.) como el propio Dioniso, del que se cuenta que había matado a algún adversario (un gigante en *Ión* 207), con esta mágica jabalina.

7 *Sophismata* es el término griego, que tiene curiosas connotaciones como «inventos hábiles y artificiosos». El vocablo sugiere ya la postura conciliadora del viejo Cadmo en vv. 333 y siguientes.

8 En el sentido de «ritos o ceremonias». Es un error traducir el vocablo gr. *órgia* por el castellano de «orgías», que adquiere una significación peyorativa y trivial muy posteriormente y en otros contextos. En época muy tardía, y a partir de una concepción profana de tales ritos, surge el sentido hoy usual de «orgía» y de «bacanal», como juergas colectivas.

Cadmo ha entregado su dominio y su poder real a Penteo, hijo de su hija. Éste combate contra dioses[9] al oponérseme, de sus libaciones me excluye y no me menciona jamás en sus rezos. Por esa razón voy a demostrarle que soy, desde mi nacimiento, un dios, a él y a los tebanos todos. Luego, después de poner en orden lo de acá, hacia otra tierra dirigiré mi paso, en mi epifanía. Mas si la ciudad de Tebas intenta con furia rechazar a las bacantes del monte, congregaré a las ménades para conducirlas como a un ejército[10]. Para eso he revestido esta apariencia mortal y he cambiado mi figura por esta naturaleza de hombre.

Pero, ¡eh vosotras que abandonasteis el Tmolo, baluarte de Lidia, mujeres que formáis mi tíaso[11], a las que he traído de entre los bárbaros como compañeras de reposo y de andanza, blandid en alto el instrumento peculiar del país de los frigios, el tamboril, invento de la Madre Rea y mío, y, acudiendo en torno de este palacio real de Penteo, hacedlo resonar, para que lo vea la ciudad de Cadmo! Y yo, yéndome con las bacantes

---

9 El verbo *theomachéi* es raro en griego. Lo utiliza Eurípides tres veces en esta pieza y otra en *If. Aul.* Tiene un valor muy fuerte referido a la actitud de Penteo. Es un «teómaco», como los Gigantes míticos o como Diomedes en la *Ilíada,* un *adversario de los dioses.*

10 Lo que no sucede luego, pese a la oposición de Penteo. Algunos comentaristas quieren ver aquí la alusión a una variante del mito, desdeñada por el trágico. Dodds considera este dato como «una falsa pista», lo que no es infrecuente en sus prólogos.

11 El *thíasos* es el cortejo y la asociación dedicada al culto de un dios; especialmente dícese de los grupos dionisíacos, que forman el coro de danzantes entusiastas guiados por él.

Aunque no es raro que el que recita el prólogo anuncie la entrada del coro, ésta es la única tragedia en que le invita a entrar, reclamando su presencia, por la peculiar relación entre el dios y sus adoratrices, que lo componen.

que están en los valles del Citerón, participaré de sus danzas.

CORO. — (Entran, con vivo ritmo al son de sus panderos, las bacantes del Coro.)

Desde la tierra de Asia, dejando el sacro Tmolo, corro en pos de Baco, dulce esfuerzo, fatiga placentera, lanzando el báquico evohé.

¿Quién en la calle? ¿Quién en la calle? ¿Quién en palacio? ¡Que salga fuera[12] *todo el mundo y santifique su boca reverente! Porque los himnos de ritual de siempre cantaré a Dioniso.*

Estrofa.

¡Oh, feliz aquel que, dichoso conocedor de los misterios de los dioses, santifica su vida y se hace en su alma compañero de tíaso del dios, danzando por los montes como bacante en santas purificaciones, celebrando los ritos de la Gran Madre Cíbele[13]*, agitando en lo alto su tirso y, coronado de yedra, sirve a Dioniso!*

¡Venid bacantes, venid bacantes, vosotras que a Bromio, niño dios, hijo de dios, a Dioniso, traéis en pro-

---

12 Sigo la interpretación de J. ROUX, *o. c.*, II, pág. 266. Otros entienden que el coro invita a los no iniciados a alejarse. Pero, aunque la fórmula es un tanto ambigua en griego, me parece mejor esta versión, ya que las bacantes acuden a mostrar con afán proselitista los beneficios del nuevo culto, que como un evangelio ofrecen a todos los tebanos.

13 El culto de Cíbele, de origen minorasiático, se introdujo en el Ática entre el s. VI y el V. Era el tipo de Diosa Madre al que se asocia un Dios Joven, papel que aquí parece asumir Dioniso. El culto orgiástico, la aparente procedencia oriental, la relación con la naturaleza salvaje, algunos instrumentos del acompañamiento musical, el entusiasmo «místico», son factores que podían contribuir a tal asociación. Sobre los orígenes anatolios y los sincretismos de la diosa frigia con otras divinidades remito a la bibliografía que da J. ROUX en *o. c.*, II, págs. 271-3.

cesión desde los montes de Frigia a las espaciosas calles de la Hélade, al Bramador!

Antístrofa.

A quien antaño, entre los angustiosos dolores de parto, la que lo portaba en sí, su madre, lo dio a luz como fruto apresurado de su vientre, bajo el estallido de trueno de Zeus, al tiempo que perdía la vida fulminada por el rayo. Al instante en la cámara del parto lo recogió Zeus Cronida, y ocultándolo en su muslo lo alberga, con fíbulas de oro, a escondidas de Hera[14].

Lo dio a luz, cuando las Moiras cumplieron el plazo, al dios de cuernos de toro. Y lo coronó con coronas de serpientes. Desde entonces las ménades, nodrizas de animales salvajes, se ciñen tal presa a sus cabellos trenzados.

Estrofa 2.ª

¡Oh Tebas, nodriza de Sémele, corónate con yedra! ¡Florece, haz florecer a porfía la verde brionia de frutos brillantes, y conságrate a Baco entre ramos de encina o de abeto!

¡Vestida con la moteada piel de corzo, cíñete con las tiras trenzadas de lana de blanco vellón! ¡Consagra la vara de tu tirso cargado de furor! Pronto la comarca entera danzará, cuando Bromio conduzca sus cortejos al monte, al monte[15]*, donde aguarda el femenino tropel, lejos de telares y ruecas, aguijoneado por Dioniso.*

14 El mito del doble nacimiento de Dioniso (que cuenta también HERÓDOTO, II 146) tiene un curioso paralelo en el caso del dios indio Soma, salvado del fuego y recogido en su muslo por Indra, dios celeste que luego lo alumbra como *Dwidiannam* «nacido dos veces» (un sentido que algunos antiguos atribuyen también al epíteto de Dioniso *Dithýrambos*). DODDS, *o. c.*, página 78 da éste y otros paralelos más, propugnando un origen indoeuropeo del tema.

15 La ascensión al monte era uno de los elementos del ritual

Antístrofa 2.ª

¡Oh caverna de los Curetes y sacras salas de Creta en que nació Zeus! Allí en las cuevas los Coribantes de triple penacho inventaron para mí este redondel de tenso cuero. Y en báquica exaltación lo mezclaron al melodioso aire de las flautas frigias y lo pusieron en manos de la Madre Rea, redoble para los acompasados cánticos de las bacantes. Lo recogieron los sátiros delirantes de la diosa Madre, y lo enlazaron con los bailes bienales, en los que se regocija Dioniso.

Epodo.

¡Qué gozo[16] *en las montañas, cuando en medio del cortejo lanzado a la carrera se arroja al suelo, con su sacro hábito de piel de corzo, buscando la sangre del cabrito inmolado, delicia de la carne cruda, mientras va impetuoso por montes frigios, lidios!*

¡He aquí a nuestro jefe Bromio, evohé!

¡Brota del suelo leche, brota vino, brota néctar de abejas![17]. *¡Hay un vaho como de incienso de Siria! El Bacante que alta sostiene la roja llama de su antorcha, marca el compás con su tirso, impele a la carrera*

báquico, la *oreibasía.* Alejándose de la reclusión hogareña y, aún más, de la civilización urbana, en la libertad del bosque se desarrollan las ceremonias agrestes del dionisismo. Allí tiene lugar el *sparagmós* ritual, descuartizamiento de algunos animales salvajes, y la *ōmophagía,* la comida de la carne cruda de los animales sacrificados; allí se dan los silvestres milagros y las danzas entusiásticas del tropel de mujeres liberadas por la atracción del dios del delirio y la embriaguez.

[16] *Hedýs* es un calificativo muy propio de Dioniso, que procura un «placer» muy variado; es, casi por excelencia, dios de *hedoné.* Cf. ROUX, *o. c.,* II, pág. 290 para citas paralelas.

[17] El coro, en su exaltación, evoca los prodigios habituales de las fiestas báquicas. Más adelante (vv. 704 y sigs.) el Mensajero relatará escenas semejantes, presenciadas por él. Eurípides evoca estos mismos milagros de la naturaleza en un fragm. de la *Hipsípila,* el 57.

y a las danzas a las errantes mujeres excitándolas con sus alaridos, mientras lanza al aire puro su desmelenada cabellera[18].

En medio de los gritos de evohé responde este bramido:

¡Venid bacantes! ¡Venid bacantes! Con la suntuosidad[18a] *del Tmolo de áureas corrientes cantad a Dioniso, al son de los panderos de sordo retumbo, festejando con gritos de ¡evohé! al dios del evohé, entre los gritos y aclamaciones frigias, al tiempo que la sagrada flauta de loto melodiosa modula sus sagradas tonadas, en acompañamiento para las que acuden al monte, al monte. Alborozada entonces, como la potranca junto a su madre en el prado, avanza su pierna de raudo paso en brincos la bacante.*

(Entra el viejo augur Tiresias, con la nébride, el tirso y la corona de yedra, solo y ciego.)

Tiresias. — ¿Quién hay en el portal? ¡Llama afuera del palacio a Cadmo, el hijo de Agenor, el que tras

---

[18] El Bacante, por antonomasia, es Dioniso, con el que se identifican, poseídas por el entusiasmo, sus fieles. Entiendo, con Roux, *o. c.*, págs. 294-5, que blande en una mano una antorcha y en otra el tirso. Otros intérpretes piensan en que blande el tirso, convertido en antorcha, es decir con una llama en su extremo. La carrera, los alaridos y el lanzar al aire la larga y suelta cabellera son gestos característicos del ceremonial báquico.

[18a] Acepto la lectura *chlidâi* de los Mss., es decir, un dativo instrumental de la palabra. Otros prefieren corregir el texto y dar un nominativo, traduciendo: «orgullo», «gala del Tmolo» (Wilamowitz, Dodds, Festugière, Lazari) en aposición a «Bacantes». El Tmolo, junto al que se elevaba Sardes, la capital de Lidia, evocaba para los griegos sugerencias de lujos y refinamientos bárbaros. Suntuosidad de ropajes (en este caso poco oportuna, ya que las bacantes visten el hábito dionisíaco) y también de modos musicales de un cierto exotismo es lo que se quiere sugerir aquí.

abandonar la ciudad de Sidón amuralló esta ciudadela de Tebas! ¡Que vaya cualquiera! ¡Anúnciale que Tiresias le busca! Ya sabe él por lo que vengo. Por lo que concerté con él, yo que soy viejo con otro más viejo: que tomaríamos los tirsos, vestiríamos las pieles de corzo, y coronaríamos nuestras cabezas con brotes de yedra.

(*Sale Cadmo, viejo y con hábito también de bacante.*)

CADMO. — ¡Queridísimo amigo, apenas la oí he reconocido tu voz, sabia y de hombre sabio, desde dentro de la casa! Vengo dispuesto con este hábito del dios. A él, puesto que es el hijo de mi hija, a Dioniso, que se ha manifestado entre los hombres como dios, hay que ensalzarle en toda su grandeza, en cuanto nos sea posible.

¿A dónde hay que ir a danzar? ¿Dónde he de posar mi pie y agitar mi canosa cabeza? ¡Sé tú mi guía, Tiresias, un viejo de otro viejo! Ya que tú eres sabio[19]. Porque no voy a cansarme ni de noche ni de día de golpear la tierra con el tirso.

TIRESIAS. — Sientes lo mismo que yo. También yo me encuentro joven y voy a participar en las danzas.

CADMO. — Así que marchemos en carro al monte.

TIRESIAS. — No, de ese modo el dios recibiría menos honor.

CADMO. — ¿Yo, un anciano, voy a guiarte a ti, anciano, como el que guía a un niño?

TIRESIAS. — El dios nos guiará a los dos sin esfuerzo.

CADMO. — ¿Seremos los únicos de la ciudad en danzar en honor de Baco?

---

[19] Es interesante la insistencia de Cadmo en calificar de «sabio» a Tiresias, al que requiere como guía. El verbo *exegēomai* se emplea también en el sentido intelectual de «guiar» e «interpretar». Frente a esta sabiduría se planta la arrogante «sensatez» de Penteo, el joven frente a los viejos.

TIRESIAS. — Puesto que somos los únicos que pensamos bien, y el resto mal.

CADMO. — ¡Larga es la demora! ¡Cógete ya de mi mano!

TIRESIAS. — ¡Mira, agárrala y unce mi mano a la tuya!

CADMO. — No menosprecio a los dioses yo, que soy por nacimiento mortal.

TIRESIAS. — Tampoco nos hacemos los sabios ante las divinidades, criticando las tradiciones de nuestros padres, que hemos heredado desde tiempo inmemorial. Ningún argumento las derribará por los suelos, por más que lo sabio resulte invención de los ingenios más elevados [20].

¿Va a decir alguno que si no me avergüenzo de mi vejez, al ir a bailar con la cabeza coronada de yedra? Es que el dios no ha hecho distingos sobre si debe bailar el joven o el viejo; sino que quiere recibir sus honores de todos en común y desea que se le dé culto sin diferencia de clases.

CADMO. — Como tú, Tiresias, no ves esta luz del día, yo seré para ti un intérprete con mis palabras. Éste de ahí que ahora avanza con precipitación hacia el palacio es Penteo, el hijo de Equión, a quien he entregado el

---

[20] En estos versos se ha visto una crítica a los ataques de algunos sofistas a la tradición religiosa. Incluso en la expresión metafórica de que «ningún argumento derribará (*katabaléi*) las tradiciones» se ha notado un eco del título de la obra de Protágoras *Katabállontes Lógoi* (*Argumentos Derribadores* o *Demoledores*) en la que, al parecer, se hacía profesión de agnosticismo. Eurípides parece aludir también al mismo sofista en *Herc.* 757 y sigs. De todos modos, conviene no olvidar que es un personaje determinado, y no el autor trágico como tal, quien hace la afirmación, y el alcance más general de la misma. Penteo, a su vez, no se presenta como un sofista, sino como un defensor de las tradiciones ciudadanas.

poder del país. ¡Qué sofocado está! ¿Qué novedad va a contar ahora?

PENTEO. — Me encontraba ausente de este país, y ahora me entero de los males recientes que agitan esta ciudad. De que nuestras mujeres han abandonado sus hogares por fingidas fiestas báquicas, y corretean por los bosques sombríos, glorificando con sus danzas a una divinidad de hace poco, a Dioniso, quienquiera que sea.

¡Llenas de vino están en medio de sus reuniones místicas las jarras; y cada una por su lado se desliza en la soledad para servir a sus amantes en el lecho, con el pretexto de que son, sí, ménades dedicadas a su culto! Pero anteponen Afrodita a Baco[21].

A todas las que he logrado atrapar, con las manos atadas las custodian mis guardias en la cárcel pública. A las que faltan las cazaré por el monte; a Ino, a Ágave, que me dio a luz de mi padre Equión, y a la madre de Acteón, es decir a Autónoe. Y aprisionándolas en mis férreas redes, concluiré con esta escandalosa bacanal en seguida.

Dicen que ha venido un cierto extranjero, un mago, un encantador, del país de Lidia, que lleva una melena larga y perfumada de bucles rubios, de rostro lascivo,

---

[21] Acusaciones semejantes de inmoralidad en los cultos recién introducidos, en la época de Eurípides, testimoniaban algunas comedias, como las *Hórai* de Aristófanes y los *Báptai* de Éupolis, según sabemos por referencias a tales piezas perdidas. Las ceremonias mistéricas, celebradas en la nocturna soledad por las mujeres, se prestaban a producir tales escándalos y suspicacias.

Sin embargo, como señala Dodds, es característica de Penteo su insistencia en el tema del sexo. «Su actitud ante las mujeres en sus bacanales no es la de simple repulsión; a diferencia de Hipólito, es el oscuro puritano cuya pasión se compone de horror e inconsciente deseo, y esto es lo que le lleva a su ruina» (DODDS, *o. c.*, págs. 97-8).

con los atractivos de Afrodita en sus ojos. ¡Y éste anda de día y de noche fascinando a nuestras jóvenes con los ritos mistéricos del evohé! Si logro prenderle bajo este techo, le haré cesar de golpear con el tirso y de sacudir su cabellera, ¡porque le separaré el cuello del cuerpo de un tajo! Ése afirma que es el dios Dioniso, ése que estuvo zurcido en un muslo de Zeus, que fue consumido en los fulgores del rayo, junto con su madre, por haber mentido unas bodas con Zeus. ¿Es que esto no es el colmo, y no merece la horca por propalar esas blasfemias, quienquiera que sea ese extranjero?

(Penteo se da cuenta ahora de la vestimenta de los dos ancianos.)

¡Pero esto es otro milagro! Veo al augur Tiresias con las moteadas pieles de corzo, y al padre de mi madre —¡qué gran ridículo!—, que van de bacantes con su tirso. Me resisto, abuelo, a contemplar vuestra vejez tan falta de sentido común. ¿No vas a quitarte la yedra, no dejarás tu mano libre del tirso tú, padre de mi madre?

¡Tú le has convencido de esto, Tiresias! Sin duda pretendes introducir entre los hombres a este dios reciente para observar sus augurios y... sacar de los sacrificios tus honorarios [22].

Si no te protegiera tu canosa vejez, ya estarías echado en medio de las bacantes, encadenado, por introducir estos cultos perversos. Porque a las mujeres, en cuanto en un banquete festivo se les da el brillante fruto de la vid, ya no puedo pensar nada limpio de tales ceremonias.

---

22 En el enfrentamiento entre el Rey y el Sacerdote, un conflicto frecuente como tema escénico, éste es acusado de codicia. Ya en SÓFOCLES (*Ant.* 1050, *Ed. R.* 388) recibe Tiresias de Creonte y Edipo acusaciones parecidas.

CORIFEO. — ¿No respetas, extranjero, los fundamentos de la Piedad[23], ni a Cadmo el que sembró la cosecha de los hijos de la tierra? ¿Tú, que eres hijo de Equión, ultrajas a tu familia?

TIRESIAS. — Cuando un hombre sabio encuentra un buen asidero a su discurso, no es muy difícil que hable bien. Pero tú tienes una lengua de rápido rodaje y en tus palabras no tienes ninguna sensatez. Un hombre audaz, con fuerza y capacidad de palabra resulta un ciudadano funesto, cuando le falta la razón[24].

Ese dios, ese «reciente», del que tú haces burla, no podría yo definir bien su grandeza, cuán grande será por toda Grecia. Porque —¿sabes, joven?— dos son los principios fundamentales para la humanidad: la diosa Deméter —que es la Tierra, llámala con el nombre que quieras de los dos—, ella sustenta a los mortales con los alimentos secos; y el que luego viene, con equilibrado poder, el hijo de Sémele. Inventó la bebida fluyente del racimo y se la aportó a los humanos. Ésta calma el pesar de los apurados mortales, apenas se sacian del

---

23 Traduzco de acuerdo con la corrección de J. ROUX, *themoús* en lugar de *theoús* de los Mss. Otros editores corrigen *eusebeías* en *dussebeías* (Reiske, Murray, Dodds, etc.). Así la versión sería: «¡Qué impiedad! ¿No respetas, extranjero, a los dioses?». Pero la conjetura de ROUX, y sus razones, o. c., páginas 335-7, me parecen claras.

24 No deja de ser curioso que Tiresias, representante de la piedad más tradicional, componga un discurso como el actual, tan compuesto retóricamente, según se nota ya en el exordio, y en que hay ecos de teorías sofísticas. Primero, en la afirmación de que Deméter y Dioniso, son los dioses más importantes en cuanto grandes benefactores de la humanidad, por ofrecerla los alimentos básicos, aunque con una base tradicional, puede haber una alusión a la tesis religiosa del sofista Pródico (Frg. 77 B 5). Luego, en la explicación alegórica del doble nacimiento de Dioniso encontramos un intento de racionalización del mito, muy en la línea de la exégesis mitológica de ciertos pensadores ilustrados.

zumo de la vid, y les ofrece el sueño y el olvido de los males cotidianos. ¡No hay otra medicina para las penas! [25]. Él, que ha nacido para ser dios, se ofrece a los dioses en las libaciones, de modo que por su mediación obtienen los hombres los bienes. ¿Y te burlas de él, de que estuvo zurcido en el muslo de Zeus? Te enseñaré cómo eso puede explicarse. Después de arrebatarlo del fuego del rayo fulminante, Zeus llevó al alto Olimpo al dios niño, recién nacido. Pero Hera quería arrojarlo fuera del cielo, y Zeus maquinó en contra un plan digno de un dios. Rasgando un trozo del éter que rodea la tierra, forjó un Dioniso y lo entregó como rehén a los enojos de Hera. Con el tiempo los hombres dijeron que había estado cosido en un *muslo* de Zeus, al alterar el nombre, porque el dios fue una vez *rehén* de la diosa Hera, y así compusieron la leyenda [26].

Adivino es también este dios. Pues lo báquico y lo delirante tiene gran virtud de profecía. Cuando el dios penetra con plenitud en el cuerpo, hace a los poseídos por el delirio predecir el futuro. Y tiene una cierta participación en el dominio de Ares. A veces el pánico recorre como un soplo a un ejército sobre las armas y

---

25 Mientras que para Penteo el vino es un agente de desorden, Tiresias recuerda su valor como remedio de dolores y penas, como *pausílypos* «quitapenas», según se dice luego en el v. 772. Tal elogio se encuentra ya en los *Cantos Chipriotas, EGF.* Frg. 10, y en ALCEO, frgs. 91 y 96 D., etc. Como fármaco y como somnífero el vino era muy apreciado por los antiguos, que no tenían los analgésicos de que nosotros disponemos.

26 La explicación alegórica se basa sobre un juego de palabras intraducible, que enlaza los vocablos: *méros* «trozo», *hómēros* «rehén» y *mērós* «muslo», gracias a su similitud fonética, con el tema del cambio del verdadero Dioniso por una imagen falsa, un *eídōlon,* creado por Zeus para que en él descargara Hera su ira de esposa engañada. La habilidad de los dioses para fabricar tales simulacros es conocida por otros mitos, como el de la falsa Helena enviada a Troya, ya tratado por Eurípides en su *Helena.*

en orden de batalla antes de que se hayan trabado las lanzas. También esto es delirio que procede de Dioniso. Más aún, a él en persona lo verás sobre las rocas de Delfos, dando saltos entre las antorchas sobre la meseta de noble cresta, blandiendo y agitando su ramo báquico, ensalzado por toda Grecia[27]. Así que ¡hazme caso, Penteo! No te ufanes de que tu autoridad te da poder sobre los hombres; ni porque te has forjado una creencia, pero una creencia tuya enfermiza, creas que tienes razón. ¡Acoge al dios en el país, haz libaciones, sirve a Baco y corónate de yedra la cabeza!

No será Dioniso quien obligue a las mujeres a la continencia en el amor; pero la cordura depende, en todas las cosas siempre, de la propia naturaleza. Hay que advertirlo. Tampoco, pues, la que es casta se pervertirá en las fiestas báquicas[28].

Ves, tú te alegras cuando a las puertas de tu palacio acude la muchedumbre y la ciudad ensalza el nombre de Penteo. También él, creo, se regocija de que le honren. De modo que Cadmo, de quien haces burla, y yo nos cubriremos con yedra e iremos a bailar. Que no voy a combatir contra un dios por hacer caso de tus palabras. Estás loco de la peor manera y no encontrarás más remedio en las drogas, ni te hacen falta para enfermar[29].

---

[27] En Delfos se veneraba a Dioniso durante los tres meses de invierno, mientras el dios Apolo estaba, según se decía, en el país de los Hiperbóreos. El clero délfico, contemporizador, admitía así, durante las vacaciones de Apolo, el culto báquico.

[28] Tiresias destaca que el culto báquico no es inmoral sino que está al margen de la moralidad personal.

[29] Tovar, de acuerdo con una hipótesis de A. García Calvo atribuye a Penteo estos dos versos, 326-7. Creemos, sin embargo, que representan la conclusión del discurso de Tiresias y enlazan con lo dicho por él en el exordio. Como dice Roux, «no se trata de una acusación o un insulto, sino de un diagnóstico».

CORIFEO. — ¡Anciano, no afrentas a Febo con tus palabras, y eres sensato al honrar a Bromio, que es gran dios!

CADMO. — ¡Hijo, Tiresias te ha aconsejado bien! ¡Vente con nosotros y no te quedes en contra de las normas tradicionales! Ahora desvarías y en tu seriedad no piensas nada sensato. Aunque ése no sea un dios, como tú afirmas, que por ti se nombre así. Di incluso una mentira honorable: que es hijo de Sémele, para que parezca que dio a luz a un dios, y a toda la familia nos alcance el honor.

¿Ves el infeliz destino de Acteón, al que despedazaron los carnívoros lebreles que él había criado, por haberse jactado de ser superior a Ártemis en las cacerías, por los bosques de la montaña? [30]. ¡Que no te pase a ti! ¡Ven acá y corona tu cabeza con yedra! ¡Ven con nosotros a honrar al dios!

PENTEO. — ¡No vayas a ponerme la mano encima! ¡Vete a bailar! ¡No vayas a contagiarme a mí tu locura! De tu demencia a este tu maestro le haré pagar la pena. Que vaya alguno a toda prisa, a visitar la garita esa donde acostumbra a observar los augurios [31]. ¡Con

---

30 Ya antes se ha citado a Acteón, otro nieto de Cadmo, que sufrió un destino semejante al que aguarda a Penteo. De nuevo en 1227 y 1291 se vuelve a aludir a él.

La versión que aquí nos ofrece E. del motivo de la muerte de Acteón no es la más corriente. Según Estesícoro y Acusilao, Ártemis habría dado muerte a éste porque cortejaba a Sémele, provocando los celos de Zeus. Más tarde la versión más difundida es la que poetiza Calímaco: que fue destrozado por sus perros por haber sorprendido a la diosa mientras ésta se bañaba desnuda. (Cf. CALÍM., *Himn.* V 110 y sigs.; OVIDIO, *Met.* III 138 y sigs.). El motivo de la muerte de Acteón, devorado por sus propios canes, está bien representado en la plástica griega del s. V.

31 El observatorio de augurios, *oiōnoskopéion*, de Tiresias, donde el viejo adivino escucha las voces de las aves e interpreta, por medio de un ayudante que le informa de ellos, sus

los palos de un horcajo derríbaselo todo! ¡Revuelve a barullo, de arriba abajo, todos sus chismes! ¡Y echa sus ínfulas a los vientos y a las tormentas! Hacerle esto será mi mejor manera de lastimarle.

Los demás marchad por la ciudad en pos del rastro del extranjero de figura afeminada [32], el que ha introducido esa nueva epidemia entre las mujeres, y que mancilla sus lechos. Si lo capturáis, traedlo aquí bien atado, para que reciba la pena de lapidación, y que muera, viendo en Tebas una amarga fiesta báquica.

TIRESIAS. — ¡Desgraciado, no sabes adónde vas con tus palabras! Ya estás loco del todo, si bien hace tiempo que comenzaste a desvariar.

Vayámonos nosotros, Cadmo, y roguemos por él, por muy salvaje que sea, y por la ciudad, para que el dios no cause una catrástrofe. ¡Venga, acompáñame con tu bastón cubierto de yedra! Intenta sostener mi cuerpo, y yo el tuyo. Sería un feo espectáculo que cayeran dos viejos. Vayamos sin embargo, puesto que hay que servir a Baco el hijo de Zeus.

¡Temo que Penteo cause una pena [33] tremenda en tu casa, Cadmo! No hablo por don profético, sino por los hechos. Porque locuras dice, como un loco.

---

movimientos, estaba cerca de la ciudad de Tebas. A él se refiere SÓFOCLES en *Ant.* 999 y sigs. Todavía PAUSANIAS (IX 16, 1) dice haberlo visto.

32 El aspecto afeminado, *thelýmorphon,* de Dioniso, cuya ambigua belleza se describe en los vv. 235 y sigs., 453 y sigs., es un rasgo tradicional del Baco joven, efebo de tentadora apariencia. Un fragm. de los *Edonos* de ESQUILO (f. 61 Nauck) lo califica de *gynnís* «afeminado» y en algunas comedias aparecía vestido con la túnica azafranada propia de las mujeres. Cf. ARISTÓF., *Ran.* 46.

33 Hay un juego de palabras entre *Pentheús* y *pénthos* «pena». (Ver más adelante el verso 509.) Los autores griegos eran especialmente sensibles a estos ecos verbales, como si el nombre presagiara el destino de algunos héroes (cf. *Helena* 1676, *Feni-*

CORO.

Estrofa.

¡Veneración[34]*, soberana divinidad! ¡Veneración, que sobre la tierra bates tu ala de oro! ¿Escuchas las palabras de Penteo? ¿Escuchas su impía violencia contra Bromio, el hijo de Sémele, el dios que en las fiestas alegres de hermosas coronas es el primero de los Felices? Él, que se ocupa de esto: de guiar a su cortejo en las danzas, de reír al son de la flauta, y de aquietar las penas, en cuanto aparece el fruto brillante del racimo en el banquete de los dioses, y cuando en los festejos de los hombres coronados de yedra la vasija de vino despliega sobre ellos el sueño.*

Antístrofa.

¡De bocas desenfrenadas, de la demencia sin norma, el fin es el infortunio! Pero la vida serena y la moderación de pensamiento conserva una estable firmeza y sostiene reunido un hogar. Pues, aunque lejos, habitantes del éter, los dioses celestes ven las cosas de los hombres.

---

cias 636-7, sobre Polinices, por citar sólo dos ejs. en nuestro autor). La alusión del nombre de Penteo a su desdicha la recogen también un fragm. de Queremón cit. por ARISTÓTELES en *Ret.* II 23, 1400 b 25, y TEÓCRITO, 26, 26.

34 Traduzco así el gr. *Hosía,* concepto abstracto personificado, que otros traductores vierten como «santidad», o «piedad». La *hosía* está próxima a la *pietas* latina, en el sentido de que no se trata sólo de una piedad interior, sino también de una disposición formal, el respeto escrupuloso del culto y la veneración debida a los dioses. Al rechazar ésta, Penteo comete, según el coro, una «impía violencia» (*ouk hosían hýbrin*).

La veneración dionisíaca produce, además, gozo y placer. La insistencia del Coro en este tema es una de las notas fundamentales de sus cantos. Pero es también significativo que ese gozo dionisíaco aparece aquí subrayado con tonos peculiares, que evocan una dicha festiva y pacífica, serena y cotidiana, opuesta a la inquietud que proporciona el falso saber.

La ciencia de los sabios no es la sabiduría[35]. *Ni tampoco lo es el meditar sobre lo inhumano. ¡Breve es la vida! Por eso, ¿quien puede cosechar el presente, si persigue lo infinito? Ésas son actitudes, en mi opinión, de mortales enloquecidos.*

Estrofa 2.ª

¡Ojalá pudiera llegar a Chipre, la isla de Afrodita, donde habitan los Amores que hechizan el corazón humano! ¡O a Faros, cuya tierra fertilizan las corrientes de un río bárbaro de cien bocas, sin ayuda de la lluvia! ¡O a la hermosa Pieria, la residencia de las Musas, en la famosa ladera del Olimpo![36].

¡Llévame allí, Bromio, Bromio, báquico guía, dios del evohé! Allí están las Gracias, allí está el Deseo, y allí es justo que las bacantes celebren sus fiestas rituales.

¡El dios, hijo de Zeus, se regocija en los festejos, y ama a la Paz, diosa que da la prosperidad y nodriza de la juventud! Igual al rico y al más pobre les ha ofrecido disfrutar del goce del vino que aleja el pesar. Aborrece a quien de esto se despreocupa: de vivir, a lo largo del día y por las noches amables, una existencia feliz, y a quien no mantiene sabiamente su corazón y su inteligencia apartados de los individuos geniales. Lo que la

---

[35] *Tò sophón ou sophía* «lo sabio (no es) sabiduría». A Eurípides le gusta este juego de antítesis, cf. p. e. *Or.* 819. Para el sentido de *tò sophón* puede compararse el v. 203 de esta misma pieza.

[36] Como en otros pasajes de Eurípides, el coro expresa sus ansias de escapar a la angustiosa amenaza del presente trasladándose a un lejano lugar, en un fantástico vuelo. Como pasajes en que se expresa ese mismo deseo de huir a horizontes lejanos, más idílicos, cf. *Hip.* 732 y sigs., *I. T.* 1132 y sigs., *Fen.* 226 y sigs., *Hel.* 1479 y sigs., *Orest.* 983 y sigs., como odas de evasión, muy típicas de la poesía de Eurípides.

gente más humilde ha admitido como fe y práctica, esto quisiera yo aceptar.

(*Entran unos guardias escoltando a Dioniso, prisionero.*)

SERVIDOR. — Penteo, aquí estamos después de haber cazado esta presa, por la que nos enviaste; y no hemos hecho en vano la salida. Pero la fiera esta fue mansa con nosotros. No precipitó sus pasos a la huida, sino que sin resistencia entregó sus manos. Ni se puso pálido ni alteró siquiera el rojizo color de sus mejillas[37]. Sonriente se dejaba atar y conducir acá; estaba quieto, permitiéndome cumplir mi tarea con dginidad.

Y yo le dije con respeto: « ¡Extranjero, no te detengo por mi gusto; es Penteo quien me ha enviado con tal mandato! ».

En cuanto a las bacantes que tú aprisionaste, las que has capturado y atado con cadenas en la cárcel pública, ésas están fuera; libres brincan por los calveros sagrados del monte invocando a Bromio como su dios. Por sí solas se les soltaron las cadenas de los pies, y las llaves abrieron los cerrojos sin mano humana que los tocara[38].

---

[37] Recuérdese que todos los personajes llevan su máscara inmutable durante la representación y que sólo las palabras y los gestos no faciales indican los estados de ánimo. La serenidad, esa terrible calma irónica del dios por encima de sus oponentes, corresponde a la apariencia de Dioniso, que lleva una de las pocas máscaras «personales» del drama antiguo: careta de joven rubicundo y sonriente, acompañada de una larga melena rubia.

La sonrisa de Baco es ambigua, según Dodds: primero es la sonrisa del mártir, luego la del destructor; J. Roux evoca al respecto la sonrisa enigmática del joven Buda y la sonrisa románica de un pétreo ángel tentador de Chartres.

[38] Dioniso es, por esencia, *lýsios*, el «liberador», de modo que este tipo de milagros le son especialmente fáciles y fre-

¡Este hombre viene desbordante de milagros numerosos a esta tierra de Tebas!

¡Pero a ti te toca cuidarte del resto!

PENTEO. — ¡Soltad sus brazos! Pues una vez que está en mis redes, no es tan rápido que pueda escapárseme.

Desde luego que de cuerpo no eres feo, extranjero, como para las mujeres[39], por lo que has venido a Tebas.

Veo que tu melena está desplegada, ¡no por el ejercicio de la palestra!, derramada al borde de tus mejillas, llena de atractivo erótico. Tienes una piel de cuidada blancura bien a propósito, ¡que no a los rayos del sol, sino bajo las sombras te dedicas con tu lindeza a perseguir a Afrodita!

¡Bien, en primer lugar dime cuál es tu familia!

DIONISO. — Sin ninguna vanidad, me es fácil decirlo. Sin duda que conoces de oídas el florido Tmolo.

PENTEO. — Lo conozco. El que rodea en círculo la ciudadela de Sardes.

DIONISO. — De allí soy. Lidia es mi patria.

PENTEO. — ¿De dónde traes los ritos estos a Grecia?

DIONISO. — El propio Dioniso me inició en ellos, el hijo de Zeus.

PENTEO. — ¿Es que hay por allí algún Zeus, que engendra dioses nuevos?

DIONISO. — No; fue aquí donde se unió a Sémele en boda.

---

cuentes en su tradición mítica (desde el *Himno Hom. a Dion.* I 13 y sigs.).

[39] Es decir, desde el punto de vista de las mujeres a las que, según piensa Penteo, viene a seducir. Por otro lado, las mujeres constituyen un jurado inferior, vulgar y fácil de corromper, y los que saben apreciar la verdadera belleza, según el canon tradicional, son, para el griego tradicional y para Platón, evidentemente los hombres.

PENTEO. — ¿Y te dio sus órdenes en sueños nocturnos o cara a cara?

DIONISO. — Me veía como yo a él; y me ha confiado sus ritos.

PENTEO. — Esos ritos tuyos son... ¿qué forma tienen?

DIONISO. — Es ilícito decirlo ante los no iniciados en lo báquico.

PENTEO. — ¿Qué beneficio aportan a los que los practican?

DIONISO. — No te está permitido oírlo, aunque bien vale la pena conocerlo.

PENTEO. — ¡Buen truco ése con que lo amañas, para que desee yo oírlo!

DIONISO. — Los misterios del dios aborrecen al que ejercita la impiedad.

PENTEO. — ¿El dios, ya que dices que lo viste claramente, cómo era?

DIONISO. — Como quería. Yo no le daba órdenes en eso.

PENTEO. — De nuevo te sales por un desvío, hábilmente, sin decir nada.

DIONISO. — Cualquiera que comunica su saber a un ignorante parecerá que no razona bien.

PENTEO. — ¿Es aquí el primer sitio al que llegas introduciendo a ese dios?

DIONISO. — Todos los bárbaros danzan sus fiestas rituales.

PENTEO. — Como que razonan mucho peor que los griegos.

DIONISO. — ¡En esto al menos mejor! Aunque sus costumbres son diferentes.

PENTEO. — ¿Esas ceremonias las celebras de noche o de día?

DIONISO. — La mayoría de noche. La oscuridad guarda un carácter venerable.

PENTEO. — Ésa es más engañosa y corruptora para las mujeres.

DIONISO. — También durante el día puede encontrar cualquiera el vicio.

PENTEO. — ¡Tienes que pagar la pena por tus perversos sofismas!

DIONISO. — ¡Y tú por tu ignorancia y tu irreverencia contra el dios!

PENTEO. — ¡Qué audaz es el bacante, y no le faltan ejercicios de retórica!

DIONISO. — Dime lo que voy a sufrir. ¿Qué es eso tan temible que me harás?

PENTEO. — En primer lugar esa afeminada melena te la cortaré.

DIONISO. — ¡Mi cabellera es sagrada! ¡La dejo crecer en honor del dios!

PENTEO. — Luego, ¡dame ese tirso de tus manos!

DIONISO. — Quítamelo tú mismo. Yo lo llevo, pero es de Dioniso.

PENTEO. — Y dentro con cadenas custodiaremos tu persona.

DIONISO. — El propio dios me liberará, cuando yo quiera.

PENTEO. — Sí, sí; apenas le llames, erguido entre las bacantes.

DIONISO. — Incluso ahora está presente aquí y ve lo que padezco.

PENTEO. — ¿Pues dónde está? Al menos a mis ojos no está visible.

DIONISO. — Está conmigo. Tú no le ves porque eres impío.

PENTEO. — ¡Agarradle! Éste me desprecia a mí y a Tebas.

DIONISO. — Os ordeno que no me encadenéis, yo, que estoy en mis cabales, a vosotros, locos.

PENTEO. — Y yo que te encadenen, que soy más poderoso que tú.

DIONISO. — No sabes ya lo que dices, ni lo que haces, ni quién eres.

PENTEO. — Soy Penteo, hijo de Ágave y de Equión, mi padre[40].

DIONISO. — Hasta por tu nombre estás predispuesto a la desgracia.

PENTEO. — ¡En marcha! Aprisionadle junto a los pesebres de los caballos para que vea bien la oscura tiniebla. ¡Allí puedes bailar! En cuanto a ésas que has traído aquí contigo como cómplices de tus fechorías, yo haré que sus manos dejen de redoblar sobre el tamboril de cuero, y las venderé por ahí o las guardaré en mis telares como esclavas de botín de guerra.

DIONISO. — ¡Mejor es que me vaya! No tengo que soportar lo que no es necesario. Pero, sin duda ninguna, sobre ti, en pago de los presentes ultrajes caerá Dioniso, ése cuya existencia niegas.

Al hacernos injusticia a nosotros es a él al que encadenas.

CORO.

Estrofa.

¡Hija del río Aqueloo, soberana y virginal Dirce! ¡Tú, la que en tus fuentes un día recogiste al hijo de Zeus; cuando Zeus, que lo había engendrado, lo arrebató a la muerte en medio del fuego, y lo guardó en su muslo con esta exclamación:

«¡Ven, Ditirambo[41], entra en una matriz varonil! Yo te revelo a ti con este nombre, Baco, para que Tebas te invoque con él!».

---

40 Penteo ha entendido a un nivel superficial la irónica frase de Dioniso.

41 La etimología de «ditirambo» es discutible y poco clara. Según una etimología popular significaría «el que cruzó dos

¡Y ahora tú, divina Dirce, me rechazas, cuando acudo junto a ti con mis cortejos con coronas de fiestas! ¿Por qué me niegas? ¿Por qué me evitas? Aún ¡por la gracia de la vid y los racimos de Dioniso!, aún te has de ocupar de Bromio.

Antístrofa.

En su feroz cólera revela su terrestre origen Penteo, que ha nacido de una sierpe de antaño. Le engendró Equión, ¡monstruo salvaje!, a él no como hombre mortal, sino como a un gigante asesino, adversario de los dioses. Éste a mí, la seguidora de Bromio, pronto va a apresarme en sus lazos. Ya retiene en el interior de su palacio al guía de mi comitiva, prisionero en tenebrosas mazmorras.

¿Ves lo que pasa, Dioniso hijo de Zeus, a tus fieles en sus luchas contra la opresión? ¡Ven, soberano que agitas tu tirso de áureos destellos por el Olimpo! ¡Detén la violencia de hombre tan sanguinario!

Epodo.

¿Por dónde, pues, guías con el tirso tu cortejo, Dioniso? ¿Por Nisa o por las cumbres Coricias? Tal vez en las boscosas hendiduras del Olimpo, donde en tiempos al son de la cítara Orfeo congregaba los árboles, congregaba las fieras agrestes con su inspirada música.

¡Feliz Pieria! Te venera el dios del evohé. Vendrá a ti a danzar en sus fiestas báquicas y consigo traerá a las ménades con sus bailes en ronda, cruzando el río Axio, que da a los humanos una próspera felicidad, y

---

veces la puerta» (del parto) *dìs thýraze bebēkṑs*, y es probable que Eurípides piense en ella. El «ditirambo» como himno y canción de origen dionisíaco fue, según ARISTÓTELES, *Poét.* 1449 a, el principio de la tragedia, cuyo patrón era Dioniso.

el venerable Lidias, del que he oído que fertilizaba con sus aguas una comarca de buenos caballos[42].

(*Dioniso aparece en lo alto del* theologeíon *invisible al coro en la escena.*)

DIONISO. — *¡Ioh! Escuchad, escuchad mi voz, ¡oh, oh!, ¡bacantes, ooh, bacantes!*

CORO. — *¿Quién está ahí, quién, de dónde esa voz? ¿Me llama la voz del dios del evohé?*

DIONISO. — *¡Ióo! ¡Ióo! De nuevo os grito yo, el hijo de Sémele, el hijo de Zeus.*

CORO. — *¡Ióo! ¡Ióo! ¡Señor, Señor, ven ahora a nuestra compañía, oh Bromio, Bromio!*

DIONISO. — *¡Estremece el suedo de esta tierra, soberano Terremoto!*[43].

CORO. — *¡Ah, ah! ¡Pronto el palacio de Penteo va a derrumbarse con estas sacudidas!*

— *¡Dioniso está sobre el palacio!*

— *¡Veneradle!, —¡Oh, le veneramos! ¡Oh! ¿Veis los pétreos entablamentos que sobre los pilares se desploman? Bromio da sus alaridos dentro de la mansión.*

DIONISO. — *¡Alumbra como un rayo tu antorcha de rojo destello!*

¡Incendia, incendia a la vez el palacio de Penteo!

---

42 El estásimo, comenzado con la invocación al paisaje tebano, representado por la fuente Dirce, acaba con menciones geográficas de lugares caros a Dioniso. No sabemos exactamente el emplazamiento de Nisa, nombre que se daba a varios lugares en que se rendía culto a Dioniso. Tal vez se piensa aquí en algún monte de Tracia. Las «cumbres Coricias» son las cimas del Parnaso, donde está la gruta Coricia, sacra a Pan y a las Ninfas. Pieria, en las faldas del Olimpo en Tesalia, era el lugar frecuentado por las Musas, y también por el tracio Orfeo. El Axio y el Lidias son dos ríos de Macedonia. Cuando compuso este canto estaba el viejo trágico cercano a estos lugares agrestes y prestigiados por su poesía.

43 Personificado como si fuera una divinidad; de ahí el epíteto.

CORO. — *¡Ah, ah! ¿No ves el fuego? ¿No te llena los ojos el brillo de la llama, sobre la sagrada tumba de Sémele, la llama que un día dejó el fulminante dardo del rayo de Zeus?*

¡Echad al suelo vuestros cuerpos temblorosos, echaos, ménades! ¡El soberano que ha trastornado este palacio acude aquí, el hijo de Zeus!

(*Entra Dioniso, y se dirige a las bacantes prosternadas.*)

DIONISO. — ¡Mujeres bárbaras, tan aterrorizadas por el temor estáis que os habéis echado por el suelo? Habéis oído, según parece, a Baco, cuando sacudió la mansión de Penteo. Mas ¡ea! levantad vuestro cuerpo y cobrad ánimo, dejando el temblor de vuestra carne.

CORIFEO. — ¡Oh suprema luz de nuestras báquicas fiestas de evohé, con qué gozo te veo, cuando estaba en soledad y abandono!

DIONISO. — ¿Habíais caído en el desánimo, cuando me llevaron dentro con intención de encerrarme en las tenebrosas mazmorras de Penteo?

CORIFEO. — ¿Y cómo no? ¿Quién era mi defensor, si tú caías en la desgracia? Pero ¿cómo te has liberado después de caer en poder de ese hombre impío?

DIONISO. — Yo mismo me salvé fácilmente, sin esfuerzo.

CORIFEO. — ¿Pero no había sujetado tus manos con ajustadas ataduras?

DIONISO. — También en esto le he burlado, porque cuando creyó que me ataba no me rozaba y ni siquiera me atrapó, sino que se nutría de ilusiones. Conque junto a los establos se encontraba un toro, allí donde nos llevaba para encerrarnos; y fue a éste al que le echaba los lazos en torno a sus patas y pezuñas, resoplando de furia, emanando sudor de todo su cuerpo,

con los dientes hincados en los labios. Yo estaba allí sentado a su lado y le miraba sereno.

En ese momento llegó Baco y estremeció el palacio y avivó el fuego en la tumba de mi madre. En cuanto Penteo se dio cuenta, creyó que ardía el palacio, y echó a correr por acá y al momento por allá, dando órdenes a sus siervos de que trajeran agua. Y todos los esclavos estaban dedicados a la faena, en vana fatiga. De pronto abandona esta tarea, pensando que yo debía haber escapado, y se precipita con su negra espada en la mano al interior del palacio.

Entonces Bromio, según me parece a mí —comunico mi impresión—, suscitó un fantasma en el patio. Penteo abalanzándose se lanzó sobre él y daba estocadas al aire brillante, mientras creía degollarme.

Además de esto, Baco le infligió esta otra penalidad: derribó en pedazos su palacio. Todo el suelo está cubierto de vigas y destrozos, ¡para él ha resultado mi apresamiento una visión muy amarga! Agotado por la fatiga ya suelta su espada. Que, siendo hombre, se atrevió a presentar combate contra un dios. Tranquilo yo he salido del palacio y vengo ante vosotras, sin preocuparme de Penteo.

A lo que me parece —ya que resuenan sus botas de caza dentro del edificio— llegará en seguida ante la fachada. ¿Qué va a decir ahora después de todo esto? Será fácil soportarle, por más que resople al llegar. Porque es propio de un hombre sabio ejercitar un sagaz dominio de la situación.

(*Sale Penteo, agotado, inquieto. Luego, furioso.*)

Penteo. — ¡Me han pasado cosas terribles! Se me ha escapado el extranjero, que hace unos momentos estaba sujeto con cadenas.

¡Eh! ¡Eh! ¡Éste es el tipo! ¿Qué es esto? ¿Cómo te muestras delante mi palacio, después de escaparte?

Dioniso. — ¡Detén tu pie, calza tu cólera con paso sereno!

Penteo. — ¿De qué modo has escapado a tus cadenas y venido aquí?

Dioniso. — ¿No te dije —o no me oíste— que me liberaría alguien?

Penteo. — ¿Quién? Porque cada vez aportas explicaciones nuevas.

Dioniso. — El que hace crecer la vid de nuestros racimos para los humanos.

Penteo. — Hiciste un buen reproche a Dioniso al adjudicarle eso...[44]. Voy a mandar que cierren todas las torres de la muralla circular.

Dioniso. — ¿Y qué? ¿No pasan los dioses también por encima de los muros?

Penteo. — Sabio, sabio eres tú, excepto en lo que te convendría serlo.

Dioniso. — Precisamente en lo que debo, en eso desde mi nacimiento soy sabio.

Pero escucha antes a ése y aprende su relato; que acude de los montes para anunciarte algo. Nosotros vamos a aguardar como favor para ti y no nos escaparemos.

Mensajero. — Penteo, soberano de esta tierra tebana, ante ti vengo después de dejar el Citerón, donde jamás se ausentan las lucientes capas de blanca nieve.

Penteo. — ¿Qué urgente noticia te impulsó a venir?

Mensajero. — He visto a las bacantes venerables[45],

---

[44] Murray, siguiendo una hipótesis de Reiske, señala la falta de un verso tras el 651 y atribuye esta frase a Dioniso, siguiendo la alternancia esticomítica. Hermann atribuye la línea a Penteo, y señala, después de ésta, una laguna de un verso. Willink, seguido por Roux, piensa que tal laguna no es necesaria y que Penteo dice dos versos seguidos, opinión que compartimos.

[45] El adj. *potniádas* significa probablemente «poseídas de un furor de origen divino». Se encuentra en las *Fenicias* 1124

que por esta tierra han lanzado como dardos sus desnudas piernas bajo un frenético aguijón. He venido porque quería comunicarte a ti y a la ciudad, señor, cuán tremendos prodigios realizan, por encima de los milagros.

Pero quiero escuchar antes si he de relatar con libertad de palabra lo ocurrido allí, o si debo replegar mi lenguaje. Porque temo, señor, los prontos de tu carácter, lo irascible y la excesiva altivez real.

PENTEO. — Habla, que ante mí quedarás totalmente sin culpa. No hay que irritarse contra quienes cumplen con su deber. Cuanto más terribles hechos refieras de las bacantes, tanto mayor será la pena que le aplicaremos a éste, que instigó con sus artilugios a las mujeres.

MENSAJERO. — Acababa de remontar por una cima los rebaños de vacas, al tiempo que el sol lanza sus rayos a caldear la tierra. Y veo agrupadas en cortejos tres coros de mujeres. De uno de ellos estaba al frente Autónoe, del segundo mandaba tu madre, Ágave, y del tercero Ino. Dormían todas, tumbadas en actitud descuidada; unas reclinaban su espalda sobre el ramaje de un abeto, y otras habían echado su cabeza sobre las hojas de encina en el suelo. Reclinadas al azar en actitud decorosa, y no, como tú dices, embriagadas por el vino y el bullicio de la flauta de loto, retiradas a la soledad para perseguir en el bosque el placer de Cipris.

Apenas oyó los mugidos de mis cornudas vacas, tu madre se alzó en pie y dio un agudo grito en medio de las bacantes para ahuyentar el sueño de su cuerpo. Ellas se pusieron de pie en un brinco, rechazando el fragante sueño de sus ojos —¡qué maravilla de orden

---

aplicado a las yeguas que devoraron al tracio Glauco y en *Orestes* 317 y sigs. dicho de las Erinias.

su aspecto! —, jóvenes y viejas y doncellas indómitas aún.

Su primer gesto fue soltarse la cabellera sobre los hombros, y reajustarse las pieles de corzo aquellas a las que se les habían aflojado las ataduras de sus vestidos; y se ciñeron las moteadas pieles con serpientes, que lamían sus mejillas.

Otras llevaban en sus brazos un cervatillo o lobeznos salvajes, y les daban su blanca leche todas aquellas que de un reciente parto tenían aún el pecho rebosante y habían abandonado a sus recién nacidos. Se pusieron encima coronas de yedra, de roble y de florida brionia. Una tomó su tirso y golpeó sobre una roca, de donde empieza a brotar, como de rocío, un chorro de agua. Otra hincó la caña en el suelo del terreno y allí el dios hizo surgir una fuente. Todas las que deseaban la blanca bebida, apenas escarbaban la hierba con las puntas de sus dedos, obtenían manantiales de leche. Y de los tirsos cubiertos de yedra destilaban dulces surcos de miel. De modo que, si hubieras estado allí, habrías ido con oraciones al encuentro del dios al que ahora censuras, a la vista de esto.

Nos reunimos boyeros y pastores para discutir unos con otros en común charla sobre los prodigios que hacían, tan milagrosos. Entonces uno que viaja a la ciudad y es experto en discursos dijo ante todos: «¿Moradores de las venerables altiplanicies, queréis que demos caza a Ágave, la madre de Penteo, en medio de estos cultos báquicos, y nos ganemos así el agradecimiento del rey?». Nos pareció que decía bien, y nos emboscamos ocultándonos entre el follaje de los arbustos.

Ellas, en el momento indicado, agitaban su tirso en las ceremonias báquicas, mientras invocaban con voz unánime a Íaco [46], a Bromio, el hijo de Zeus. El monte

[46] Epíteto de Dioniso, derivado del grito ritual de *Íakche*, con que los adeptos celebraban algunos momentos de las cere-

entero y sus animales salvajes celebraban con ellas la fiesta báquica, y nada había inmóvil a su raudo paso.

Agave pasa brincando cerca de mí. Entonces yo doy un salto con la intención de atraparla, desde los matorrales donde nos habíamos ocultado. Pero ella alzó su grito: «¡Ah, perras mías corredoras! ¡Nos quieren cazar estos hombres! ¡Seguidme ahora, seguidme armadas con los tirsos en vuestras manos!».

En fuga nos escapamos nosotros del descuartizamiento por las bacantes. Pero ellas atacaron, con sus manos, sin armas férreas, a nuestras terneras que pastaban la yerba. Allí hubieras podido ver a una que tenía en sus manos una ternera de buenas ubres, mugiente, rasgada en canal. Y otras transportaban novillas a trozos descuartizadas. Se podía ver un costillar o una pata con pezuña arrojada por lo alto y lo bajo. Los rojos pingajos colgaban sobre las ramas bajas de los abetos y goteaban sangre. Los toros feroces, con toda la furia en sus cuernos, se dejaban derribar de frente a tierra, arrastrados por mil manos de muchachas. Los trozos de carne pasaban de mano en mano más rápidos de lo que podrías captar con tus regias pupilas.

Y se ponen en marcha como pájaros que en veloz carrera avanzan sobre las extensas llanuras que en las márgenes del Asopo producen la buena cosecha de cereales a los tebanos. Sobre Hisias y Eritras, pobladas al pie de la ladera del Citerón, irrumpen como enemigas y todo lo destrozan arriba y abajo. ¡Arrebataban de las casas a los niños! Y todo lo que se echaban sobre los hombros se mantenía allí sin ninguna atadura; y no caía al negro suelo, ni el bronce ni el hierro. Sobre sus bucles ardía fuego, y no las quemaba.

---

monias. Cf. Aristóf., *Ran.* 316. En su origen fue tal vez una divinidad menor, adscrita al culto de Deméter en Eleusis, que luego quedó identificado con un aspecto del dios.

Los de allí corrían a las armas, en arrebatos de cólera, ante el asalto de las bacantes. ¡Entonces sí que fue terrible el espectáculo, señor! Mientras las arrojadizas lanzas no causaban sangre, ellas les tiraban los tirsos que llevaban, y los herían y los ponían en fuga, las mujeres a los hombres. No les faltaba la ayuda de algún dios.

De nuevo se retiraron a los lugares de donde habían comenzado su marcha, hacia las fuentes aquellas que en su favor hizo nacer un dios. Se lavaron la sangre. Las serpientes con su lengua lamían el gotear de sus mejillas y daban esplendor a su piel.

A ese dios, pues, quienquiera que sea[47], ¡oh soberano!, acéptalo en esta ciudad. Que en lo demás es ya grande, y además dicen de él que hizo a los mortales el don de la vid, remedio del pesar. Porque en la ausencia del vino no queda ni amor ni ningún otro goce para los hombres.

CORIFEO. — Temo expresar mis razonamientos libres ante el tirano, pero a pesar de todo voy a decidirlo: Dioniso no es, desde su nacimiento, inferior a ningún dios.

PENTEO. — Ya se propaga, como un fuego, aquí cerca el frenesí de las bacantes. ¡Gran afrenta para Grecia! Así que no hay que vacilar. Marcha y ve a la puerta Electra. Ordena que se apresten todos los portadores de escudos pesados, y los jinetes de la caballería ligera, y los que blanden la rodela y los que en su mano tensan los nervios del arco, para marchar en campaña contra las bacantes. Ningún mal puede superar a éste, si vamos a sufrir lo que sufrimos de las bacantes.

47 Este «quien quiera que sea» puede recoger el de Penteo en v. 220. El mensajero, después de haber descrito el comportamiento primero pacífico y luego furioso de las bacantes, acaba dando al monarca el mismo consejo que le diera Tiresias: que acate su gran poder, prescindiendo de más averiguaciones.

DIONISO. — No me haces el menor caso, al oír mis advertencias, Penteo. Aunque he padecido males por tu causa, sin embargo te advierto que no debes alzar tus armas contra el dios, sino serenarte. Bromio no soportará que expulses a las bacantes de los montes del evohé.

PENTEO. — No me vas a corregir tú. Ya que has escapado de tu prisión, ¿no quieres conservarte a salvo? ¿He de volver de nuevo mi justicia contra ti?

DIONISO. — Yo habría sacrificado ante él, en vez de cocear con furia contra el aguijón, siendo un mortal contra un dios.

PENTEO. — Le sacrificaré un sacrificio de mujeres, como se merecen ésas, por armar tamaño disturbio en los repliegues de Citerón.

DIONISO. — Os harán huir a todos. Y será vergonzoso eso de que los escudos recubiertos de bronce retrocedan ante los tirsos de las bacantes.

PENTEO. — ¡Estoy atosigado ya por este intratable extranjero, que ni por más que padezca ni por más que haga se va a callar.

DIONISO. — ¡Oh señoría, aún es posible arreglarlo!

PENTEO. — ¿Y qué hay que hacer? ¿Esclavizarme a mis esclavas?

DIONISO. — Yo traeré aquí a las mujeres, sin armas.

PENTEO. — ¡Ay de mí! Ya maquina éste un nuevo engaño contra mí.

DIONISO. — ¿Cómo, si sólo quiero salvarte con mis artes?

PENTEO. — Acordásteis esto en común, para repetir las bacanales.

DIONISO. — Pues bien lo he acordado, sábelo bien, con el dios.

PENTEO. — ¡Sacadme aquí mi armamento! Y tú ¡deja de hablar!

DIONISO. — ¡Aah! [48]... ¿Quieres verlas acostadas por el monte?

PENTEO. — Desde luego, aunque me costara un montón de oro.

DIONISO. — ¿Qué? Te ha entrado una pasión enorme por eso.

PENTEO. — Me apenaría verlas embriagadas del todo...

DIONISO. — ¿Y sin embargo verías con placer lo que te ha de ser amargo?

PENTEO. — Tenlo por cierto. Sentado en silencio bajo los abetos.

DIONISO. — Pero perseguirán tu rastro, aunque llegues a escondidas.

PENTEO. — Entonces lo haré a las claras. Bien me lo has advertido.

DIONISO. — ¿Si te llevo, entonces, vas a intentar esta marcha?

PENTEO. — Llévame lo antes posible. Ya te reprocho la demora.

DIONISO. — Ponte entonces encima de tu cuerpo un vestido de lino.

PENTEO. — ¿A qué viene esto? ¿Voy a pasar de hombre a mujer al fin?

DIONISO. — Para que no te maten, si te descubren como hombre.

PENTEO. — De nuevo has hablado bien. ¡Sí, desde hace tiempo, eres un sabio!

DIONISO. — Dioniso me ha instruido en ello.

PENTEO. — ¿Cómo llevar a cabo lo que me aconsejas tú, tan bien?

DIONISO. — Yo te vestiré entrando contigo en palacio.

---

[48] Esta interjección *extra metrum*, que podría traducirse por algo así como «¡Basta!», marca un cambio muy importante en la disposición de Dioniso, que deja de discutir con el impetuoso Penteo y le insinúa una tentadora propuesta. Para confrontar el valor del grito, cf. *H. F.* 1052, *Hel.* 445, *Or.* 1598.

PENTEO. — ¿Con qué vestido? ¿Femenino? La vergüenza me domina.

DIONISO. — ¿Ya no estás dispuesto a ser espectador de las ménades?

PENTEO. — ¿Qué vestido dices que me ponga sobre el cuerpo?

DIONISO. — Yo extenderé sobre tu cabeza tu cabellera amplia [49].

PENTEO. — Y el siguiente adorno de mi tocado, ¿cuál va a ser?

---

[49] Algunos intérpretes entienden que con esta «amplia y larga melena», la apropiada para disfrazarse de bacante, DIONISO se refiere a una peluca postiza. Así, p. e. Grégoire y Dodds, que piensan que Penteo, que ha criticado en vss. 455-6 la melena del «Extranjero» llevaba los cabellos cortos, como los atenienses del s. v. Pero, como anota J. ROUX, *o. c.*, II, 499 y sigs., no se trata de que los lleve cortos, sino que los lleva trenzados y recogidos, conservando una aristocrática melena como los griegos de la época heroica.

Creo, sin embargo, que esto es compatible con el hecho de que se utilizara una larga peluca rubia como elemento del disfraz de los actores y que esta peluca jugara un papel importante en la representación escénica. Sobre este punto ha escrito JAN KOTT, *o. c.*, págs. 200-201, lo siguiente: «En el primer agón, Penteo arrancó una peluca de la cabeza del forastero. Cuando Penteo se viste de bacante usa la misma peluca de largo cabello rubio. El mismo Forastero le ajusta un rizo fuera de lugar. Cuando las frenéticas ménades lo arrancan del árbol, Penteo se quita la peluca tratando en vano de que su madre lo reconozca. Después Agave entra con la peluca colocada sobre el tirso en vez de hojas de laurel. Cuando en la epifanía final el dios-hombre se convierte en un dios animal, su emblema, el «cabello de Dioniso», cubre el cuerpo del Sustituto en lugar de la cabeza. «Mi cabello es sagrado. Mis rizos pertenecen al dios». «La trayectoria de la peluca de largos bucles rubios debe ser el uso más brillante de un elemento de tramoya en toda la historia del drama». Tal vez esta interpretación exagera algo el alcance simbólico de la probable peluca que pasaría de mano en mano, del dios a Penteo, su antagonista y su «Sustituto» en esa interpretación, que es, con todo, muy sugestiva.

DIONISO. — Un peplo hasta los pies. Sobre tu cabeza se pondrá una diadema asiática[50].

PENTEO. — ¿Alguna otra cosa más, después de éstas, me añadirás?

DIONISO. — Desde luego un tirso en la mano y la moteada piel de corzo.

PENTEO. — No voy a resistir ponerme un vestido de mujer.

DIONISO. — Entonces vas a verter sangre, al entablar combate con las bacantes.

PENTEO. — ¡De acuerdo! Hay que ir primero a espiarlas.

DIONISO. — Desde luego es más cuerdo que combatir a las desgracias con desgracias.

PENTEO. — ¿Y de qué modo cruzaré la ciudad de los Cadmeos sin ser visto?

DIONISO. — Iremos por callejas desiertas. Yo te guiaré.

PENTEO. — Cualquier cosa es mejor que que se burlen las bacantes de mí.

DIONISO. — Entrando los dos en palacio[51]...

PENTEO. — Decidiré si me parece bien.

DIONISO. — ¡A tu disposición! Por mi parte todo serán facilidades.

---

50 El *péplos* de lana o de lino era, en el s. V, un vestido típicamente femenino, así como la *mítra*, tocado de origen oriental. El travestirse los hombres con ropas femeninas era frecuente en las fiestas y ritos dionisíacos. Dioniso, dios de la máscara y de las metamorfosis múltiples, aparece con el largo peplo y la mitra en representaciones pictóricas de los ceramistas antiguos, y en alusiones de otros poetas. Cf. p. e. SÓF., *Ed. R.* 209 y sigs.

51 Acepto la hipótesis de ROUX de distribuir el verso 843 en dos hemistiquios, el primero de los cuales atribuye a DIONISO. El manuscrito P, único para este pasaje, atribuye este verso y el anterior a PENTEO, lo que suscita alguna dificultad por el uso del dual *elthónt'(e)*.

PENTEO. — Voy a marchar. O bien saldré con mis armas u obedeceré esos consejos tuyos.

(*Entra Penteo en el palacio.*)

DIONISO. — ¡Mujeres, nuestro hombre penetra en la red! Acudirá ante las bacantes, adonde va a pagar la pena con su muerte. ¡Dioniso, tuya es la acción! ¡Que no está lejos!

Le castigaremos. Primero sácale de sus cabales insuflándole una ligera locura. Porque, si piensa con sensatez, me temo que no quiera revestir el atuendo femenino. Pero si se le aparta de la sensatez lo hará. Quiero que él sirva de escarmiento y risa a los tebanos, cuando yo le conduzca con hábito de mujer a través de la ciudad, después de sus amenazas de antes, en las que resultaba tan tremendo. Pero voy a ajustar a Penteo el adorno con el que saldrá para el Hades, degollado en las manos de su madre. Conocerá al hijo de Zeus, a Dioniso, que es un dios por naturaleza en todo su rigor, el más terrible y el más amable para los humanos[52].

CORO.

Estrofa.

En danzas de coro a lo largo de la noche moveré mi blanco pie celebrando las fiestas báquicas, exponiendo al aire puro, y al rocío, mi cuello, en el gesto ritual. Como la cervatilla que retoza en los verdes placeres del prado, después de escapar a los terrores de la cacería, lejos de la batida, más allá de las redes bien tejidas, mientras el cazador con sus gritos excita el im-

---

52 Tal vez tiene razón P. LAZARI, cuando en nota *a. l.* dice que *deinótatos* no significa tanto «muy terrible» como «potentísimo», y que hace eco al *deinós*, «tremendo», con que el dios ha calificado a Penteo antes. Pero aún así, teniendo en cuenta que el gran poder de Dioniso lo hace muy terrible, he querido dar a este verso un cierto énfasis, al verterlo así.

pulso de sus perros. En raudas y esforzadas carreras, en ráfagas, corre por la llanura junto al río, gozosa en la soledad, lejos de los hombres, y por entre los arbustos del bosque de umbrosa melena.

¿Qué es lo sabio? ¿Cuál es el más preciado botín ofrecido por los dioses a los humanos? ¿Acaso plantar la mano vencedora sobre la cabeza de nuestros enemigos? ¡Lo bello es grato siempre! [53].

Antístrofa.

Es tarda en dispararse, mas, sin embargo, segura la potencia divina. Y exige una rendición de cuentas a los mortales, a todos aquellos que honran a la insensatez y que no se ocupan de los dioses, con loca opinión. Ocultan de mil formas los dioses el paso lento del tiempo, mientras dan caza al impío. Jamás, pues, se ha de inventar y practicar nada por encima de las leyes tradicionales.

Ligero esfuerzo cuesta creer en el poder que tiene lo divino, como quiera que sea, y la tradición que en largo tiempo se ha hecho ley e igual para siempre a la naturaleza [54].

¿Qué es lo sabio? ¿Cuál el más precioso botín ofrecido por los dioses a los humanos? ¿Acaso mantener la mano vencedora sobre la cabeza de nuestros enemigos? ¡Lo bello es grato siempre!

Epodo.

¡Dichoso quien del mar escapó a la tempestad, y alcanzó el puerto! ¡Dichoso quien de las penalidades

---

53 *Hó ti kalón phílon aeí.* Es un antiguo proverbio, como atestiguan TEOGNIS, 15 y sigs., y PLATÓN, *Lisis* 216 c. La traducción precisa es imposible, ya que *tò kalón* tiene en griego un sentido muy amplio, que envuelve tanto lo bello, como lo bueno y lo útil. Sirve para designar además a «la Belleza» y «el Bien».

54 De nuevo el coro se refugia en el saber tradicional para atacar las audacias y críticas sofísticas a la religión.

se ha sobrepuesto![55]*. Una vez uno y otras otro toma la ventaja en la prosperidad y el poder. Para diez mil personas todavía hay diez mil esperanzas. Unas concluyen infelices, mientras otras aportan éxito a los humanos.*

Pero yo considero feliz a aquel cuya vida cotidiana alberga la dicha[56]*.*

(*Sale primero Dioniso del palacio. Habla a Penteo, aún invisible para los espectadores. Luego sale Penteo, disfrazado de mujer, titubeante, con su atuendo femenino en ligero desorden, como enajenado, como si estuviera delirando o hipnotizado.*)

DIONISO. — Tú, qué estás ansioso por ver lo que no se debe, y por emprender lo que no deberías emprender, a ti, Penteo, te digo. Sal de una vez ante el palacio, déjate ver a mi lado, con tu vestido de mujer, de ménade bacante, espía de tu propia madre y su tropa. Pareces una de las hijas de Cadmo por tu figura.

PENTEO. — En este momento me parece ver dos soles, y una doble ciudad de Tebas, con sus siete puertas. Y tú me pareces un toro que ante mí me guía y que sobre tu cabeza han crecido cuernos. ¿Es que ya eras antes una fiera? Desde luego estás convertido en toro[57].

---

55 De nuevo encontramos aquí esta fórmula felicitatoria, de *makarismós*, de origen y tono religioso, que ya se vio en el v. 72, y de la que encontramos claros ejs. en la poesía griega y en la latina. Cf. p. e. VIRGILIO, *Georg.* II 490 y sigs.

56 En este ensalzar la felicidad cotidiana parece latir una especie de afán nostálgico del viejo Eurípides. Véanse sobre este tema las brillantes págs. de DI BENEDETTO en su ya cit. *Euripide: Teatro e Società*, 272-302, en las que expone cómo, desengañado de ilusiones políticas y desencantado y receloso de los logros de la Sofística, Eurípides se refugia en esa vida serena de las alegrías cotidianas y el gozar «día a día».

57 El ver doble es un signo de locura, o de la embriaguez del delirio que aqueja a Penteo bajo el influjo báquico. En este delirio ve a Dioniso como un toro. Ya en v. 100 se ha alu-

DIONISO. — El dios va en nuestra compañía. Si antes no estaba bien dispuesto, ahora ha hecho una tregua con nosotros. Ahora ves lo que debes ver.

PENTEO. — ¿Qué parezco así? ¿Tengo el porte de Ino o de Ágave, mi madre?

DIONISO. — Creo estar viéndolas al mirarte a ti. Pero este rizo se ha salido de su sitio, de como yo te lo compuse bajo la diadema femenina.

PENTEO. — Yo lo he alterado de posición cuando dentro agité mi cabellera hacia arriba y abajo haciendo de bacante.

DIONISO. — Vaya, te lo compondré yo, que he de cuidarme de ti. Así que levanta la cabeza.

PENTEO. — Venga, arréglalo tú. Que estoy a tus órdenes ya.

DIONISO. — Tu cinturón anda flojo y los pliegues del peplo no caen con regularidad por debajo de tus tobillos.

PENTEO. — Sí, me lo parece a mí también, por lo menos en el pie derecho. En cambio por este lado el peplo me sienta bien junto al talón.

DIONISO. — Vas a considerarme el primero de tus amigos, cuando, en contra de tu opinión, veas a las bacantes serenas.

PENTEO. — ¿Me asemejaré más a una bacante si tomo el tirso con la mano derecha, o con ésta?

DIONISO. — Hay que alzarlo con la derecha y mover a la vez el pie derecho. Elogio tu cambio de pensar.

---

dudo al dios como «de cuernos de toro». La relación en el culto y la poesía entre el dios y el toro está bien atestiguada. Según advierte F. Vian, la vaca o el toro asumen en la mitología griega, y especialmente en Beocia, el papel de animal guía en varias leyendas.

Este pasaje de la tragedia se hizo famoso, y lo citan varios autores, como VIRGILIO en *En.* IV 468, LUCIANO en *Pseud.* 19, SEXTO EMPÍRICO en *Adv. Math.* VII 192, CLEMENTE DE ALEJANDRÍA en *Protr.* 118, 5; *Ped.* 2, 24.

PENTEO. — ¿Es que no podría llevar sobre mis hombros la mole del Citerón con las mismas bacantes?

DIONISO. — Podrías, si quisieras. Aquellos tus pensamientos de antes no eran sanos, ahora tienes los que te convienen.

PENTEO. — ¿Llevamos palancas? ¿O lo voy a arrancar con mis manos apoyando con presión en las cimas mi hombro o mi brazo?[58].

DIONISO. — ¡Cuidado, no destruyas los santuarios de las Ninfas, o la morada donde Pan cobija sus cantos de flauta!

PENTEO. — Has dicho bien. No hay que vencer a las mujeres con la violencia. Entre los abetos ocultaré mi cuerpo.

DIONISO. — Te esconderás tú en el escondrijo apropiado para ocultarte[59], cuando te llegues a las ménades como taimado espía.

PENTEO. — Ya creo verlas, como a pájaros en la enramada, enredadas en los lazos de sus lechos de amor.

DIONISO. — Desde luego para eso mismo sales de vigía. Seguramente las sorprenderás, a menos que te sorprendan antes a ti.

PENTEO. — Hazme pasar por el medio de esta tierra de Tebas. Soy el único de los hombres que se atreve a esto.

DIONISO. — Solo tú te expones por esta ciudad, tú sólo. En verdad que te aguardan pruebas que eran

[58] La mágica fuerza que rejuvenecía a Tiresias y Cadmo, se manifiesta ahora en el joven monarca como megalomanía de loco, como señala Dodds, quien recuerda el caso de la locura de Heracles en *Her.* 943 y sigs. Penteo se cree un gigante. La respuesta de Dioniso, como la mayoría de sus frases, está llena de ironía.

[59] En griego hay una aliteración y una repetición etimológica de *krýpsēi, krýpsin* y *kryphthênai,* de connotación lúgubre, pues *krýptō* se usa también con sentido de «sepultar».

necesarias. Sígueme. Yo seré tu guía, tu salvador. Y de allí te reconducirá aquí otro.

Penteo. — ¡Mi madre será!

Dioniso. — Como un ejemplo para todos.

Penteo. — Para eso voy.

Dioniso. — Te traerán en volandas...

Penteo. — ¡Aludes a una posición delicada para mí!

Dioniso. — En los brazos de tu madre.

Penteo. — ¡Incluso harás que me trate con mimos!

Dioniso. — ¡Y con qué mimos!

Penteo. — ¡Consigo lo que me merezco! [60].

Dioniso. — ¡Tremendo eres, tremendo, y a tremendas experiencias vas; de modo que alcanzarás una gloria que subirá hasta el cielo [61]! ¡Extiende, Ágave, tus brazos, y vosotras también, sus hermanas, hijas de Cadmo! Conduzco al joven este a un gran combate. Y el vencedor seré yo, y Bromio. Lo demás ya se indicará.

(*Dioniso sale de la escena, acompañado de Penteo y un servidor, por la izquierda.*)

Coro.

Estrofa.

¡Acudid, rápidas perras de la Rabia [62], *acudid al monte, donde tienen su cortejo las hijas de Cadmo!*

---

60 Como muestran las *antilabai* de estos versos, el ritmo de diálogo se ha hecho más rápido y la ironía más tajante. Como en el episodio anterior, es Dioniso, quien, como en un aparte, dice las últimas palabras, dirigidas al dios, que es él mismo, o a las bacantes; pero, de hecho, para dejar en los espectadores una sensación de terror y expectación ante el desenlace ya sugerido.

61 Una frase terrible: los *páthē* de Penteo (que he traducido por «experiencias», pero que son «sufrimientos» y «pasión») le darán su definitivo *kléos*, la «fama» (esa por la que luchaban los héroes épicos griegos) que remontará hasta lo más alto.

62 *Lýssa* es la personificación de la «locura rabiosa», que ya ha entrado en Penteo (*lyssôdē*, en v. 981, como ya había pre-

¡Aguijoneadlas contra el que reviste un hábito de mujer, contra el rabioso espía de las ménades!

Su madre será la primera en verlo, desde lo alto de una roca lisa o en la cumbre de un abeto espiándolas, y lo denunciará a las bacantes.

«¿Quién es espía de las montaraces Cadmeas? Al monte, al monte, ha venido, ha venido ¡Oh bacantes! ¿Quién le ha dado a luz? ¡Porque no ha nacido de sangre de mujeres, sino de alguna leona o del linaje de las Gorgonas de Libia!».

¡Venga la justicia manifiesta, venga armada de espada, para matar de un tajo en la garganta, al sin dios, sin ley, sin justicia, al descendiente de Equión, nacido de la tierra! [62b].

Antístrofa.

Quien, con intención injusta y furor impío, contra tus cultos, Baco, y los de tu madre, con delirante ánimo, con perturbada voluntad avanza, como si fuera a dominar lo invencible por la violencia.

Como lección de cordura para tales pensamientos se alza la muerte, sin reparos en lo que toca a los dioses. ¡Con una conducta humana, una vida sin penas! [63]. *No envidio el saber.*

Disfruto en la persecución de estas otras cosas, grandes y evidentes, a las que siempre acompañan los bie-

dicho Dioniso en 851). También las bacantes están dominadas por un delirio en ocasiones furioso. También las Erinias revisten un furor semejante, y se las puede calificar de «perras» en cuanto son ágiles en perseguir sus presas de caza.

62b Los nacidos de la tierra, como los Espartos, o los Gigantes, eran propicios a la desmesura y la brutalidad, hostiles a los dioses.

63 El texto está corrupto y el sentido poco claro. Tovar lo traduce: «De estos pensamientos hace arrepentirse la muerte; aceptar sin objeciones y como un mortal lo que se refiere a los dioses, eso es una vida feliz».

nes: llevar una vida pura noche y día, ser piadoso, y, rechazando las prescripciones que ignoran la justicia, honrar a los dioses.

¡Venga la justicia manifiesta, venga armada de espada para matar de un tajo en la garganta, al sin dios, sin ley, sin justicia, al vástago de Equión, nacido de la tierra!

Epodo.

¡Muéstrate a mi vista como un toro o un dragón, de muchas cabezas o como un león que resopla fuego! [64].

¡Ven, oh Baco, y al cazador de las bacantes échale al cuello, con sonriente rostro, tu lazo mortal, en cuanto caiga a los pies del tropel de las ménades!

(*Entra un mensajero, por la izquierda.*)

MENSAJERO. — ¡Oh casa, que antaño destacabas como feliz en Grecia, palacio del anciano de Sidón, el que sembró en esta tierra la cosecha de los dientes de la sierpe, del dragón, ¡cómo gimo por ti, yo que soy un esclavo, y, sin embargo...! [Desgracias son para los buenos esclavos las de sus amos] [65].

CORIFEO. — ¿Qué sucede? ¿Anuncias algo nuevo de las bacantes?

MENSAJERO. — ¡Penteo ha muerto, el hijo de Equión!

CORO. — *¡Oh soberano Bromio, como gran dios te revelas!*

---

64 Las transformaciones en animales eran conocidas en la saga de Dioniso. En el *Himno Hom.* VII 44 se metamorfosea en león, ante las hijas de Minias aparece como toro, león y pantera, según ANT. LIBERALIS, 10, y en *Nonno* XL 40 y sigs., se vuelve leopardo, león, serpiente, etc.

65 El verso coincide con el 54 de la *Medea*. Lo excluyó Dobree.

MENSAJERO. — ¿Cómo dices? ¿Qué es lo que has dicho? ¿Acaso te alegras de las desgracias de mis amos, tú, mujer?

CORO. — *Grito mi evohé, como extranjera con cantos bárbaros. Ya no más me estremeceré por miedo a las prisiones.*

MENSAJERO. — ¡Tan falta de hombría crees a Tebas!

CORO. — *Dioniso, el hijo de Zeus, no Tebas, tiene poder sobre mí.*

MENSAJERO. — Hay que perdonarte. Aunque alegrarse de males sucedidos, mujeres, no está bien.

CORO. — *¿Cuéntame, díme, de qué suerte ha muerto el hombre injusto, el procurador de la injusticia?*

MENSAJERO. — Después de dejar a nuestras espaldas las casas de esta tierra de Tebas y de pasar más allá del curso del Asopo, entramos por la falda del Citerón Penteo y yo —que iba acompañando a mi señor— y el extranjero que era el guía de nuestra expedición. Conque primero alcanzamos un herboso valle; íbamos ya guardando silencio de pies y de lengua, para ver sin ser vistos.

Era un recodo entre cumbres, regadas por arroyos umbrosos entre los pinos, donde las ménades estaban sentadas con las manos ocupadas en placenteras faenas. Unas, pues, cubrían de nuevo con coronas de yedra el tirso que había perdido la cabellera de hojas. Otras, como potrillas desuncidas de sus pintados yugos, cantaban, en alternancia de unas y otras, una báquica canción. Penteo, el desdichado, que no veía el tropel de mujeres dijo: «Extranjero, desde donde nos hemos apostado, no consigo ver con mis ojos a esas bastardas ménades. Pero si me subiera a un picacho o a un árbol de alto cuello, seguramente vería bien la vergonzosa actitud de las ménades».

A continuación veo, al punto, el milagro del extranjero: Es que agarró una rama muy alta de un abeto

en pleno cielo, y la hacía bajar, la bajaba, bajaba hasta el negro suelo[66]. Y el árbol se curvaba como el arco o un mástil flexible que se tensa por el cable que se enrosca en su torno. Así el extranjero atraía en sus manos al tronco agreste y lo doblaba hasta el suelo, en una acción imposible a un mortal.

Y después de encaramar a Penteo sobre las ramas del abeto, dejaba erguirse entre sus manos el tronco hacia lo alto, poco a poco, cuidando de no desarzonar a Penteo. Y el árbol se quedó firme, enhiesto hacia el enhiesto cielo, llevando sobre su lomo sentado a mi señor.

Que fue visto más que vio a las ménades. Pero aún no era visible sentado en lo alto, cuando ya no estaba a mi vista el extranjero. Entonces, desde lo profundo del cielo una voz —al parecer de Dioniso— dio un grito: «¡Ah, jóvenes mujeres, os traigo al que intenta burlarse de vosotras y de mis ritos! ¡Castigadle ahora en venganza!»

Y al tiempo que esto clamaba, en el cielo y en la tierra prendía el fulgor de un divino fuego. Quedó en silencio el aire, y en silencio el valle boscoso retenía su follaje, y ni siquiera se oía el gruñir de las bestias. Las mujeres, que en sus oídos habían recibido la voz sin claridad, se pusieron en pie y agitaron alerta sus cabezas. Aquél dio de nuevo su orden. Y en cuanto conocieron claramente la incitación de Baco, las hijas de Cadmo lanzáronse, tan veloces como las palomas, precipitando sus pies en unánime carrera, su madre Ágave, las hermanas de ésta, y todas las bacantes. A saltos traspasaron los torrentes del valle, y escalaban

[66] La repetición por tres veces del mismo verbo nos hace presenciar, con cierto ritmo lento, la acción por la que el árbol se va curvando. También los sigs. verbos en imperfecto subrayan el matiz durativo de la visualización del prodigio.

las escarpadas peñas enloquecidas por los influjos del dios.

En cuanto divisaron a mi señor sentado en el abeto, comenzaron a tirarle piedras arrojadas con toda su fuerza, subiéndose a una roca que se levantaba enfrente como una torre, y le alanceaban con ramas de abeto. Otras lanzaron por el aire sus tirsos contra Penteo, blanco desgraciado. Pero no lo alcanzaban. Pues en su altura por encima del furioso ataque quedaba el infeliz, agobiado por la angustia. Al final, apoderándose de ramas de encina, desgarraban las raíces del árbol, con estas palancas sin hierro. Pero, como no conseguían éxito con sus fatigas, dijo Ágave: «Venga, rodead en círculo el tronco, y arrancádlo, ménades, para que atrapemos a la fiera encaramada, que no pueda divulgar las secretas danzas en honor del dios». Ellas incontables manos aplicaron al tronco del abeto y lo desgajaron del suelo. Penteo que se sentaba en lo alto, cae desde la altura, derribado por tierra entre incontables gemidos. Porque comprendía que estaba cercano a su perdición.

Su madre fue la primera en iniciar, como sacerdotisa[67], el sacrificio, y se echa encima de él. Penteo se arrancó la diadema del cabello para que le conociera y no lo matara la infeliz Ágave. Al mismo tiempo decía, acariciando su mejilla:

«¡Soy yo, madre mía, yo, tu hijo! ¡Penteo, al que diste a luz en la morada de Equión! ¡Ten piedad de

---

67 Porque Penteo se transforma en la víctima del *sparagmós* o descuartizamiento ritual. En vano su hijo tiende su mano hacia la mejilla de Ágave, en el gesto típico del suplicante; ella, poseída por el furor báquico, presenta los signos de la locura: espuma en la boca y la mirada extraviada (como los epilépticos, según HIPÓCRATES, *De morb. sacr.* 7). Para otra versión de la muerte de Penteo, muy coincidente con ésta, ver OVIDIO, *Met.* III 710 y sigs.

mí, madre, y no vayas a matar, por culpa de mis errores, a tu propio hijo! »

Pero ella echaba espuma de la boca y revolvía sus pupilas en pleno desvarío, sin pensar lo que hay que pensar. Estaba poseída por Baco, y no atendía a Penteo. Cogiendo con sus dos manos el brazo izquierdo, y apoyando el pie en los costados del desgraciado, le desgarró y arrancó el hombro, no con su fuerza propia, sino porque el dios había dado destreza a sus manos.

Luego Ino completaba el resto de la acción, desgarrando su carne, mientras se le echaba encima Autónoe y toda la turba de bacantes. Había un griterío total; a la vez él, que gemía de dolor con todo lo que le quedaba de vida, y ellas con sus gritos de triunfo. Arrancaba una un brazo, otra un pie con su calzado de caza[68], mientras en el descuartizamiento quedaban al desnudo sus costillas. Y todas, con las manos teñidas de sangre, se pasaban una a otra como una pelota la carne de Penteo.

Ha quedado esparcido su cuerpo; un trozo al pie de las peñas abruptas y otro entre el follaje denso de la enramada del bosque. No será fácil de encontrar. Y su triste cabeza, que ha tomado su madre en las manos, después de hincarla en la punta de un tirso la lleva como si fuera la de un león salvaje, en medio del Citerón. Ha abandonado a sus hermanas junto con los coros de las ménades, y viene ufana de su infausta presa hacia el interior de este recinto, invocando a Baco, como «compañero de montería», «coautor de la caza», «el de la bella victoria». Ella, a la que dejará el dios como corona de victoria lágrimas.

---

68 Ese calzado de caza de Penteo, que en el v. 638 resonaba amenazador, insignia de un paso varonil, lo ha conservado el alocado Penteo bajo su peplo femenil, y aquí aparece echado en lo alto con un trozo de su cuerpo, convertido en despojo de carnicero.

Ahora bien, yo me aparto de la desgracia, y me voy antes de que Ágave entre en el palacio. El ser sensato y venerar a los dioses es lo mejor. Creo que eso mismo es la más sabia adquisición que pueden administrar los mortales.

CORO[69]. — *¡Dancemos en honor de Baco, alcemos nuestro grito por la desdicha de Penteo, el descendiente del dragón, que tomó el vestido de mujer y la férula de un hermoso tirso, como garantía de Hades!*[70]. *¡Y un toro fue su introductor a la desgracia!*

¡Bacantes Cadmeas habéis ejecutado un brillante himno de victoria para vuestro lamento, para vuestros llantos!

¡Hermoso combate: hundir la mano goteante en la sangre del propio hijo!

CORIFEO. — Pero, ya veo que se precipita hacia el palacio Ágave, la madre de Penteo, con las pupilas en desvarío.

¡Acoged al cortejo del dios del evohé!

(*Ágave, con su larga ropa y hábito de bacante en desorden, con el tirso coronado por la sanguinolenta cabeza de Penteo, danzando como en delirio, entra en escena*)[71].

---

[69] Como señala P. Lazari, este breve estásimo recuerda, en su forma astrófica y su tono hímnico, el último estásimo del *Hipólito* 1268 y sigs., en que el coro ensalza el poder de Afrodita y Eros, antes de que se traiga a escena el cadáver del destrozado Hipólito.

[70] O, tal vez, «y una férula, don fidedigno de Hades, tomó como buen tirso». Es decir, su *nárthex* era una «auténtica varita de Hades», un pasaporte para los infiernos.

[71] El cortejo báquico (*kômos*) está formado sólo por Ágave, que hace aquí una entrada triunfal en escena, bailando y agitando, como «una guirnalda recién cortada», el ramillete constituido por la sanguinolenta cabeza de su hijo, empalada sobre la férula de su tirso recubierto de yedra. (Sobre una pintura de Ágave puede verse la descripción de FILÓSTRATO, *Imág.* I 18).

Estrofa.

ÁGAVE. — *¡Bacantes de Asia...!*

CORO. — *¿A qué me excitas, ooh?*

ÁGAVE. — *¡Traemos de los montes una guirnalda recién cortada para adorno del hogar, una dichosa presa de caza!*

CORO. — *La veo y te voy a aceptar como compañera de cortejo.*

ÁGAVE. — *Lo he capturado sin lazos, este joven cachorro de león salvaje, como puedes ver.*

CORO. — *¿En que tierra salvaje?*

ÁGAVE. — *El Citerón...*

CORO. — *¿El Citerón?*

ÁGAVE. — *Le dio muerte.*

CORO. — *¿Quién la primera en herirlo?*

ÁGAVE. — *¡Mío, mío es ese honor!*

CORO. — *Bienaventurada Agave...*

ÁGAVE. — *Así me llaman en los cortejos de Baco.*

CORO. — *¿Quién más?*

ÁGAVE. — *Las de Cadmo.*

CORO. — *¿Qué de Cadmo?*

ÁGAVE. — *Sus hijas conmigo, conmigo...*

CORO. — *¿Alcanzaron a esta fiera? ¡Dichosa fue esta cacería!*

Antístrofa.

ÁGAVE. — *Participa ahora del festín*[72].

CORO. — *¿De qué voy a participar? ¡Infeliz!*

Sorprendente representación de esta escena fue aquella que ante la corte del rey de los partos en Armenia, en 53 a. C., dio con gesto teatral el actor Jasón de Tralles, en el papel de Agave, agitando en sus manos la degollada cabeza del romano Craso, vencido en la batalla de Carras, mientras recitaba los versos de Eurípides. (Cf. PLUTARCO, *Vida de Marco Craso* 33).

72 Después del descuartizamiento, el *sparagmós*, venía el banquete ritual en el que se devoraba cruda la carne de las víctimas sacrificadas. A esta *ōmophagía* invita Agave a las mé-

ÁGAVE. —*Joven es el ternero. Hace poco que bajo su melena de suave crin su mejilla se cubre de la primera barba.*

CORO. —*Parece en verdad una fiera selvática con esa melena.*

ÁGAVE. —*Baco, cazador hábil, hábilmente azuzó a las ménades contra esta fiera.*

CORO. —*¡Como que es cazador nuestro señor!*[73].

ÁGAVE. —*¿Me elogias?*

CORO. —*¿Elogio?... Pronto los Cadmeos...*

ÁGAVE. —*Y mi hijo Penteo...*

CORO. —*¿Va a ensalzar a su madre?*

ÁGAVE. —*Que ha capturado esta presa de estirpe leonina.*

CORO. —*¡Extraordinaria!*

ÁGAVE. —*¡De lo más extraordinario!*

CORO. —*¿Te encuentras feliz?*

ÁGAVE. —*Estoy muy gozosa, mucho, mucho.*

CORO. —*¡Desde luego que son un espectáculo los logros de esta cacería!*[74].

---

nades del Coro, que se espantan de su ofrecimiento. Si su presa le parecía hace poco un cachorro de león, la delirante Ágave la ve ahora como un joven ternero. OPIANO, en su *Cinegética* IV 304, cuenta que Penteo, trasformado en ternero, fue destrozado y devorado por las ménades, convertidas en panteras, recogiendo una versión donde al *sparagmós* sigue la *ōmophagía*, acaso posterior a Eurípides.

[73] Como sugieren L. Farnell y H. Jeanmaire, puede haber en las palabras *ánax agreús* una alusión a Dioniso como *Zagreús*, uno de sus epítetos, a partir de su sincretismo con un dios cretense de tal nombre (interpretado por los griegos como «cazador de seres vivos»), que pudo tener lugar hacia el s. V. Dodds y otros lo ponen en duda, porque piensan que la asimilación de Zagreo a Dioniso es de época helenística.

[74] En el reparto de estos versos hay variantes notables según los editores. Seguimos a J. ROUX en la distribución de los mismos. La correspondencia exacta entre estrofa y antístrofa es métricamente difícil de establecer.

CORIFEO. — ¡Muestra ahora, a los ciudadanos, desgraciada, la presa que como trofeo de victoria has venido a traer!

ÁGAVE. — Pobladores de esta ciudad de hermosas torres en la tierra tebana, venid a ver esta presa, que conseguimos en nuestra cacería las hijas de Cadmo, sin las jabalinas de correas de cuero de los tesalios, sin redes, sólo con la audacia de nuestros brazos. ¿A la vista de esto, hay que jactarse de adquirir los útiles del fabricante de lanzas, de modo superfluo? Nosotras por nuestra propia mano lo cogimos a éste, y hemos descuartizado los miembros de tal fiera. ¿Dónde está mi viejo padre? ¡Que se acerque! Y Penteo, mi hijo, ¿dónde está? Que coja una escalera de firmes apoyos y la levante en el palacio, para que cuelguen con clavos en los triglifos [75] esta cabeza de león que yo cacé y le presento.

(*Entra Cadmo, acompañado de los servidores que, sobre una litera, cubiertos con un paño, traen los restos del descuartizado Penteo. El viejo, agobiado por el dolor, no ve de momento a Agave. La apercibirá en v. 1231.*)

CADMO. — Seguidme trayendo la triste carga de Penteo, seguidme, servidores, hasta el palacio. Su cuerpo, por el que me he fatigado en incontable búsqueda, lo traigo aquí, después de encontrarlo en los repliegues del Citerón descuartizado, sin hallar dos trozos en un mismo sitio, sino diseminado por el bosque, difícil de rastrear.

Me enteré al oír a uno de las atrocidades de mis hijas, cuando ya estaba dentro de los muros de la ciudad con el anciano Tiresias de regreso de las bacanales.

---

[75] Por metonimia se designa con «triglifos» todo el friso del frente del palacio. La costumbre de suspender de clavos en lo alto del friso los trofeos de caza está bien atestiguada en Grecia.

De nuevo volví al monte y de allí traigo a mi nieto asesinado por las bacantes. Allí he visto a la madre de Acteón, que parió de Aristeo, a Autónoe, y a Ino junto a ella, en la espesura hostigadas por el frenesí, las desgraciadas; y de Ágave alguien me ha dicho que con paso báquico hacia aquí se dirigió. Y no oímos falso. Porque aquí la veo, ¡visión desventurada!

ÁGAVE. — ¡Padre, bien puedes ufanarte al máximo de que engendraste unas hijas superiores en mucho a todos los humanos! A todas he aludido, pero en especial a mí, que tras abandonar en el telar mi rueca he llegado a más noble empeño: cazar fieras con mis manos; y traigo en mis brazos, como ves, estos trofeos de mi captura, para que en tu palacio se expongan colgados. Tú, padre, acéptalos en tus manos. Orgulloso por las presas de mi cacería invita a los amigos a una fiesta[76]. ¡Pues eres dichoso, dichoso, por lo que nosotras hemos realizado!

CADMO. — ¡Pena desmedida, e irresistible espectáculo, el crimen que con vuestras desgraciadas manos habéis realizado! ¡Hermosa víctima de sacrificio has ofrecido a los dioses para invitarnos al festejo a esta ciudad de Tebas y a mí!

¡Ay de mí, qué desgracias, primero tuyas, y luego mías! ¡Cómo el dios, de modo justo, pero excesivo, nos ha destruido, el soberano Bromio, que nació en nuestra familia!

ÁGAVE. — ¡Qué mal genio produce en los hombres la vejez y qué oscuridad de la vista! Ojalá mi hijo fuera un excelente cazador, parecido a su madre en tales

---

76 Por tercera vez, insiste Ágave en lucir como trofeo de caza su presa. Como observa J. ROUX lo hace con diferencias de matiz según sus interlocutores: «ante las bacantes, insiste sobre el aspecto ritual de la matanza, ante los tebanos sobre el cinegético, ante Cadmo sobre su carácter honorífico para la familia».

acciones, cuando en compañía de los jóvenes tebanos persigue las bestias salvajes. ¡Pero él sólo sabe combatir contra un dios! Hay que hacerle entrar en razón, padre, eso es de tu competencia. ¿Quién puede llamarle aquí ante mi presencia, para que me vea tan feliz?

CADMO. — ¡Ay! ¡Ay! ¡Cuando comprendáis lo que habéis hecho, sufriréis un tremendo dolor! Pero si hasta el fin os quedáis sin pausas en el estado en que estáis, sin ser felices, al menos parecerá que evitáis la desdicha[77].

ÁGAVE. — ¿Qué no hay bueno en esto, o qué hay de lamentable?

CADMO. — Empieza por fijar tu mirada en el cielo[78].

ÁGAVE. — ¡Ya! ¿Por qué me has ordenado mirarlo?

CADMO. — ¿Aún te parece el mismo, o que tiene variaciones?

ÁGAVE. — ¡Más claro que antes y más límpido!

CADMO. — ¿Ese frenesí de ahora aún está en tu alma?

ÁGAVE. — No entiendo esa frase. Pero me sucede como si volviera en mí, alterando mi anterior modo de pensar.

---

[77] El pensamiento de que la ignorancia de la desgracia la mitiga es muy propio de Eurípides, así como el preferir, con todo, a esta beatitud ilusoria la dolorosa lucidez de la verdad y la conciencia. Un fragmento de la *Antíope* 205 N², reza así: «Comprendo lo que sufro y eso no es pequeño mal. Pues la inconsciencia de la propia enfermedad guarda cierto placer, y es un beneficio en las desdichas la ignorancia».

[78] Ya Goethe admiraba la maestría con que Eurípides ha construido este diálogo entre el viejo Cadmo y su hija, cuya mente extraviada intenta reconducir a la lucidez. Dodds subraya la habilidad del método psiquiátrico empleado por Cadmo. (Cf. también, como curiosidad el art. de G. DEVEREUX, «The psychotherapy scene in Euripides *Bacchae*», *Journal Hell. Stud.* 90 [1970], págs. 35-48.) Gradualmente, pasando por momentos de amnesia, Ágave vuelve a la realidad, para descubrir su horrible hazaña.

CADMO. — ¿Puedes entonces oírme y responderme con claridad?

ÁGAVE. — Me he olvidado ahora de lo que antes dijimos, padre.

CADMO. — ¿En qué mansión entraste al son de los himeneos?

ÁGAVE. — Me entregaste en matrimonio a un Esparto, según la leyenda[79], a Equión.

CADMO. — ¿Luego qué hijo, en su palacio, nació de tu esposo?

ÁGAVE. — Penteo, fruto de la unión de su padre conmigo.

CADMO. — ¿De quién es ahora el rostro que tienes en tus manos?

ÁGAVE. — De un león según decían sus cazadoras.

CADMO. — Obsérvalo bien. ¡Breve esfuerzo es mirarlo!

ÁGAVE. — ¡Ah, qué veo! ¿Qué es lo que llevo en mis manos?

CADMO. — Exáminalo y entérate con toda claridad.

ÁGAVE. — Veo un grandísimo dolor ¡infeliz de mí!

CADMO. — ¿Todavía crees que se asemeja a un león?

ÁGAVE. — No; sino que, ¡desgraciada de mí, llevo la cabeza de Penteo!

CADMO. — Por la que yo lloraba, antes de que tu la reconocieras.

ÁGAVE. — ¿Quién le mató? ¿Cómo llegó a mis manos?

CADMO. — ¡Terrible verdad, que te presentas en el peor momento!

ÁGAVE. — Habla, que la demora hace palpitar mi corazón.

CADMO. — Tú le has matado, y tus hermanas contigo.

---

[79] Ágave habla aquí como una ateniense del s. v, no como una hija de Cadmo, el sembrador de los Espartos. Como tantas veces, el escéptico Eurípides ha introducido, tras un detalle mítico, la alusión «según dicen», bien por inadvertencia o por malicia.

ÁGAVE. — ¿Dónde murió? ¿En casa? ¿En qué lugares?

CADMO. — Allí donde antes destrozaron a Acteón sus perros.

ÁGAVE. — ¿Por qué acudió al Citerón este infeliz?

CADMO. — Para burlarse del dios iba a tus bacanales.

ÁGAVE. — Y, nosotras, ¿de qué modo fuimos a parar allí?

CADMO. — Estabais en delirio y toda la ciudad estaba poseída por Baco.

ÁGAVE. — Dioniso nos destruyó. Ahora lo comprendo [80].

CADMO. — Fue ofendido en exceso. Porque no le creíais un dios.

ÁGAVE. — ¿Y el queridísimo cuerpo de mi hijo, dónde está, padre?

CADMO. — Yo lo he rastreado a duras penas y lo traigo aquí.

ÁGAVE. — ¿Está todo en sus miembros, bien recompuesto?

(*Aquí hay una laguna en el texto. Probablemente Cadmo desvelaba el cadáver, y Ágave se lamentaba sobre él intentando recomponer los restos de su hijo*) [81].

---

80 Tras la catástrofe, el héroe trágico reconoce su destino y su error. Como Hipólito (en *Hip.* 1403) conoce que Afrodita ha destruido su vida, aquí advierte Ágave la venganza del dios. La idea trágica del *páthei máthos*, «con el sufrimiento el saber» se ejemplifica una vez más en su triste destino.

81 Mientras algunos editores y estudiosos piensan que hay aquí una laguna de pocos versos, que comprendería la respuesta negativa de Cadmo, pensamos, con C. ROBERT, G. S. KIRK, y J. ROUX, que la escena en que, según sabemos por el rétor Apsines, Ágave recomponía el cuerpo de su hijo, lamentándose sobre cada uno de sus miembros a medida que los ensamblaba, debía corresponder a este espacio. Sería, como la profesora Roux señala, bastante extraño que Ágave escuchara la siguiente lamentación de Cadmo, sin abandonar la cabeza de su hijo

ÁGAVE. — Pero a Penteo ¿qué parte le correspondía de mi sinrazón?[82].

CADMO. — Se portó igual que vosotras, no veneraba al dios. Así, pues, os reunió a todos en el mismo de-

---

clavada en su tirso. La lamentación de Cadmo se entiende mejor como continuación de los lamentos de Ágave, cerrando el planto fúnebre previo a la aparición del *deus ex machina.*

La lamentación de Ágave sobre los despojos de su hijo nos es conocida por unas alusiones del rétor Apsines, del s. III d. C., quien la cita como ejemplo de discurso muy bien compuesto para promover la compasión. APSINES, en *Rhet. Gr.*, ed. Walz, pág. 587, distingue dos partes en ese planto de Ágave. En la primera, «Ágave, al librarse de la locura y reconocer a su hijo descuartizado, se acusa a sí misma y excita a compasión»; en la segunda, *id.*, pág. 590, «la madre, tomando en sus brazos cada uno de sus miembros (de Penteo) se lamenta sobre cada uno de éstos».

Por otra parte un autor bizantino del s. XI o XII, autor de un centón sobre la muerte de Cristo, denominado *Christus Patiens,* ha puesto en boca de la *Mater Dolorosa* algunos versos euripideos que parecen proceder de esta lamentación de Ágave.

Traduzco a continuación estos pocos versos restituidos a esta escena de la recomposición del cadáver de Penteo:

ÁGAVE.— «Vamos, anciano, encajemos correctamente la cabeza del muy desdichado. Recompongamos todo su atlético cuerpo, en la medida posible...

¿Y cómo voy a colocarlo sobre mi regazo yo que no me atrevo a tocarlo? ¿Cómo voy a llorarlo? ¿Cómo abrazar cada miembro de mi hijo, cubriendo de besos la carne que yo crié? ¡Oh queridísimo rostro, oh joven mejilla! Mira, con este velo cubro tu cabeza, y tus miembros, ensangrentados y lacerados...

A ésta tan terriblemente desgraciada, antaño orgullosa...»

Al tiempo que recitaba su planto fúnebre, Ágave recomponía el cuerpo de su hijo, reuniendo los fragmentos sanguinolentos del descuartizado Penteo. Una escena tan melodramática y macabra no tiene paralelos en el teatro griego, generalmente austero en la presentación de carnicerías y catástrofes sobre la escena. Séneca parece haberse inspirado en esta escena para imitarla en la famosa escena final de su *Fedra.*

82 *Aphrosýnē,* «insensatez» ha sido también, según el Coro en los versos 386 y sigs., la *hýbris* de Penteo, que iba a llevarle a la desdicha, como a toda su familia.

sastre, a vosotras y a éste, para destruir a la familia, y a mí, que sin hijos, sin hijos varones[83], veo a este vástago de tu vientre, desgraciada, muerto de la manera más horrenda y más cruel. En él fijaba su mirada nuestra casa... En ti, hijo mío, que eras el sostén de nuestro hogar, nacido de mi hija, y el venerable temor representabas en la ciudad, y a este viejo nadie se atrevía a ultrajarle al contemplar tu rostro. Porque habría recibido su merecido castigo. Ahora en cambio seré expulsado de mi palacio, sin honor, yo, el gran Cadmo, que la estirpe de los tebanos planté y que recolecté su hermosísima cosecha. ¡Oh el más querido de los hombres! —pues, aunque ya no existes, sin embargo te contaré entre los más queridos, hijo—, ya nunca tocarás esta barba con tu mano y me saludarás como al padre de tu madre, abrazándome, hijo, y diciendo: «¿Quién te molesta, quién te falta al respeto, anciano? ¿Quién te apena y perturba tu corazón? Dime, para que yo castigue al que te afrenta, abuelo».

Ahora yo soy un viejo miserable, tú un desdichado, lamentable es tu madre, y desdichadas sus hermanas. Si hay alguien que se crea superior a los dioses, que considere la muerte de éste, y crea en la divinidad.

CORIFEO. — Sufro con tu dolor, Cadmo. Aunque tu nieto ha tenido un merecido castigo, es bien doloroso para ti.

ÁGAVE. — ¡Oh padre, ya ves cómo se ha revuelto mi destino!

(*Dioniso aparece en el* theologeíon, *y, como dios, profetiza.*)

---

[83] Según una tradición ya testimoniada por HESÍODO, *Teog.* 978, Cadmo tuvo un hijo varón, Polidoro, padre de Lábdaco. Eurípides recuerda esta genealogía al comienzo de las *Fenicias.* Pero aquí, tal vez para excitar más la compasión hacia el fundador de una dinastía destruida por la impiedad (con la muerte primero de su nieto Acteón y luego de Penteo), prefiere una variante.

DIONISO[84]. — ...Te convertirás por metamorfosis en dragón, y tu esposa Harmonía, que recibiste de Ares, aunque eras mortal, se trocará también en animal bajo la figura de serpiente. Y junto con tu esposa guiarás una carreta de novillos, según pronostica el oráculo de Zeus, al frente de bárbaros. Muchas ciudades arrasarás con tu ejército incontable. Pero al saquear un santuario de Loxias, obtendrán a cambio un trágico retorno. Pero a ti y a Harmonía os salvará Ares y transportará tu vida a la Tierra de los Bienaventurados. Esto os digo yo que no he nacido de padre mortal, yo, Dioniso, hijo de Zeus. Si hubierais sabido practicar la sensatez, cuando no queríais, os habríais hecho un aliado del hijo de Zeus, y habríais sido felices.

CADMO. — Dioniso, te suplicamos. Te hemos ofendido.

---

[84] Falta el comienzo de la profecía de Dioniso, en que el dios vaticinaba a los tebanos que un día serían expulsados de su ciudad.

Pero también aquí unos cuantos versos del *Christus Patiens* nos ayudan a recobrar algunos de los iniciales de la *resis*:

DIONISO.— «Maltrató a un benefactor, enfurecido por celos y rencor. Llegó a encadenarme y a injuriarme con insultos. Por eso ha muerto a manos de quien menos debía. Y eso lo ha sufrido justamente.

...En cuanto a los males que debe el pueblo sufrir no los ocultaré. Abandonará su ciudadela, cediendo ante los bárbaros ...Y llegarán a muchas ciudades bajo el yugo de la esclavitud, desdichados...

Sacrílegos rumores propalaron los Cadmeos falsamente al decir que yo había nacido de algún mortal. Y no les bastó con haberme ultrajado con esto.

...Pues es preciso que la que le dio muerte abandone la ciudad... (Y también ellas deben) abandonar la ciudad esta expiando la pena de su mancha sacrílega por él al que mataron... y ya no contemplar más su tierra patria, pues no es piadoso que los asesinos permanezcan junto a las tumbas...

Y las penalidades que tú has de sufrir te diré...»

(Aquí enlaza ya con el texto conservado.)

Dioniso. — Tarde habéis aprendido; y cuando debíais, lo ignorabais.

Cadmo. — Lo hemos reconocido. Pero tú nos has aplastado en exceso.

Dioniso. — ¡Por haberme ofendido vosotros a mí que nací de un dios!

Cadmo. — No deben los dioses asemejarse en su cólera a los mortales.

Dioniso. — Desde antaño mi padre Zeus lo había decidido[85].

---

[85] Respecto del futuro destino de Cadmo, el dios profetiza tres sucesos diversos: 1) la metamorfosis de él y su esposa Harmonía en serpientes (lo que, como sugiere Dodds, puede referirse a un culto tebano de ambos bajo forma de ofidios, algo apropiado a Harmonía, como divinidad protectora del hogar, y a un héroe fundador, Cadmo en Tebas, como Erecteo en Atenas); 2) la migración desde Tebas a Iliria y el regreso al frente de una tribu bárbara para arrasar parte de la Hélade y saquear Delfos (en lo que puede rastrearse algunos ecos de sucesos históricos, cf. Heródoto, V 61 y IX 42, siendo los bárbaros aludidos los Encéleos); y, finalmente, 3) la apoteosis del viejo caudillo, trasladado a las Islas de los Bienaventurados. Es muy interesante destacar que Cadmo no considera este privilegio de escapar del Hades como una ventaja, sino como el colmo de la desgracia, como dice en el verso 1362. Los comentaristas suelen recordar aquí la sentencia de *Her.* 595: «La muerte pues se considera el mayor remedio a los males».

Como respuesta a la crítica acusación de Cadmo contra el carácter vengativo y cruel, «demasiado humano», del dios, la respuesta de Dioniso les parece a algunos intérpretes una excusa fácil para eludir su responsabilidad, mientras otros destacan su validez como justificación última de una conducta inexplicable por patrones de moralidad pura. Así Dodds cita unas líneas de Winnington-Ingram en esta línea: «La apelación a Zeus es apelar al misterio último, a una estructura del mundo en la que las fuerzas que Dioniso representa son un elemento ineluctable. Contra eso no hay posible discusión y Ágave reconoce que esta es una palabra definitiva» (en Dodds, *o. c.*, página 238).

ÁGAVE. — ¡Ay, ay, está ya determinado, anciano, nuestro triste exilio!

DIONISO. — ¿A qué, pues, demoráis lo que es necesario?

CADMO. — ¡Oh hija, a qué terrible desgracia hemos llegado todos, tú, desgraciada, y tus hermanas! ¡Y yo, infeliz, que iré a vivir entre bárbaros, como un viejo expatriado! Y además el oráculo me profetiza que conduciré contra Grecia un confuso ejército bárbaro. Incluso a la hija de Ares, Harmonía, mi esposa, con la salvaje naturaleza de una sierpe, yo en forma de dragón, la traeré contra los altares y las tumbas griegas, introduciéndome por la fuerza de las lanzas. Y no concluiré mis desgracias, ¡infeliz de mí!, ni quedaré tranquilo navegando el subterráneo Aqueronte.

ÁGAVE. — ¡Oh padre, y yo saldré al destierro, privada de tu compañía!

CADMO. — ¿Para qué me echas los brazos al cuello, oh desgraciada hija, como un cisne alado a un viejo canoso e inútil?

ÁGAVE. — ¿A dónde voy a dirigirme, expulsada de mi patria?

CADMO. — No lo sé, hija. Pequeño socorro es tu padre.

ÁGAVE. — *¡Adiós, casa! ¡Adiós, ciudad paterna! Te abandono en mi desgracia, desterrada de mi hogar.*

CADMO. — *Ve ahora, hija, a la casa de Aristeo*[86]*...*

ÁGAVE. — *Sollozo por ti, padre.*

CADMO. — *Y yo por ti, hija, y también por tus hermanas he llorado.*

ÁGAVE. — *De horrible manera este ultraje el soberano Dioniso ha hecho caer sobre tu palacio.*

---

86 Hay aquí una laguna, tal vez de un solo verso. Aristeo, esposo de Autónoe y padre de Acteón, había abandonado Tebas después de la trágica muerte de su hijo.

CADMO. — *También terrible es lo que soportaba*[87] *de vosotras, cuando dejábais su nombre sin honor en Tebas.*

ÁGAVE. — *¡Adiós, padre, te digo!*

CADMO. — *¡Adiós, desventurada hija, con penalidades has llegado a este momento!*

ÁGAVE. — *¡Llevadme, como guías, hasta mis hermanas, para que las tomemos como compañeras desdichadas de exilio!*

¡Ojalá llegue adonde ni el maldito Citerón me vea ni el Citerón vea yo ante mis ojos, donde no quede ni huella de un tirso...! ¡Que otras bacantes cuiden de ello!

CORO. — *Muchas son las formas de lo divino, y muchas cosas realizan los dioses contra lo previsto. Lo que se esperaba quedó sin cumplir, y a lo increíble encuentra salida la divinidad.*

De tal modo ha concluido este drama[88].

---

[87] Acepto la corrección de Bothe, acogida por Hermann y por P. Lazari, *épaschen* en lugar de *épaschon* del manuscrito P, nuestra única fuente para este pasaje, que atribuye estos dos versos a Dioniso. La intervención de Dioniso aquí quebraría la correspondencia del diálogo entre Cadmo y Ágave. El dios ha desaparecido, seguramente, de escena después del verso 1351.

[88] Este mismo estribillo final aparece igual en otras tragedias de Eurípides (según una anotación de un escoliasta al v. 1284 de la *Andrómaca*, era conveniente en dramas de sorprendente *peripéteia*), como *Alcestis, Andrómaca, Helena* y, con mínimas variaciones, *Medea*.

RESO

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia de la filología, la pieza *Reso* ha sido objeto de no pocos comentarios y controversias [1]. El principal problema que se ha venido debatiendo es, sin lugar a dudas, su atribución o no a Eurípides.

Ya en la antigüedad helenística, expresaba el primer argumentista de la obra sus vacilaciones acerca de la paternidad euripidea de la tragedia. Hacia 1600, José Justo Escalígero la consideró espuria, lo mismo que Gaspar Valckenaer a mediados del siglo XVIII. El celebérrimo Godofredo Hermann publicó en Leipzig, 1828, una disertación con el título *De Rheso tragoedia*, en la que también rechazaba la autoría de Eurípides, basándose en la absoluta carencia de elementos gnómicos en la pieza.

En esa línea de rechazo se sitúan modernamente H. Strohm [2] y A. Lesky [3]. Strohm considera completamente ajena a Eurípides la manera de presentar en la escena los sucesos ocurridos fuera de ella. Lesky cree

---

1 Amplia bibliografía en la edición bilingüe de D. EBENER, *Rhesos. Tragödie eines unbekannten Dichters*, Berlín, 1966, páginas 20-22, quien, por cierto, y como indica el subtítulo de su edición, no es partidario de la adscripción a Eurípides de la obra.

2 «Beobachtungen zum *Rhesos*», *Hermes* 87 (1959), 257.

3 *La tragedia griega*, Barcelona, 1966, págs. 233-234, e *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1968, págs. 660-661.

que *Reso* es una tragedia postclásica redactada en el siglo IV a. C., y le parece que dista mucho de las tragedias más flojas del autor de *Medea.* Las duras palabras del estudioso austríaco se corresponden con otras más moderadas de Manuel Fernández-Galiano[4]: para Galiano, que reconoce méritos innegables en la obra, «nada se opone a que se tratara de un *Reso* perdido, que, a causa de la homonimia [sabemos de la segura existencia de un *Reso* euripideo], puede haber sido más tarde suplantado por el actual».

Entre los partidarios de la paternidad euripidea se cuenta J. A. Hartung, quien, en su *Euripides restitutus,* I (Hamburgo, 1843), alegó todo tipo de razones en favor de la autenticidad. Recientemente, C. B. Sneller[5], G. Björck[6] y W. Ritchie[7] vindican para Eurípides la tragedia, siguiendo la línea trazada a principios de siglo por el inevitable Gilbert Murray[8].

Para Murray y Ritchie, Eurípides escribió *Reso* en su juventud. Ritchie, más cauto, data la obra entre 455 y 440 a. C. Murray, sin dar una fecha, nos habla de la catástrofe sufrida en 466 a. C. por una próspera colonia ateniense establecida en ambas márgenes del río Estrimón (padre de Reso en la leyenda); atraídos mediante engaños a regiones peligrosas, fueron asesinados más de diez mil por los feroces tracios; Eurípides, que por aquel entonces acababa de entrar en la efebía y se había incorporado a un servicio policial de frontera en el Ática, recibiría la noticia de la matanza, y, en función de ella, no tendría nada de particular que eligiera, para

[4] «Los problemas de autenticidad en la literatura griega», *Revista de la Universidad de Madrid* 1 (1952), 230.

[5] *De Rheso tragoedia,* Diss. Utrecht, Amsterdam, 1949.

[6] «The authenticity of *Rhesus*», *Eranos* 55 (1957), 7.

[7] *The authenticity of the* Rhesus *of Euripides,* Cambridge, 1964.

[8] *Euripides and his Age,* Londres, 1913.

una de sus primeras piezas dramáticas, la historia de Reso el tracio y de su muerte al pie de Troya. Para Murray, *Reso* es un drama satírico escrito por Eurípides en época muy temprana, que se estrenó póstumamente y fue muy retocado por copistas y actores.

Lo cierto es que, en el fondo, aunque los partidarios de la autenticidad sigan aportando argumentos definitivos a favor de la misma, y los que la niegan continúen demostrando fehacientemente su falsedad, lo único que importa de verdad es el texto transmitido, y si complace o no su lectura.

A mí personalmente me ha complacido esta puesta en escena de la Dolonía (*Ilíada,* canto X). Odiseo y Diomedes realizan una incursión en campo enemigo, asesinan al contraespía teucro Dolón y a Reso, rey de Tracia, que había acudido en auxilio de los troyanos. La historia está muy bien dramatizada, limitándose la acción de la tragedia a la noche de la masacre. Hay pasajes muy bellos, como la canción matinal de los centinelas (vv. 527-564) o el prodigioso relato del auriga (vv. 756-803), así como la tan euripidea escena final, en la que Terpsícore, la Musa, se lamenta sobre los despojos de su hijo, mientras los rudos guerreros frigios la contemplan asombrados, pues la diosa había hecho una espectacular aparición *ex machina* (cf. vv. 885-889). Son pasajes que vencen el olvido.

Reso, glosando a Murray, es la obra de un joven, un relato lleno de guerras y aventuras, de espías disfrazados con piel de lobo, de corceles tan blancos como la nieve y de esforzados caballeros. Con todas esas cosas tiene que ser algo estupendo levantar el telón.

Esquema de la obra.

Prólogo (1-22). A cargo del Coro en diálogo con Héctor.

Párodo (23-51). Estrofa y antístrofa del Coro y parlamento de Héctor.

Episodio 1.º (52-223). Héctor, Eneas y el Corifeo dialogan en torno a la situación en Troya. Las hogueras que brillan en el campamento griego, junto al fondeadero de la flota, significan para Héctor la retirada del enemigo. Eneas no piensa lo mismo. Dolón, un espía, averiguará la verdad, recibiendo en su día, como salario de su aventura, los caballos de Aquiles.

Estásimo 1.º (224-263). Elogio de Dolón y de su empresa.

Episodio 2.º (264-341). Un pastor informa a Héctor de la llegada a Troya de su aliado Reso.

Estásimo 2.º (342-387). Elogio de Reso, rey de Tracia.

Episodio 3.º (388-526). Encuentro de Héctor y Reso. Jactancias del recién llegado. Héctor asigna a los tracios un lugar donde pernoctar.

Estásimo 3.º (527-564). Alborada a cargo del Coro. Amanece. Funestos presentimientos en lo que atañe a la suerte corrida por Dolón.

Episodio 4.º (565-692). En escena, Odiseo y Diomedes. Han matado a Dolón y realizan un golpe de mano en el campamento enemigo. Aparece Atenea, y les aconseja dar muerte a Reso, el aliado tracio de Héctor, pues a éste no le ha llegado su hora aún. Los héroes aqueos matan a Reso, le roban sus magníficos caballos y siembran la muerte por todas partes, pero con supremo sigilo.

Estásimo 4.º (693-728). Los centinelas descubren la presencia de Odiseo en el campo troyano.

Éxodo (729-996). Relato de la carnicería por boca del auriga de Reso: una de las partes más bellas de la tragedia. El auriga echa la culpa a los troyanos del asesinato de su jefe. Héctor ordena que le conduzcan a su casa y que le curen las heridas. Aparece Terpsícore, la Musa madre de Reso, y, entre lamentos, profetiza la divinización de su hijo. Una nueva batalla se avecina, y Héctor piensa, a pesar de todo, en la victoria.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Cito tan sólo las ediciones que he tenido a la vista, sean del texto original griego, bilingües o simples traducciones.

G. MURRAY, *Euripidis fabulae*, III, Oxford, 1913².
L. DE LISLE, *Eurípides*: *Obras completas* (versión española de G. Gómez de la Mata), III, Valencia, *s. d.*
D. EBENER, *Rhesos. Tragödie eines unbekannten Dichters*, griechisch und deutsch, Berlín, 1966.

NOTA SOBRE LAS FUENTES

Figuran a continuación los pasajes en que no he creído oportuno seguir la edición de G. Murray.

	Edición Murray	*Lectura adoptada en esta versión*
347	Φιλίου *LP*	Φρυγίαν *VO*
668	ὑμᾶς δ' ἀυτῶ	ὑμᾶς ἀϋτῶ Wecklein
884	ἄλλος, τί Tyrwhitt	ἄλλό τι *LP*

ARGUMENTO

Mientras Héctor pasaba la noche delante del campamento heleno, le llegó la noticia de que los griegos encendían hogueras, y se alarmó pensando que huían. Decidido a poner en pie de guerra al ejército, cambió de opinión merced a un consejo de Eneas, según el cual debían permanecer en calma y enviar un espía que pudiera informarles después de la verdad. Dolón se ofreció para llevar a cabo ese cometido. En el ínterin llega Reso, a quien Héctor asigna un puesto en el orden de batalla. Pero Odiseo y Diomedes dan muerte a Dolón y, llegados a la tienda de Héctor, vuelven sobre sus pasos al no encontrar al general. Atenea fue quien los detuvo, apareciéndoseles, y les prohibió buscar a Héctor y les mandó matar, a cambio, a Reso, más peligroso, si vivía, que aquél para los griegos. Sobreviene entonces Alejandro [1], y quiere prevenirles de la presencia de enemigos, pero, engañado por Atenea, que se le muestra bajo la apariencia de Afrodita, se vuelve sin haber logrado su propósito. Diomedes y Odiseo dan muerte a Reso y huyen. La noticia del doble crimen se extiende por todo el ejército. Al aparecer Héctor, que quiere obtener personalmente información de lo ocurrido, el malherido conductor del carro de Reso le echa la culpa de la muerte de su amo. Mientras Héctor se defiende de esta acusación, aparece la Musa, madre de

[1] Paris.

Reso, quien se lleva el cadáver de su hijo para celebrar sus exequias. Compadece a Estrimón, que compartió su lecho, por la desgracia de su hijo, y se lamenta de que Reso fuese engendrado por él. Dice, además, que los helenos llorarán en breve a Aquiles, y se consuela de su propio dolor pensando que una misma muerte aguarda a ambos héroes.

Algunos pensaron que este drama es espúreo, que no lo escribió Eurípides, pues el estilo corresponde más bien a Sófocles. Sin embargo, en los catálogos dramáticos está inscrito como auténtico, y el afán de observación demostrado en lo que atañe a los fenómenos celestes se reconoce como euripideo. Dos prólogos se nos han transmitido. Dicearco, exponiendo el argumento de *Reso,* escribe textualmente así: *Ahora el claro resplandor lunar la que llevada sobre un carro...,* y lo demás. En algunas de las copias se ha transmitido otro prólogo, muy prosaico e impropio de Eurípides. Probablemente lo hayan arreglado a su gusto algunos actores. Dice así: *Oh tú, valiente hija de Zeus omnipotente, Palas, aquí nos tienes. No debíamos vacilar a la hora de acudir en ayuda de los ejércitos aqueos, pues ahora no les sonríe el triunfo en medio del ardor del combate, y la lanza de Héctor los ahuyenta con ímpetu incontenible. Ninguna desgracia es para mí tan dolorosa —desde que Alejandro resolvió en juicio que la diosa Cipris aventajaba en belleza a mi hermosura y también a la tuya, Atenea, mi diosa favorita— como no ver destruida por completo la ciudad de Príamo, aniquilada por la fuerza y desde la raíz.*

ARGUMENTO DE ARISTÓFANES

Reso era hijo del río Estrimón y de Terpsícore, una de las Musas, y, siendo el caudillo de los tracios, se

presentó de noche en Ilión, mientras los troyanos acampaban ante las naves de los helenos. Odiseo y Diomedes, que actuaban como espías, le dan muerte, sugiriéndoselo Atenea, pues representaba un gran peligro para los griegos. Aparece Terpsícore y entierra el cuerpo de su hijo. En la pieza se explica también todo lo relativo al asesinato de Dolón.

La acción del drama discurre en Troya. El coro se compone de centinelas troyanos, que también recitan el prólogo. El tiempo dramático corresponde a una noche en vela.

PERSONAJES

CORO de Centinelas.
HÉCTOR.
ENEAS.
DOLÓN.
Un PASTOR MENSAJERO.
RESO.
ODISEO.
DIOMEDES.
ATENEA.
PARIS.
El AURIGA de Reso.
La MUSA.

CORO. — *¡Acudid al lecho de Héctor! ¿Quién de los escuderos del rey está despierto? ¿Quién de los que llevan sus armas?*

—Traemos un mensaje de los hombres que tienen a su cargo la cuarta vigilia de la noche ante todo el ejército.

—Levanta la cabeza que apoyas en el codo. Abre la sede gorgónica de tus párpados. Abandona tu lecho de hojas extendidas en tierra, Héctor. Es hora de escuchar.

HÉCTOR. — *¿Quién está ahí? ¿Es una voz amiga? ¿Quién? ¡El santo y seña! ¡Habla! ¿Quiénes se acercan en la oscuridad a mi lecho? ¡Que lo digan!*

CORO. — *Los centinelas del ejército.*

HÉCTOR. — *¿A qué se debe este alboroto?*

CORO. — *Ten calma.*

HÉCTOR. — *Ya la tengo. ¿Es una emboscada nocturna?*

[CORO. — *No.*

HÉCTOR. —] *Entonces, ¿por qué abandonas tú el puesto de guardia y perturbas al ejército, si no se trata de ninguna alarma nocturna? ¿Ignoras que velamos completamente armados en nuestros lechos, muy cerca de la escuadra argiva?*

CORO.

Estrofa.

—Héctor, arma tu mano, corre a los lechos de tus aliados, exhórtalos a empuñar la lanza, despiértalos.

—Envíales amigos, para que acudan a reunirse contigo. ¡Ajustad los frenos a los caballos!

—¿Quién irá a avisar al hijo de Pántoo? ¿Quién al hijo de Europa, caudillo de los licios?

—¿Dónde están los encargados de los sacrificios?

—¿Dónde los jefes de las tropas ligeras y los arqueros frigios?

—¡Aproximad con fibras los extremos de vuestros arcos de cuerno!

HÉCTOR. — *En parte me anuncias cosas terribles de oír, en parte me tranquilizas, pero nada está claro. ¿Es que te ha puesto en fuga el látigo terrible de Pan, hijo de Crono [pues que así abandonas tu puesto de guardia y perturbas al ejército]? ¿Qué dices? ¿Qué novedad tienes que anunciarme? Mucho has hablado, pero no has dicho nada claramente.*

CORO.

Antístrofa.

El ejército argivo ha encendido hogueras a lo largo de toda la noche, Héctor, y el fondeadero de las naves se ha iluminado con antorchas. Todos avanzan con estrépito hacia la tienda de Agamenón, esperando una nueva orden. Jamás antes la armada enemiga había estado tan alborotada. Por ello, y desconfiando de sus propósitos, he venido ante ti como mensajero, para que no puedas hacerme ningún reproche.

HÉCTOR. — En momento oportuno has llegado, a pesar del temor que me ha producido tu mensaje. Esos hombres, ocultos a mis ojos, con ayuda del remo nocturno se disponen a huir de esta tierra. Me alegran esos fuegos en mitad de la noche.

¡Oh dios, que, en el instante en que la suerte me sonreía, me has convertido en un león privado de su presa, impidiendo que todo el ejército argivo fuera destruido de un solo golpe por esta lanza! Pues, si no me

---

1 Paris.

hubiesen faltado los brillantes rayos del sol, no hubiera detenido yo mi lanza victoriosa antes de haber quemado las naves y corrido a través de las tiendas matando aqueos con mortífera mano. Estaba decidido a combatir, incluso de noche, y a servirme del ánimo propicio de un dios, cuando los sabios adivinos que conocen lo inescrutable me persuadieron a esperar la luz del día y, después, no dejar en tierra firme a ninguno de los aqueos. Ellos no esperan, sin embargo, a que se cumplan las previsiones de mis sacerdotes: todo el que quiere huir puede hacerlo al amparo de las tinieblas. Es preciso que de inmediato pongan fin a su sueño nuestros hombres, y que empuñe cada uno sus armas, a fin de que, al saltar a bordo de las naves, más de uno de los enemigos sea herido en la espalda y bañe con su sangre las escalas, y otros, cautivos y encadenados, aprendan a labrar los campos de los frigios.

CORIFEO. — Héctor, te precipitas antes de saber de qué se trata. No sabemos con certeza si esos hombres huyen o no.

HÉCTOR. — ¿Por qué enciende hogueras entonces el ejército argivo?

CORIFEO. — No lo sé, pero me parece algo muy sospechoso.

HÉCTOR. — Todo te atemoriza, si esto te asusta.

CORIFEO. — Nunca hasta ahora el enemigo ha encendido tantas luces.

HÉCTOR. — Nunca tampoco sufrió un revés tan vergonzoso en el combate.

CORIFEO. — Obra tuya fue. Piensa ahora en lo que queda por hacer.

HÉCTOR. — Contra el enemigo no hay más que una palabra: empuñar las armas.

CORIFEO. — He aquí que Eneas se acerca presuroso con alguna noticia que comunicar a sus amigos.

ENEAS. — Héctor, ¿por qué los guardias nocturnos han llegado a través del campamento hasta tu lecho, y con miedo hablan alto en medio de la noche, y el ejército está agitado?

HÉCTOR. — Eneas, cúbrete el cuerpo con tus armas.

ENEAS. — ¿Qué ocurre? ¿Acaso ha habido un aviso de que los enemigos preparan una emboscada al amparo de la noche?

HÉCTOR. — Se disponen a huir y suben a las naves.

ENEAS. — ¿Qué prueba cierta tienes de ello?

HÉCTOR. — Han hecho arder antorchas de fuego durante toda la noche. Se me antoja que no esperarán a mañana, sino que, iluminando con teas sus bien construidas naves, pretenden huir lejos de esta tierra, poniendo rumbo a sus hogares.

ENEAS. — ¿Qué te propones al armar tus manos?

HÉCTOR. — Mientras huyen y saltan a las naves los detendré con mi lanza, y caeré sobre ellos con violencia. Pues vergonzoso es para nosotros, e incluso peligroso, que, poniendo un dios a nuestra merced a los enemigos, los dejemos huir sin combate, a ellos que tanto mal nos han causado.

ENEAS. — ¡Pluguiera a los dioses que fueses un varón tan prudente como diestro en la acción! Pero un solo mortal no puede ser experto en todo: a ti te corresponde el privilegio de saber combatir, a otros el de deliberar con sensatez. Se enardeció tu ánimo al oír que los aqueos encendían hogueras, y te propones conducir al ejército y franquear los fosos en la oscuridad de la noche. Y si, al atravesar el abismo profundo de esos fosos, no encuentras enemigos huyendo, sino aguardando tu embestida, serás vencido y no regresarás. Pues, ¿cómo franqueará las empalizadas el ejército en retirada? ¿Cómo repasarán los puentes los aurigas sin romper los ejes de los carros? Hasta quedando vencedor, tendrás como último adversario al hijo de Pe-

leo, que no te permitirá prender fuego a las naves ni, como crees, exterminar a los aqueos, pues es un hombre fiero y confía en la fuerza de su brazo. Por todo ello, dejemos reposar tranquilo de sus fatigas bélicas al ejército junto a sus escudos, y enviemos a cambio un voluntario como espía al campamento enemigo. Si intentan huir, nos arrojaremos sobre el ejército de los argivos; si con esos puntos de luz lo que buscan es engañarnos, conoceremos sus intenciones a través del espía y decidiremos entonces. Ésta es, rey, mi opinión.

CORO.
Estrofa.
De esa manera pienso yo. Haz tú lo mismo y muda de parecer. No apruebo el mando de los jefes que se apoya en bases poco seguras. Nada hay mejor que enviar un espía veloz a las naves, para que averigüe por qué en el fondeadero enemigo, frente a nosotros, arden esos fuegos.

HÉCTOR. — Vosotros ganáis, ya que eso complace a todos. Ve, pues, a poner orden en las filas de los aliados; quizá el ejército perdería la calma si se enterase de estas asambleas nocturnas. Yo enviaré un espía al enemigo. Si descubrimos que maquinan algo, tú estarás al corriente de todo y participarás en las conversaciones. Si lo que intentan es la fuga, disponte a oír la voz de la trompeta, porque no me detendré, sino que marcharé esta misma noche hacia la estación de la flota y atacaré al ejército de los argivos.

ENEAS. — Envíale cuanto antes. Ahora piensas con sensatez. Me verás a tu lado dispuesto a todo, cuando sea preciso.

HÉCTOR. — ¿Cuál de los troyanos que han escuchado estas palabras quiere ir como espía a las naves de los argivos? ¿Quién quiere convertirse en benefactor de

esta tierra? ¿Quién se ofrece? Yo solo no puedo servir en todo a la ciudad patria y a los aliados.

DOLÓN. — Yo estoy dispuesto a despreciar el peligro por mi patria y a ir como espía a las naves de los argivos. Regresaré cuando conozca todos los proyectos de los aqueos. Me someto a ese riesgo en estas condiciones.

HÉCTOR. — Con justeza te llamas Dolón y eres un patriota. Ya era de antiguo ilustre la casa de tu padre, y ahora tú la haces dos veces más gloriosa.

DOLÓN. — Ya que considero necesario arriesgarme, creo que la recompensa debe valer la pena. Si al trabajo le añades un salario, se dobla el gusto que pongas en la tarea.

HÉCTOR. — Es lo justo. Lo mismo opino yo. Fija tú la recompensa, excepción hecha de mi realeza.

DOLÓN. — No deseo tu realeza protectora de la ciudad.

HÉCTOR. — Puedes emparentar con Príamo, casándote con una de sus hijas.

DOLÓN. — No quiero un matrimonio por encima de mi rango.

HÉCTOR. — Aquí hay oro, si lo eliges como premio.

DOLÓN. — Lo hay también en mi casa. No me falta nada para vivir.

HÉCTOR. — Pues, ¿qué deseas de cuanto esconde Ilión?

DOLÓN. — Concédeme un galardón, cuando venzas a los aqueos.

HÉCTOR. — Concedido. Pídelo, con tal que no sean los jefes de las naves.

DOLÓN. — Mátalos. No voy a pedir que detengas tu mano sobre Menelao.

HÉCTOR. — ¿No quieres tampoco obtener de mí al hijo de Ileo[2]?

---

[2] Ayante, hijo de Oileo o Ileo.

DOLÓN. — Para labrar el campo no son buenas manos tan delicadas como las suyas.

HÉCTOR. — Entonces, ¿de qué aqueo vivo quieres recibir el rescate?

DOLÓN. — Ya te lo dije antes: hay oro en mi morada.

HÉCTOR. — Tú mismo escogerás personalmente entre los despojos.

DOLÓN. — Cuélgalos en tu casa en honor de los dioses.

HÉCTOR. — ¿Qué mayor recompensa esperas de mí?

DOLÓN. — ¡Los caballos de Aquiles! Merece un premio digno de su hazaña quien se juega la vida a los dados de un dios.

HÉCTOR. — También a ti te ciega, como a mí, el deseo de esos caballos, pues, inmortales ellos y nacidos de inmortales, conducen al fogoso vástago de Peleo. Cuando eran potros, los domó el rey marino Posidón y, según dicen, se los dio a Peleo. No te he incitado con engaños a que pidieras. Te daré la riqueza más preciosa para tu casa: el carro completo de Aquiles.

DOLÓN. — Lo celebro. Y yo, al recibirlo, afirmo que obtendré, entre todos los frigios, la más preciosa recompensa a mi valor. No debes envidiarme. Otros innumerables dones te alegrarán a ti, el mejor de esta tierra.

CORO.
Antístrofa.

Grande es el peligro y grande lo que piensas obtener a cambio. Dichoso serás si lo consigues. La tuya es una empresa gloriosa. Gran cosa es también convertirse en yerno de príncipes. Cuídese la Justicia de lo que los dioses dispongan, que, en lo que concierne a los hombres, has conseguido tu propósito.

DOLÓN. — Iré. Pero antes, en mi casa, cubriré mi cuerpo con vestiduras adecuadas, y desde allí me dirigiré a las naves de los argivos.

CORIFEO. — ¿Qué otro vestido te pondrás en lugar de ése?

DOLÓN. — Uno que convenga a mi aventura y a mis pasos furtivos.

CORIFEO. — De un sabio es obligado aprender algo sabio. Y dime, ¿cuál será tu indumentaria?

DOLÓN. — Me ceñiré a la espalda una piel de lobo y me pondré en la cabeza las fauces de una fiera. Adaptando sus miembros delanteros a mis manos y los traseros a mis pies, imitaré la marcha a cuatro patas del lobo e, inaccesible al enemigo, me acercaré a los fosos y a las defensas de las naves. En cuanto llegue a un lugar desierto, me pondré de pie. Ése será mi ardid.

CORIFEO. — Que Hermes, hijo de Maya, soberano de los que engañan, te lleve allí y te traiga de regreso con felicidad. Conoces tu misión. Ya sólo necesitas buena suerte.

DOLÓN. — Volveré sano y salvo. Después de dar muerte a Odiseo, te traeré su cabeza, para que tengas una prueba cierta de que Dolón llegó a las naves de los argivos, o la del hijo de Tideo[3]. Y, con las manos ensangrentadas, regresaré a mi casa antes de que la luz llegue a la tierra.

CORO.

Estrofa 1.ª

Timbreo, delio Apolo, tú que frecuentas los templos de Licia[4], *ven, cabeza divina, armado de tu arco, acude*

---

[3] Diomedes.

[4] Timbra, en la Tróade, poseía un famoso templo de Apolo. En la isla de Delos, una de las Cícladas, sitúa la leyenda el nacimiento de Apolo y de Ártemis. La región de Licia, en el Asia

en medio de la noche y conviértete en guía salvador del héroe en su empresa, ven en ayuda de los Dardánidas[5], *oh todopoderoso, oh tú que edificaste las antiquísimas murallas de Troya.*

Antístrofa 1.ª

Que consiga llegar al fondeadero de la flota y que, al acecho, pueda espiar al ejército de la Hélade, y que consiga regresar a Ilión y a los altares de su casa paterna. Y, cuando nuestro rey haya destruido al Ares aqueo[6], *que le sea otorgado subir al carro con el tiro de yeguas de Ptía*[7] *que el dios marino dio al Eácida Peleo.*

Estrofa 2.ª

Por el hogar y por la tierra patria ha osado él solo ir a la estación de las naves como espía, y su audacia despierta admiración. Escasean, por cierto, los valientes cuando la oscuridad se cierne sobre el mar y la ciudad se tambalea. Hay todavía héroes, los hay, entre los frigios; todavía existe el valor en el combate. ¿Dónde hay un misio[8] *que desprecie su alianza con nosotros?*

Antístrofa 2.ª

¿A qué varón aqueo dará muerte en las tiendas éste que se desliza por la llanura, éste que imita la marcha a cuatro patas de una bestia terrestre? Ojalá mate a Menelao y ponga la cabeza de Agamenón en manos de

---

Menor, era conocida por el número de centros de culto en honor de Apolo.

[5] Son los troyanos, descendientes de Dárdano, fundador de Troya.

[6] Aquiles.

[7] Ciudad y región al sur de Tesalia, habitada por los mirmidones y regida por Peleo, padre de Aquiles.

[8] Habitante de la región de Misia, al sur de la Pequeña Frigia.

Helena, señal de llanto por el miserable cuñado que contra la ciudad, que contra la tierra de Troya condujo una armada de mil navíos.

Pastor Mensajero. — Oh rey, sea yo siempre para mis amos mensajero de noticias como las que traigo.

Héctor. — Ciertamente la grosería habita en el espíritu de estos rústicos. Sin duda vienes a informar de tu rebaño a tus amos, cuando están armados y la ocasión no es oportuna. ¿No conoces mi casa ni el trono de mi padre? Allí es donde debes anunciar que tus rebaños se encuentran bien.

Pastor Mensajero. — Los pastores somos groseros, lo reconozco. Sin embargo, te traigo una buena noticia.

Héctor. — No vayas a decirme nada de lo que ocurre en los apriscos. Guerra y armas tenemos en las manos.

Pastor Mensajero. — He venido precisamente para informarte a ese respecto. Un hombre, al mando de innumerables fuerzas, viene a ti como amigo y aliado de esta tierra.

Héctor. — ¿Qué suelo patrio ha abandonado?

Pastor Mensajero. — Tracia. Le llaman hijo de Estrimón.

Héctor. — ¿Dices que Reso ha puesto el pie en Troya?

Pastor Mensajero. — Tú lo has dicho. Me has evitado el doble de palabras.

Héctor. — Y, ¿cómo es que ha venido por la región montañosa del Ida, desviándose de los caminos que surcan la llanura?

Pastor Mensajero. — No lo sé con exactitud, pero se puede suponer. No es fácil conducir un ejército de noche, cuando se sabe que la llanura está ocupada por el enemigo. Entre los campesinos que habitamos el monte Ida, primitivo solar de nuestro pueblo, ha sembrado el espanto, al avanzar de noche por los bosques

llenos de fieras. Con numeroso estrépito marchaba el ejército tracio. Nosotros, aterrados, condujimos nuestros rebaños a las cumbres, temiendo que los argivos viniesen a saquear y devastar tus establos. Pero, al darnos cuenta de que la lengua que hablaban no era la griega, desechamos nuestro temor. Entonces yo, que iba delante de los soldados que formaban la vanguardia del rey, pregunté en lengua tracia quién era el jefe, y de qué padre había nacido el que venía como aliado de la ciudad de los Priámidas.

Después de oír cuanto quería saber, me detuve en aquel lugar. Entonces vi a Reso: parecía un dios, puesto en pie sobre su carro tracio. Un yugo de oro ponía cerco al cuello de sus caballos, más brillantes que la nieve; en sus hombros resplandecía el escudo labrado en oro; y una Gorgona en bronce, como en la égida de la diosa [9], aplicada a la frente de los caballos, sembraba el pánico con el ruido ensordecedor de innumerables campanillas. No podrías llegar a calcular el número de los que componían este ejército: tan inabarcable era por la vista. Multitud de jinetes, gran cantidad de tropas de a pie con el escudo, numerosísimos arqueros, una gran muchedumbre de infantería ligera, y todos con equipo tracio.

Éste es el hombre que viene como aliado de Troya. Ni con la fuga, ni presentándole batalla, podrá escaparse de él el hijo de Peleo.

CORIFEO. — Cuando los dioses son favorables a los ciudadanos, el azar se inclina hacia lo bueno.

HÉCTOR. — Ya que a mi lanza le sonríe el destino y Zeus está de nuestra parte, encontraré muchos ami-

[9] Atenea. Había tres Gorgonas, llamadas Esteno, Euríale y Medusa. Generalmente se da el nombre de Gorgona a Medusa, cuya mirada era tan penetrante que convertía en piedra al que la sufría.

gos. Pero para nada necesitamos a los que en otro tiempo no compartieron nuestras fatigas, cuando el destructor Ares destrozaba, con soplo huracanado, las velas de esta tierra. Reso nos muestra de qué clase es su amor hacia Troya: viene al festín sin haber estado presente cuando los cazadores obtuvieron las presas, y sin haber tomado parte en la lucha.

CORIFEO. — Con justicia desprecias y censuras a esa clase de amigos. Admite, sin embargo, a los que quieren prestar su ayuda a la ciudad.

HÉCTOR. — Hace ya mucho tiempo que nos bastamos solos para salvar a Ilión.

CORIFEO. — ¿Crees que has vencido ya a los enemigos?

HÉCTOR. — Lo creo. La luz del dios lo probará mañana.

CORIFEO. — Piensa en lo por venir. Un dios puede cambiar muchas cosas.

HÉCTOR. — Me repugnan los amigos que prestan tarde su ayuda.

Ya que ha venido, que se le considere no como un aliado, sino como un huésped a quien se debe mesa hospitalaria, pues se ha hecho acreedor a perder la gratitud de los Priámidas.

CORIFEO. — Puede ser peligroso, oh rey, rechazar a los aliados.

PASTOR MENSAJERO. — Su sola presencia llenará de terror al enemigo.

HÉCTOR. — Sensato es tu consejo y oportuno tu punto de vista. Recíbase, por tanto, como aliado de esta tierra a Reso, al héroe que, según ha dicho el mensajero, con armadura de oro cubre su cuerpo.

CORO.

Estrofa 1.ª

Que Adrastea[10]*, la hija de Zeus, aparte la envidia de mi boca, pues diré lo que es grato a mi alma decir. Llegas, oh hijo de un río, y, al acercarte a esta morada frigia, eres bienvenido, pues que aquí te conducen, al fin, tu madre la Piéride*[11] *y el río de hermosos puentes,*

Antístrofa 1.ª

tu padre Estrimón, que, en otro tiempo, en remolinos líquidos penetrara en el seno intacto de la Musa cantora, engendrando así tu juventud. Llegas a mí como un nuevo Zeus, padre de la luz, en tu carro tirado por veloces caballos. Ahora, oh patria, oh Frigia, gracias a un dios puedes alabar a Zeus liberador.

Estrofa 2.ª

¿No volverá la antigua Troya a celebrar durante todo el día asambleas festivas con banquetes y continuos brindis, fiestas de amor con arpas y liras, y con rivalidades corteses por las copas que albergan el vino, cuando al fin los Atridas se hagan a la mar rumbo a Esparta y abandonen las costas de Ilión? ¡Oh querido, ojalá puedas lograr esto con ayuda de tu brazo y con tu lanza, antes de regresar a tu morada!

Antístrofa 2.ª

Hazte visible, llega, y con tu escudo rico en oro colocado en lo alto, oblicuamente, sobre la hendidura del carro, muéstrate a los ojos del Pelida, animando a tus potros y blandiendo tu jabalina de doble punta. Nadie

---

10 Nombre con que se conoce a Némesis en Asia Menor. Literalmente, «la inevitable».

11 Terpsícore, la Musa madre de Reso. Las Musas habitaban en Pieria, región costera al sur de Macedonia.

en lo sucesivo te hará frente, ni celebrará la victoria danzando en el templo de Hera la argiva; antes bien, esta tierra recibirá la carga queridísima del enemigo, aniquilado por un destino tracio.

Epodo.

¡Oh, oh gran rey! ¡Oh Tracia, que criaste un arrogante cachorro con la mirada de un caudillo! Contempla la armadura de oro que protege su cuerpo. Escucha el ruido de las campanillas que resuenan junto a la empuñadura del escudo. Un dios, oh Troya, un dios, Ares mismo, el retoño de Estrimón y la Musa cantora, ha llegado a infundirte ánimo.

RESO. — Yo te saludo, Héctor, rey de esta tierra, ilustre hijo de un padre ilustre. Mucho he tardado en poder dirigirte la palabra. Me alegro de que te sonría la suerte y de que asedies los baluartes del enemigo. Vengo a destruir sus defensas y a incendiar las naves contigo.

HÉCTOR. — Hijo de una Musa cantora y de Estrimón, el río tracio, me gusta decir la verdad y no acostumbro a fingir nunca.

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que debiste venir a socorrer esta tierra y a no permitir que Troya cayera bajo la lanza hostil de los argivos. No dirás que no has venido en nuestra ayuda ni te has preocupado de nosotros porque tus amigos no te han llamado. ¿Qué heraldo, qué embajada de los frigios no ha ido a suplicarte que combatieras por nuestra ciudad? ¿Qué rico presente hemos dejado de enviarte? Pero tú, aun siendo bárbaro y pariente nuestro, nos has dejado a nosotros, bárbaros, a merced de los griegos, al menos en lo que de ti dependiera. Sin embargo, con esta mano te hice yo, cuando tenías un poder insignificante, poderoso rey de los tracios, cuando, en torno al Pangeo y a la

tierra de los peonios[12], me abalancé enfrentándome a los tracios más bravos y, rompiéndoles los escudos, te entregué un pueblo sometido. Y tú, pisoteando el mucho agradecimiento que me debes, llegas el último en ayuda de tus amigos en peligro. Incluso los que no son de nuestra raza hace ya tiempo que están en sus puestos: unos reposan muertos en sus túmulos, como prueba de su lealtad sin condiciones a la ciudad; otros, en armas y junto a los carros, soportan a pie firme los soplos helados o el fuego seco del dios[13], y no hacen los honores a los frecuentes y largos sorbos, tendidos en los lechos de los festines, como tú.

Y para que conozcas la franqueza de Héctor, te hago estos reproches cara a cara.

RESO. — También yo soy así. Siempre hablo en línea recta y no acostumbro a fingir nunca. Lejos de esta tierra, me consumía el corazón un dolor y una indignación mayores que a ti. Pero un país vecino al mío, la nación escita, me declaró la guerra cuando estaba a punto de emprender viaje a Ilión. Había llegado a las orillas del Ponto Euxino[14], y debía atravesarlo con el ejército tracio. Allí la sangre escita, vertida por la lanza, bañó la tierra, y se mezcló con ella la sangre tracia. Tal fue el azar que me impidió alcanzar la llanura troyana y venir ante ti como aliado. Pero los he vencido y, después de recibir a sus hijos como rehenes y de someterlos a un tributo anual, he venido, atravesando con mis naves los estrechos marinos. Y el resto del camino lo he realizado a pie, y no he bebido vino a largos sorbos, como tú me censuras, ni he dormido en palacios de oro, no. Y he conocido en mi propia

---

12 El Pangeo es una montaña situada al este de la desembocadura del Estrimón, al sur de Tracia. La Peonia, un país al norte de Macedonia.

13 El fuego del dios solar Helios.

14 «Mar hospitalario». Actualmente, el Mar Negro.

carne, sin dormir y con esta armadura siempre abrochada, los vientos helados que azotan el mar tracio y la tierra de los peonios.

Vengo tarde, pero aún en momento oportuno: precisamente en el décimo año de combatir tú y no lograr nada, consumiendo tu tiempo en jugar, día tras día, una interminable partida bélica de dados con los argivos. A mí me bastará una sola jornada de luz solar para destruir los baluartes, irrumpir en el fondeadero de la flota y exterminar a los aqueos. Al día siguiente, regresaré a mi casa desde Ilión, habiendo puesto punto final a tus fatigas. ¡Qué ninguno de vosotros empuñe ya el escudo! Yo solo, aunque he tardado en llegar, me propongo aniquilar a los aqueos, que tanto se ufanan de su lanza.

Coro.

Estrofa.

¡Ah! ¡Ah! Dices cosas muy agradables. En verdad eres un amigo enviado por Zeus. Pero, ¡ojalá ese mismo Zeus supremo quiera alejar de tus palabras lo que hay en ellas de invencible envidia! Ni antes ni ahora ha traído una nave desde Argos un héroe mejor que tú. ¿Cómo podría resistir el ímpetu de tu lanza Aquiles? ¿Cómo Ayante? ¡Ojalá pueda ver yo el día, oh rey, en que les tomes en combate cumplida satisfacción por sus sangrientos crímenes!

Reso. — Tales empresas quiero coronar para ti, a cambio de mi larga ausencia. Y —¡Adrastea me valga!—, después de haber librado de enemigos esta ciudad y de que hayas consagrado a los dioses las primicias del botín, quiero también marchar contigo contra la tierra de los argivos y, una vez allí, devastar con la lanza toda la Hélade, a fin de que conozcan a su vez lo que es el infortunio.

HÉCTOR. — Si, liberado de los males presentes, pudiera yo habitar la ciudad como antes, en completa seguridad, de cierto daría muchas gracias a los dioses. En cuanto a Argos y a la Hélade, no es tan sencillo como dices devastarlas con la lanza.

RESO. — ¿No dicen que han venido aquí los mejores de los helenos?

HÉCTOR. — Y no se lo reprochamos, sino que hacemos cuanto podemos por rechazarlos.

RESO. — Y, si matamos a éstos, ¿no lo habremos hecho todo?

HÉCTOR. — No pienses en cosas lejanas, olvidándote de las próximas.

RESO. — Al parecer, prefieres padecer a obrar.

HÉCTOR. — Incluso aquí poseo toda mi realeza. Ahora debes clavar tu escudo y formar tu ejército en el flanco izquierdo, en el derecho o en medio de los aliados.

RESO. — Héctor, quiero combatir solo al enemigo. Pero, si consideras vergonzoso no ir a incendiar las popas de las naves, después de haber luchado durante tanto tiempo por conseguirlo, sitúame enfrente de la hueste de Aquiles.

HÉCTOR. — No puedes oponer tu impetuoso ejército al suyo.

RESO. — Se decía que había navegado en la expedición griega contra Ilión...

HÉCTOR. — Navegó, sí, y aquí está. Pero, enojado con los jefes del ejército, no toma parte en los combates.

RESO. — Después de él, ¿quién es el de más fama en el ejército?

HÉCTOR. — Se me antoja que Ayante no le va a la zaga, ni el hijo de Tideo. También está Odiseo, el más astuto de los charlatanes, valeroso y audaz, el enemigo que más ultrajes ha infligido a esta tierra. Él fue quien,

entrando por la noche en el santuario de Atenea, robó la imagen de la diosa y se la llevó a las naves de los argivos. Otra vez, bajo la apariencia de un mendigo cubierto de harapos, franqueó las defensas, y, enviado como espía a Ilión, se desataba en improperios contra los argivos. Pues bien, dio muerte a los guardianes de las puertas y se marchó. Siempre se le ve al acecho, sentado en el altar timbreo, cerca de la ciudad. Nos las tenemos que ver con un malvado digno de ser temido.

Reso. — Ningún hombre valiente quiere matar a su enemigo a escondidas, sino frente a frente. A ése que dices tú que, apostado en su madriguera furtiva, urde asechanzas, le cogeré vivo y le pondré en las puertas, ensartado a lo largo de la espina dorsal, para que sirva de pasto a los alados buitres. Ya que es un ladrón y saquea los templos de los dioses, es menester que muera de ese modo.

Héctor. — Ahora acampad, que es de noche. Te mostraré el lugar donde conviene que tu ejército vigile, separado de nuestras filas. La contraseña es *Febo,* por si te es necesaria. Recuérdala y transmítesela al ejército tracio.

Vosotros, marchad a vigilar con celo nuestras filas, a fin de recibir a Dolón, que espía las naves. Porque, si consigue salvarse, regresará al campamento troyano.

Coro.

Estrofa.

¿A quien le corresponde la guardia? ¿Quién me releva? Ya se ocultan las primeras constelaciones, las siete Pléyades[15] *brillan en el éter y puede verse al*

[15] Grupo de estrellas en la constelación de Tauro, visibles de mayo a noviembre. Aparecen en primavera poco antes del alba. En la saga son hijas de Atlante y de Pléyone. Se hallaban un día en Beocia, cuando se encontraron con el terrible cazador Orión, que se enamoró de ellas y durante cinco años las per-

águila surcar volando el firmamento. ¡Levantaos! ¿A qué esperáis? ¡Salid de vuestros lechos a hacer la guardia! ¿No veis que palidece el brillo de la luna? La aurora se acerca, la aurora llega, y ya está aquí la estrella que la precede.

—¿A quién le ha sido encomendada la primera vigilia?

—Se dice que a Corebo, el hijo de Migdón.

—Y, ¿después de él?

—El ejército peonio despierta a los cilicios, y los misios a nosotros.

—¿No es hora ya de despertar a los licios para la quinta vigilia que la suerte les ha asignado?

CORO.

Antístrofa.

Lo estoy oyendo. Junto al Simunte se encuentra, y canta a su prole ensangrentada con su voz rica en modulaciones el asesino de sus crías, cantor de sus tristezas, el ruiseñor[16]*. Ya pacen en el Ida los rebaños.*

---

siguió, hasta que Zeus se apiadó y las convirtió en estrellas. Más tarde Orión fue también transformado en constelación, y las vigila eternamente allá arriba, en el cielo.

[16] El Simunte es un afluente del Escamandro, en la Tróade; nace en el macizo montañoso del Ida y desemboca en el Helesponto (actual estrecho de los Dardanelos). En cuanto al ruiseñor asesino de su prole, hay que decir que Procne y Filomela eran hijas de Pandión, rey de Atenas; Pandión casó a Procne con su aliado, el tracio Tereo; poco tiempo después nació un hijo de esa unión, Itis; Tereo se enamoró de su cuñada Filomela y la violó; para vengarse de su esposo, Procne inmoló a su propio hijo Itis, mandó cocerlo y sirvió su carne a Tereo, que ignoraba lo que comía; cuando lo supo, salió en persecución de las dos hermanas, que habían huido; los dioses se apiadaron y las transformaron en pájaros: a Procne en ruiseñor y a Filomela en golondrina (una variante de la leyenda asigna a Filomela el papel de esposa de Tereo, haciendo que ella sea la convertida en ruiseñor, lo que explica mejor la etimología de su nombre).

Ya puedo oír con claridad la voz de la siringa a través de la noche. El sueño trata de hechizar mis ojos; dulcísimo, se desliza bajo mis párpados a la llegada de la aurora[17].

—¿Por qué no regresa el espía que Héctor mandó a las naves?

—Recelo algo. Hace ya tiempo que partió.

—¿Habrá caído víctima de una emboscada?

—Quizá, y eso me llena de temor.

—Vamos a despertar a los licios para la quinta vigilia que la suerte les ha asignado.

ODISEO. — ¿Has oído, Diomedes, ruido de armas? ¿O es un vano rumor lo que ha llegado a mis oídos?

DIOMEDES. — No. Son las trabas de los carros, que suenan a hierro. También yo me asusté, antes de reconocer el golpeteo de las trabas de los caballos.

ODISEO. — Cuida de no tropezar con los centinelas en medio de esta oscuridad.

DIOMEDES. — Tendré cuidado, aunque camino entre tinieblas.

ODISEO. — Por si despiertas a alguien, ¿conoces la contraseña del ejército?

DIOMEDES. — La señal es *Febo*. Me lo dijo Dolón.

ODISEO. — ¡Ah! Veo lechos abandonados por el enemigo.

DIOMEDES. — Dijo Dolón que ésta era la tienda de Héctor, contra quien ya he alzado esta espada.

ODISEO. — ¿Qué pasará? ¿Preparará su tropa un golpe de mano?

DIOMEDES. — Quizá maquinen algo contra nosotros.

---

17 Bellísimo ejemplo de alborada, aunque no amorosa, en la que se describe en forma admirable el ambiente mágico de la aurora. D. EMPAYTAZ acaba de recopilar (Madrid, 1976) en un hermoso libro una *Antología de albas, alboradas y poemas afines en la Península Ibérica hasta 1625*, de lectura altamente recomendable.

Odiseo. — Audaz es ahora Héctor. Como vence, es audaz.

Diomedes. — ¿Qué haremos, Odiseo? Al no encontrar en su lecho a nuestro hombre, se ha frustrado nuestra esperanza.

Odiseo. — Volvamos cuanto antes al fondeadero de la flota. Le ha salvado la vida el dios que le dio la victoria. No debemos luchar contra el destino.

Diomedes. — Vayamos en busca de Eneas o de Paris, el más odioso de los frigios, a fin de degollarlos con la espada.

Odiseo. — ¿Cómo vas a buscarlos de noche, en medio del ejército enemigo, y a darles muerte sin peligro?

Diomedes. — Es que resulta vergonzoso regresar a las naves sin haber realizado ninguna hazaña ante el enemigo.

Odiseo. — ¿Que no has hecho nada? ¿No hemos cobrado estos despojos tras haber matado a Dolón, el espía de la flota? ¿O es que piensas destruir todo el ejército? Hazme caso, volvamos, y que la suerte nos acompañe.

Atenea. — ¿Adónde vais, dejando atrás las filas troyanas, y con el corazón mordido por la pena de que un dios no os permite dar muerte a Héctor o a Paris? Ignoráis que un nuevo aliado, Reso, ha entrado en Troya, y su ayuda no es de despreciar. Si sobrevive a esta noche, mañana ni Aquiles ni la lanza de Ayante podrían evitar que derribase vuestras defensas, abriese una amplia brecha a través de las puertas con su espada y destruyese por completo el fondeadero de la flota argiva. Lo mejor que podéis hacer es matarle. Dejad el lecho de Héctor y olvidaos de su degüello, pues otras manos le darán muerte.

Odiseo. — Señora Atenea, he reconocido el sonido familiar de tu voz, pues siempre vienes en mi ayuda

cuando estoy en peligro. Dinos dónde está acostado ese hombre y dónde está su campamento dentro del ejército bárbaro.

ATENEA. — Está cerca de aquí y al margen del ejército, pues Héctor le ha situado fuera de las filas hasta que la luz releve a la noche. No lejos de él están atados a su carro tracio sus blancos potros, resplandecientes en la oscuridad. ¡Brillan como el plumaje de un cisne en el río! Cuando matéis a su amo, lleváoslos, hermosísimo botín, a vuestras casas, pues no existe en la tierra un tiro de caballos como ése.

ODISEO. — Diomedes, mata tú al león tracio, o, si me dejas a mí hacerlo, ocúpate de los caballos.

DIOMEDES. — Yo le mataré y tú te encargarás de los caballos, pues eres más hábil que yo, y no te falta astucia ni destreza. Cada uno debe estar allí donde es más útil.

ATENEA. — Estoy viendo a Alejandro. Viene hacia aquí. Sin duda ha recibido de algún centinela noticias vagas sobre la entrada de enemigos en el campamento.

DIOMEDES. — ¿Viene solo o con otros?

ATENEA. — Solo. Se dirige, al parecer, a la tienda de Héctor, para anunciarle que hay aquí espías del ejército griego.

DIOMEDES. — ¿No sería mejor matarle a él antes que a nadie?

ATENEA. — No puedes medir fuerzas con el destino. No ha sido decretado que ese hombre muera a tus manos. Apresúrate a encontrar a aquel a quien debes degollar. En cuanto a Alejandro, me apareceré a él bajo la forma de su aliada Cipris, como si fuese a protegerle en el peligro, y con falsas palabras conversaré con nuestro enemigo. Y esto os he dicho. Pero el afectado nada sabe y, aunque está cerca, no ha oído nuestras palabras.

PARIS. — A ti te hablo, Héctor, jefe y hermano. ¿Duermes? ¿No deberías estar despierto? Han entrado ene-

migos en nuestro campamento, o ladrones o espías.

ATENEA. — Tranquilízate. La benóvola Cipris está aquí y te protege. Me preocupo por tu guerra y no he olvidado el honor que me hiciste, y te estimo por la distinción que me otorgaste en aquel juicio. Ahora he venido a favorecer al ejército troyano, y te traigo un gran héroe como amigo, el hijo tracio de la divina Musa tejedora de himnos y de Estrimón, el dios fluvial.

PARIS. — Siempre fuiste benévola con esta ciudad y conmigo. Al elegirte en aquel certamen, creo que obtuve para mi patria el mayor bien que pueda haber. He venido al oír el rumor que ha cundido entre los guardianes de que hay aquí espías aqueos. Lo afirma quien no los ha visto, y quien los ha visto no puede decir qué ruta llevaban. Por eso he llegado a la tienda de Héctor.

ATENEA. — No temas. Nada nuevo sucede en el ejército. Héctor ha ido a situar el ejército tracio.

PARIS. — Me convences. Tengo fe en tus palabras y, libre de temor, vuelvo a mi puesto.

ATENEA. — Vete. Ten presente que me preocupa todo lo tuyo y que me gusta ver victoriosos a mis aliados. Ya sabrás hasta dónde llega mi buena voluntad.

Y vosotros, Diomedes y tú, hijo de Laertes, que os conducís con excesiva audacia, yo os invito a que deis descanso a los afilados puñales. El jefe tracio yace muerto a vuestras manos y ya os habéis apoderado de sus caballos, y los enemigos, al saberlo, vienen pisándoos los talones. Debéis huir lo más deprisa que podáis al fondeadero de las naves. ¿A qué esperáis para salvar vuestra vida, cuando se os echa encima semejante huracán de enemigos?

CORO. — *¡Eh! ¡Hola!*
—¡Hiérele, hiérele, hiérele, hiérele!
—¡Golpea, golpea!

—¿Quién es ese hombre? ¡Mirad! ¡Digo ése!

—Son ladrones que perturban al ejército durante la noche.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Venid todos!

—¡Los tengo! ¡Ya son míos!

—¿Cuál es tu tropa? ¿De dónde vienes? ¿De qué país?

ODISEO. — No necesitas saberlo. Si intentas algo contra mí, morirás.

CORIFEO. — ¿No me dirás la contraseña, antes de que esta lanza te atraviese el pecho?

ODISEO. — ¡Detente! ¡Tranquilízate!

CORIFEO. — ¡Acercaos! ¡Herid todos!

ODISEO. — ¿Diste muerte tú a Reso?

CORIFEO. — Fuiste tú quien lo hizo.

ODISEO. — ¡Deteneos todos!

CORIFEO. — ¡Nunca!

ODISEO. — ¡Ah! ¡No matéis a un amigo!

CORIFEO. — ¿Cuál es la contraseña?

ODISEO. — *Febo.*

CORIFEO. — ¡Bajad las lanzas! ¿Sabes por dónde han ido esos hombres?

ODISEO. — Por allí. Los he visto.

CORIFEO. — ¡Seguid todos sus huellas! ¿Habrá que despertar a gritos al ejército? Sería peligroso asustar a los aliados en mitad de la noche.

CORO.

Estrofa.

¿Quién es el hombre que ha entrado aquí? ¿Quién es el temerario que se jactará de haber escapado a mis manos? ¿Dónde le encontraré? ¿Con quién podría comparar a aquel que, en medio de la oscuridad, con pie intrépido vino, atravesando filas enemigas y puestos de guardia? ¿Será un tesalio, o un habitante de la ciudad

costera de los locrios? ¿Se trata de uno de esos hombres que aquí y allá, en las islas, pasan su vida? ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su patria? ¿A qué divinidad suprema venera?

CORIFEO. — La empresa lleva el sello de Odiseo. ¿Cómo no, si se infiere de otras empresas anteriores?

CORO. — *¿Así lo crees?*

—¿Por qué no?

—¡Con audacia se emplea contra nosotros!

—¿De quién celebras el valor?

—De Odiseo.

—No celebres la artera lanza de un ladrón.

Antístrofa.

Ya estuvo antes dentro de la ciudad, con los ojos llenos de lágrimas, vestido de harapos y con una espada oculta bajo el peplo. Iba y venía mendigando su sustento como un esclavo vagabundo, con la cabeza sucia y desgreñada. Y hablaba mal, muy mal, de la casa real de los Atridas, como si realmente fuese enemigo de sus propios jefes. ¡Ojalá hubiese muerto, como tenía bien merecido, antes de haber puesto la huella de su pie en la tierra de los frigios!

CORIFEO. — Haya sido Odiseo o no, me invade el temor de que Héctor se irrite con nosotros, sus centinelas.

CORO. — *¿Qué puede reprocharnos?*

—Se quejará...

—¿De qué? ¿Qué es lo que temes?

—...de que se filtraran a través de nuestros puestos...

—¿Qué hombres?

—Los que han entrado esta noche en el campamento de los frigios.

Auriga de Reso. — ¡Ay, ay! ¡Insoportable azar de un dios! ¡Ay, ay!

Corifeo. — ¡Silencio! ¡Atentos todos! Tal vez haya caído en la red alguien.

Auriga de Reso. — ¡Ay, ay! ¡Desgracia intolerable para los tracios.

Corifeo. — Uno de nuestros aliados es el que gime.

Auriga de Reso. — *¡Ay, ay! ¡Desdichado de mí, y de ti también, rey de los tracios, que alcanzaste a ver la ciudad odiosísima de Troya, y encontraste en ella el final de tus días!*

Corifeo. — ¿Cuál de los aliados eres? La noche ha oscurecido mis ojos, y no te reconozco.

Auriga de Reso. — *¿Dónde encontraré a alguno de los príncipes troyanos? ¿Dónde se entrega al sueño Héctor bajo el escudo? ¿A qué jefe del ejército referiré yo los males que nos afligen, el daño que hemos recibido de alguien que, después, ha desaparecido sin dejar rastro, el dolor que, cuando se haga pública la desgracia, embargará a todos los tracios?*

Corifeo. — Parece que un gran mal aqueja al ejército tracio, por lo que puedo colegir de sus palabras.

Auriga de Reso. — *¡El ejército está perdido! ¡Un golpe traicionero ha abatido al rey! ¡Ay, ay, ay, ay! El dolor por su herida mortal me rompe las entrañas. ¡Ojalá hubiese muerto yo también! ¿Cómo no recibí la muerte sin gloria y junto a Reso, que acudió a socorrer a Troya?*

Corifeo. — Sus palabras anuncian a las claras una desgracia: dan cuenta de la muerte de nuestros aliados.

AURIGA DE RESO. — Funestos son los males presentes y, por si fuera poco, vergonzosísimos. Se trata de una calamidad doble. Morir gloriosamente, cuando hay que morir, lo considero triste para el que muere, ¿cómo no?, pero constituye un motivo de orgullo y de estima pública para aquellos de la familia que han quedado con vida. Nosotros, en cambio, hemos muerto insensatamente y sin gloria.

Después de que la mano de Héctor nos asignó un lugar para pasar la noche y se nos hubo confiado la contraseña, nos tendimos en tierra, rendidos de fatiga. El ejército no estaba vigilado por centinelas nocturnos, las armas no estaban situadas en las filas, las fustas no estaban atadas a los yugos de los caballos, y todo ello porque nuestro rey se había enterado de que vosotros llevabais una racha victoriosa y amenazabais las popas de las naves. Sin cuidados nos acostamos, y nos dormimos. En lo que a mí respecta, mi diligente corazón me había apartado del sueño, y me preocupaba en medir, con mano generosa, un pienso para los caballos, pensando que por la mañana habría que uncirlos para el combate. En esto, veo a dos hombres recorrer nuestro campamento a través de la noche espesa. Apenas me moví, se asustaron y huyeron. Les grité entonces que no se acercaran al campamento, pues creía que eran ladrones procedentes del campo aliado. Ellos no respondieron, y yo tampoco dije nada más. Fui de nuevo a acostarme y me dormí.

En mi sueño se hizo visible una ilusión. Podía distinguir con claridad a los caballos que yo mismo crié y que ahora me encargaba de guiar en el carro de Reso, y vi cómo dos lobos saltaban sobre sus lomos y azotaban con sus colas el pelo de los caballos, haciéndoles correr, y los ollares de los potros resoplaban, y se encabritaban de terror. Intentaba, en la pesadilla, apartar yo a las fieras de los caballos, cuando me desperté, agi-

tado por el terror nocturno. Y oí, al levantar la cabeza, quejas de moribundos. En ese instante, un chorro tibio de sangre recién vertida me inundó, y manaba del cuerpo de mi amo degollado y agonizante. Me puse en pie en seguida y, desarmado, intenté ver y asir una espada entre las sombras. Fue entonces cuando un hombre vigoroso se me acercó y me asestó una cuchillada en el costado. Sentí el golpe del arma, y creo que es profundo el surco de la herida. Pues bien, caí de bruces, y ellos, apoderándose de los caballos, se dieron a la fuga a toda prisa. ¡Ay, ay! El dolor me atormenta, y, desdichado de mí, no puedo ya tenerme en pie. Sé que nuestra desgracia es cierta, porque la he visto con mis ojos, pero no puedo decir cómo perecieron los que, además de Reso, han muerto, ni cuál es la mano homicida. Sospecho, sin embargo, que son amigos los autores de este infortunio.

CORIFEO. — Auriga del tracio asesinado, no pongas en duda, en tu dolor, que hayan sido los enemigos quienes han cometido este desafuero. El propio Héctor se acerca, al enterarse de la desgracia. Compartirá, como es lógico, tu dolor.

HÉCTOR. — ¡Oh responsables de las mayores calamidades! ¿Cómo se os han escapado, para vergüenza vuestra, los espías enemigos? ¿Cómo han podido degollar a su antojo, sin que los capturaseis al entrar o al salir del campamento? ¿Es que puedes negar que tú eres quien tiene mayor culpa, pues a ti había yo confiado la vigilancia del ejército? Sin un rasguño han conseguido huir, riéndose a placer de la cobardía de los frigios y de mí, que los mando. Pero no te quepa duda, y lo juro por el padre Zeus, de que te aguarda, por haber sido tan negligente, el látigo o el degüello, o, si no, podéis considerarme todos un cualquiera o, lo que es peor, un cobarde.

CORO. — *¡Ay, ay! ¡Oh poderoso protector de esta tierra! En tu busca, sí, iba en tu busca para anunciarte que en las naves brillaban fuegos, cuando esto ha sucedido. No he cerrado mis ojos vigilantes en toda la noche, ni he dormido un instante, ¡lo juro por las fuentes del Simunte! No te irrites conmigo, oh rey, pues soy de todos el que menos culpa tiene. Si en adelante observas en mí un solo hecho o dicho inconveniente, envíame a vivir bajo tierra; no pediré clemencia entonces.*

AURIGA DE RESO. — ¿Por qué los amenazas? ¿Piensas tú, un bárbaro, que me vas a engañar a mí, otro bárbaro, con palabras fingidas? Has sido tú quien ha hecho eso. Ni los muertos ni los heridos admitiríamos que hubiese otro culpable. Largos y astutos razonamientos necesitarías para convencerme de que no has dado muerte a tus amigos. Y lo has hecho llevado del deseo de los caballos; a causa de ellos has matado a tus aliados, después de suplicarles tanto que vinieran. Han venido, sí, y están muertos. Con más honra obró Paris violando la sagrada hospitalidad que tú asesinando a tus aliados.

No pretendas hacernos creer que uno de los argivos ha venido aquí a exterminarnos. ¿Quién podría atravesar las líneas troyanas y llegar a nosotros sin ser visto? Tú y tus frigios ya habíais acampado aquí antes que nosotros. ¿Quién está herido, quién ha muerto de los tuyos, si, como dices, son enemigos los que han venido? Pero nosotros sí estamos heridos, y algunos tanto que ya no podrán ver la luz del sol. En una palabra: no culpamos a ninguno de los aqueos. ¿Cuál de los enemigos iba a encontrar en la oscuridad la tienda de Reso, a menos que uno de los dioses se la mostrase a los asesinos? ¿Sabían acaso que mi amo acababa de llegar a Troya? No, luego todo son astucias tuyas.

HÉCTOR. — En tanto tiempo como hace que el pueblo aqueo está en esta tierra, hemos tenido siempre alia-

dos, y no sé que ninguno de ellos me haya hecho nunca ningún reproche. Al parecer, tú eres el primero. No se ha apoderado de mí un deseo tan desmedido de esos caballos como para dar muerte a mis amigos. Es Odiseo quien lo ha hecho. ¿Qué otro hombre entre los argivos hubiera sido capaz de planearlo y llevarlo a cabo? Temo, y mi corazón está inquieto por ello, que se haya tropezado, además, con Dolón y que le haya matado. Hace ya tiempo que partió, y no regresa.

AURIGA DE RESO. — No conozco a esos Odiseos de que hablas. ¡Ninguno de los enemigos ha descargado sus golpes sobre nosotros!

HÉCTOR. — Puedes pensar eso, si te parece bien.

AURIGA DE RESO. — ¡Oh tierra patria! ¡Ojalá hubiese muerto en tu seno!

HÉCTOR. — No vas a morir. Demasiados han muerto ya.

AURIGA DE RESO. — ¿Adónde iré, privado de mis amos?

HÉCTOR. — Mi casa te dará cobijo y te curará.

AURIGA DE RESO. — ¿Cómo van a cuidar de mí las manos de los homicidas?

HÉCTOR. — Este hombre no deja de repetir siempre lo mismo.

AURIGA DE RESO. — ¡Perezca el asesino! Mi lengua no apunta hacia ti, como tú mismo pregonas. La Justicia sabe quién lo hizo.

HÉCTOR. — Cogedle, conducidle a mi casa y cuidad de él, de modo que no pueda tener queja de nosotros.

En cuanto a vosotros, id a anunciar lo sucedido a los que están dentro de las murallas, a Príamo y a los ancianos, a fin de que sepulten a los muertos a lo largo de los caminos públicos.

CORO. — *¿Por qué, después de haber gozado de una suerte tan favorable, un dios adverso ha sumido a Troya de nuevo en el dolor? ¿Abriga ahora otros designios?*

¡Ah, ah! ¿Qué diosa, oh rey, se lleva en brazos, sobre nuestras cabezas, al difunto recién asesinado? Con espanto contemplo este prodigio.

MUSA. — Os está permitido verlo, troyanos. Heme aquí, Musa honrada por los sabios, una de las hermanas, contemplando a mi hijo, muerto de forma lamentable por los enemigos. El astuto Odiseo, su matador, recibirá en su día el castigo que merece semejante crimen.

Estrofa.

Con canto lúgubre y doméstico me compadezco de tu suerte, ¡oh hijo, oh dolor de tu madre! Funesto y lamentable ha resultado el camino que te condujo a Troya, pese a mis intentos por disuadirte de ese viaje y a la enérgica oposición de tu padre. ¡Ay de ti, mi querida, mi querida cabeza, hijo mío! ¡Ay de mí!

CORIFEO. — En lo que soy capaz, aunque no guardo ninguna relación con tu familia, lamento de todo corazón la muerte de tu hijo.

MUSA.

Antístrofa.

¡Perezca el descendiente de Eneo! [18] *¡Perezca el hijo de Laertes, que me ha privado de mi hijo, el más esclarecido de los héroes! ¡Perezca Helena que, abandonando su morada, navegó en pos de un lecho frigio, y te ha hecho perecer a ti al pie de Ilión y en defensa de Troya, oh queridísimo, y ha despoblado de valientes guerreros a innúmeras ciudades!*

A menudo mientras vivías, y también después de tu partida al Hades, hijo de Filamón [19], me has conmo-

---

18 Diomedes. Eneo es su abuelo y padre de Tideo.

19 Támiris es el hijo de Filamón (cf. v. 925). Trató de rivalizar en música con las Musas, pero fue derrotado, y las diosas, irritadas, le cegaron y le privaron de su talento musical. En

vido las entrañas, pues fue tu desmesura, que te perdió, y tu rivalidad con las Musas la causa de que diera a luz yo a este hijo desventurado. En efecto, surcando las ondas fluviales, visité el lecho conyugal de Estrimón cuando íbamos las Musas hacia el monte Pangeo, rico en oro, ejercitándonos con nuestros instrumentos, rumbo a la gran competición de música que nos enfrentaría a Támiris, el excelente cantor tracio cuyos ojos condenamos a la ceguera, pues había inferido a nuestro arte numerosos ultrajes.

Después de darte, Reso, a luz, y por consideración a mis hermanas y a la virginidad debida, te envié a la hermosa corriente de tu padre. Estrimón no confió tu educación a manos mortales, sino a las ninfas de las fuentes. Criado allí de forma inmejorable por las Doncellas, te convertiste en el primero de los hombres de Tracia, hijo mío, y reinabas en el país. No temía yo verte muerto cuando por suelo patrio conducías ejércitos sedientos de sangre; pero, conocedora de tu destino, te prohibía que fueses a la ciudad de Troya. Sin embargo, las embajadas de Héctor y los frecuentes mensajes de los ancianos te persuadieron a venir aquí en auxilio de tus amigos.

No pienses que no sé que has sido tú, Atenea, la principal culpable de esta matanza, pues Odiseo y el hijo de Tideo no hubieran podido coronar ellos solos con éxito la empresa. Sin embargo, las Musas hermanas estimamos sobremanera tu ciudad y nos sentimos vinculadas a su territorio.

---

efecto (cf. vv. 915-925), en el viaje de ida de las Musas hacia el lugar de su competición con Támiris, compartió Terpsícore el lecho conyugal de Estrimón, el río, concibiendo a Reso, en su trayecto desde la Pieria hacia el monte Pangeo. La geografía queda a salvo en el mito.

Allí encendió la antorcha de los sacros misterios Orfeo, primo hermano[20] de éste a quien tú mataste. Y nosotras y Febo instruimos a Museo[21], tu venerable ciudadano que no conoce igual en el mundo. Como recompensa, heme aquí lamentándome, con mi hijo en los brazos. Nunca más volveré a llevar músicos ni cantores a Atenas.

CORIFEO. — Falsamente nos ha acusado el auriga tracio, Héctor, del asesinato de Reso.

HÉCTOR. — Ya lo sabía. No era necesario que viniese un adivinador a decirnos que Reso había sucumbido merced a las malas artes de Odiseo. En cuanto a mí, al ver que el ejército griego amenazaba mi patria, ¿no es natural que enviase heraldos a mis amigos, a fin de que acudiesen en auxilio de mi país? Los envié, y, cumpliendo con su deber, Reso vino dispuesto a combatir a mi lado.

De ninguna manera me alegra el hecho de que esté muerto. Estoy decidido a erigir una tumba en su honor y a incinerar con él mil peplos de gala, pues llegó como amigo y, desgraciadamente, ya se ha marchado.

MUSA. — No irá al negro subsuelo de la tierra: tanto suplicaré a la Ninfa subterránea, hija de la diosa Deméter que hace nacer los frutos, para que renuncie a su alma, pues está obligada conmigo a honrar a los amigos de Orfeo[22]. Para mí, sin embargo, será en lo

---

20 Orfeo es hijo de Calíope, una de las Musas, hermana de Terpsícore, madre de Reso.

21 Gran músico ateniense, discípulo de Orfeo. También es adivino, y a veces se le atribuye la introducción en el Ática de los misterios eleusinos.

22 La Ninfa subterránea es Perséfone, la hija de Deméter raptada por Hades. La obligación, mencionada por la Musa, de Perséfone para con los «amigos de Orfeo» está basada en que los órficos, comunidad de culto místico-religiosa que derivaba de Orfeo sus ideas acerca del origen de dioses y de hombres,

sucesivo como si hubiese muerto y no viese la luz, pues nunca más vendrá a mi lado ni volverá a ver a su madre, sino que, oculto en los antros de la tierra rica en plata, se hará divino el que antes fue hombre, y podrá ver la luz, y, del mismo modo que el profeta de Baco[23] en el rocoso Pangeo, como un dios será venerado por los iniciados en los misterios.

Haré más llevadera la pena de la diosa marina, pues el destino quiere que su hijo muera también[24]. Nosotras, las Musas hermanas, te celebraremos primero a ti con nuestros lamentos, y luego al hijo de Tetis dolorida, a Aquiles. No le salvará Palas, tu asesina: el carcaj del Oblicuo[25] le reserva una flecha mortífera.

¡Oh dolores de los que engendran hijos, sufrimientos de los mortales! Quien piense en vosotros con sentido común pasará la vida sin hijos, y de ese modo no tendrá que sepultar a quienes son su propia sangre.

CORIFEO. — A la madre del muerto corresponde celebrar sus funerales. Si tú, Héctor, quieres hacer algo de lo previamente acordado, es el momento de que lo hagas, pues he aquí ya la luz del día.

HÉCTOR. — Id y ordenad a los aliados que se armen de prisa y que enganchen cada par de caballos a los carros. Todo el mundo debe aguardar, antorcha en mano, la voz de la trompeta tirrena. A través de las filas y defensas de los aqueos, pienso llegar hasta las naves e incendiarlas. ¡Ojalá estos primeros rayos del sol traigan el día de la libertad a los troyanos!

---

su concepción del mundo y de la vida, veneraban en Perséfone la naturaleza divina que todo lo crea y todo lo destruye.

23 Orfeo. Cf. W. K. C. GUTHRIE, *Orfeo y la religión griega*, Buenos Aires, 1970, pág. 23, nota 1.

24 Alusión al destino de Aquiles, hijo de la nereida Tetis (la «diosa marina» del v. 974) y de Peleo. Cf. v. 977.

25 Es Apolo, llamado así, *Loxías*, «oblicuo», a causa de la ambigüedad de sus oráculos.

CORO. — *¡Obedeced al rey! Armémonos y vayamos a transmitir las órdenes a las tropas aliadas. ¡Acaso nos conceda la victoria el dios que está de nuestro lado!*

ÍNDICE GENERAL